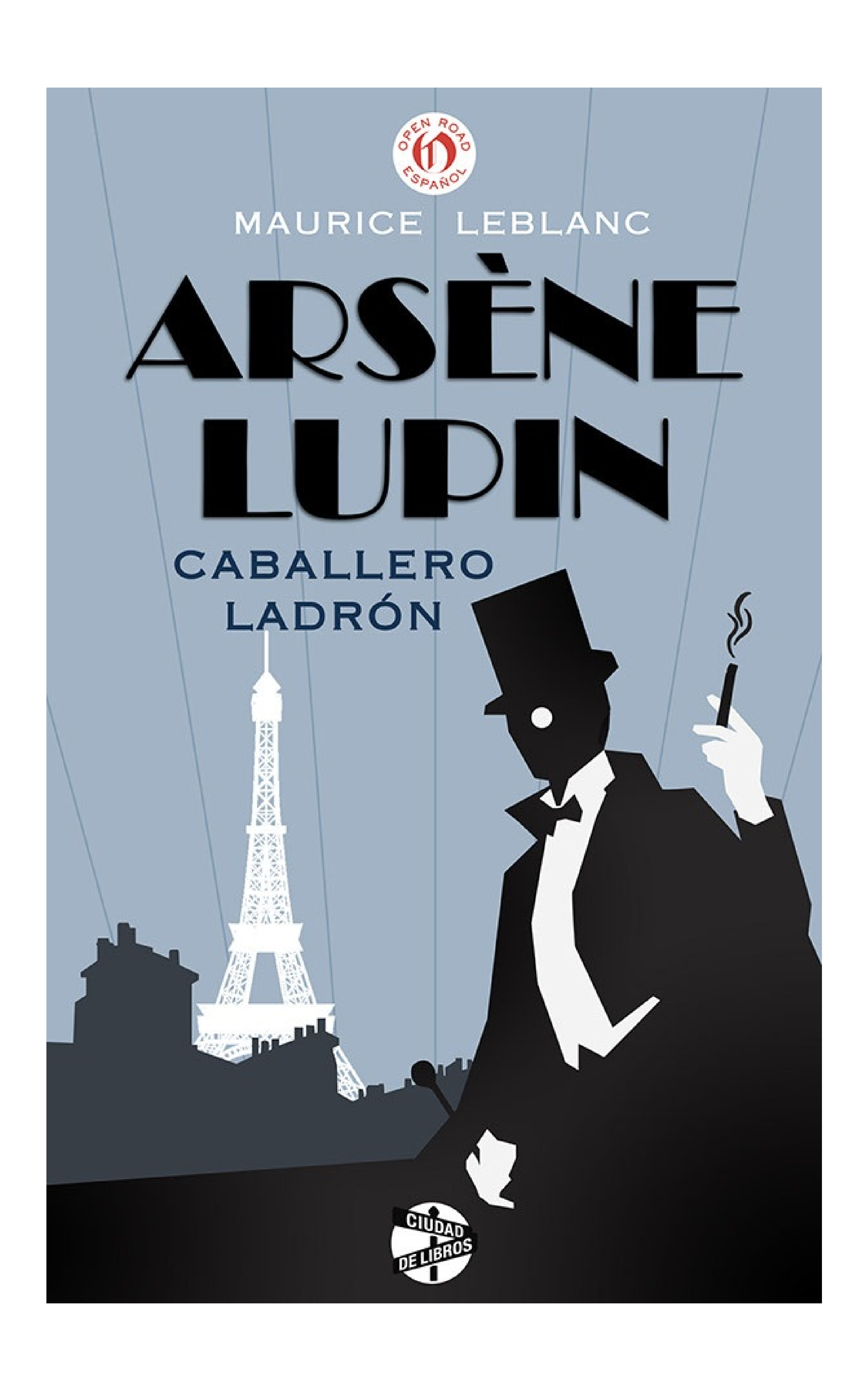
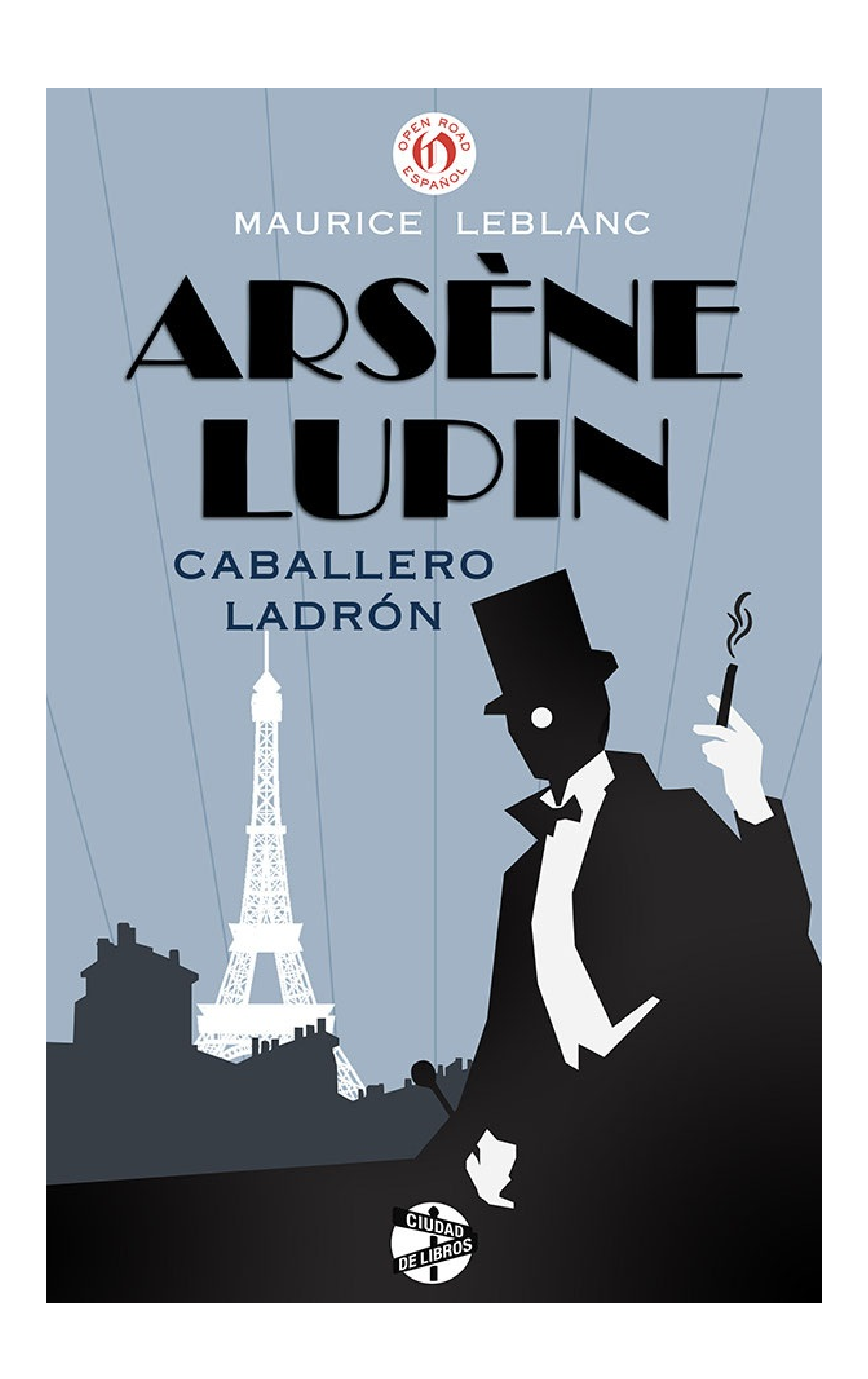

OPEN ROAD ESPAÑOL
MAURICE LEBLANC
ARSÈNE LUPIN
CABALLERO LADRÓN
CIUDAD DE LIBROS


OPEN ROAD ESPAÑOL
MAURICE LEBLANC
ARSÈNE LUPIN
CABALLERO LADRÓN
CIUDAD DE LIBROS

Índice

Arsène Lupin, caballero ladrón

Maurice Leblanc

Traducido del francés por

Lorenzo Garza

Título original: Arsène Lupin, gentleman cambrioleur

Primera publicación en idioma original: 1907

Primera edición en este formato: mayo de 2014

Edición a cargo de Ángel Solé

ISBN: 978-84-942407-5-1

Av. Marquès de l’Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@ciudaddelibros.com

www.ciudaddelibros.com


CIUDAD
DE LIBROS

Open Road Español distribuye a Ciudad de Libros en todos los territorios, a excepción de España e Hispanoamérica.


ESPAÑOL

1

La detención de Arsène Lupin

¡Qué extraño viaje! ¡Y sin embargo, había comenzado tan bien! Por mi parte, jamás realicé un viaje que se anunciara bajo unos auspicios más venturosos. El Provence es un transatlántico rápido, cómodo y está bajo el mando del más amable de los hombres. A bordo se encontraba reunida la sociedad más selecta. Se establecían relaciones, se organizaban diversiones y pasatiempos. Sentíamos esa extraña impresión de hallarnos separados del mundo, reducidos a nosotros mismos como si nos encontráramos en una isla desconocida, y obligados, en consecuencia, a acercarnos los unos a los otros.

Y, en efecto, nos acercamos…

¿Han meditado ustedes alguna vez en lo que hay de original y de imprevisto en ese agrupamiento de seres que, todavía la víspera, ni siquiera se conocían, y que, durante algunos días, entre el cielo infinito y el mar inmenso, van a vivir la existencia más íntima, y que juntos van a desafiar las cóleras del océano, el aterrador asalto de las olas y la angustiosa calma del agua dormida?

En el fondo —vivida en una especie de trágico resumen— es la propia vida, con sus tempestades y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y he ahí por qué, acaso, se devora con una prisa febril y una voluptuosidad aún más intensa ese corto viaje del cual se divisa ya el fin en el propio momento en que se inicia.

Pero, después de algunos años, algo ocurre que viene a sumarse singularmente a las emociones de la travesía. La pequeña isla flotante depende todavía de ese mundo del cual nos creíamos desprendidos. Subsiste una relación, un nudo que no se desata sino poco a poco, en pleno océano, y poco a poco también, y en pleno océano, se vuelve a anudar. La radiotelegrafía es como una llamada de otro universo del cual se recibieran noticias en la forma más misteriosa que quepa imaginar. La imaginación no tiene siquiera el recurso de evocar los hilos de alambre por los cuales se desliza el mensaje invisible. El misterio es todavía más insondable y más poético también, y es a las alas del viento a lo que hay que recurrir para explicarse este nuevo milagro.

De este modo, en las primeras horas nos sentimos seguidos, escoltados, incluso

precedidos por esa voz lejana que, de tiempo en tiempo, nos susurraba a alguno de nosotros unas palabras llegadas de allá lejos. Dos amigos me hablaron. Y otros diez, otros veinte nos enviaron a todos, a través del espacio, sus adioses entristecidos o sonrientes.

Mas al segundo día, a quinientas millas de la costa francesa, en una tarde tempestuosa, el telégrafo sin hilos nos transmitió un despacho cuyo contenido decía:

«Arsène Lupin a bordo de su navío, primera clase, cabellos rubios, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R…».

En este preciso momento, en el cielo sombrío, estalló un violento trueno. Las ondas eléctricas quedaron interrumpidas. El resto del despacho ya no llegó a nosotros. Del nombre bajo el cual se ocultaba Arsène Lupin no se supo más que la inicial.

Si se hubiera tratado de otra noticia, no dudo en absoluto que el secreto hubiera sido guardado escrupulosamente por los empleados de la estación radiotelegráfica, así como por el comisario de a bordo y por el capitán. Pero hay acontecimientos que parecen romper la discreción más rigurosa. Aquel mismo día, sin que pueda decirse en qué forma, el hecho había sido propalado, y ya todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se ocultaba entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El ladrón inapresable, del cual se contaban las proezas en todos los periódicos desde hacía meses! ¡El enigmático personaje con el que el viejo Ganimard había entablado aquel duelo a muerte cuyas peripecias se desarrollaban de manera tan pintoresca! Arsène Lupin, el escurridizo caballero que no opera sino en los castillos y los salones y que, una noche en que había penetrado en casa del barón Schormann, se había marchado con las manos vacías dejando su tarjeta ornada con esta nota: «Arsène Lupin, el caballero ladrón, volverá cuando los muebles de esta mansión sean auténticos».

¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces, que tan pronto aparecía como chófer, como tenor, como corredor de apuestas, como hijo de familia, como adolescente, como un anciano, como viajante de comercio marsellés, como médico ruso o como torero español!

Hay que darse cuenta de esto: ¡Arsène Lupin yendo y viniendo dentro del marco relativamente restringido y estrecho de un transatlántico! ¡Qué digo yo: en este

pequeño rincón que representa la primera clase de un navío donde las gentes se encuentran unas a otras a cada instante, en este comedor, en este salón, en esta sala de fumar! Arsène Lupin era quizá aquel señor… o aquel otro… o mi vecino de mesa… o mi compañero de camarote…

—Y esto va a durar todavía cinco veces veinticuatro horas —exclamó al día siguiente por la mañana la señorita Nelly Underdown—. Pero ¡esto es intolerable! Yo espero que le detengan.

Y dirigiéndose a mí, agregó:

—Veamos; dígame; señor de Andrézy, usted, que está ya en las mejores relaciones con él capitán, ¿acaso no sabe usted nada?

¡Yo bien hubiera querido saber algo, aunque solo fuera por agradar a la señorita Nelly! Esta era una de esas deliciosas criaturas que por donde quiera que vayan ocupan enseguida el lugar más destacado. Su belleza, tanto como su fortuna, era desbordante. Estas mujeres tienen una corte de fervientes admiradores, de entusiastas seguidores.

Educada en París por una madre francesa, iba a reunirse con su padre, el señor Underdown, de Chicago, hombre riquísimo. La acompañaba una de sus amigas, lady Jerland.

Desde la primera hora, yo había presentado mi candidatura a flirtear con ella. Pero, en la rápida intimidad del viaje, inmediatamente su belleza me había turbado, y yo me sentía excesivamente emocionado para un flirteo cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos. Sin embargo, ella acogía mis homenajes con cierta aceptación y favor. Se dignaba reír ante mis frases ingeniosas, e interesarse por mis anécdotas. Una vaga simpatía parecía responder a la solicitud que yo le testimoniaba.

Solo un rival, quizá, me hubiera inquietado; era un joven guapo, elegante, reservado, del cual ella parecía preferir el carácter taciturno, a mis maneras «fuera de lugar» del parisiense.

Precisamente, ese joven formaba parte del grupo de admiradores que rodeaban a la señorita Nelly cuando ella me interrogó. Nos encontrábamos en el puente, cómodamente instalados en sillas mecedoras. La tempestad de la víspera había aclarado el cielo, y el momento era delicioso.

—Yo no sé nada con exactitud, señorita —le respondí—; pero ¿acaso es imposible para nosotros el llevar a cabo nuestra propia investigación, lo mismo que lo haría el viejo Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Oh! ¡Oh! Usted se anticipa mucho.

—¿En qué? ¿El problema es acaso tan complicado?

—Muy complicado.

—Es que usted olvida los elementos de que nosotros disponemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—Primero, Lupin se hace llamar señor R…

—Esa es una seña un poco vaga.

—Segundo, viaja solo.

—Si esta particularidad le basta a usted…

—Tercero, es rubio.

—Y luego, ¿qué?

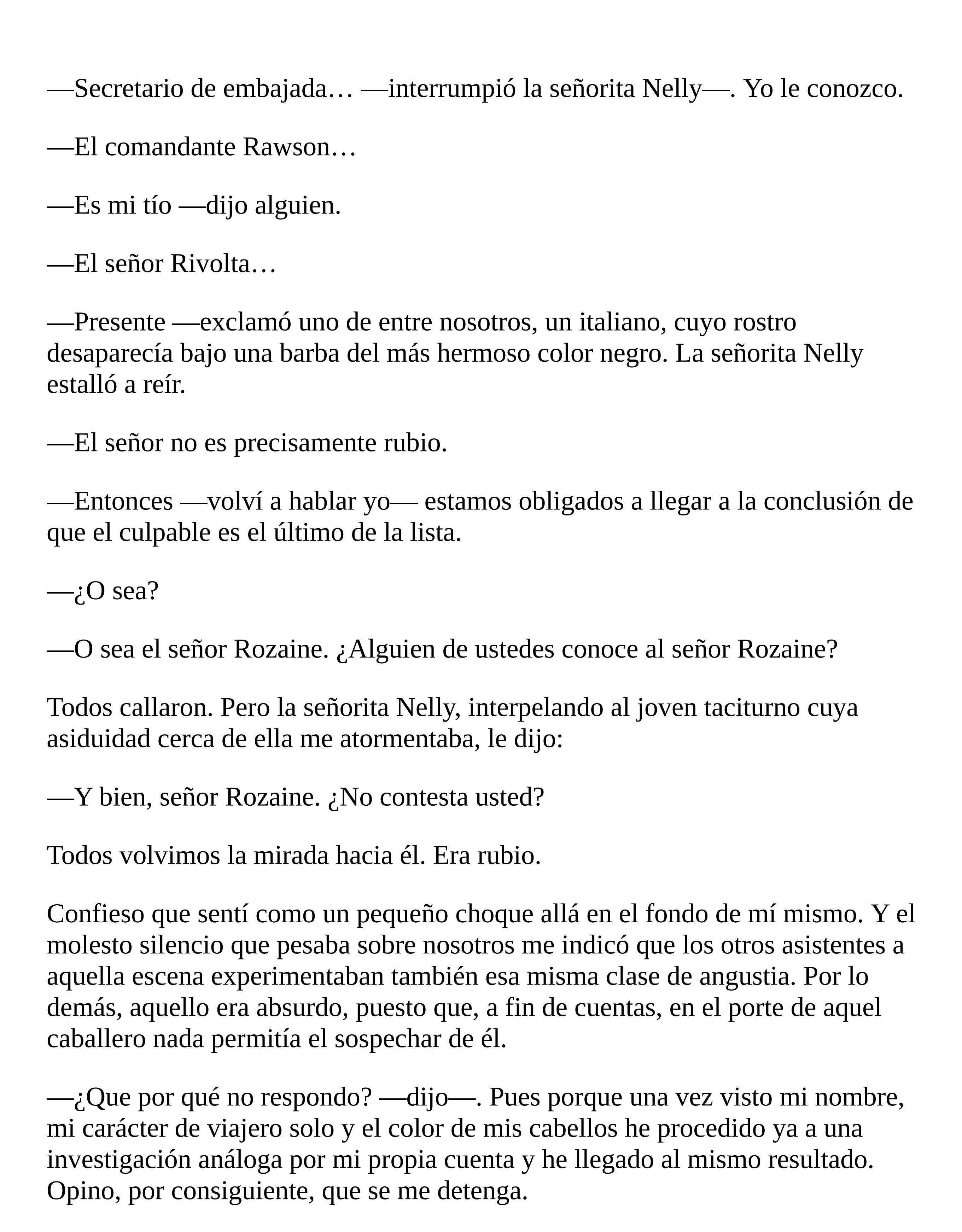
—Luego, nosotros ya no tenemos más que consultar la lista de pasajeros y proceder por el sistema de eliminación.

Yo tenía esa lista en mi bolsillo. La tomé y me puse a examinarla.

—En primer lugar, noto que solo hay trece personas cuya inicial llame nuestra atención.

—¿Trece solamente?

—En primera clase, sí. Y de esas trece personas cuya inicial es R… como ustedes pueden comprobar, nueve vienen acompañadas de esposas, de niños o de criados. Quedan solo cuatro personas aisladas: el marqués de Raverdan…



—Secretario de embajada… —interrumpió la señorita Nelly—. Yo le conozco.

—El comandante Rawson…

—Es mi tío —dijo alguien.

—El señor Rivolta…

—Presente —exclamó uno de entre nosotros, un italiano, cuyo rostro desaparecía bajo una barba del más hermoso color negro. La señorita Nelly estalló a reír.

—El señor no es precisamente rubio.

—Entonces —volví a hablar yo— estamos obligados a llegar a la conclusión de que el culpable es el último de la lista.

—¿O sea?

—O sea el señor Rozaine. ¿Alguien de ustedes conoce al señor Rozaine?

Todos callaron. Pero la señorita Nelly, interpelando al joven taciturno cuya asiduidad cerca de ella me atormentaba, le dijo:

—Y bien, señor Rozaine. ¿No contesta usted?

Todos volvimos la mirada hacia él. Era rubio.

Confieso que sentí como un pequeño choque allá en el fondo de mí mismo. Y el molesto silencio que pesaba sobre nosotros me indicó que los otros asistentes a aquella escena experimentaban también esa misma clase de angustia. Por lo demás, aquello era absurdo, puesto que, a fin de cuentas, en el porte de aquel caballero nada permitía el sospechar de él.

—¿Que por qué no respondo? —dijo—. Pues porque una vez visto mi nombre, mi carácter de viajero solo y el color de mis cabellos he procedido ya a una investigación análoga por mi propia cuenta y he llegado al mismo resultado. Opino, por consiguiente, que se me detenga.

Tenía un aspecto extraño al pronunciar esas palabras. Sus labios finos como dos

trazos inflexibles se hicieron todavía más finos y palidecieron. Hilos de sangre estriaron sus ojos.

Sin duda bromeaba. Sin embargo, su fisonomía y su actitud nos impresionaban. Ingenuamente, la señorita Nelly preguntó:

—Pero ¿no tiene usted una herida?

—Es verdad que falta la herida —replicó él.

Con un ademán nervioso se quitó la manga y descubrió el brazo. Pero inmediatamente me asaltó una idea. Mis ojos se cruzaron con los de la señorita Nelly: el hombre nos mostraba el brazo izquierdo.

Y, palabra de honor, yo ya iba a hacer esa observación, cuando un incidente distrajo mi atención: Lady Jerland, la amiga de la señorita Nelly, llegaba en ese instante corriendo.

Estaba desconcertada. La rodeamos presurosamente, y solo después de grandes esfuerzos logró balbucir.

—¡Mis alhajas, mis perlas!… ¡Me lo han robado todo!…

Pero no, no se lo habían llevado todo, cual luego nos enteramos; cosa muy curiosa: ¡habían hecho una selección!

De la estrella de diamantes, del colgante de cabujones de rubí, de los collares y de los brazaletes rotos habían sido quitadas no las piedras más gruesas, sino las más finas, las más preciosas, aquellas que, hubiérase dicho, representaban el mayor valor y ocupaban el menor espacio. Las monturas se hallaban sobre la mesa. Yo las vi, las vimos todos, despojadas de sus joyas como flores de las que hubieran sido arrancados los hermosos pétalos chispeantes y coloreados.

Y para ejecutar ese trabajo, durante la hora en que lady Jerland tomaba el té, había sido preciso, en pleno día, y en un pasillo muy concurrido, forzar la puerta del camarote, encontrar una pequeña bolsa disimulada en el fondo de una caja de sombreros, abrirla y escoger…

No se alzó más que un solo grito entre nosotros. No hubo más que una sola opinión entre todos los pasajeros, cuando el robo fue descubierto: «Es Arsène

Lupin». Y, en realidad, esa era efectivamente su forma de actuar, complicada, misteriosa, inconcebible… y, no obstante, lógica, pues siendo difícil ocultar la fastidiosa masa que hubiera formado el conjunto de alhajas, mucho menor era ese problema con pequeñas cosas independientes unas de otras: perlas, esmeraldas, zafiros.

Y en la hora de la cena ocurrió esto: a derecha e izquierda de Rozaine, los dos lugares permanecieron vacíos. Y por la noche supimos que aquel había sido convocado por el capitán.

Su detención, cosa que nadie puso en duda, dio origen a una verdadera sensación de alivio. Al fin respirábamos. Esa noche nos entregamos a juegos menudos. Se bailó. La señorita Nelly, sobre todo, dio muestras de una alegría aturdidora que me hizo ver que si acaso los homenajes de Rozaine le habían sido gratos en un principio, ya no los recordaba en absoluto. Su gracia acabó de conquistarme. Hacia la medianoche, bajo la serena claridad de la luna, yo le declaraba mi devoción con una emoción que no pareció desagradarle en absoluto.

Pero al día siguiente, ante la estupefacción general, se supo que, a causa de que los cargos presentados contra él no eran suficientes, Rozaine había quedado en libertad.

Hijo de un importante comerciante de Burdeos, había presentado documentos que estaban completamente en regla. Además, sus brazos no presentaban la menor huella de heridas.

—¡Documentos! ¡Certificados de nacimiento! —clamaron los enemigos de Rozaine—. Pero ¡si Arsène Lupin les presentaría a ustedes tantos como quisieran! Y en cuanto a la herida, lo que ocurre es que no sufrió ninguna… ¡o bien que él ha borrado la huella de la misma!

Una objeción, que presentaba contra eso era que, a la hora del robo —y ello estaba demostrado—, Rozaine se paseaba por el puente. A lo que sus enemigos replicaban:

—¿Es que acaso un hombre del temple de Arsène Lupin tiene necesidad de asistir al robo que él mismo comete?

Y añadido a ello, aparte toda consideración extraña, había un punto al cual hasta los más escépticos no podían ponerle un epílogo: ¿quién, salvo Rozaine, viajaba

solo, era rubio y tenía un nombre que comenzaba por R? ¿A quién apuntaba el telegrama, si no era a Rozaine?

Y cuando Rozaine, algunos minutos antes del desayuno, se dirigió audazmente a nuestro grupo, la señorita Nelly y lady Jerland se levantaron de sus asientos y se alejaron.

Esa era una expresión de miedo bien manifiesta.

Una hora más tarde, una circular escrita a mano pasaba de mano en mano entre los empleados de a bordo, la marinería y los viajeros de todas clases: el señor Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarase a Arsène Lupin, o encontrase a la persona en cuyo poder estuvieran las alhajas robadas.

—Y si nadie acude en mi ayuda contra ese bandido —le declaró Rozaine al capitán—, yo, por mi cuenta, me las veré con él.

Rozaine contra Arsène Lupin, o, más bien, conforme a la frase que corría de boca en boca, el propio Arsène Lupin contra Arsène Lupin. Y esa lucha no dejaba de tener interés.

Tal lucha se prolongó durante dos días.

Se vio a Rozaine ir de una lado a otro, mezclarse entre el personal, interrogar, huronear. Por las noches se observaba su sombra rodando.

Por su parte, el capitán desplegó la mayor energía y actividad. De arriba abajo, y por todos los rincones, fue registrado el Provence. Se registraron todos los camarotes, sin excepción, con el pretexto, que era muy de justicia, de que los objetos estaban ocultos en algún lugar sin importar qué lugar fuera, salvo el camarote del culpable.

—Así se acabará por descubrir algo, ¿no es verdad? —me preguntó la señorita Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer que los diamantes y las perlas se hagan invisibles.

—En efecto —le respondí yo—, o, de lo contrario, será preciso registrar las copas de nuestros sombreros, el forro de nuestras americanas y todo cuanto llevamos puesto.

Y mostrándole mi máquina fotográfica, que era una 9 x 12, con la cual yo no dejaba de fotografiarla en las posturas más diversas, le dije:

—Y en un aparato que no sea más grande que este, ¿no cree usted que habría lugar para esconder todas las piedras preciosas de lady Jerland? Basta con simular que se toman vistas, y el truco queda hecho.

—Sin embargo, yo he oído decir que no existe ladrón alguno que no deje detrás de él alguna huella.

—Sí, hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque él no piensa solamente en el robo que realiza, sino también en todas las circunstancias que podrían denunciarle.

—Al principio usted se mostraba más confiado.

—Pero luego yo le he visto en acción.

—Entonces, ¿según usted…?

—Según yo, perdemos el tiempo.

Y en realidad las investigaciones no daban resultado alguno, o, cuando menos, el resultado que dieron no correspondió al esfuerzo general: al capitán le robaron su reloj.

Furioso, el capitán redobló su ardor en las investigaciones y vigiló aún más de cerca a Rozaine, con el cual ya había mantenido varias entrevistas. A la mañana siguiente, por una graciosa ironía, el reloj desaparecido fue encontrado entre los cuellos postizos del capitán de segunda clase.

Todo ello tenía un cierto aire de prodigio y denunciaba bien a las claras el estilo humorístico de Arsène Lupin, el ladrón, es verdad, pero también diletante. Aquel trabajaba por gusto y por vocación, cierto es, pero a la par por divertirse. Daba la impresión del caballero que se divierte con la obra que tiene que representar y que entre bastidores se ríe a mandíbula batiente de sus propios rasgos de ingenio y de las situaciones que él ha imaginado.

Decididamente se trataba de un artista en su género, y cuando yo observaba a Rozaine, sombrío y obstinado, y meditaba en el doble papel que ese curioso personaje estaba sin duda representando, no podía hablar de él sin una cierta admiración.

No obstante, la antepenúltima noche el oficial de guardia oyó lamentos que provenían del lugar más oscuro del puente. Se acercó. Allí había tendido en el suelo un hombre con la cabeza envuelta en un mantón gris muy tupido, con los puños atados con ayuda de una delgada cuerda.

El hombre fue liberado de sus ligaduras. Le ayudaron a incorporarse y le fueron prodigados los oportunos cuidados.

Ese hombre era Rozaine.

Era Rozaine, que había sido asaltado en el curso de una de sus expediciones, derribado a tierra y despojado del dinero que llevaba encima. Una tarjeta de visita sujeta a su americana con un alfiler, contenía estas palabras: «Arsène Lupin acepta con agradecimiento los diez mil francos del señor Rozaine».

Pero, en realidad, la cartera robada contenía veinte billetes de a mil.

Naturalmente, se acusó al desventurado de haber simulado ese ataque contra sí mismo. Mas, aparte de que le hubiera sido imposible el atarse en la forma que él lo estaba, quedó comprobado que la escritura de la tarjeta era completamente distinta de la escritura de Rozaine, y se parecía, por el contrario, extraordinariamente a la de Arsène Lupin, conforme aparecía reproducida en un viejo periódico encontrado a bordo.

Así pues, Rozaine no era en absoluto Arsène Lupin. Rozaine era Rozaine, hijo de un negociante de Burdeos. Y la presencia de Arsène Lupin se confirmaba una vez más, ¡y mediante qué acto de temeridad!

Aquello fue el terror. Ya nadie se atrevía a permanecer a solas en su camarote, y mucho menos aventurarse solo por los lugares del barco demasiado alejados. Prudentemente, los pasajeros se agrupaban unos con otros. Y aun así, por un impulso instintivo, cada cual desconfiaba hasta de los más íntimos. Y es que la amenaza no provenía de un individuo aislado y por ello mismo menos peligroso. Ahora, Arsène Lupin era… era todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso e ilimitado. Se le suponía capaz de

adoptar los disfraces más inesperados, de ser unas veces el comandante Rawson, otras el marqués de Raverdan, o incluso —pues ya nadie se limitaba ya a la acusadora inicial del nombre—, tal o cual persona conocida de todos y que venía acompañada de su esposa, de niños y de criados.

Los primeros despachos radiotelegráficos no trajeron ninguna novedad. Cuando menos, el capitán no nos lo comunicó, y semejante silencio no era propicio a tranquilizarnos.

Por tanto, el último día de viaje nos pareció interminable. Vivíamos en la ansiosa espera de que ocurriese una desgracia. Esta vez ya no sería un robo, no sería ya una simple agresión, sino que sería un crimen, un asesinato. No admitíamos que Arsène Lupin se limitara a dos robos insignificantes. Dueño absoluto del navío, con las autoridades de aquel reducidas a la impotencia, no tenía más que desear una cosa para realizarla, pues todo le estaba permitido y disponía de los bienes y de las vidas de a bordo.

Confieso que aquellas eran para mí unas horas deliciosas, pues me valieron el que conquistara la confianza de la señorita Nelly. Impresionada por tantos acontecimientos, y siendo de naturaleza ya inquieta por sí misma, buscó a mi lado una protección, una seguridad que yo me sentía dichoso de otorgarle.

En el fondo, yo bendecía a Arsène Lupin. ¿Acaso no era él quien nos aproximaba a la señorita Nelly y a mí? ¿No era gracias a él que yo tenía el derecho de abandonarme a los más hermosos sueños? Sueños de amor y sueños menos quiméricos, ¿por qué no confesarlo? Los Andrézy son de una familia rancio abolengo, pero sus blasones se hallan un tanto descoloridos, y a mí no me parecía indigno de un gentilhombre el pensar en dar a su nombre el brillo perdido.

Y estos sueños, yo lo presentía, no ofuscaban en absoluto a Nelly. Sus ojos sonrientes me autorizaban a tenerlos, y la dulzura de su voz me decía que esperase.

Hasta el último momento, acodados sobre la baranda, permanecimos el uno junto al otro, mientras la línea de las costa estadounidense desfilaba ante nosotros.

Las investigaciones habían sido interrumpidas. Había un compás de espera. Desde primera clase hasta el entrepuente, donde hormigueaban los emigrantes,

se esperaba el momento supremo en el que al fin se resolvería el enigma insoluble. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre, bajo qué máscara se ocultaba el famoso Arsène Lupin?

Y ese momento supremo llegó. Viviría yo cien años y no me olvidaría hasta del más ínfimo detalle.

—¡Qué pálida se encuentra usted, señorita Nelly! —le dije a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo completamente desfallecida.

—¡Y usted! —me respondió ella—. ¡Ah!, ¡qué cambiado está usted!

—¡Imagínese! Este momento es apasionante, y yo me siento tan feliz de vivirlo junto a usted, señorita Nelly… Tal me parece que el recuerdo de usted se hará más profundo…

Pero ella no escuchaba. Estaba palpitante y febril. La pasarela fue bajada. Pero antes de que quedáramos en libertad de cruzarla, un grupo de personas subieron a bordo; eran aduaneros, hombres de uniforme, personal de Correos.

La señorita Nelly balbució:

—Ahora descubrirán que Arsène Lupin se ha escapado durante la travesía, y a mí no me sorprendería.

—Quizá prefirió la muerte a la deshonra y se arrojó al Atlántico antes de ser detenido.

—No se ría usted —dijo ella, ruborizada.

De pronto sentí un estremecimiento, y al preguntarme ella le dije:

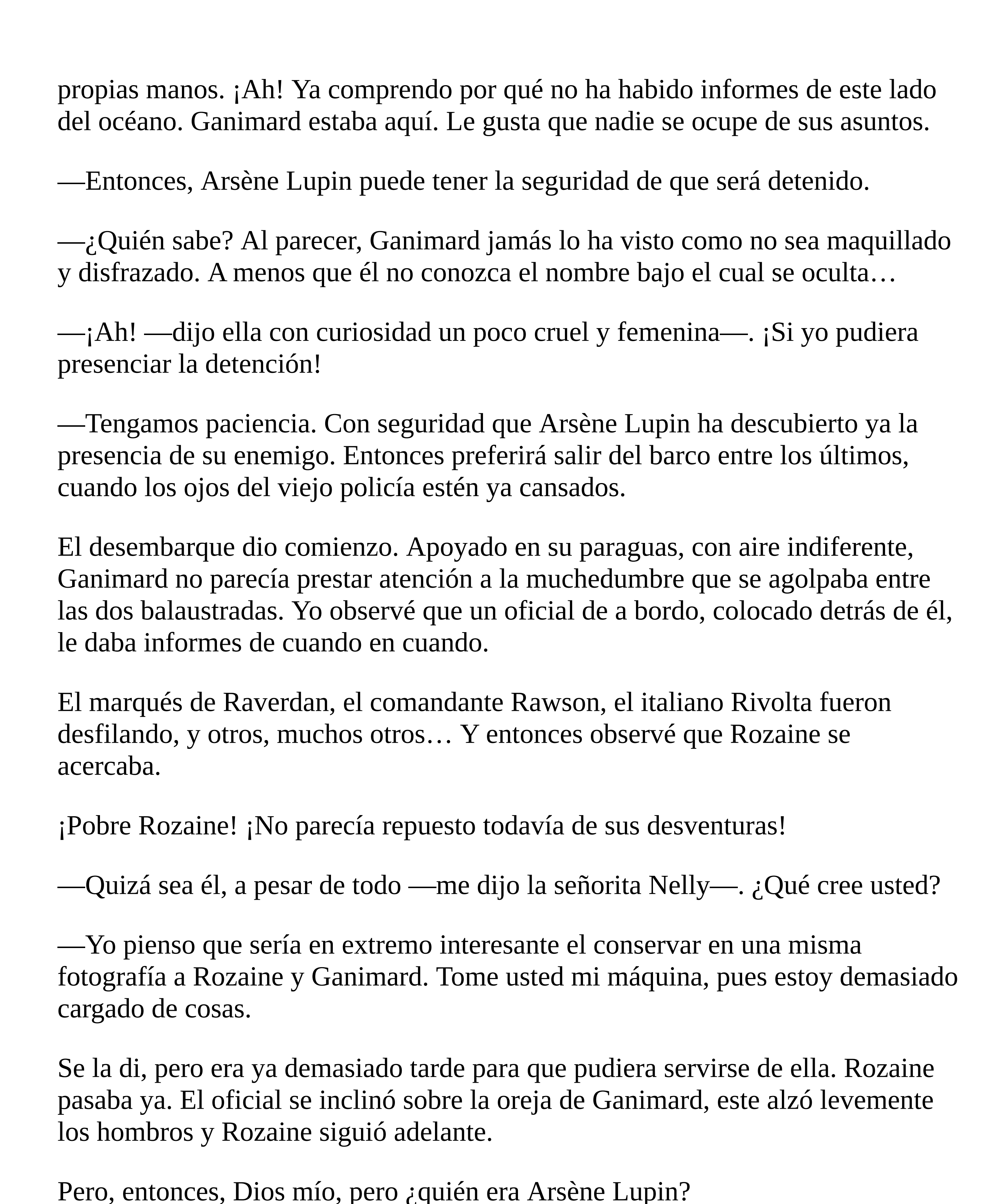
—¿Ve usted aquel hombre pequeño y anciano en la extremidad de la pasarela?

—¿Aquel que lleva un paraguas y una levita color verde oliva?

—Ese hombre es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía, el que ha jurado que detendrá a Arsène Lupin con sus



propias manos. ¡Ah! Ya comprendo por qué no ha habido informes de este lado del océano. Ganimard estaba aquí. Le gusta que nadie se ocupe de sus asuntos.

—Entonces, Arsène Lupin puede tener la seguridad de que será detenido.

—¿Quién sabe? Al parecer, Ganimard jamás lo ha visto como no sea maquillado y disfrazado. A menos que él no conozca el nombre bajo el cual se oculta…

—¡Ah! —dijo ella con curiosidad un poco cruel y femenina—. ¡Si yo pudiera presenciar la detención!

—Tengamos paciencia. Con seguridad que Arsène Lupin ha descubierto ya la presencia de su enemigo. Entonces preferirá salir del barco entre los últimos, cuando los ojos del viejo policía estén ya cansados.

El desembarque dio comienzo. Apoyado en su paraguas, con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la muchedumbre que se agolpaba entre las dos balaustradas. Yo observé que un oficial de a bordo, colocado detrás de él, le daba informes de cuando en cuando.

El marqués de Raverdan, el comandante Rawson, el italiano Rivolta fueron desfilando, y otros, muchos otros… Y entonces observé que Rozaine se acercaba.

¡Pobre Rozaine! ¡No parecía repuesto todavía de sus desventuras!

—Quizá sea él, a pesar de todo —me dijo la señorita Nelly—. ¿Qué cree usted?

—Yo pienso que sería en extremo interesante el conservar en una misma fotografía a Rozaine y Ganimard. Tome usted mi máquina, pues estoy demasiado cargado de cosas.

Se la di, pero era ya demasiado tarde para que pudiera servirse de ella. Rozaine pasaba ya. El oficial se inclinó sobre la oreja de Ganimard, este alzó levemente los hombros y Rozaine siguió adelante.

Pero, entonces, Dios mío, pero ¿quién era Arsène Lupin?

—Sí —dijo ella en voz alta—. ¿Quién?

Ya no quedaban más que una veintena de personas. Ella las observaba sucesivamente con el temor confuso de que entre aquellas veinte una de ellas fuera él.

Yo dije:

—Ya no podemos esperar más tiempo.

Ella se adelantó y yo la seguí. Pero apenas habíamos caminado diez pasos, cuando Ganimard nos cerró el paso.

—Bien, ¿qué ocurre? —exclamé yo.

—Un momento, señor. ¿Qué prisa tiene usted?

Y luego repitió con voz más imperiosa:

—Un momento, señor.

—Voy acompañado de esta señorita.

Ganimard me observó profundamente, y luego, clavando sus ojos en los míos, me dijo:

—Arsène Lupin, ¿no es así?

Yo me eché a reír.

—No, yo soy Bernard de Andrézy simplemente.

—Bernard de Andrézy ha muerto hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard de Andrézy hubiese muerto, yo ya no estaría en este mundo. Y ese no es el caso. He aquí mis documentos.

—Estos son sus documentos. Pero cómo es que usted los tienen en su poder, es algo que tendré el placer de explicárselo.

—Pero ¡usted está loco! Arsène Lupin se ha embarcado bajo el nombre de R.

—Sí, ese es uno más de sus trucos, una falsa pista sobre la cual usted los lanzó.

¡Ah! Es usted muy valeroso, buen mozo. Pero esta vez la suerte se le ha vuelto de espaldas. Vamos a ver, tú, Lupin, muestra que eres un buen jugador.

Dudé un instante. De un golpe seco me golpeó en el antebrazo derecho. Lancé un grito de dolor. Había golpeado sobre la herida aún mal cerrada de que hablaba el telegrama.

Veamos. Era preciso resignarse. Me volví hacia la señorita Nelly. Esta escuchaba lívida, vacilante.

Su mirada se tropezó con la mía, luego la bajó hacia la máquina de retratar que yo le había entregado. Hizo un ademán brusco y tuve la impresión, tuve la certidumbre, de que ella comprendió todo súbitamente. Sí, allí estaban entre las paredes estrechas de cuero granulado negro, en las dobleces de aquel pequeño objeto que yo había tenido la precaución de depositar en sus manos antes de que Ganimard me detuviera… sí, era allí exactamente donde se encontraban los veinte mil francos de Rozaine y las perlas y los diamantes de lady Jerland.

¡Ah! Lo juro. En ese momento solemne, cuando Ganimard y dos de sus ayudantes me rodearon, todo me fue indiferente, tanto la detención como la hostilidad de la gente… todo excepto esto: la resolución que adoptaría la señorita Nelly respecto a lo que yo le había confiado.

Que hubiese contra mí esa prueba material y decisiva, yo ni pensaba siquiera en temerlo… pero esa prueba, ¿se decidiría la señorita Nelly a proporcionarla?

¿Sería yo traicionado por ella, perdido por ella? ¿Procedería ella como un enemigo que no me perdonase, o bien como una mujer que me recuerda y cuyo desprecio se atenúa con un poco de indulgencia, con un poco de simpatía involuntaria?

Ella pasó ante mí, yo la saludé muy bajo, sin una sola palabra. Mezclada con los demás pasajeros, se dirigió hacia la pasarela con mi máquina fotográfica en la mano.

«Sin duda —pensaba yo—, ella no se atreve a hacerlo en público. Será dentro de una hora, dentro de un instante, que ella la entregará.»

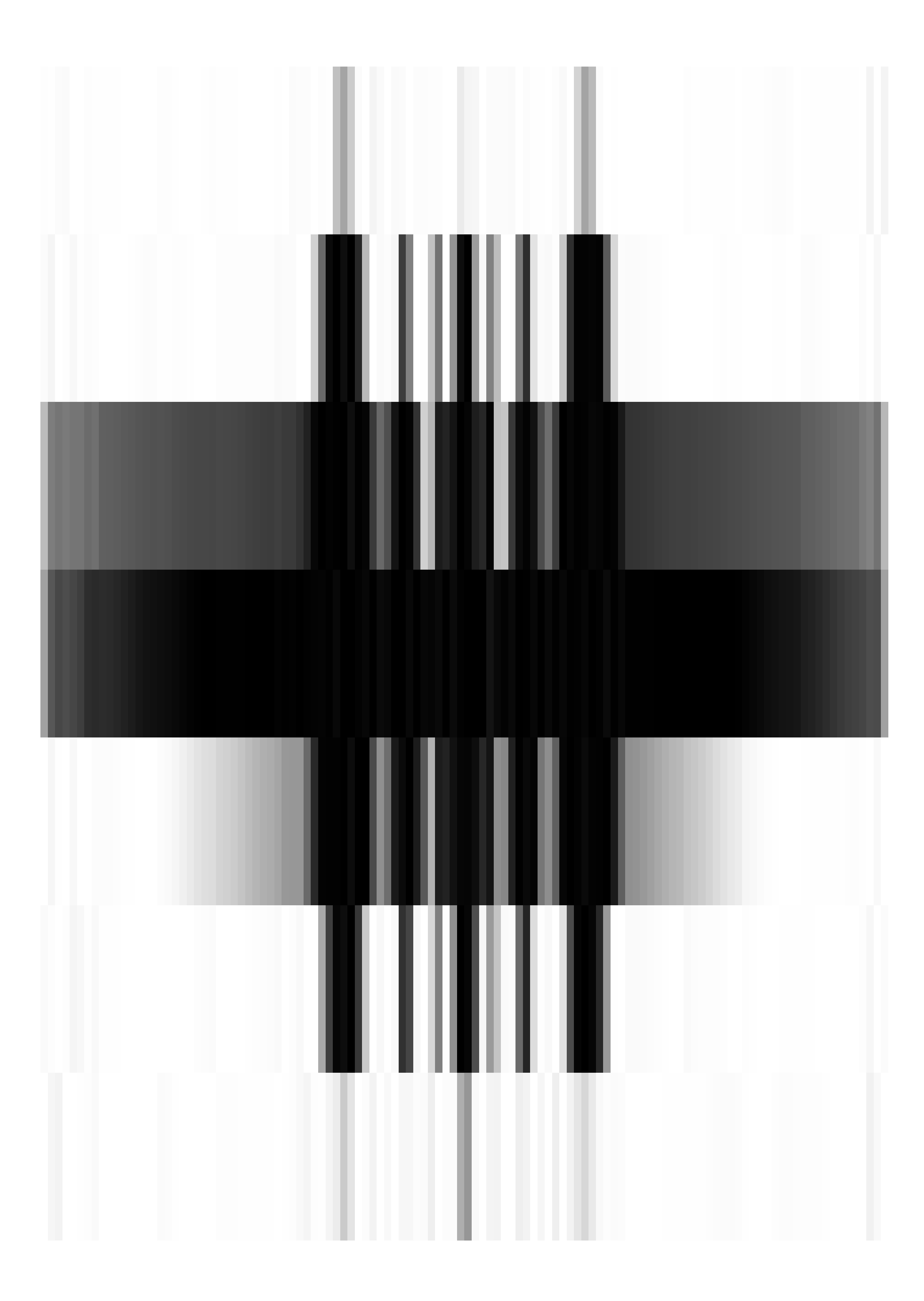
Pero, al llegar al medio de la pasarela, con un movimiento torpe y mal disimulado, dejó caer la máquina al agua entre el muro del muelle y el costado

del navío.

Luego la vi alejarse.

Su bella silueta se perdió entre la multitud, volvió a aparecer y de nuevo desapareció. Todo había terminado… terminado para siempre. Por un instante, quedé inmóvil, triste y a la vez penetrado de una dulce ternura, y luego, para gran sorpresa de Ganimard, suspiré:

—Qué pena, a pesar del todo, el no ser un hombre honrado…



Fue así como, en una tarde de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su detención. El cúmulo de incidentes cuyo relato yo escribiría algún día, había anudado entre nosotros unas ligaduras… diría yo ¿de amistad? Sí, me atrevería a decir que Arsène Lupin me honra con cierta amistad y que es por amistad que él llega algunas veces a mi casa de improviso, trayendo al silencio de mi gabinete de trabajo su alegría juvenil, el resplandor de su vida ardiente, su bello humor de hombre para quien el destino no tiene más que favores y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo podría pintarlo yo? Veinte veces he visto a Arsène Lupin y veinte veces es un ser diferente el que se me ha presentado… o, más bien dicho, el mismo ser del cual veinte espejos me hubieran enviado otras tantas imágenes deformadas, teniendo cada una sus ojos particulares, su forma especial de rostro, su gesto propio, su silueta y su carácter.

—Yo mismo —me dijo él— ya no sé quién soy. Frente a un espejo ya no me reconozco.

Humor, ciertamente, y paradoja, pero a la vez una verdad con respecto a aquellos que se tropiezan con él y que ignoran sus recursos infinitos, su paciencia, su arte para maquillarse, su prodigiosa facultad para transformar hasta las proporciones de su rostro y de alterar incluso la relación existente entre sus rasgos.

—¿Por qué —dice él también— habría de tener yo una apariencia definida? ¿Por qué no evitar ese peligro de una personalidad siempre idéntica? Mis actos me designan suficientemente.

Y con un poquito de orgullo precisa:

—Tanto mejor si no pueden decir jamás con entera certidumbre: «He aquí a Arsène Lupin». Lo esencial es que digan sin temor a equivocarse: «Arsène Lupin ha hecho esto o aquello».

Son algunos de sus actos, algunas de sus aventuras los que yo trato de reconstruir, conforme a las confidencias de las cuales tuvo la generosidad de hacerme partícipe, en ciertas tardes de invierno, en el silencio de mi gabinete de trabajo.

2

Arsène Lupin en prisión

No hay un turista digno de ese nombre que no conozca las orillas del Sena y que no haya observado, yendo desde las ruinas de Jumièges a las ruinas de Saint Wandrille, el extraño y pequeño castillo feudal de Malaquis, tan orgullosamente erguido sobre su roca en pleno río. El arco de un puente lo une con la carretera. La base de sus torres sombrías se confunde con el granito que la sostiene y que es un enorme bloque de piedra desprendido de no se sabe qué montaña y arrojado allí por alguna formidable convulsión. Todo alrededor, el agua tranquila del gran río juega sobre los cañaverales, y las aguanieves tiemblan sobre la cresta húmeda de los guijarros.

La historia del castillo de Malaquis es ruda como su nombre, áspera como su silueta. No hubo allí más que combates, cercos, asaltos, rapiñas y matanzas. En las veladas de la tierra de Caux, se evocan con estremecimiento los crímenes que allí se cometieron. Se cuentan misteriosas leyendas. Se habla del famoso subterráneo que antaño conducía a la abadía de Jumièges y la mansión de Agnès Sorel, la bella amiga de Carlos VII.

En este antiguo refugio de héroes y de pícaros, habita el barón Nathan Cahorn, el barón Satán, como antaño le llamaban en la Bolsa, donde se enriqueció un tanto bruscamente. Los señores del castillo de Malaquis, arruinados, tuvieron que vender por un pedazo de pan aquella mansión de sus antepasados. Ha instalado allí sus admirables colecciones de muebles y de cuadros, de lozas y de maderas talladas. Vive solo con tres viejos criados. Nadie entra allí jamás; nadie ha contemplado en el decorado de sus salas antiguas los tres Rubens que posee, sus dos Watteaus, su silla de Jean Goujon, y tantas otras maravillas arrancadas a golpes de billetes de banco a los más ricos concurrentes habituales a las subastas públicas.

El barón Satán tiene miedo. Tiene miedo no tanto por él mismo como por los tesoros acumulados con una pasión tan tenaz y la perspicacia de un aficionado a quien los más diestros mercaderes no pueden envanecerse de haber inducido al error. Ama esos tesoros. Los ama ansiosamente como un avaro, y celosamente como un enamorado.

Cada día, al ponerse el sol, las cuatro puertas de hierro forjado que dominan las dos extremidades del puente de la entrada del patio de honor son cerradas y echados los cerrojos. Al menor toque, unas campanillas eléctricas vibrarían en el silencio. Por el lado del Sena, nada hay que temer: la roca se alza perpendicularmente.

Sin embargo, una tarde de septiembre el cartero se presentó como de ordinario al extremo del puente. Y conforme a la regla cotidiana, fue el propio barón quien abrió el pesado batiente.

Examinó tan minuciosamente a aquel hombre, que tal parecía que no conociera desde hacía ya años aquel rostro campechano, alegre, con sus ojos maliciosos de campesino; y el hombre le dijo riendo:

—Soy yo, el mismo de siempre, señor barón. No soy otro que hubiera tomado y vestido mi blusa y se hubiera puesto mi gorra.

—¿Acaso sabe uno nunca? —murmuró Cahorn.

El cartero le hizo entrega de un montón de periódicos. Luego añadió:

—Y ahora, señor barón, hay novedades.

—¿Novedades?

—Una carta… y además certificada.

Aislado, sin amigos ni nadie que se interesara por él, el barón jamás recibía carta alguna, e inmediatamente todo ello le pareció un acontecimiento de mal augurio por el cual tenía motivos para inquietarse. ¿Quién era aquel misterioso corresponsal que venía a importunarlo en su retiro?

—Tiene usted que firmar, señor barón.

Firmó, mascullando algo. Luego tomó la carta, esperó a que el cartero hubiese desaparecido en la vuelta del camino y después de haber caminado algunos pasos de arriba a abajo se apoyó contra el parapeto del puente y rasgó el sobre. Este contenía una hoja de papel cuadriculado llevando como encabezado este manuscrito: «Prisión de la Santé, París». Luego miró la firma: «Arsène Lupin». Estupefacto, leyó:

Señor barón:

En la galería que une sus dos salones existe un cuadro de Felipe Champaigne de excelente manufactura y que me agrada sobremanera. Vuestros Rubens son también de mi agrado, así como el más pequeño de sus Watteaux. En el salón de la derecha anoto el aparador de Louis XIII, los tapices de Beauvais, el velador estilo Imperio firmado por Jacob, y el armario Renacimiento. En el de la izquierda, toda la vitrina de las joyas y de las miniaturas.

Por esta vez yo me conformaría con esos objetos que creo son fáciles de pasar y transferir. Por consiguiente, le ruego los haga embalar en forma conveniente y expedirlos a mi nombre (a porte pagado) a la estación ferroviaria de Batignolles, antes de las ocho… pues de no ser así yo mismo haré proceder a su traslado durante la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre. Y cual es justo, no me conformaré con objetos que no sean los indicados.

Le ruego perdone las pequeñas molestias que le causo y sírvase aceptar la expresión de mis sentimientos de respetuosa consideración.

ARSÈNE LUPIN

P. S.: Sobre todo no me envíe el más grande de los Watteaux. Aun cuando usted haya pagado por él en la Casa de Ventas treinta mil francos, no es sino una copia, pues el original fue quemado en tiempos del Directorio por Barras, en una noche de orgía. Consulte usted las Memorias inéditas de Garat.

Tampoco me interesa la castellana Louis XV, cuya autenticidad me parece dudosa.

Esta carta trastornó al barón de Cahorn. Firmada por cualquier otra persona, aquella le hubiera dejado considerablemente alarmado, pero ¡firmada por Arsène Lupin!

Lector asiduo de la prensa y estando al corriente de todo cuanto ocurría en el mundo en casos de robos y crímenes, no ignoraba nada con respecto a las hazañas del temible ladrón. Verdad es que sabía que Lupin, detenido en Estados Unidos por su enemigo Ganimard, se hallaba preso y que se estaba tramitando su proceso, y con qué dificultad. Pero sabía también que cabía esperarlo todo por parte de él. Por anticipado, pensaba que aquel conocimiento exacto del castillo, de la colocación de los cuadros y de los muebles constituía un indicio de los más temidos. ¿Quién le había informado sobre cosas que nadie había visto jamás?

El barón alzó la mirada y contempló la silueta indómita del castillo de Malaquis, su pedestal abrupto, el agua profunda que lo rodea, y se encogió de hombros. No, decididamente no había peligro alguno. Nadie en el mundo podría penetrar hasta el santuario inviolable de sus colecciones.

Nadie, sí; pero ¿y Arsène Lupin? ¿Para Arsène Lupin, acaso existen puertas, puentes levadizos, murallas? ¿De qué sirven los obstáculos mejor imaginados, las más hábiles precauciones, si Arsène Lupin ha decidido apoderarse de un determinado objeto?

Aquella misma noche escribió al fiscal de la República de Rouen. Le envió la carta con las amenazas y pedía ayuda y protección.

La respuesta no tardó en llegar encontrándose el llamado Arsène Lupin actualmente detenido en la Santé, vigilado de cerca y en la imposibilidad de escribir, aquella carta no podía ser sino la obra de un imitador. Todo apuntaba a ello, tanto la lógica como el sentido común. Sin embargo, y por exceso de prudencia se había encargado a un perito el examen de la escritura y este declaró que, a pesar de ciertas analogías aquella escritura no era la del detenido.

«¡A pesar de ciertas analogías!» Estas palabras se grabaron especialmente en el pensamiento del barón, pues en ellas veía la declaración de una duda que, en su concepto, debiera ser suficiente para que la justicia interviniese. Sus temores se exacerbaron. No cesaba de releer la carta. «Yo mismo haré proceder a su traslado.» Y aquella fecha exacta: la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre…

Lleno de sospechas y taciturno, el barón no se había atrevido a confiarse a sus criados, cuya devoción hacia él no le parecía hallarse al abrigo de toda prueba. No obstante, por vez primera después de muchos años, experimentaba la

necesidad de hablar, de pedir y oír consejo. Abandonado por la justicia de su patria, ya no esperaba poder defenderse con sus propios recursos y estuvo a punto de marcharse a París a implorar la ayuda de algún antiguo policía.

Los días pasaron. Al tercero, mientras leía sus periódicos, se estremeció de alegría. El Réveil de Caudebec publicaba este suelto:

Tenemos el placer de que se encuentre entre nuestras murallas, pronto hará tres semanas, el inspector jefe Ganimard, uno de los veteranos del servicio de Seguridad. El señor Ganimard, al cual la detención de Arsène Lupin, su más reciente proeza, le ha valido fama en toda Europa, descansa aquí de sus prolongadas tareas, pescando gobios y brecas.

¡Ganimard! He ahí al auxiliar que buscaba el barón de Cahorn. ¿Quién mejor que el hábil y paciente Ganimard sabría hacer malograr los proyectos de Lupin?

El barón ya no dudó más. Seis kilómetros separaban el castillo de la pequeña ciudad de Caudebec. Los recorrió con paso alegre, como un hombre estimulado por la esperanza de la seguridad.

Tras varios intentos infructuosos para descubrir la dirección del inspector jefe, se dirigió a las oficinas del Réveil, situadas en medio del muelle. Allí encontró al redactor que había escrito la gacetilla, el cual, acercándose a la ventana, exclamó:

—¿Ganimard? Puede estar usted seguro de encontrarle a lo largo del muelle, con la caña de pescar en la mano. Es allí donde yo entablé conocimiento con él y donde leí por casualidad su nombre grabado en la caña. Escuche, es aquel viejecito que se divisa allí, bajo los árboles del paseo.

—¿El que lleva una levita y sombrero de paja?

—Exactamente. ¡Ah! Es un tipo extraño, que no tiene nada de hablador y es más bien malhumorado.

Cinco minutos después, el barón se acercaba al célebre Ganimard, se presentaba

a él y trataba de entablar conversación con el mismo. Pero no lo lograba. Entonces abordó con franqueza el asunto, y le expuso su caso.

El otro escuchó inmóvil, sin perder de vista los peces a los que acechaba; después volvió la cabeza hacia el barón, le miró de pies a cabeza y con un aire de profunda lástima dijo:

—Señor, no es en modo alguno costumbre de prevenir a las personas de que se las va a despojar de lo suyo. Arsène Lupin, en particular, no comete semejantes errores.

—Sin embargo…

—Señor, si yo tuviera la menor duda, créame que el placer de meterme aún más a fondo en las andanzas de mi querido Arsène Lupin lo sobrepondría a toda otra consideración. Por desgracia, ese joven se encuentra detrás de las rejas.

—¿Y si se escapara?

—No se escapa nadie de la Santé.

—Pero él…

—Él no más que los otros…

—No obstante…

—Pues bien: si él escapa, tanto mejor, yo volveré a echarle la mano. Mientras tanto, duerma usted tranquilo y no asuste usted más a esta breca.

La conversación se había acabado. El barón regresó a su casa un tanto tranquilizado por la despreocupación manifestada por Ganimard. Comprobó las cerraduras, espió a los criados y transcurrieron cuarenta y ocho horas durante las cuales llegó casi a persuadirse de que, en resumen, sus temores eran quiméricos. No, decididamente, cual lo había dicho Ganimard, no se previene a las personas a quienes se va a despojar de lo suyo.

La fecha se aproximaba. La mañana del martes víspera del 27, nada de particular ocurrió. Pero a las tres de la tarde un chico llamó a la puerta. Era portador de un despacho:

No hay ningún paquete en la estación de Batignolles. Prepare todo para mañana por la noche.

ARSÈNE

De nuevo volvió a ser aquello la locura, a tal extremo que el barón se preguntó sí no sería mejor ceder a las exigencias de Arsène Lupin.

Corrió a Caudebec. Ganimard estaba pescando en el mismo lugar, sentado en una silla plegable. Sin decir una palabra, le tendió el telegrama.

—¿Y qué? —preguntó el inspector.

—¿Y qué? Pero si es mañana…

—¿El qué?

—¡El robo! ¡El pillaje de mis colecciones!

Ganimard dejó a un lado su caña, se volvió hacia él, y con los brazos cruzados sobre el pecho exclamó con tono de impaciencia.

—¡Ah, caray! ¿Acaso usted se imagina que me voy a ocupar de un asunto tan estúpido?

—¿Qué precio pone usted a pasar en el castillo la noche del veintisiete al veintiocho de septiembre?

—Ni un solo céntimo, y déjeme usted en paz.

—Fije usted el precio, yo soy rico, en extremo rico.

La brusquedad de la oferta desconcertó a Ganimard, que dijo, ya con más calma:

—Me encuentro aquí de vacaciones y no tengo derecho a mezclarme…

—Nadie lo sabrá. Me comprometo, ocurra lo que ocurra, a guardar silencio.

—¡Oh! No ocurrirá nada.

—Veamos, entonces. Tres mil francos, ¿es suficiente?

El inspector sorbió un poco de rapé, reflexionó, y dejó caer estas palabras:

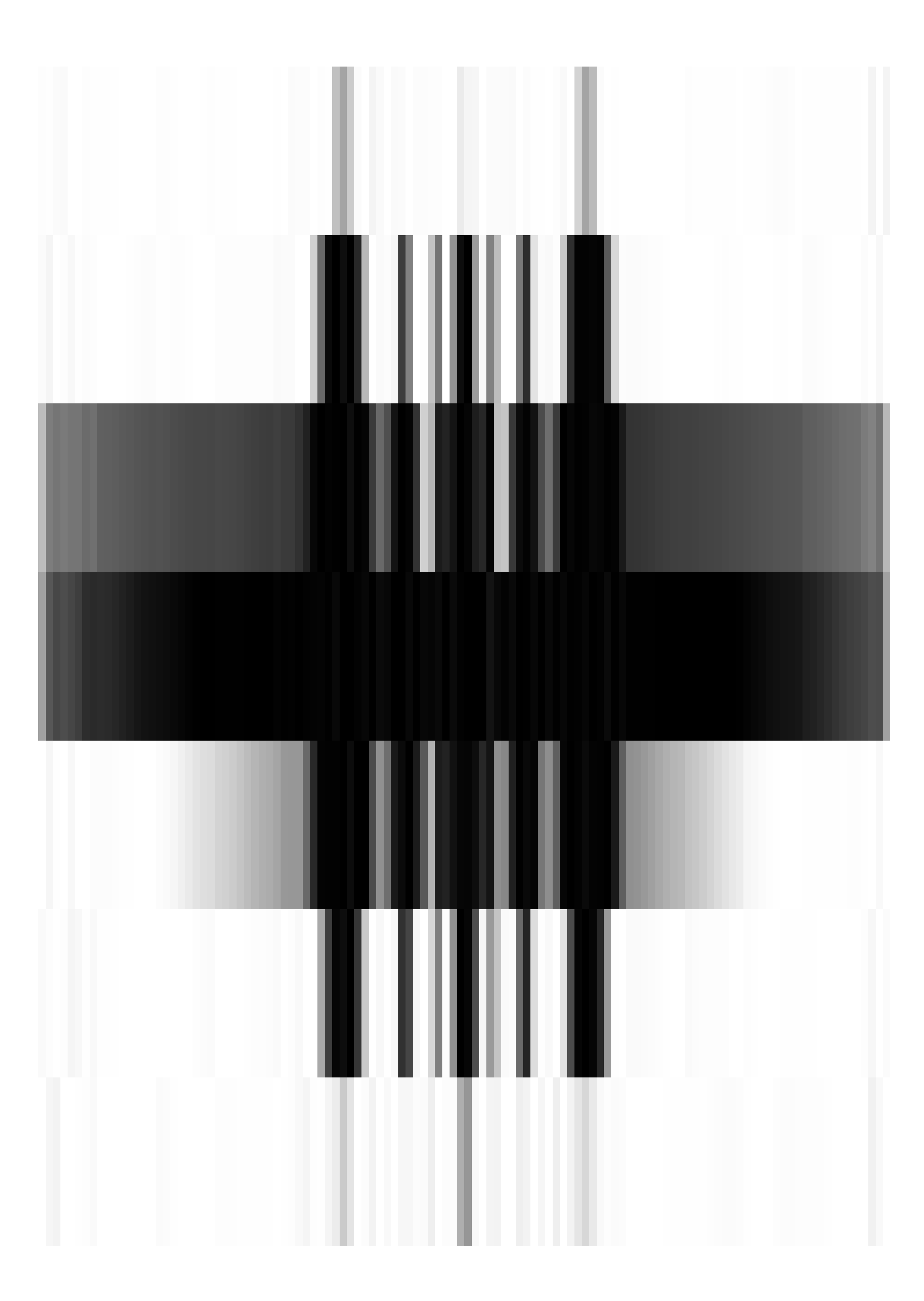
—Sea. Solo que debo declararle a usted lealmente que ese es un dinero tirado por la ventana.

—Me es igual.

—En ese caso… Pero, después de todo, nunca se sabe con ese diablo de Lupin. Debe de tener a sus órdenes a toda una banda… ¿Está usted seguro de sus criados?

—En verdad…

—Entonces no contemos con ellos. Voy a advertir por telegrama a dos mozos amigos míos, que nos darán mayor seguridad… Y ahora márchese usted, que no nos vean juntos. Hasta mañana a eso de las nueve…



Al día siguiente, fecha fijada por Arsène Lupin, el barón de Cahorn descolgó su panoplia, preparó sus armas y se paseó por las inmediaciones de Malaquis. No le sorprendió nada equívoco.

Por la noche, a las ocho y media, mandó retirarse a sus criados. Estos vivían en un ala del castillo cuya fachada daba a la carretera, pero un poco retirada de aquella y a un extremo del primero. Una vez a solas abrió silenciosamente las cuatro puertas. Tras un momento, escuchó pasos que se acercaban.

Ganimard presentó a sus dos mejores auxiliares, que eran dos corpulentos mozos, con el cuello de toro y fuertes manos, y luego pidió ciertas explicaciones. Una vez que ya se dio cuenta de la disposición de los diversos lugares, cerró cuidadosamente las puertas y atrancó todas las entradas por donde pudiera penetrarse en las salas amenazadas. Inspeccionó los muros, levantó los tapices y finalmente instaló a sus agentes en la galería central.

—Y no cometan una tontería, ¿eh? No estamos aquí para dormir. A la menor señal de alarma abran las ventanas del patio y llámenme. Tengan igualmente cuidado por el lado del agua. Diez metros de precipicio, a unos diablos de ese calibre, no les espantan.

Los encerró allí, se llevó las llaves, y le dijo al barón:

—Y ahora a nuestro puesto.

Había escogido para pasar la noche una pequeña estancia abierta en las gruesas murallas entre las dos puertas principales y que antaño constituía, el reducto del vigía. Sobre el puente se abría una mirilla y otras sobre el patio. En un rincón podía verse algo que semejaba el orificio de un pozo.

¿Usted, sin duda, me ha dicho, señor barón, que este pozo era la única entrada a los subterráneos, y que hasta donde alcanza el recuerdo de los hombres ha estado tapada?

—Sí.

—Entonces, a menos que exista otra salida desconocida para todos, excepto para Arsène Lupin, lo que parece un tanto problemático, podemos estar tranquilos.

Alineó tres sillas, se tendió cómodamente sobre ellas, encendió su pipa y suspiró.

—Verdaderamente, señor barón, es preciso que yo sienta unos vehementes deseos de añadir un piso a la casita donde deberé acabar mis días para haber aceptado una tarea tan elemental como esta. Yo le contaré esta historia al amigo de Lupin y reventará de risa.

Pero el barón no reía. Con el oído al acecho interrogaba al silencio de la noche con una creciente inquietud. De cuando en cuando se inclinaba sobre el pozo y lanzaba sobre el agujero una mirada ansiosa.

Sonaron las once de la noche, la medianoche y la una.

De pronto agarró del brazo a Ganimard, que se despertó sobresaltado.

—¿No oye usted?

—Sí.

—¿Qué es eso?

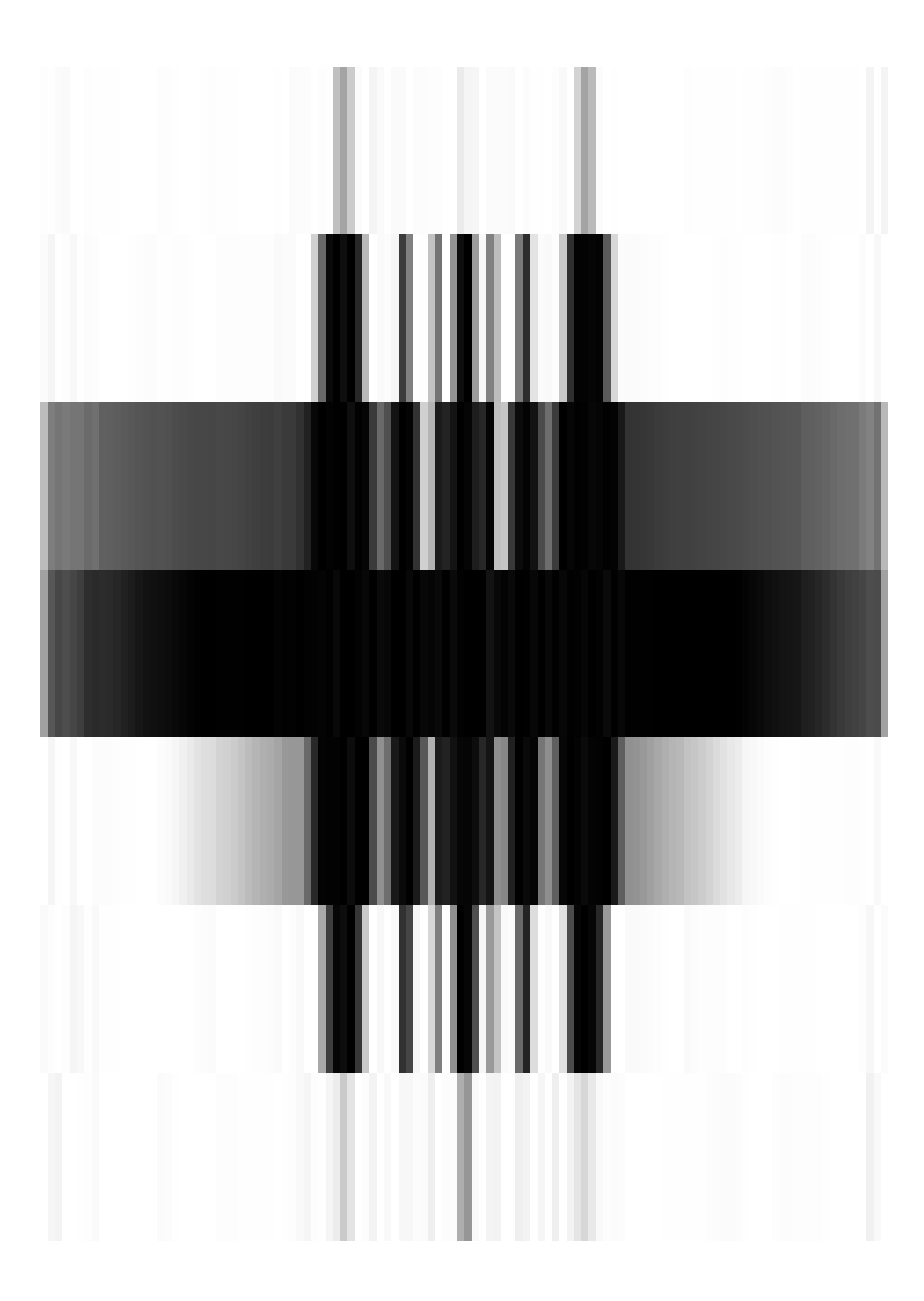
—Soy yo que ronco.

—No, no es eso. Escuche…

—¡Ah! Perfectamente. Es la bocina de un automóvil.

—¿Y entonces?

—Pues, entonces… que es poco probable que Lupin se sirva de un automóvil como de un ariete para derribar su castillo. Y, en verdad, yo, en su lugar, me dormiría… tal como yo voy a tener el honor de hacer de nuevo. Buenas noches.



Esa fue la única alarma. Ganimard pudo así reanudar su interrumpido sueño, y el barón no escuchó otra cosa que los ronquidos de aquel, sonoros y regulares.

Al despuntar el alba salieron de su celda. Una grande y serena paz, la paz de la mañana en la orilla del agua fresca, envolvía el castillo. Subieron la escalera: Cahorn radiante de alegría y Ganimard siempre tranquilo. Ningún ruido. Nada sospechoso.

—¿Qué le había yo dicho a usted, señor barón? En el fondo, yo no debería haber aceptado… Me siento avergonzado…

Tomó las llaves y penetró en la galería.

Sobre dos sillas, encorvados, con los brazos colgantes, los dos agentes dormían.

—¡Rayos y truenos! —gruñó el inspector.

En el mismo instante, el barón lanzaba un grito:

—¡Los cuadros!… ¡El aparador!…

Balbucía sofocado y con la mano extendida hacia los lugares vacíos, hacia los muros desnudos donde resaltaban los clavos de colgar los cuadros y donde pendían unas cuerdas ahora inútiles. ¡El Watteau había desaparecido! ¡Los Rubens habían sido quitados de allí! Los tapices habían sido llevados, las vitrinas vaciadas de sus joyas…

—Y mis candelabros Louis Dieciséis… y el candelabro del Regente… y mi Virgen del siglo doce…

Corría de un lugar a otro perdido, desesperado. Recordaba los precios que había pagado por aquellas obras y objetos, le añadía las pérdidas sufridas, acumulaba cifras, todo ello en torbellino, en palabras que apenas se distinguían, en frases sin acabar. Tropezaba, se estremecía y se convulsionaba, loco de rabia y de dolor. Se hubiera dicho que se trataba de un hombre arruinado a quien ya no le queda otro recurso que volarse la tapa de los sesos.

Si algo hubiera podido consolarle, hubiera sido el ver el estupor de Ganimard. Al

contrario del barón, aquel no se movía. Parecía petrificado, y con mirada vaga examinaba las cosas. ¿Las ventanas? Cerradas. ¿Las cerraduras de las puertas? Intactas. Ningún agujero en el techo. Ninguna brecha en el piso. Todo aquello tenía que haberse efectuado metódicamente, conforme a un plan inexorable y lógico.

—Arsène Lupin… Arsène Lupin… —murmuraba como hundido.

De pronto saltó sobre los dos agentes, como si al fin le hubiera impulsado la cólera, los sacudió furiosamente y los injurió. Pero no se despertaron ni se movieron siquiera.

—¡Diablo! —exclamó—. ¿Acaso, por casualidad…?

¡Se inclinó sobre ellos y observó a uno tras otro con atención: dormían, pero con un sueño que no tenía nada de natural!

Le dijo al barón:

—Los han narcotizado.

—Pero ¿quién?

—¡Caramba! Fue él… o su banda, pero dirigida por él. Este golpe corresponde a su estilo. Es su marca.

—En ese caso, estoy perdido, no hay nada que hacer.

—Nada que hacer.

—Pero esto es abominable, es monstruoso.

—Presente usted una denuncia.

—¿Y de qué servirá?

—Caramba. Haga la prueba… La justicia tiene recursos…

—La justicia… Pero usted lo ve por sí mismo… En este momento, usted podría estar ya buscando un indicio, descubrir alguna cosa, y usted no se mueve siquiera.

—¿Descubrir algo con Arsène Lupin? Pero, ¡querido señor, Arsène Lupin jamás deja nada detrás de él! No hay casualidades con Arsène Lupin. Estoy a punto de preguntarme si no habrá sido voluntariamente que se hizo detener por mí en Estados Unidos.

—¡Entonces, yo debo renunciar a mis cuadros, a todo! Pero si lo que él me ha robado son las perlas de mi colección. Yo daría una fortuna por recobrarlas. Si nada se puede contra él, entonces que diga el precio.

Ganimard le observó fijamente.

—Esas son palabras sensatas. ¿No las retira usted?

—No, no, no. Pero ¿por qué?

—Es una idea que se me ha ocurrido.

—¿Qué idea?

—Ya volveremos a hablar de eso si la investigación no da resultado. Solamente que no diga usted una sola palabra de mí, si usted pretende que yo tenga éxito.

Y luego añadió, entre dientes:

—Y además, verdaderamente, yo no tengo de qué vanagloriarme.

Los dos agentes recobraban poco a poco el conocimiento, con ese aire atontado de quien sale de un sueño hipnótico. Abrían los ojos asombrados y trataban de comprender. Cuando Ganimard los interrogó, no se acordaban de nada.

—Sin embargo, ustedes debieron de ver a alguien. ¿No?

—No.

—¿Recuerdan?

—No, no.

—¿Y no han bebido nada?

Reflexionaron, y uno de ellos respondió:

—Sí, yo he bebido un poco de agua.

—¿Agua de esta botella?

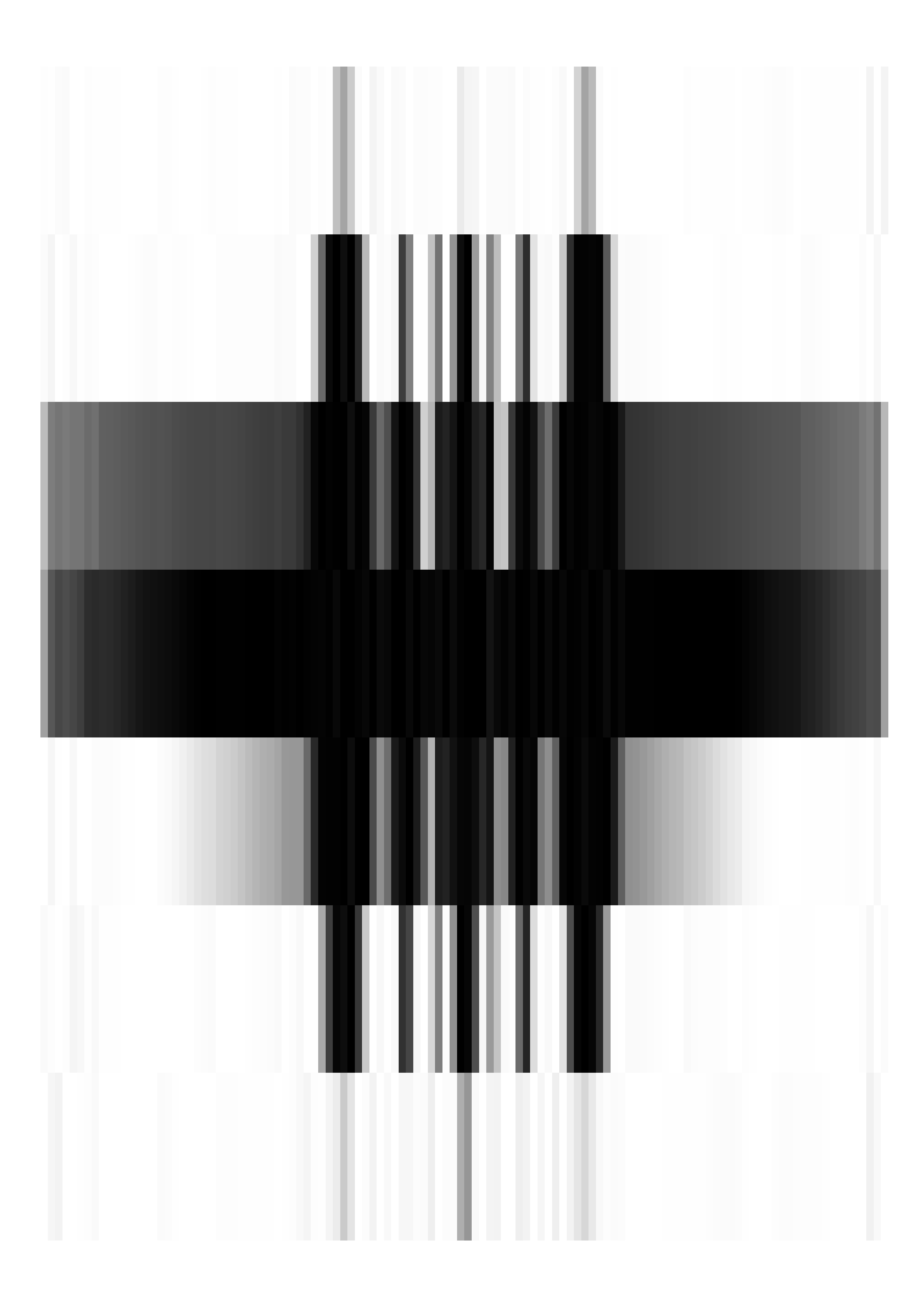
—Sí.

—Y yo también —declaró el segundo.

Ganimard observó el agua y la probó. No tenía ningún gusto especial, ningún olor.

—Vamos —dijo después—, estamos perdiendo nuestro tiempo. No es en cinco minutos que se resuelven los problemas planteados por Arsène Lupin. Pero, ¡caray!, juro que lo atraparé otra vez. Ha ganado la segunda partida, pero a mí me corresponderá la definitiva.

Aquel mismo día, el barón de Cahorn presentó una denuncia por robo contra Arsène Lupin, ¡que estaba detenido en la Santé!



Dicha denuncia el barón la lamentó después con frecuencia, cuando vio el castillo de Malaquis invadido por los gendarmes, el fiscal, el juez de instrucción, los periodistas y todos los curiosos que siempre se mezclan allí donde jamás debieran estar presentes.

El suceso apasionaba a la opinión pública, pues, además de producirse en circunstancias tan extrañas, el nombre de Arsène Lupin excitaba a tal punto las imaginaciones, que las historias más fantásticas llenaban las columnas de los periódicos y eran objeto de aceptación entre el público.

Pero la primera carta de Arsène Lupin que publicó el Écho de France… —y nadie supo jamás quién le había comunicado el texto al periódico—, aquella carta en que el barón era audazmente prevenido de lo que le amenazaba, causó una gran emoción. Inmediatamente se plantearon explicaciones fabulosas y se recordó la existencia de los famosos subterráneos en el castillo. Y la policía, influida por ello, impulsó sus investigaciones por ese camino.

El castillo fue registrado de arriba abajo. Se interrogó a cada una de sus piedras. Se estudiaron los entarimados y las chimeneas, los marcos de los espejos y las vigas de los techos. A la luz de las antorchas se examinaron sótanos y bodegas inmensas, donde los antiguos señores del Malaquis almacenaban antaño sus municiones y sus provisiones. Se sondearon las entrañas de las rocas. Pero todo fue en vano. No se descubrió el menor vestigio del supuesto subterráneo. No existía en absoluto un pasadizo secreto.

Sea, respondían todos por todas partes, pero el hecho es que se desvanecieron muebles y cuadros como si hubieran sido fantasmas. Se fueron a través de puertas y ventanas, y las personas que se apoderaron de ellos entraron y salieron del castillo igualmente por puertas y ventanas. ¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo penetraron en el castillo? ¿Y cómo salieron de él?

La policía de Rouen, convencida de su impotencia, solicitó la ayuda de los agentes de París. El señor Didouis, jefe de Seguridad, envió a sus mejores sabuesos de la brigada llamada de hierro. Y él mismo en persona permaneció cuarenta y ocho horas en el castillo de Malaquis, pero no tuvo mayor éxito.

Fue entonces cuando envió al inspector Ganimard, cuyos servicios había tenido ocasión a menudo de apreciar.

Ganimard escuchó con atención las instrucciones de su superior, y luego, inclinando la cabeza, pronunció estas palabras:

—Yo creo que se sigue un camino falso obstinándose en registrar el castillo. La solución está fuera de él.

—Entonces, ¿dónde?

—En Arsène Lupin.

—¡En Arsène Lupin! Suponer eso equivaldría a admitir su intervención en el robo.

—Yo la admito. Y más aún: la considero como cosa segura.

Vamos, Ganimard, eso es absurdo. Arsène Lupin está en la cárcel.

—Sí, Arsène Lupin está en la cárcel. Está vigilado, le concedo a usted esto. No obstante, tendría grilletes en los pies, las muñecas amarradas con cuerdas y una mordaza en la boca… y a pesar de ello yo no cambiaría de opinión.

—¿Y por qué esa obstinación suya?

—Porque solamente Arsène Lupin tiene talla suficiente para combinar una maquinaria de esa envergadura, y además combinarla de modo tal, que tuviese éxito… como, en efecto, lo ha tenido.

—Eso son solo palabras, Ganimard.

—Pero unas palabras que constituyen realidades. Es inútil andar buscando subterráneos, piedras que giran sobre una espiga y tonterías de ese género. Nuestro individuo no empleó en su juego procedimientos tan anticuados. Se trata de un hombre de nuestro tiempo o, más bien dicho, del tiempo futuro.

—Entonces, ¿sus conclusiones cuáles son?

—Mis conclusiones son el pedirle a usted concretamente autorización para pasar una hora con él.

—¿En su celda?

—Sí. Al regreso de Estados Unidos, durante la travesía, mantuvimos excelentes relaciones, y me atrevo a decir que siente cierta simpatía por quien logró detenerle. Si puede darme informes sin comprometerse, no dudará en evitarme un viaje inútil.

Era un poco después del mediodía cuando Ganimard fue llevado a la celda de Arsène Lupin. Este, tendido sobre su lecho, alzó la cabeza y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah, caramba! Esto es una verdadera sorpresa ¡Ver aquí a mi querido Ganimard!

—El mismo en carne y hueso.

—En este retiro que yo mismo he escogido deseaba muchas cosas… pero ninguna con tanta pasión como volver a verte.

—Eres demasiado amable.

No, en absoluto, no; yo siento por ti la mayor estimación.

—Y yo me siento orgulloso de ello.

—Por mi parte siempre he creído esto: Ganimard es nuestro mejor detective. Vale casi tanto… ya ves que soy franco, vale tanto casi como Sherlock Holmes. Pero, en verdad, me siento desolado de no poder ofrecerte más que este banquillo. Y ni siquiera te puedo obsequiar con un refresco ni un vaso de cerveza. Perdóname, pero estoy aquí de paso.

Ganimard se sentó, sonriendo, y el prisionero reanudó la conversación diciendo:

—¡Dios mío! ¡Qué contento estoy de echar la mirada encima de la cara de un hombre honrado! Ya estoy cansado de todos esos rostros de espías y de soplones que pasan diez veces al día revista a mis bolsillos y a mi humilde celda, para asegurarse de que no preparo una evasión. Diablo, cómo se interesa el Gobierno por mí…

—Y tiene razón.

—No. Yo me sentiría tan feliz si se me dejara vivir en mi pequeño agujero…

—Con las rentas de los demás.

—No es así… Sería tan sencillo… Pero estoy hablando demasiado, no digo más que tonterías y seguramente tú tienes prisa. Vamos al grano, Ganimard. ¿Qué es lo que me proporciona el honor de tu visita?

—El asunto Cahorn —declaró Ganimard sin ambages.

—¡Alto ahí! Un momento… Es que yo he tenido tantos asuntos… Y tú quieres que encuentre inmediatamente en mi cerebro el expediente del asunto Cahorn… ¡Ah!, aquí está, ya lo encontré. Asunto Cahorn, castillo de Malaquis, en el Sena inferior… Dos Rubens, un Watteau y algunos objetos menudos.

—¡Menudos!

—Sí, en verdad, todo ello es de una importancia mediocre. Hay cosas mucho mejores… Pero basta con que el asunto interese… Habla, pues, Ganimard.

—¿Tendré que explicarte en dónde nos encontramos en las investigaciones?

—Es inútil. Ya he leído los periódicos de esta mañana. Incluso me permitiré decirte que no avanzáis lo bastante deprisa.

—Esa es precisamente la razón por la cual acudo a tu generosidad.

—Estoy enteramente a tus órdenes.

—En primer lugar, esto: ¿el asunto ha sido llevado a cabo por ti realmente?

—Desde la A a la Z.

—¿La carta de aviso? ¿El telegrama?

—Son de tu servidor. Incluso debo de tener en alguna parte los recibos del envío.

Arsène abrió un cajón de una mesita de madera blanca que constituía, con el lecho y el banquillo, todo el mobiliario de la celda, tomó dos trozos de papel y se los tendió a Ganimard.

—¡Vaya! —gritó Ganimard—. Yo te creía completamente vigilado y registrado por un quítame allá esas pajas. Y, sin embargo, tú lees los periódicos y hasta

coleccionas recibos del correo…

—¡Bah! ¡Estas gentes son tan tontas! Descosen los forros de mi ropa, inspeccionan las suelas de mis zapatos, auscultan los muros de esta celda, pero ninguno de ellos tendrá jamás la idea de que Arsène Lupin sea lo suficiente ingenuo para escoger un escondrijo tan inocente. Es con eso con lo que yo he contado.

Ganimard, divertido, exclamó:

—¡Qué muchacho tan gracioso! Me desconciertas. Vamos, cuéntame la aventura.

—¡Oh, oh! Vas muy deprisa. ¿Cómo voy a comunicarte mis secretos… a desvelar para ti mis pequeños trucos? Eso es muy grave.

—Entonces, ¿me habré equivocado al contar con tu complacencia?

—No, Ganimard, y puesto que insistes…

Arsène Lupin recorrió con sus pasos dos o tres veces la estancia y luego se detuvo, y dijo:

—¿Qué opinas tú de mi carta al barón?

—Opino que has querido divertirte, asombrar un poco al público.

—¡Ah! Asombrar al público. Pues bien: te aseguro, Ganimard, que te creía más ducho. ¿Cómo puedo yo, Arsène Lupin, entretenerme en esas puerilidades? ¿Acaso habría yo escrito esa carta si hubiera podido desvalijar al barón sin escribirle? ¡Caramba! Comprended tú y todos los demás que esa carta fue el punto de partida indispensable, el recurso que puso en movimiento toda la maquinaria. Veamos, procedamos por orden, y si así lo estimas prepararemos los dos juntos el robo del Malaquis.

—Te escucho.

—Entonces, supongamos un castillo rigurosamente cerrado, atrincherado, cual lo estaba el castillo del barón de Cahorn. ¿Voy yo, acaso, a abandonar la partida y renunciar a unos tesoros que ambiciono poseer, a pretexto de que el castillo donde se guardan es inaccesible? Evidentemente que no. ¿Voy yo a intentar el

asalto, como antaño, a la cabeza de una banda de aventureros?

—Eso sería infantil.

—¿Voy a introducirme en el castillo subrepticiamente?

—Imposible.

—No queda, entonces, más que un medio, el único en opinión mía, y que consiste en hacerme invitar por el propietario de dicho castillo.

—El medio es original.

—¡Y qué fácil! Supongamos que un día dicho propietario recibe una carta advirtiéndole de lo que trama contra él un tal Arsène Lupin, famoso ladrón. ¿Qué hará él?

—Enviará la carta al fiscal.

—El cual se burlará de él, puesto que «el referido Lupin se encuentra actualmente encerrado tras las rejas». Entonces, el buen hombre enloquece y se siente dispuesto a pedir auxilio al primero que se le presente. ¿No es verdad?

—Eso queda fuera de duda.

—Y si ocurre que lee en una hoja de repollo que un célebre policía se encuentra de vacaciones en la vecina localidad…

—Entonces acudirá a ese policía.

—Tú lo has dicho. Pero, por otra parte, admitamos que, en previsión de esa gestión inevitable, Arsène Lupin haya rogado a uno de sus amigos más hábiles que se instale en Caudebec, y se ponga en contacto con un redactor del periódico Réveil, periódico al cual está suscrito el barón, y le dé a entender a ese redactor que él es fulano de tal, el célebre policía. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Que el redactor anunciará en el Réveil la presencia en Caudebec del mencionado policía.

—Perfecto. Y ocurrirá una de estas dos cosas: o bien el pez, quiero decir Cahorn,

no muerde el anzuelo y entonces no sucede nada, o bien, y esta es la hipótesis más verídica, corre a ver al policía todo emocionado. Y he ahí entonces a Cahorn implorando contra mí la ayuda de uno de mis amigos.

—Esto resulta cada vez más original.

—Bien entendido que el seudopolicía rehúsa en un principio el prestarle su ayuda. Luego, sumándose a todo ello, llega un nuevo despacho de Arsène Lupin, para espanto del barón, quien le suplica de nuevo a mi amigo y le ofrece tanto y cuanto para que vigile por su seguridad. El referido amigo acepta y trae consigo a dos mozos de nuestra banda, quienes por la noche, mientras Cahorn está bajo la vigilancia de los ojos de su protector, desvalijan, sacándolos por la ventana, un cierto número de objetos y los dejan deslizarse con la ayuda de cuerdas dentro de una pequeña chalupa fletada al efecto. Es todo tan sencillo como el propio Arsène Lupin.

—Y todo es tontamente maravilloso —gritó Ganimard—; nunca sería yo capaz de elogiar bastante la audacia de la concepción y el ingenio de los detalles. Pero lo que no veo es un policía que sea lo bastante ilustre para que su nombre haya podido atraer y sugestionar al barón hasta ese punto.

—Hay uno y no hay más que uno.

—¿Quién?

—El más ilustre de todos, el enemigo personal de Arsène Lupin. En suma, el inspector Ganimard. Tú mismo, Ganimard. Y he aquí lo que hay de delicioso en todo ello: si tú vas allá y el barón se decide a hablar, acabarás por descubrir que tu deber te dicta el detenerte a ti mismo, como me detuviste a mí en Estados Unidos. ¡Vaya! Mi revancha resulta cómica: yo hago detener a Ganimard por el propio Ganimard.

Arsène Lupin reía a mandíbula batiente. El inspector, bastante vejado, se mordía los labios. La broma no le parecía que mereciese tales accesos de alegría.

La llegada de un guardián de la prisión le dio ocasión de reponerse. El guardián traía la comida que Arsène Lupin, por concesión especial, hacía que le sirvieran de un restaurante vecino. Una vez que hubo depositado la bandeja sobre la mesa, el guardián se retiró. Arsène se instaló, partió el pan, comió dos o tres bocados, y dijo:

—Pero estate tranquilo, mi querido Ganimard, tú no irás allá. Voy a revelarte una cosa que te dejará estupefacto: el asunto Cahorn está a punto de cerrarse.

—¡Cómo!

—A punto de cerrarse, te he dicho.

—Entonces, de ser así, me despido del jefe de Seguridad.

¿Y después qué? ¿Es que acaso el señor Dudouis sabe más sobre lo que me concierne que yo mismo? Sabrás que Ganimard… perdóname, que el seudo Ganimard ha quedado en excelentes relaciones con el barón. Y este, y ello es la razón principal de que nada haya confesado, le ha encargado la muy delicada misión de negociar conmigo una transacción, y a esta hora, mediante una cierta suma, es probable que el barón haya entrado de nuevo en posesión de sus queridos juguetes. A cambio de lo cual retirará su denuncia. Por consiguiente, ya no hay robo. Y las autoridades tendrán entonces que abandonar…

Ganimard observó al detenido con aire estupefacto.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Acabo de recibir el despacho que yo esperaba.

—¿ Acabas de recibir un despacho?

—Hace un instante. Por delicadeza no he querido leerlo en tu presencia. Pero si tú me autorizas…

—Te estás burlando de mí, Lupin.

—Ten la bondad, mi querido amigo, de decapitar este huevo pasado por agua. Comprobarás entonces por ti mismo que no me burlo.

Maquinalmente, Ganimard obedeció y rompió el huevo con ayuda de la hoja de un cuchillo. Lanzó un grito de sorpresa. La cáscara estaba vacía de su primitivo contenido, pero en su lugar había un papel azul. A ruego de Arsène Lupin lo desplegó. Era un telegrama o, más bien dicho, una parte de un telegrama, del cual habían sido arrancadas las indicaciones del telégrafo. Leyó el texto siguiente:

Acuerdo concluido. Entregadas cien mil «balas». Todo marcha bien.

—¿Cien mil «balas»?

—Sí, cien mil francos. Es poco; pero, en fin, los tiempos están malos… Y yo tengo unos gastos generales tan grandes… Si tú supieras a cuánto asciende mi presupuesto… es el presupuesto de una gran ciudad.

Ganimard se levantó. Su mal humor se había evaporado. Reflexionó unos momentos, y abarcó de un vistazo todo el asunto, para tratar de descubrir algún punto débil en él. Después, con un tono en el que dejaba francamente traslucir su admiración de hombre conocedor, exclamó:

—Por suerte no existen docenas de hombres como tú, pues, de lo contrario, la policía tendría que cerrar y liquidar su empresa.

Arsène Lupin adoptó un aire un tanto modesto, y respondió:

—Bah… Era preciso distraerse un poco, ocupar en algo el ocio… tanto más cuanto que el golpe solo podría tener éxito si yo estaba en la cárcel.

¡Cómo! —exclamó Ganimard—. ¿Tu proceso, tu defensa, la instrucción del sumario, todo eso no te basta para distraerte?

—No, puesto que he decidido no asistir a mi proceso.

—¡Oh, oh!

Arsène Lupin replicó con calma:

—No asistiré a mi proceso.

—¿De verdad?

—Mi querido amigo, ¿te imaginas, acaso, que voy a pudrirme sobre la húmeda paja? Me insultas. Arsène Lupin solo permanece en la cárcel el tiempo que le plazca, y ni un minuto más.

—Hubiera sido más prudente el haber empezado por no entrar en ella —objetó el inspector con tono irónico.

—¡Ah! ¿El señor se está burlando? ¿No recuerda el señor que ha tenido el honor de realizar mi detención? Sepa usted, mi respetable amigo, que nadie, ni tú ni ningún otro, hubiera podido echarme la mano encima, si un interés muy superior, mucho más importante que todo, no me hubiera atraído en ese momento crítico.

—Me sorprendes.

—Una mujer me estaba mirando, Ganimard, y yo amaba a esa mujer. ¿Comprendes, acaso, todo cuanto hay en ese hecho de ser mirado por una mujer a la que se ama? El resto me importa poco, te lo juro. Y eso es por lo que me encuentro aquí.

—Después de mucho tiempo, permíteme que ahora lo comprenda así.

—Primero intenté olvidar. No te rías. La aventura había sido encantadora y guardo todavía un tierno recuerdo de todo ello… Y, además, me siento un tanto neurasténico. La vida es tan febril en nuestros días… En ciertos momentos es preciso saber hacer lo que se llama una cura de aislamiento. Este lugar es magnífico para un régimen de ese género. Se practica la cura de la Santé en todo su rigor.

—Arsène Lupin —observó Ganimard—: tú te mofas de mí.

—Ganimard —afirmó Lupin—, hoy es viernes. El miércoles próximo iré a fumar mi puro a tu casa, en la calle de Pergolése, a las cuatro de la tarde.

—Arsène Lupin, te espero.

Se estrecharon la mano como dos viejos amigos que se estiman en su justo valor, y el viejo policía se dirigió hacia la puerta.

—¡Ganimard!

Este se volvió.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Ganimard, olvidas tu reloj.

—¿Mi reloj?

—Sí, se perdió dentro de mi bolsillo.

Se lo devolvió, presentando sus excusas:

—Perdóname… es una mala costumbre que tengo… No es razón suficiente el que ellos me hayan quitado el mío para que yo te prive a ti del tuyo, tanto más cuanto que tengo aquí un cronómetro del que no tengo motivos de queja y que satisface enteramente a mis necesidades.

Sacó del cajón un voluminoso reloj de oro acompañado de una pesada cadena del mismo metal.

—¿Y este de qué bolsillo procede? —preguntó Ganimard.

Arsène Lupin examinó con indiferencia las iniciales.

—J B… ¿De quién diablos puede ser?… ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo. Es de Julio Bouvier, mi juez de instrucción… un hombre encantador.

3

La fuga de Arsène Lupin

En el momento en que Arsène Lupin, acabada su comida, sacaba de su bolsillo un magnífico cigarro puro ornado con su vitola dorada y lo examinaba con complacencia, se abrió la puerta de la celda. No tuvo tiempo más que para echar el puro en un cajón y alejarse de la mesa. El guardia entró; era la hora del paseo de los presos.

—Ya te esperaba, mi querido amigo —exclamó Lupin, siempre de buen humor.

Salieron. Apenas habían desaparecido por el ángulo del pasillo, cuando dos hombres a su vez penetraron en la celda y comenzaron un examen minucioso de aquella. Uno era el inspector Dieuzy y el otro el inspector Folenfant.

Pretendían poner punto final a todo. No cabía duda alguna que Arsène Lupin conservaba sus relaciones con el exterior y mantenía comunicaciones con sus cómplices. Todavía la víspera el Grand Journal publicaba estas líneas, dirigidas a su redactor de tribunales:

Señor. En un artículo aparecido en estos días, usted se ha expresado en relación conmigo en términos que nada podría justificar. Unos días antes de la iniciación de mi proceso, yo iré a exigirle cuentas por ello.

Con mis saludos más distinguidos,

ARSÈNE LUPIN

La escritura era, efectivamente, de Arsène Lupin. Por consiguiente, enviaba cartas. En consecuencia, también las recibía. Y, por tanto, era verdad que preparaba su evasión, anunciada por él en forma tan arrogante.

La situación se hacía intolerable. De acuerdo con el juez de instrucción, el jefe de Seguridad, señor Dudouis, acudió en persona a la prisión de la Santé para exponerle al director de la misma las medidas que convenía adoptar. Y desde su llegada envió a dos hombres a la celda del detenido.

Los dos inspectores levantaron todas y cada una de las losas del suelo, desarmaron la cama, hicieron todo cuanto es costumbre hacer en casos semejantes, y cuando acabaron no habían descubierto nada. Iban ya a renunciar a su investigación, cuando el guardián acudió presuroso a ellos y les dijo:

—El cajón… miren ustedes en el cajón de la mesa. Cuando yo entré me pareció que él estaba descansando.

Miraron, efectivamente, y Dieuzy exclamó:

—Por Dios que esta vez ya lo hemos cazado… al cliente.

Folenfant le detuvo.

—Un momento, hijo mío; el jefe es quien hará el inventario.

—Sin embargo, este cigarro puro de lujo…

—Deje el habano y avisemos al jefe.

Dos minutos más tarde, el señor Dudouis registraba el cajón. Allí encontró primero un paquete de artículos de periódicos, recortados por la agencia Argus de la Presse, y que se referían a Arsène Lupin, y luego una bolsa de tabaco, una pipa, papel del llamado hoja de cebolla, y, por último, dos libros.

El inspector leyó los títulos de los libros. Uno de ellos era El culto de los héroes, de Carlyle, edición inglesa, y un elzevirio magnífico, con encuadernación de la época, titulado Manual del epíteto, traducción alemana publicada en Leyde en 1634. Después de hojearlos comprobó que todas las páginas estaban señaladas, subrayadas y anotadas. ¿Acaso se trataba de señales convencionales, o bien eran sencillamente marcas de esas que revelan el fervor que se siente por la lectura de un libro?

—Ya estudiaremos esto detalladamente —dijo el señor Dudouis.

Inspeccionó la bolsa de tabaco y la pipa. Luego, tomando el famoso cigarro puro con vitola dorada, dijo:

—¡Caray! Nuestro amigo se trata a cuerpo de rey… un Henry Clay.

Con ademán maquinal de fumador se lo puso junto a la oreja y lo hizo crujir. E inmediatamente lanzó una exclamación. El puro se había aplastado bajo la presión de los dedos. Lo examinó con mayor atención y no tardó en observar algo blanco entre las hojas de tabaco. Delicadamente, con ayuda de un alfiler, sacó un papel enrollado, muy fino y que apenas tenía el grueso de un palillo de dientes. Era una nota escrita. La desenvolvió y leyó estas palabras, trazadas con menuda escritura de mujer.

La cesta ha tomado el lugar de la otra. Ocho de diez están preparadas. Apoyando el pie exterior, la placa se levanta de arriba abajo. De las doce a las dieciséis, todos los días esperará HP. Pero ¿dónde? Respuesta inmediata. Mantente tranquilo, tu amiga vela por ti.

El señor Dudouis reflexionó un instante, y dijo:

—Esto está suficientemente claro… la cesta… las ocho casillas…

De doce a dieciséis quiere decir de las doce del mediodía a las cuatro de la tarde.

—Pero y ese H. P. ¿qué esperará?

—HP, en este caso, debe significar automóvil. H. P. son las iniciales de horse power, que en lenguaje deportivo quiere decir los caballos de la potencia de un motor. ¿No es así? Un veinticuatro HP es un automóvil de veinticuatro caballos.

Se levantó, y preguntó:

—¿El detenido acababa de almorzar?

—Sí.

—Y puesto que no ha leído todavía este mensaje, cual lo prueba el estado del cigarro puro, esto demuestra que acababa de recibirlo.

—¿En qué forma?

—En sus alimentos, en medio del pan o de una patata, ¿qué sé yo?

—Imposible. Se le autorizó a hacer que le traigan sus comidas solamente para hacerle caer en la trampa, y hasta ahora nada hemos encontrado entre los alimentos.

—Esta tarde buscaremos la respuesta de Lupin. Por el momento mantenedlo fuera de la celda. Voy a llevarle esto al señor juez de instrucción. Si él es de mi misma opinión, haremos fotografiar inmediatamente esta carta y dentro de una hora más, usted podrá volver a meter en el cajón, además de esos objetos, un cigarro puro idéntico, que contenga el mensaje original. Es preciso que el detenido no sospeche nada.

No fue sin cierta curiosidad que el señor Dudouis regresó por la tarde a la oficina de la Santé en compañía del inspector Dieuzy. En un rincón, sobre una estufa, había tres platos, unos encima de otros.

—¿Ya comió?

—Sí —respondió el director de la prisión.

—Dieuzy, tenga la bondad de cortar en trocitos muy delgados esas tiras de macarrones y abrir ese panecillo… ¿Nada?

—No, jefe.

El señor Dudouis examinó los platos, el tenedor, la cuchara y, por último, el cuchillo, que era de los de reglamento, con la hoja de punta redonda. Hizo girar a la derecha e izquierda el mango del cuchillo. Hacia la derecha, el mango cedió y se desprendió de la hoja. El cuchillo era hueco y servía de estuche a una hoja de papel.

—Vaya —exclamó—, no es un truco muy inteligente para tratarse de un hombre como Arsène. Pero no perdamos el tiempo. Usted, Dieuzy, vaya a realizar una investigación en ese restaurante.

Y luego leyó:

Yo me confío a ti. HP seguirá de lejos cada día. Yo iré delante. Hasta pronto, querida y admirable amiga.

—En fin —dijo el señor Dudouis, frotándose las manos, creo que el asunto va por buen camino. Un golpecito con el pulgar por parte nuestra y la fuga tendrá éxito… al menos éxito suficiente para permitirnos capturar a los cómplices.

—¿Y si Arsène Lupin se le escurre a usted por entre los dedos? —objetó el director de la prisión.

—Emplearemos el número de hombres necesario. Si, no obstante, él pusiera de su parte demasiada habilidad… créame usted, sería tanto peor para él. En cuanto a la banda, puesto que su jefe se niega a hablar, ya hablarán los otros.

Y, de hecho, Arsène Lupin no hablaba mucho. Desde hacía meses, el juez de instrucción, Jules Bouvier, se esforzaba en vano en hacerle hablar. Los interrogatorios se reducían a unas cuantas charlas desprovistas de interés entre el juez y el abogado Danval, uno de los príncipes de la abogacía, el cual, por lo demás, sabía él mismo tanto sobre el acusado como cualquier recién llegado.

De tiempo en tiempo, por delicadeza, Arsène Lupin deslizaba en el interrogatorio cosas como esta:

—Sí, señor juez, estamos de acuerdo: el robo al Banco Crédit Lyonnais, el robo de la calle Babylone, la emisión de billetes de banco falsos, el asunto de las pólizas de seguros, los robos en los castillos de Armesnil, Gouret, Imblevain, Groseliers y Malaquis, todo eso fue obra de este servidor de usted.

—Entonces podría usted explicarme…

—Es inútil; yo lo confieso todo en bloque, todo; y hasta diez veces más de lo que usted supone.

Cansado de esa lucha, el juez había suspendido tales interrogatorios fastidiosos.

Después de haber tomado conocimiento de dos notas interceptadas, volvió a reanudar los interrogatorios. Y en forma regular, a mediodía, Arsène Lupin fue llevado de la Santé a la prisión central, en el coche de la penitenciaria, con otro grupo de detenidos. Regresaban a las tres o las cuatro de la tarde.

Pero, una tarde, ese regreso se realizó en condiciones particularmente extrañas. Como los demás detenidos de la Santé todavía no habían sido interrogados, se decidió llevar primero de regreso a Arsène Lupin. Por consiguiente, aquel subió solo al coche.

Esos coches carcelarios, llamados vulgarmente «cestas de ensalada», están divididos a lo largo por un pasillo central, sobre el cual se abren diez casillas: cinco a la derecha y cinco a la izquierda. Cada una de esas casillas está dispuesta en tal forma, que es preciso mantenerse sentado, y los cinco prisioneros correspondientes, además de no disponer cada uno más que de un lugar sumamente estrecho, están separados unos de otros por tabiques paralelos. Un guardián colocado al extremo vigila el pasillo.

Arsène fue introducido en la tercera celda de dicho género y el pesado vehículo emprendió la marcha. Se dio cuenta que abandonaban la plaza del Horloge y que pasaban ante él Palacio de Justicia. Entonces, al llegar al medio del puente de Saint-Michel, apoyó el pie derecho, como siempre lo hacía cada vez que le llevaban ante el juez, sobre la placa de hierro laminado que cerraba su celda. Inmediatamente algo se desprendió y la placa de hierro se apartó insensiblemente. Comprobó luego que se encontraba, entre las dos ruedas del carruaje. Esperó con los ojos al acecho. El coche subió al paso por el bulevar Saint-Michel. En la plaza de Saint-Germain se detuvo. El caballo de un camión se hallaba caído en tierra. El tránsito estaba interrumpido por esa causa, y muy pronto aquello se convirtió en un amontonamiento de coches y de ómnibus.

Arsène Lupin metió la cabeza. Otro coche carcelario se hallaba estacionado junto al que ocupaba. Alzó más la cabeza, puso el pie sobre uno de los radios de la rueda grande y saltó a tierra.

Un cochero lo vio, reventó a reír y luego quiso dar la voz de alarma, pero su voz se perdió entre el tumulto de vehículos que habían empezado de nuevo a ponerse en marcha. Y además de eso, ya Arsène Lupin estaba muy lejos de allí.

Ya había avanzado algunos pasos corriendo, pero sobre la acera de la izquierda

se volvió, echó una mirada circular y pareció olfatear el viento como una persona que no sabe todavía bien qué dirección va a seguir. Luego, con resolución, metió las manos en los bolsillos y con el aire despreocupado de un paseante que deambula, continuó subiendo el bulevar.

El tiempo estaba templado; era una hora feliz y ligera del otoño. Los cafés estaban llenos de público. Se sentó en la terraza de uno de ellos.

Pidió un vaso de cerveza y un paquete de cigarrillos. Vació el vaso a pequeños tragos, fumó tranquilamente un cigarrillo y encendió luego otro. Por último se levantó y le pidió al camarero que llamase al gerente.

Acudió el gerente, y Arsène le dijo en tono suficientemente alto para que pudiera ser oído por todos:

—Lo lamento mucho, señor, he olvidado mi portamonedas. Pero quizá mi nombre le sea a usted lo bastante conocido para que me otorgue un crédito por algunos días: soy Arsène Lupin.

El gerente le miró creyendo que se trataba de alguna broma, sin embargo, Arsène repitió:

—Lupin, detenido en la Santé y en estos momentos en situación de fugitivo. Me atrevo a creer que ese nombre os inspira absoluta confianza.

Y se alejó en medio de las risas y sin que el gerente pensara siquiera en reclamarle.

Atravesó la calle Soufflot en diagonal y tomó la de Saint-Jacques. La siguió con calma, deteniéndose entre los escaparates y fumando cigarrillo tras cigarrillo. En el bulevar Port Royal se orientó, se informó y caminó derecho hacia la calle de la Santé. Las murallas de la prisión se elevaron bien pronto ante él. Después de pasar a lo largo de ellas llegó cerca del guardia que estaba de centinela, y, quitándose el sombrero, le dijo:

—¿Es esta, en verdad, la prisión de la Santé?

—Sí.

—Yo quisiera volver a mi celda. El coche carcelario me ha dejado en el camino

y yo no quisiera abusar…

El guardia gruñó:

—Vamos, hombre, siga su camino y hágalo rápidamente.

—Perdone, perdone. Es que mi camino pasa precisamente adentro de esa puerta. Y si usted le impide a Arsène Lupin el franquearla, eso podría costarle caro, amigo mío.

—¡Arsène Lupin! ¿Qué canción es esa que me canta usted?

—Lamento no tener aquí tarjetas mías —replicó Arsène, fingiendo que hurgaba en sus bolsillos.

El guardia le miró de pies a cabeza como asombrado. Luego, sin decir palabra, como si lo hiciera contra su voluntad, tiró de la cuerda de una campanilla La puerta de hierro se entreabrió.

Algunos minutos después, el director de la prisión acudió presuroso, gesticulando y fingiendo una cólera violenta. Arsène sonrió, y dijo:

—Vamos, señor director, no se las dé usted de inteligente conmigo. ¡Vaya! Tienen la precaución de traerme solo en el coche, se prepara una bella interrupción en el tránsito y se imaginan que voy a dar con mis tacones en el pescuezo de tanto correr para ir a reunirme con mis amigos. ¡Muy bien! ¿Y los veinte agentes de seguridad que nos escoltaban a pie, en coche y en bicicleta? Caray, la que me tenían preparada y en qué lío me hubiera metido. No hubiera salido vivo de todo eso. Dígame, señor director, ¿es con lo que ustedes contaban ya?

Se encogió de hombros y añadió:

—Le ruego, señor director, que ya no se ocupen más de mí. El día que yo quiera escaparme no tendré necesidad de nadie para hacerlo.

Dos días después, el periódico Écho de France, que claramente se estaba convirtiendo en el monitor oficial de las hazañas de Arsène Lupin —se afirmaba que este era uno de sus principales socios comanditarios—, publicaba los detalles más completos sobre esta tentativa de fuga. Todo había sido descubierto,

incluso el texto de las notas cambiadas entre el detenido y su misteriosa amiga, los medios empleados para esa correspondencia, la complicidad de la policía, el paseo por el bulevar Saint-Michel y el incidente del café de la calle de Soufflot. Se sabía que las investigaciones del inspector Dieuzy entre los camareros del restaurante no habían dado ningún resultado. Y acababa de averiguarse, además, este hecho sorprendente que mostraba la infinita variedad de recursos que este hombre disponía: el coche carcelario en que le habían transportado era un coche enteramente lleno de trucos, con el cual su banda había sustituido a uno de los seis vehículos habituales que componían el servicio de las cárceles.

Que la evasión de Arsène Lupin estaba próxima, ya no le cupo duda alguna a nadie. Por lo demás, él mismo la anunciaba en términos categóricos, como lo demostró su respuesta, al juez Bouvier, al día siguiente del incidente. El juez rumiaba su fracaso, y Lupin, mirándole fríamente, le dijo:

—Escuche bien esto, señor, y créame bajo palabra de honor: este intento de fuga formaba parte de mi plan de evadirme.

—Yo no lo comprendo —masculló el juez.

—Es inútil que usted lo comprenda.

Y como quiera que el juez en el curso de este interrogatorio, que apareció palabra por palabra en el Écho de France, volviera a seguir interrogándole, Lupin, con tono de cansancio, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿De qué sirve? Todas esas preguntas no tienen ninguna importancia.

—¿Cómo ninguna importancia?

—Pues no, porque yo no asistiré a mi proceso.

—Que usted no asistirá…

—No, esta es una idea fija que tengo, una decisión irrevocable. Nada me hará, transigir.

Tamaña seguridad y las indiscreciones inexplicables que se cometían cada día, humillaban y desconcertaban a la justicia. Había en todo ello secretos que

solamente Arsène Lupin conocía y cuya divulgación, en consecuencia, no podía provenir sino de él mismo. Pero ¿con qué objeto los revelaba? ¿Y cómo?

Arsène Lupin fue cambiado de celda. Una noche bajó al piso inferior. Por su parte, el juez cerró la instrucción del sumario y devolvió la causa a la oficina del acusador.

Esto ya fue el silencio. Duró dos meses. Arsène Lupin los pasó tendido sobre su cama, con el rostro casi siempre vuelto contra la pared. Ese cambio de celda parecía haberle abatido. Se negó a recibir las visitas de su abogado. Apenas si cambiaba algunas palabras con sus guardianes.

Durante la quincena que precedió a su proceso pareció reanimarse. Se quejaba de la falta de aire. Lo hicieron salir al patio por la mañana muy temprano, escoltado por dos hombres.

Mientras tanto, la curiosidad pública no había cedido. Cada día era esperada la noticia de su fuga. Casi era deseada por el público, tanto agradaba este personaje a la multitud con su palabra, su alegría, su diversidad, su genio inventivo y el misterio de su vida: Arsène Lupin debía fugarse. Era inevitable, fatal. Incluso era causa de sorpresa que esa fuga tardara tanto tiempo en producirse. Todas las mañanas el prefecto de policía preguntaba a su secretario:

—¿No se ha fugado todavía?

—No, señor prefecto.

Y la víspera de comparecer ante el tribunal, un caballero se presentó en las oficinas del Grand Journal, preguntó por el redactor de tribunales, le arrojó su tarjeta de visita a la cara y se alejó rápidamente. Sobre la tarjeta figuraban escritas estas palabras: «Arsène Lupin cumple siempre sus promesas».

Fue bajo tales condiciones como se inició la vista de la causa.

La afluencia de público fue enorme. No había nadie que no quisiera ver al famoso Arsène Lupin y que no saborease por anticipado la forma en que se mofaría del presidente del tribunal. Abogados y magistrados, cronistas y gentes mundanas, artistas y mujeres elegantes, el llamado «todo París» se apretujaba en los bancos de la Audiencia.

Llovía en el exterior, el día estaba sombrío y no se pudo ver bien a Arsène Lupin cuando los guardias le introdujeron en la sala. Sin embargo, su actitud lenta, la forma en que se dejó caer pesadamente sobre el asiento que le estaba destinado, su inmovilidad indiferente y pasiva, no previnieron al público en su favor. Varias veces su abogado —uno de los secretarios del famoso abogado Danval, por haber considerado este indigno el papel a que se había visto reducido— le dirigió la palabra. Pero Lupin inclinaba la cabeza y callaba.

El secretario del tribunal leyó el acta de acusación, y luego el presidente del tribunal dijo:

—¡Acusado! Levántese usted. Diga su nombre, apellidos, edad y profesión.

No habiendo recibido respuesta, repitió:

—Diga su nombre. Le he preguntado su nombre.

Una voz gruesa y cansada masculló:

—Baudru, Désiré.

Se alzaron murmullos entre el público. Pero el presidente tomó de nuevo la palabra:

—¿Baudru, Désiré? ¡Ah! Muy bien. Como es, aproximadamente, el octavo nombre que usted se aplica y que sin duda es tan imaginario como los demás, nosotros nos atendremos, si usted no tiene inconveniente, al de Arsène Lupin, bajo el cual es usted más ampliamente conocido.

El presidente consultó sus notas y prosiguió:

—Porque, a pesar de todas las investigaciones, ha sido imposible reconstruir su identidad. Usted presenta el caso bastante original en nuestra sociedad moderna de no tener ningún, pasado. Nosotros no sabemos quién es usted, de dónde viene, dónde transcurrió su infancia, y en resumen nada. Usted surgió de un golpe, hace tres años, procedente no se sabe exactamente de qué medio, para revelarse súbitamente como Arsène Lupin, es decir, un extraño compuesto de inteligencia y de perversión, de inmoralidad y de generosidad. Los datos que poseemos sobre usted antes de esa época son más bien suposiciones. Es probable que el llamado Rostat, que trabajaba hace ocho años al lado del prestidigitador

Dickson, no fuese otro que Arsène Lupin. Es probable que el estudiante ruso que frecuentaba hace seis años el laboratorio del doctor Altier, en el hospital Saint-Louis, y que a menudo sorprendió al maestro por el ingenio de sus hipótesis sobre la bacteriología y la audacia de sus experiencias en las enfermedades de la piel, no fuese otro que Arsène Lupin. Y Arsène Lupin era igualmente el profesor de lucha japonesa que se estableció en París mucho antes de que aquí se hablase de jiu-jitsu. Arsène Lupin, creemos nosotros, era el corredor ciclista que ganó el Gran Premio de la Exposición, cobró los diez mil francos y no volvió a aparecer más. Arsène Lupin puede ser también aquel que salvó a tantas personas sacándolas por el pequeño tragaluz en el incendio del Bazar de la Caridad… y luego las desvalijó.

Y después de una pausa, el presidente concluyó:

—Así es esta época que parece no haber sido más que una preparación minuciosa para la lucha que usted ha emprendido contra la sociedad, un aprendizaje metódico en el cual usted llevaba al grado máximo su fuerza, su energía y su habilidad. ¿Reconoce usted la exactitud de estos hechos?

Durante este discurso el acusado se había balanceado de una pierna a otra con su espalda redonda y los brazos inertes. Bajo la luz, ya más viva, se observó su extrema delgadez, sus mejillas hundidas, sus pómulos extrañamente salientes, su rostro color terroso, marcado con pequeñas manchas rojizas y encuadrado por una barba desigual y rara. La cárcel lo había envejecido y ajado considerablemente. No se reconocía en él ya la silueta elegante y el rostro jovial de los cuales los periódicos habían publicado tan a menudo el simpático retrato.

Se hubiera dicho que el procesado no había oído la pregunta que le había sido formulada. Por dos veces le fue repetida. Entonces alzó los ojos, pareció reflexionar y luego, haciendo un esfuerzo violento, murmuró:

—Baudru, Désiré.

El presidente se echó a reír, y dijo:

—Yo no me doy cuenta exacta del sistema de defensa que usted ha adoptado, Arsène Lupin. Si es la de representar el papel de imbécil y de irresponsable, allá usted. Por lo que a mí respecta, yo iré derecho al objetivo sin preocuparme de sus fantasías.

Y seguidamente comenzó con los detalles de los robos, las estafas y las falsedades de que se acusaba a Lupin. A veces interrogaba al acusado. Este lanzaba un gruñido o no respondía nada. Comenzó el desfile de los testigos. Hubo varios testimonios sin importancia, algunos otros ya más serios, pero todos tenían en común el contradecirse unos a otros. Una desconcertante oscuridad envolvía los debates. El inspector jefe Ganimard fue llamado a declarar y el interés se despertó de nuevo.

No obstante, desde el comienzo, el viejo policía causó cierta decepción. Tenía un aire no temeroso —ya se había visto en situaciones muy graves—, sino inquieto, incómodo. Varias veces volvió los ojos hacia el acusado con una inquietud visible. Sin embargo, con las dos manos apoyadas en la barra, relató los incidentes en que había estado mezclado, su persecución a través de Europa, su llegada a Estados Unidos. Se le escuchaba con avidez, cual se escucharía el relato de las aventuras más apasionantes. Pero hacia el final, habiendo hecho alusión a sus entrevistas con Arsène Lupin, en dos ocasiones se detuvo como si estuviera distraído, indeciso.

Era evidente que algún otro pensamiento le obsesionaba. Entonces, el presidente dijo:

—Si se siente usted enfermo sería mejor interrumpir su testimonio.

—No, no. Solamente que…

Se calló, miró larga y profundamente al acusado y luego dijo:

—Pido autorización para examinar al acusado más de cerca; hay un misterio en esto que es preciso que yo esclarezca.

Se acercó, lo observó más detenidamente, con toda su atención concentrada, y luego regresó al estrado de los testigos. Y desde allí, con tono un tanto solemne, anunció:

—Señor presidente, yo afirmo que este hombre que está aquí frente a mí no es Arsène Lupin.

Un enorme silencio acogió esas palabras… El presidente, sorprendido en un principio, exclamó:

—Pero ¿qué dice usted? ¡Usted está loco!

El inspector afirmó con tranquilidad:

—A primera vista uno puede dejarse convencer por un parecido que existe, en efecto, yo lo confieso, pero basta echarle una segunda mirada para descubrir el error. La nariz, la boca, los cabellos, el color de la piel… en fin. Yo digo que este no es Arsène Lupin. Y no digamos los ojos… ¿Ha tenido jamás él esos ojos de alcohólico?

—Veamos, veamos, explíquese usted. ¿Qué pretende usted, testigo?

—Acaso lo sé yo. Habrán puesto en su lugar… A menos que no se trate de un cómplice.

Se escucharon entre el público gritos, risas y exclamaciones que provenían de todas partes, en medio de ese inesperado golpe teatral.

El presidente dio orden de que compareciera el juez de instrucción, el director de la Santé y los guardianes, y suspendió la audiencia.

Al reanudarse la vista de la causa, el señor Bouvier y el director de la prisión, en presencia del acusado, declararon que no existía entre aquel hombre y Arsène Lupin más que un vago parecido en los rasgos personales.

—Pero entonces, ¿quién es este hombre? —exclamó el presidente—. ¿De dónde viene y cómo se encuentra en las manos de la justicia?

Comparecieron los dos guardianes de la Santé. En una sorprendente contradicción identificaron al detenido, uno tras otro, como el hombre de cuya vigilancia habían sido encargados.

El presidente respiró.

No obstante, uno de los guardianes añadió:

—Sí, sí, creo enteramente que es él.

—¿Cómo cree usted?

—¿Caramba!, yo apenas si lo he visto. Me lo entregaron por la noche y desde hace dos meses ha permanecido con la cara vuelta hacia la pared.

—Pero ¿y anteriormente a esos dos meses?

—¡Ah! Antes no ocupaba la celda veinticuatro.

El director de la cárcel aclaró ese punto diciendo:

—Hemos cambiado de celda al detenido después de su intento de fuga.

—Pero usted, señor director, ¿lo ha visto durante esos dos meses?

—No he tenido ocasión de verlo… Se mantenía quieto y tranquilo.

—Y ese hombre que está ahí, ¿no es el detenido que le fue entregado a usted?

—No.

—Entonces, ¿quién es?

—Yo no podría decirlo.

—Así pues, nos encontramos ante un caso de sustitución que se habría efectuado hace dos meses. ¿Cómo se explica usted eso?

—Me parece imposible.

—¿Entonces?

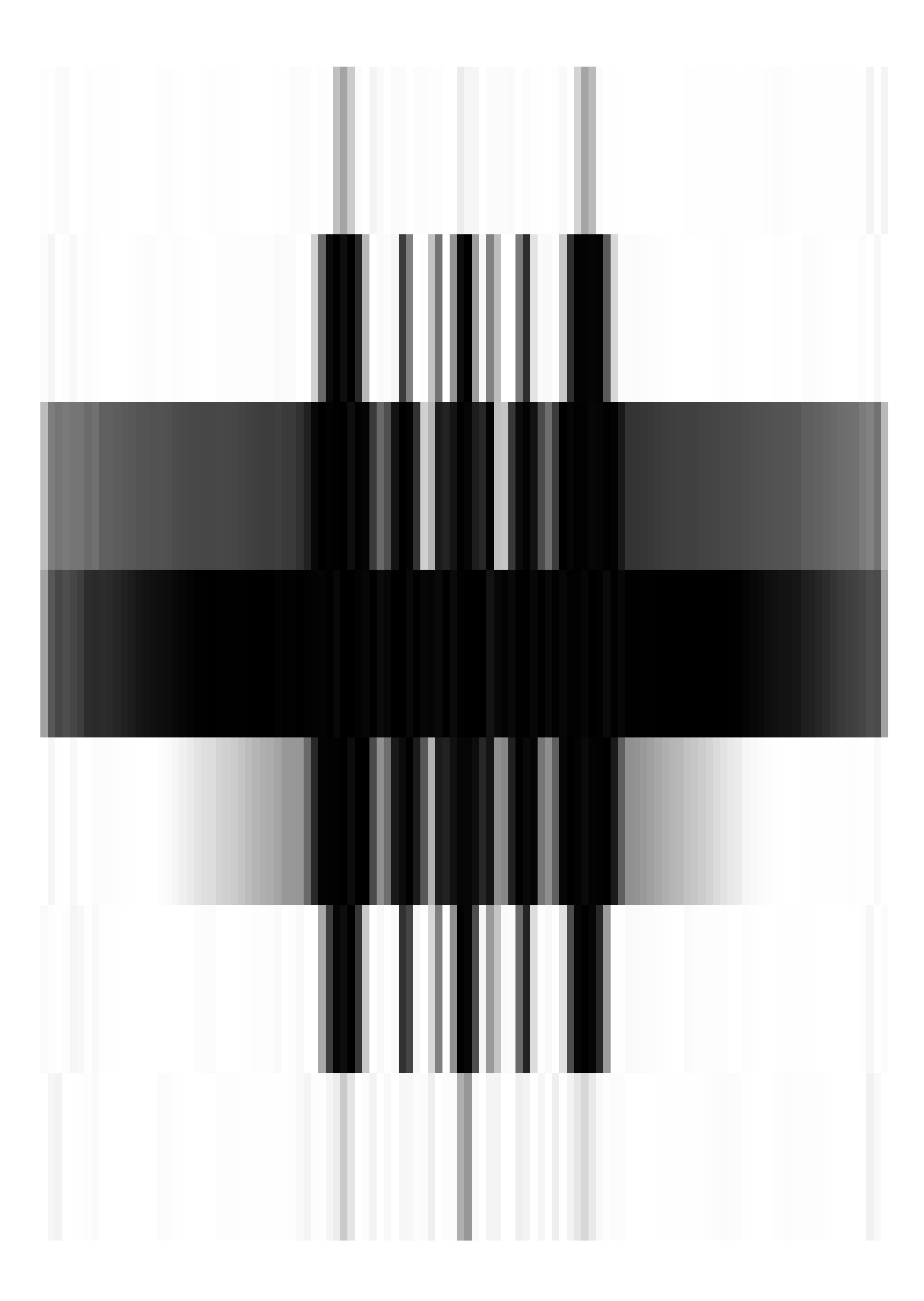
Viendo su causa perdida, el presidente se volvió hacia el acusado y con voz conciliadora le dijo:

—Veamos, acusado: ¿puede usted explicarme cómo y desde cuándo se encuentra en manos de la justicia?

Se hubiera dicho que el tono benevolente desarmaba la desconfianza o estimulaba el entendimiento en aquel hombre. Trató de responder. Por último, hábil y suavemente interrogado logró reunir y pronunciar algunas frases de las que resultaba principalmente esto: dos meses antes había sido llevado a la prisión central de París. Había pasado allí una noche y una mañana. Poseía una

suma de setenta y cinco céntimos y había sido puesto en libertad. Pero… cuando atravesaba el patio de la prisión, dos guardias lo apresaron por lo brazos y lo condujeron hasta el coche carcelario. Desde entonces había estado viviendo en la celda 24, donde no se sentía desgraciado… Le daban bien de comer… no dormía del todo mal… Por ello no había protestado…

Todo eso parecía verosímil. En medio de las risas y de una gran efervescencia del público, el presidente aplazó la sesión, a fin de realizar una investigación suplementaria.



Inmediatamente, la investigación dio por resultado este hecho, consignado en el expediente del registro del preso: ocho semanas antes, un individuo llamado Baudru, Désiré, había dormido en la prisión central. Puesto en libertad a la mañana siguiente, abandonaba la prisión a las dos horas de la tarde. Pero ese mismo día, a las dos de la tarde, y después de ser interrogado por última vez, Arsène Lupin salía de la oficina de interrogatorios y volvía a la Santé en el coche carcelario.

¿Habían cometido un error los guardianes? ¿Acaso, confundidos por el parecido en un momento de falta de atención, habían sustituido a su preso por este hombre? Para ello era preciso que hubieran puesto en todo una confianza que sus órdenes de servicio no permitían suponer.

¿La sustitución había sido preparada por anticipado? Además de que la disposición de los lugares donde se produjo hacía que eso resultara casi irrealizable, también hubiera sido necesario, en tal caso, que Baudru fuese cómplice y que se hubiera hecho detener con el preciso objeto de sustituir a Arsène Lupin. Pero, entonces, ¿por qué milagro semejante plan, fundado únicamente sobre una serie de posibilidades inverosímiles, de coincidencias fortuitas y de fabulosos errores, había podido tener éxito?

Désiré Baudru fue llevado al servicio antropométrico: ninguna ficha de las existentes allí correspondía a sus señas. Por lo demás, se encontró fácilmente su huella en otros lugares. En Courbevoie, en Asniéres y en Levallois era conocido. Vivía de la limosna y dormía en una de esas chozas de traperos que se amontonaban cerca de la barrera de Temes. Sin embargo, desde hacía un año había desaparecido.

¿Lo había contratado Arsène Lupin? Nada daba pie para creerlo.

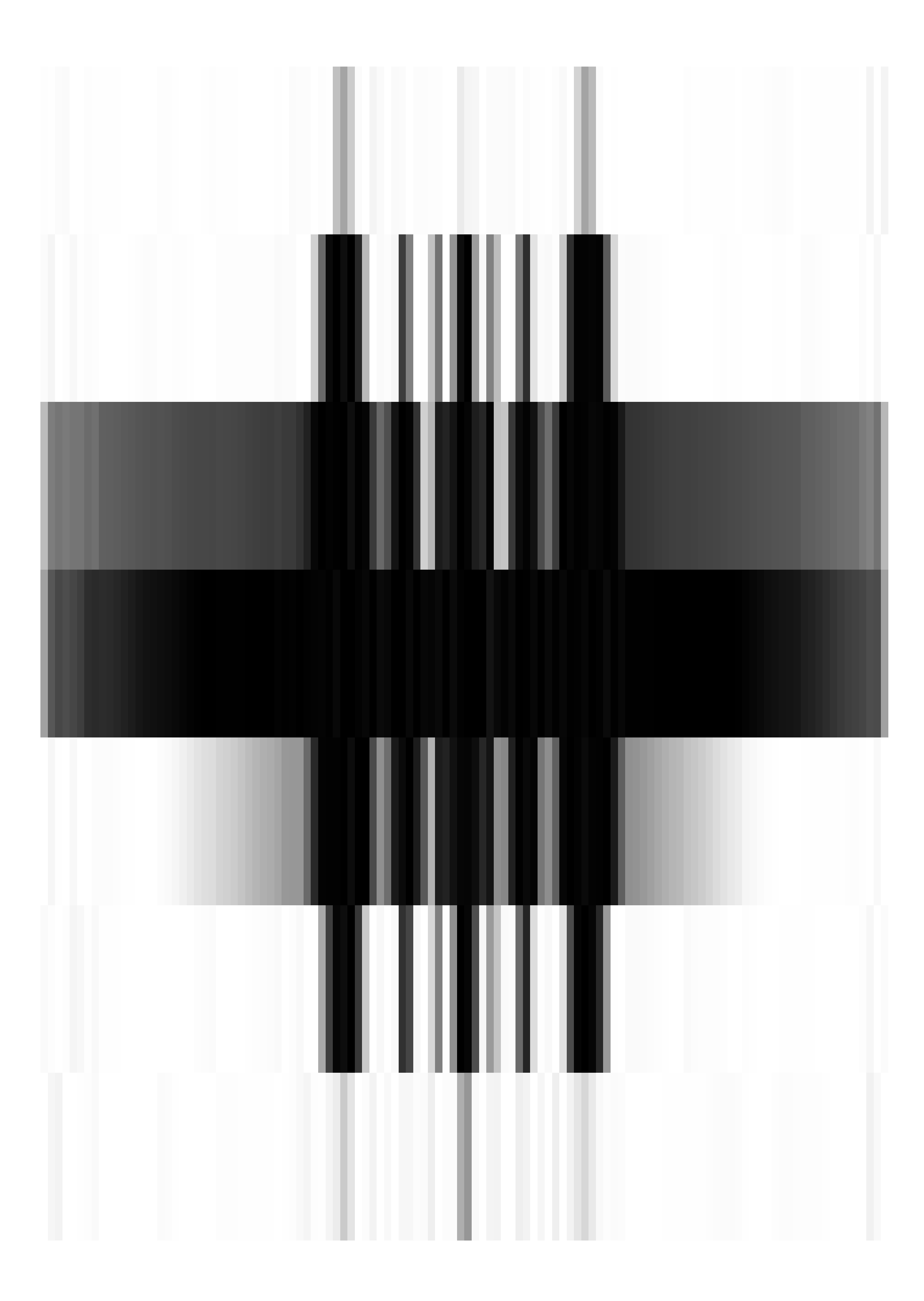
Y aunque hubiera sido así, no por ello se hubiera logrado saber más sobre la fuga del prisionero. El prodigio continuaba siendo el mismo. De las veinte hipótesis con las que se intentaba explicar el hecho, ninguna resultaba satisfactoria. De lo que no había duda era de la evasión en sí misma, una evasión incomprensible, impresionante, en la cual el público, lo mismo que la justicia, veía el esfuerzo de una larga preparación, un conjunto de actos maravillosamente eslabonados los unos a otros y cuyo desenlace justificaba la orgullosa predicción de Arsène

Lupin al decir: «Yo no asistiré a mi proceso».

Al cabo de un mes de minuciosas investigaciones, el enigma continuaba manteniendo el carácter de indescifrable. Pero no por ello se podía mantener preso indefinidamente a aquel pobre diablo de Baudru. El procesarlo habría resultado ridículo, porque ¿qué cargos existían contra él? La orden de ponerlo en libertad fue firmada por el juez de instrucción. Pero el jefe de Seguridad resolvió establecer en torno a él una vigilancia activa.

Esta idea provino de Ganimard. Según su punto de vista, no existían ni complicidad ni casualidad. Baudru era solo un instrumento al cual Arsène Lupin había utilizado con su extraordinaria habilidad. Una vez que Baudru estuviese libre, siguiéndole a él se llegaría hasta Arsène Lupin o, cuando menos, hasta alguno de su banda.

Se nombró para auxiliar a Ganimard a los dos inspectores Folenfant y Dieuzy, y una mañana de enero, con tiempo brumoso, las puertas de la prisión fueron abiertas para dejar libre a Désiré Baudru.



Al principio pareció torpe de movimientos y caminaba como quien no tiene ideas muy precisas sobre el empleo que dará a su tiempo. Siguió por la calle de la Santé y la calle Saint-Jacques. Ante la tienda de un trapero se quitó la americana y el chaleco, vendió este por unas pocas monedas de cobre y, volviendo a ponerse la americana, continuó su marcha.

Atravesó el Sena. En el Châtelet se le adelantó un ómnibus. Intentó subir a él, pero no había lugar. El cobrador le aconsejó que tomase un número para esperar su vez, y entró en la sala de espera.

En ese momento, Ganimard llamó a sus dos ayudantes para que se situaran junto a él, y, sin apartar su vista de las oficinas de los ómnibus, les dijo con premura:

—Paren ustedes un coche… no, mejor dicho, dos; es más prudente. Yo iré con uno de ustedes y le seguiremos.

Los hombres obedecieron. Mientras tanto, Baudru no aparecía a la vista. Ganimard se adelantó: no había nadie en la sala.

—Pero qué idiota soy —murmuró Ganimard; me olvidé que había otra salida:

En efecto, la oficina se comunicaba por un pasillo interior con otra oficina situada en la calle Saint-Martin. Ganimard se apresuró. Llegó exactamente a tiempo para divisar a Baudru subido a la imperial del ómnibus de la línea Batignolles-Jardin des Plantes, que en ese instante daba la vuelta a la esquina de la calle de Rivoli. Echó a correr y alcanzó el ómnibus, pero los dos agentes se habían perdido atrás. Quedaba él solo para proseguir la persecución.

Enfurecido, estuvo a punto de agarrar a Baudru por el cuello sin más ceremonias. ¿Acaso no era con premeditación y valiéndose de un truco ingenioso que aquel supuesto imbécil le había separado de sus ayudantes?

Observó a Baudru. Este dormitaba sobre el asiento mientras su cabeza oscilaba de un lado a otro. Con la boca ligeramente entreabierta, su rostro tenía una increíble expresión de estupidez. No, aquel no era un enemigo capaz de jugársela al viejo Ganimard. El azar había estado de parte de él, eso era todo.

En la encrucijada de las Galerías Lafayette, el hombre saltó del ómnibus y subió

al tranvía de la Muette. Siguió por el bulevar Haussmann y la avenida Victor Hugo. Baudru bajó delante de la estación de la Muette y, con paso tranquilo, se internó en el Bois de Bologne.

Pasaba de un camino a otro, regresaba de nuevo y volvía a alejarse. ¿Qué buscaba? ¿Tenía algún objetivo?

Después de una hora de esas andanzas, parecía desorientado y cansado. De hecho, al divisar un banco, se sentó en él. El lugar, situado no lejos de Auteuil, al borde de un pequeño lago escondido entre los árboles, estaba absolutamente desierto. Transcurrió una media hora. Impaciente, Ganimard resolvió entrar en conversación.

Por tanto, se acercó y tomó asiento al lado de Baudru. Encendió un cigarrillo, trazó sobre la arena unos círculos con la punta de su bastón, y luego dijo:

—No hace calor, ¿verdad?

Hubo un silencio. Y de pronto el silencio fue roto por una explosión de risa. Era una risa alegre, feliz, la risa de un niño al que le hubiera atacado la locura de reír y no pudiera contenerse. De manera clara y real, Ganimard sintió que se le erizaban los cabellos sobre el cuero de su cráneo. Aquella risa… aquella risa infernal que él conocía tan bien…

Con ademán brusco agarró a aquel hombre por las solapas de la americana y le miró profunda, violentamente, con mayor intensidad aún de lo que le había mirado en la audiencia, y en verdad ya no era aquel mismo hombre que él había visto allí. Era aquel hombre, pero al propio tiempo era el otro hombre, el verdadero.

Ayudado por una voluntad cómplice, volvía a recobrar la vida ardiente de sus ojos, había rellenado la delgadez del rostro, se le veía la carne sobre la epidermis, con la boca real a través del rictus que la deformaba. Eran los ojos del otro, la boca del otro, y era, sobre todo, su expresión aguda, vívida, burlona, espiritual, tan clara y tan joven.

—¡Arsène Lupin! ¡Arsène Lupin! —balbució.

Y súbitamente, apoderándose de él la rabia, le apretó la garganta con sus manos e intentó derribarle. A pesar de sus cincuenta años poseía aún un vigor poco

común, mientras su adversario parecía hallarse en bastante mala situación. Y además, ¡qué golpe maestro, si lograba dominarle y detenerle!

La lucha fue breve. Arsène Lupin se defendió con facilidad, y con igual prontitud que había sido atacado, hizo que Ganimard largara su presa. El brazo derecho de este colgaba inerte, entorpecido.

—Si en el muelle de los Orfèvres os enseñaran la lucha del jiu-jitsu —declaró Lupin— entonces sabrías que este golpe se llama udishighi en japonés.

Y luego añadió fríamente:

—Un segundo más y te hubiera roto el brazo, y con ello hubieras tenido solo lo que merecías. ¿Cómo es posible que tú, un viejo amigo al que yo estimo, ante el cual yo aparto el velo de mi incógnito espontáneamente, abuses de mi confianza? Eso está mal… Y bien, ¿qué es lo que te trae aquí?

Ganimard callaba. Esta fuga, de la cual él se consideraba responsable —¿acaso no había sido él quien con su testimonio sensacional había inducido a la justicia al error?—, esta evasión le parecía el hecho más vergonzoso de su carrera. Una lágrima rodó por su rostro hasta su bigote gris.

—Vaya por Dios, Ganimard, no te disgustes; si tú me hubieras hablado, yo me las habría arreglado para que otro hablase. Veamos. ¿Podía yo admitir que condenaran a Désiré Baudru?

—Entonces, ¿eras tú el que estaba allí?… ¿y eres tú el que está aquí? —murmuró Ganimard.

—Yo, siempre yo, únicamente yo.

—¿Es eso posible?

—¡Oh! No hay necesidad de ser un brujo. Basta, cual lo dijo ese magnífico presidente, prepararse durante una docena de años para estar ya dispuesto para todas las eventualidades.

—Pero ¿tu rostro? ¿Tus ojos?

—Comprenderás muy bien que si yo trabajé dieciocho meses en Saint-Louis con

el doctor Altier no fue por amor al arte. Pensé que aquel que un día tendría el honor de llamarse Arsène Lupin debía sustraerse a las leyes ordinarias de la apariencia y de la identidad. ¿La apariencia? Pues esta se modifica a capricho de uno mismo. Una determinada inyección hipodérmica de parafina hincha la piel en el lugar escogido. El ácido pirogálico te transforma en mohicano. El jugo de la celidonia grande te pone manchas y tumores del efecto más feliz. Tal procedimiento químico actúa sobre el crecimiento de tu barba y de tus cabellos, y tal otro sobre el sonido de tu voz. Y suma a todo eso dos meses de régimen alimenticio en la celda número veinticuatro, unos ejercicios mil veces repetidos para abrir mi boca con arreglo a este rictus, para llevar la cabeza conforme a esta inclinación y mi espalda con arreglo a esta curva. Y, por último, cinco gotas de atropina en los ojos para hacerlos hoscos y vagos, y ya está hecho el truco.

—Yo no concibo que los guardias…

—La metamorfosis fue progresiva. No pudieron observar la evolución cotidiana.

—Pero ¿y Baudru?

—Baudru existe. Es un pobre inocente a quien conocí el año pasado y que verdaderamente no deja de presentar una cierta analogía de rasgos conmigo. En previsión de verme detenido, cosa siempre posible, yo le he puesto a buen recaudo y desde el primer momento me dediqué a discernir los puntos de desemejanza que nos separaban para atenuarlos en mí al punto que fuera posible. Mis amigos le hicieron pasar una noche en la prisión central, de manera que saliera poco más o menos a la misma hora que yo, y que la coincidencia fuese fácil de comprobar. Porque, tenlo en cuenta, era preciso que se volviera a encontrar la huella de su paso, sin lo cual la justicia se hubiera preguntado quién era yo. De modo que presentándoles a ese excelente Baudru era inevitable, entiendes, inevitable que pasasen por encima de él y que, a pesar de las dificultades insuperables de una sustitución, prefiriesen creer en la sustitución, más bien que confesar su ignorancia.

—Sí, sí, en efecto —murmuró Ganimard.

—Y además —agregó Arsène Lupin—, yo tenía entre mis manos un triunfo formidable, una carta maquinada por mí desde un principio: la espera en que todo el mundo estaba de mi fuga. Y he ahí el gran error en que vosotros habéis caído, tú y los otros, en esta partida apasionante que la justicia y yo habíamos

entablado y en la que se jugaba mi libertad: vosotros habíais supuesto una vez más que yo procedía por fanfarronería, que yo estaba embriagado por mis éxitos como un joven inexperto. Pero yo, Arsène Lupin, ¿iba, acaso, a sentir semejante debilidad? Y al igual que en el asunto Cahorn, no os habéis dicho: «Desde el momento que Arsène Lupin grita a los cuatro vientos que se evadirá, es que tiene razones para creerlo así». Pero, diablos, comprende de una vez que para fugarme… sin fugarme, era preciso que se creyera desde un principio y por anticipado en esa fuga, que esta fuese un artículo de fe, una convicción absoluta, una verdad resplandeciente como el sol. Y eso fue por mi voluntad. Arsène Lupin se fugaría, Arsène Lupin no asistiría a su proceso. Y cuando tú te levantaste para decir: «Ese hombre no es Arsène Lupin», hubiera sido sobrenatural que todo el mundo no creyera inmediatamente que yo no era Arsène Lupin. Si una sola persona hubiera dudado, si una sola hubiera emitido esta simple limitación: «¿Y si en efecto fuese Arsène Lupin?», en el mismo instante yo hubiera quedado perdido. Bastaba inclinarse sobre mí, no con la idea de que yo no era Arsène Lupin, como tú lo hiciste, tú y los demás, sino con la idea de que yo podía ser Arsène Lupin, y a pesar de todas mis precauciones se me hubiera reconocido. Pero yo estaba tranquilo. Lógicamente, nadie podía tener esa sencilla y pequeña idea.

De pronto tomó la mano de Ganimard.

—Vamos, Ganimard, confiesa que ocho días después de nuestra entrevista en la prisión de la Santé me esperaste a las cuatro en tu casa, conforme yo te había rogado que hicieras.

—¿Y tu coche carcelario? —dijo Ganimard, evitando responder a la pregunta de Arsène.

—Era un engaño. Fueron mis amigos que reconstruyeron ese carruaje viejo y fuera de uso, con el cual intentaban dar el golpe. Pero yo sabía que eso era irrealizable sin la ayuda de una serie de circunstancias excepcionales. Solamente que me pareció útil el llevar a cabo ese intento de evasión y darle la mayor publicidad. Una primera fuga audazmente combinada daría a la segunda el valor de una fuga realizada por anticipado.

—De modo que el cigarro puro…

—Estaba perforado por mí, lo mismo que el cuchillo.

—¿Y las notas?

—Estaban escritas por mí.

—¿Y la misteriosa corresponsal?

—Ella y yo éramos uno solo. Yo escribo con todos los tipos de letra a voluntad.

Ganimard reflexionó un instante, y objetó:

—¿Cómo puede ser que en el servicio antropométrico, cuando tomaron la ficha de Baudru, no hayan advertido que coincidía con la de Arsène Lupin?

—La ficha de Arsène Lupin no existe.

—¡Vamos!

—O, cuando menos, es falsa. Es una cuestión que yo he estudiado a fondo. El sistema Bertillon lleva, en primer lugar, la señal visual, y bien ves que no es infalible, y seguidamente las señales conforme a las medidas: medida de la cabeza, de los dedos, de las orejas, etcétera. Contra eso nada hay que hacer.

—¿Y entonces?

—Entonces fue preciso pagar. Antes mismo de mi regreso de Estados Unidos, uno de los empleados del servicio aceptó cierta suma por inscribir una falsa medida en el comienzo de mi medición. Y con esa es suficiente para que todo el sistema quede desorganizado, de forma que una ficha es clasificada en una caja diametralmente opuesta a aquella en la cual debiera estar. La ficha de Baudru no podía, pues, coincidir con la ficha de Arsène Lupin.

Se produjo un silencio, y luego Ganimard preguntó:

—¿Y ahora? ¿Qué vas hacer?

—Ahora —exclamó Lupin— voy a descansar, seguir un régimen de sobrealimentación y poco a poco volver a ser yo mismo. Está muy bien el ser Baudru o cualquier otro, cambiar su apariencia, su voz, su mirada, su escritura. No obstante, llega el momento en que uno no se reconoce a sí mismo con todo ello, y eso resulta demasiado triste. Actualmente experimento lo que debe

experimentar el hombre que ha perdido su sombra. Voy a buscarme a mí mismo de nuevo… y encontrarme.

Se paseó de arriba abajo. A la luz del día se mezclaba un poco de oscuridad. Se detuvo frente a Ganimard.

—Ya no tenemos nada más que decirnos, creo yo.

—Sí —respondió el inspector—, yo quisiera saber si tú revelarás la verdad sobre tu fuga… El error que yo he cometido…

—¡Oh! Nadie sabrá jamás que fue Arsène Lupin el que fue puesto en libertad. Tengo demasiado interés en acumular en torno a mí las tinieblas más misteriosas para dejarle a esta fuga el carácter de haber sido casi milagrosa. Así pues, no temas nada, mi buen amigo, y adiós. Voy a cenar fuera esta noche y no me queda sino tiempo para ir a vestirme.

—Y yo que te creía tan ansioso de descanso…

—Por desgracia hay obligaciones mundanas a las cuales uno no puede sustraerse. El descanso comenzará mañana.

—Entonces, ¿adónde vas a cenar?

—A la Embajada de Inglaterra.

4

El viajero misterioso

La víspera yo había enviado mi automóvil a Rouen por carretera. Yo debía alcanzarlo allá por ferrocarril y desde allí ir a casa de unos amigos que vivían en la orilla del Sena.

Mas en París, unos minutos antes de la partida, siete caballeros invadieron mi compartimento en el vagón; cinco de ellos fumaban. Por corto que sea el trayecto en el tren rápido, la perspectiva de efectuarlo en semejante compañía me resultó desagradable, tanto más cuanto que el vagón, de modelo antiguo, no tenía pasillo. Por consiguiente, tomé mi abrigo, mis periódicos y mi guía de ferrocarriles y me refugié en uno de los compartimentos vecinos.

Había en él una dama. Al verme hizo un gesto de contrariedad, que no escapó a mi observación, y ella se inclinó hacia un señor que se encontraba de pie en el estribo, su marido sin duda, y que la había acompañado a la estación. El señor me observó, y ese examen terminó probablemente a mi favor, pues habló en voz baja con su esposa, sonriendo con el aire de quien tranquiliza a un niño que tiene miedo. A su vez, ella sonrió también y me dirigió una mirada amistosa, como si comprendiera de pronto que yo era uno de esos caballeros educados con los cuales una mujer puede permanecer encerrada dos horas en una pequeña caja de medio metro cuadrado sin que tenga nada que temer.

El marido le dijo:

—No te enfades conmigo, querida, pero tengo una cita urgente y no puedo esperar más.

La besó con afecto y se marchó. Su esposa le envió por la ventanilla discretos besos y agitó en el aire su pañuelo en señal de adiós.

Se escuchó el silbido de la locomotora y el tren se puso en marcha.

En ese preciso momento, y a pesar de las protestas de los empleados de la estación, se abrió la puerta de nuestro compartimento y un hombre se introdujo en él. Mi compañera, que se encontraba en pie y estaba poniendo en orden sus

cosas en la red para equipajes, lanzó un grito de miedo y cayó de espaldas sobre el asiento.

Yo no soy miedoso, lejos de ello, pero confieso que esas irrupciones de última hora me resultan siempre desagradables. Me parecen cosas equívocas y poco naturales. Debe haber en ellas algo de anormal, sin lo que…

Sin embargo, el aspecto del recién llegado y su actitud eran más bien de naturaleza a atenuar la mala impresión producida por su proceder. Había en él corrección, casi elegancia y llevaba una corbata de buen gusto, unos guantes limpios y su rostro era enérgico… Pero ¿dónde había yo visto antes aquel rostro? Porque, no cabía duda posible, yo lo había visto con anterioridad. Al menos, y más exactamente, yo encontraba dentro de mí esa especie de recuerdo que deja la visión de un retrato contemplado varias veces, pero del que no hemos visto el original. Y, al propio tiempo, sentía la inutilidad de todo esfuerzo de mi memoria, a tal grado aquel recuerdo resultaba inconsistente y vago.

Pero habiendo fijado mi atención sobre la dama, quedé estupefacto por su palidez y el desconcierto que se reflejaba en sus facciones. Miraba a nuestro compañero de viaje, sentado del mismo lado que ella, con una expresión de verdadero miedo, y comprobé que una de sus manos, toda temblorosa, se deslizaba hacia una pequeña bolsa de viaje colocada sobre el asiento, a veinte centímetros de sus rodillas. Acabó por tomar la bolsa y nerviosamente la atrajo hacia sí.

Nuestros ojos se encontraron, y yo leí en los suyos tanta angustia y ansiedad, que no pude menos de decirle:

—¿Se siente usted mal, señora?… ¿Quiere que abra la ventanilla?

Sin responderme me señaló con un gesto temeroso hacia el desconocido. Yo sonreí lo mismo que había hecho su marido, me encogí de hombros y por señas le expliqué que ella nada tenía que temer, que yo estaba allí y que, por lo demás, aquel caballero parecía completamente inofensivo.

En ese momento, el desconocido se volvió hacia nosotros, mirándonos primero a uno y luego al otro, nos observó de pies a cabeza y, por último, se arrellanó en su rincón del asiento y ya no se movió más.

Se produjo un silencio, pero la señora, cual si hubiese hecho acopio de todas sus

energías para llevar a cabo un acto desesperado, me dijo con voz apenas inteligible.

—¿Sabe usted quién se encuentra en nuestro tren?

—¿Quién?

—Pues él… él… yo se lo aseguro.

—Pero ¿quién es él?

—¡Arsène Lupin!

Ella no apartaba sus ojos del otro viajero, y era más bien a él a quien dirigía las sílabas de aquel nombre inquietante.

El individuo bajó más el ala del sombrero sobre su rostro. ¿Acaso hacía esto para enmascarar su turbación, o bien se preparaba para dormir?

Yo opuse esta objeción:

—Arsène Lupin fue condenado ayer en rebeldía a veinte años de trabajos forzados. Por consiguiente, es poco probable que cometa la imprudencia de mostrarse en público. Además, ¿acaso los periódicos no han señalado su presencia en Turquía, este invierno, después de su famosa fuga de la Santé?

—Él se encuentra en este tren —repitió la dama con la intención cada vez más evidente de hacerse oír por nuestro compañero de compartimento—; mi marido es subdirector de los servicios penitenciarios y fue el propio comisario de la estación quien nos dijo que estaban operando en la busca y captura de Arsène Lupin.

—Eso no es una razón…

—Fue visto en la sala de espera. Tomó un billete de primera clase para Rouen.

—Pues en ese momento era fácil echarle la mano.

—Sí, pero desapareció de pronto. El revisor de servicio en la entrada de las salas de espera no le ha visto, pero se suponía que había pasado por los andenes de los

trenes de los suburbios y que subió al tren expreso que sale diez minutos después del nuestro.

—En ese caso le habrán apresado.

—¿Y si en el último momento ha saltado de ese expreso a nuestro tren y viene aquí… como es probable… como es seguro?

—En ese caso es aquí donde será apresado. Porque los empleados y los agentes no habrán dejado de observar ese cambio de un tren a otro, y cuando lleguemos a Rouen lo detendrán limpiamente.

—¿A él? Jamás. Ya encontrará el medio de escaparse una vez más.

—En ese caso, le deseo buen viaje.

—Pero ¿y lo que él puede hacer de aquí allá?

—¿Qué puede hacer?

—¿Acaso lo sé yo? Cabe esperarlo todo de él.

La señora estaba muy agitada y, en realidad, la situación justificaba hasta cierto punto esa sobreexcitación nerviosa.

Casi a pesar mío le dije:

—Hay, en efecto, coincidencias curiosas… Pero tranquilícese usted… Aun admitiendo que Arsène Lupin se encuentre en uno de estos vagones, procederá dentro de la mayor prudencia, y más bien que buscarse nuevas complicaciones, seguramente no tendrá otra idea que escapar y evitar el peligro que le amenaza.

Pero mis palabras no la tranquilizaron en absoluto. No obstante, ella se calló, temiendo, sin duda, ser indiscreta.

Yo abrí el periódico y leí los relatos del proceso de Arsène Lupin. Como no contenían nada que no fuese ya conocido, no me interesaron sino medianamente. Además, me sentía cansado, había dormido mal, sentí pesadez en los párpados y que mi cabeza se inclinaba.

—Pero, señor… No va usted a dormirse…

La señora me arrancó el periódico de la mano y me miró con indignación.

—Evidentemente que no —le repliqué—; no tengo gana alguna de dormir.

—Eso sería la mayor de las imprudencias —dijo ella.

—Sí, la mayor —repetí yo.

Luché enérgicamente contra el sueño, y para ello me puse a contemplar el paisaje y las nubes que vagaban por el cielo. Pero muy pronto todo ello se embrolló en el espacio, la imagen de aquella dama agitada y del caballero adormilado se borró de mi mente y me invadió el grande y profundo silencio del sueño.

Se apoderaron de mí sueños inconsistentes y ligeros, en los cuales un ser que representaba el papel y llevaba el nombre de Arsène Lupin ocupaba en mi espíritu el lugar principal. Evolucionaba en el horizonte, con la espalda cargada de objetos preciosos, atravesaba paredes y desvalijaba castillos.

Sin embargo, la silueta de aquel hombre, que, por lo demás, no era Arsène Lupin, se hizo más precisa. Avanzaba hacia mí, se hacía cada vez más grande, saltaba dentro del vagón con una agilidad increíble y caía de lleno sobre mi pecho.

Sentí un vivo dolor… lancé un grito desgarrador. Me desperté. El hombre, el viajero, con una rodilla apoyada contra mi pecho, me apretaba con sus manos la garganta.

Vi esto en forma muy vaga, pues tenía mis ojos inyectados en sangre. Vi también a la dama, atacada de convulsiones en un rincón del compartimento y presa de un ataque de nervios. Ni siquiera intenté resistir. Por lo demás, no hubiera tenido fuerzas para ello; mis sienes parecían estallar… me ahogaba… respiraba con dificultad… Un minuto más… y hubiera llegado la asfixia.

El hombre debió comprenderlo así, porque aflojó sus manos, aunque sin apartar totalmente su mano derecha, en la cual había preparado un nudo corredizo; con un ademán seco, me ató los dos puños. En un instante quedé agarrotado, amordazado e inmovilizado.

Realizó esa faena en la forma más natural del mundo, con una facilidad y agilidad que revelaban la sabiduría de un maestro en tales ardides, de un profesional del robo y del crimen. Ni una palabra, ni un movimiento febril. Solo sangre fría y audacia. Y allí estaba yo sobre el asiento, amarrado como una momia, yo… Arsène Lupin.

En verdad era cosa de risa. Y a pesar de la gravedad de las circunstancias, yo no dejaba de apreciar cuánto de irónico y de gracioso había en aquella situación. Arsène Lupin amarrado como un novicio. Desvalijado como un inocente… porque, bien entendido, aquel bandido me aligeró de mi bolsa y de mi cartera. Arsène Lupin, víctima a su vez, engañado, vencido… ¡Qué aventura!

Quedaba la dama. Él ni siquiera le prestó atención. Se conformó con apoderarse de la pequeña bolsa que yacía caída sobre la alfombra y extraer de ella las alhajas, el portamonedas y las cosas menudas de oro y plata que contenía. La dama abrió un ojo, temblando de espanto, se quitó las sortijas que llevaba puestas y se las tendió al bandido, como si con ese ademán quisiera ahorrarle todo esfuerzo inútil. El individuo tomó las sortijas y las miró; ella se desmayó.

Entonces, siempre silencioso y con calma, sin ocuparse ya más de nosotros, volvió a su asiento, encendió un cigarrillo y se entregó a un examen profundo de los tesoros que acababa de conquistar, examen que pareció satisfacerle enteramente.

Yo estaba mucho menos satisfecho que él. Y no hablo de los doce mil francos de los que indebidamente me había despojado; era una pérdida, que yo solo aceptaba momentáneamente, y contaba que aquellos doce mil francos volverían a mi poder en el plazo más breve, así como los papeles de gran importancia, que guardaba en mi cartera: proyectos, presupuestos, direcciones, listas de corresponsales, cartas comprometedoras. Pero por el momento me atenazaba una preocupación mucho más inmediata y seria: ¿qué es lo que iba a ocurrir?

Como cabe suponer, la agitación provocada por mi paso a través de la estación de Saint-Lazare no había escapado a mi atención. Invitado a casa de unos amigos a quienes frecuentaba bajo el nombre de Guillaume Berlat y para quienes mi parecido con Arsène Lupin constituía un motivo de bromas afectuosas, yo no había podido desfigurarme a mi gusto, y por ello mi presencia en la estación había sido advertida. Además, había sido visto un hombre, Arsène Lupin sin duda, precipitarse abandonando el expreso para tomar el rápido. Así pues, de

manera inevitable y fatal, el comisario de policía de Rouen, avisado por telégrafo y ayudado por un apreciable número de agentes, se encontraría en la estación a la llegada del tren, interrogaría a los viajeros sospechosos y procedería a una inspección rigurosa de los vagones.

Yo preveía todo eso, pero no me había emocionado demasiado, en la certidumbre de que la policía de Rouen no sería más perspicaz que la de París y que yo sabría arreglármelas para pasar inadvertido. Para ello, ¿acaso no me bastaría, a la salida, el mostrar con ademán displicente mi tarjeta de diputado, gracias a la cual ya había inspirado una confianza absoluta al revisor de la estación de Saint-Lazare? Pero ¡cómo habían cambiado las cosas! Ya no estaba libre. Y me era imposible intentar uno de mis golpes habituales. En uno de los vagones, el comisario descubriría al señor Arsène Lupin, al que un azar propicio le enviaba atado de pies y manos, dócil como un cordero, empaquetado y completamente preparado. No le quedaba ya más que hacerse cargo del paquete, lo mismo que se recibe un paquete postal dirigido a la estación, una canasta con piezas de caza, o una cesta de frutas y legumbres.

Y para evitar ese vergonzoso desenlace, ¿qué podía hacer yo, envuelto en mis ligaduras?

Mientras tanto, el rápido avanzaba hacia Rouen, que era ya la única y más próxima estación, habiendo pasado sin detenerse por las de Vernon y Saint-Pierre.

Había otro problema que me intrigaba, en el cual estaba menos directamente interesado, sin embargo, cuya solución despertaba mi curiosidad profesional: ¿cuáles eran las intenciones de mi compañero? Si yo fuera el único en el compartimento, él tendría tiempo suficiente para bajar en Rouen con toda tranquilidad. Pero ¿y la dama? Apenas se abriese la portezuela, aquella mujer, que en estos momentos se mantenía tan humilde y prudente, empezaría a gritar y pedir auxilio…

De ahí mi asombro. ¿Por qué no la reducía a ella también a la misma impotencia en que me encontraba yo, cosa que le daría tiempo suficiente para desaparecer antes de que nadie se diera cuenta de su doble fechoría?

El desconocido fumaba constantemente, con la mirada fija sobre el espacio que una lluvia titubeante comenzaba a rayar de grandes líneas oblicuas. No obstante,

en una ocasión se volvió, tomó mi guía de ferrocarriles y la consultó.

Por su parte, la dama se esforzaba por mantenerse desvanecida, para tranquilizar así a su enemigo. Pero experimentaba golpes de tos provocados por el humo del tabaco que desmentían el desvanecimiento.

En cuanto a mí, me sentía a disgusto y muy encorvado. Mientras tanto, yo proyectaba… combinaba.

Pasamos por Pont-de-l'Arche, Oissel… El rápido se apresuraba, alegre y embriagado de velocidad.

Saint-Étienne… En ese momento, el hombre se levantó y avanzó dos pasos hacia nosotros, ante lo cual la dama se apresuró a reaccionar con un nuevo grito y un desvanecimiento no disimulado esta vez.

Pero ¿cuál era el propósito de aquel hombre?

Bajó el cristal de la ventanilla de nuestro lado. Ahora la lluvia caía con furia, y el hombre hizo un gesto revelador de la contrariedad que ello le producía, por no disponer ni de paraguas ni de impermeable o abrigo. Lanzó la mirada sobre la red de los equipajes. Allí estaba el paraguas de la dama y lo tomó. Cogió igualmente mi abrigo y se lo puso.

Estábamos atravesando el Sena. Se remangó las vueltas de los pantalones, y después se inclinó y levantó el cierre exterior de la puerta del compartimento.

¿Iría a saltar a la vía? A la velocidad a que marchaba el tren, eso sería la muerte segura. Nos internamos en el túnel perforado en la cota Sainte-Catherine. El hombre entreabrió la puerta y con el pie tanteó el primer escalón. ¡Qué locura! Las tinieblas, el humo, el estrépito… todo esto daba a semejante tentativa una apariencia fantástica. Pero, súbitamente, el tren disminuyó la velocidad; los frenos aminoraron el impulso de las ruedas. En un minuto, la marcha se hizo normal y disminuyó luego todavía más. Sin duda alguna estaban realizándose trabajos de reparación de la vía en esa parte del túnel, que obligaban a los trenes a disminuir la velocidad; esos trabajos debían estarse realizando desde hacía varios días y el hombre lo sabía.

Ya no tuvo más que poner el otro pie en el estribo, bajar luego el segundo peldaño y saltar tranquilamente, no sin antes haber vuelto a echar el cierre

exterior de la portezuela. Apenas había desaparecido, cuando la luz del día iluminó el humo del túnel, dándole un tono blanquecino. Seguidamente desembocamos en un valle. Otro túnel más y ya estaríamos en Rouen.

Inmediatamente, la dama recobró el sentido y su primera preocupación fue lamentarse de la desaparición y pérdida de sus alhajas. Yo le imploré con la mirada. Ella comprendió y me libertó de la mordaza que me asfixiaba. Intentó igualmente desatar mis ligaduras, pero yo lo impedí.

No, no. Es preciso que la policía vea las cosas tal como están. Yo deseo que ella quede admirada de ese pícaro.

—¿Y si tirara de la señal de alarma?

—Es ya demasiado tarde; era preciso haber pensado en eso mientras él me atacaba.

—Pero entonces me habría matado. ¡Ah, señor! Ya le había dicho yo que él viajaba en este tren. Le reconocí enseguida por, su retrato. Y ahí va, llevándose mis alhajas.

—Ya le encontrarán, no tenga miedo.

—¿Volver a encontrar a Arsène Lupin? Jamás.

—Eso depende de usted, señora. Escuche. Apenas lleguemos, póngase usted en la portezuela y dé voces de llamada, haga ruido. Los agentes y los empleados acudirán. Cuénteles usted entonces lo que ha visto y reláteles en breves palabras la agresión de que yo fui víctima y la fuga de Arsène Lupin. Deles sus señas: sombrero blando, un paraguas, el de usted, un abrigo gris entallado.

—El de usted —dijo ella.

—¿Como el mío? No, el suyo. Yo no traía abrigo.

—Pues a mí me pareció que él no traía abrigo cuando subió al tren.

—Sí, sí… a menos que no se trate de una prenda olvidada por cualquiera en la red. En todo caso, él lo llevaba puesto cuando saltó del tren, y eso es esencial… un abrigo gris entallado, recuérdelo bien… ¡Ah! Me olvidaba… dígales el

nombre de usted desde el primer momento. Las funciones que ejerce su marido estimularán el celo de todas esas gentes.

Estábamos llegando. La dama se inclinó enseguida por la ventanilla de la portezuela. Con voz un tanto fuerte, casi imperiosa para que mis palabras se grabaran bien en su cerebro, volví a decirle:

—Diga también mi nombre: Guillaume Berlat. Y, si es preciso, afirme que usted me conoce… Esto nos hará ganar tiempo… es preciso que la investigación preliminar se haga rápidamente… lo importante es que se emprenda la persecución de Arsène Lupin… por sus alhajas… No hay lugar a confusión, ¿verdad? Guillaume Berlat, un amigo de su marido.

—Entendido… Guillaume Berlat.

Se puso a dar voces y gesticular. Todavía el tren no se había detenido, cuando ya un señor subía al compartimento seguido de varios hombres. La hora crítica había sonado.

Sofocada, la señora exclamó:

—Arsène Lupin… nos ha atacado… me ha robado mis alhajas… Yo soy la señora Renaud… mi marido es subdirector de los servicios penitenciarios… ¡Ah! Ahí está precisamente mi hermano Georges Ardelle, director del Crédit Rouennais… ustedes deben saber…

La señora besó y abrazó a un joven que acababa de unirse a nosotros, y a quien el comisario saludó. Acongojada, la dama añadió:

—Sí, Arsène Lupin… Mientras este señor dormía se arrojó a su garganta… El señor Berlat, amigo de mi marido.

El comisario preguntó:

—Pero ¿dónde está Arsène Lupin?

—Saltó del tren en el túnel, después de pasar el Sena.

—¿Está usted segura de que era él?

—¿Que si estoy segura? Le reconocí perfectamente. En primer lugar, ya le habían visto en la estación de Saint-Lazare. Llevaba un sombrero blando…

—No, llevaba un sombrero duro como el de este señor —rectificó el comisario, señalando mi sombrero.

—Un sombrero blando, yo lo aseguro —repitió la señora Renaud—, y un abrigo gris entallado.

—En efecto —murmuró el comisario—; el telegrama indica que vestía un abrigo gris entallado, con el cuello de terciopelo negro.

—Sí… con el cuello de terciopelo negro… exactamente —exclamó la señora Renaud, triunfante.

Yo respiré. ¡Ah, qué valiente y excelente amiga tenía yo en ella!…

Mientras tanto, los agentes me habían librado de mis ligaduras. Me mordí violentamente los labios y brotó sangre. Encorvado y con el pañuelo sobre la boca, cual corresponde a un individuo que ha permanecido largo tiempo en una posición incómoda y que lleva en el rostro la marca sangrante de la mordaza, le dije al comisario con voz afligida:

—Señor, era Arsène Lupin, no hay duda alguna… Si se procede con diligencia, se le apresará… Yo creo que puedo serles de bastante utilidad.

Aquel vagón, que habría de servir para las comprobaciones de la policía, fue desenganchado del tren. Este continuó en dirección a El Havre. Fuimos llevados a la oficina del jefe de estación en medio de una multitud de curiosos que llenaban el andén. En ese momento experimenté una duda. Con un pretexto cualquiera podía alejarme de allí, ir a buscar mi automóvil y huir. Esperar allí era peligroso. Si surgía un incidente cualquiera, si llegaba de París un telegrama, yo estaba perdido.

Sí, pero ¿y mi ladrón? Abandonado a mis propios recursos y en una región que no me era muy familiar, no me cabía esperar alcanzarle.

«¡Bah! —me dije—. Hagamos frente a la situación y quedémonos. La partida es difícil de ganar, pero es tan divertido jugarla… Y lo que va en ella vale la pena.»

Nos rogaron que renováramos provisionalmente nuestras declaraciones, y yo exclamé:

—Señor comisario, en estos momentos Arsène Lupin toma cada vez más ventaja sobre la justicia. Mi automóvil me espera en el patio de la estación. Si usted quiere hacerme el honor de subir a él… trataremos de darle alcance.

El comisario sonrió con aire sutil:

—La idea no es mala… incluso es tan buena que ya está en vías de ejecución.

—¡Ah!

—Sí, señor, dos de mis agentes han salido en bicicleta… hace ya algún tiempo.

—Pero, ¿adónde van?

—A la propia salida del túnel. Allí recogerán las huellas y los testimonios que encuentren y le seguirán la pista a Arsène Lupin.

No pude menos de encogerme de hombros.

—Sus agentes no recogerán ni huellas ni testimonios.

—¿De veras?

Arsène Lupin se las habrá arreglado ya para que nadie le viese salir del túnel. Habrá tomado la primera carretera y desde allí…

—Desde allí a Rouen, donde nosotros le echaremos el guante.

—No vendrá a Rouen.

—Entonces permanecerá en los alrededores, donde estamos todavía más seguros de apresarle…

—No permanecerá en los alrededores.

—¡Oh, oh! ¿Dónde se ocultará, entonces?

Saqué mi reloj.

—A esta hora, Arsène Lupin ronda en torno a la estación de Darnétal. A las diez y cincuenta, es decir, dentro de veintidós minutos, tomará el tren que va de Rouen a la estación del Norte de Amiens.

—¿Cree usted? ¿Y cómo lo sabe?

—¡Oh!, eso es muy sencillo. En el compartimento del vagón, Arsène Lupin consultó mi guía de ferrocarriles. ¿Por qué razón lo hizo? Para ver si no lejos del lugar donde desapareció había otra línea, una estación de esa línea y un tren que se detuviera en esa estación. A mi vez he consultado mi guía. Y con ello me he informado.

—En verdad, señor, es una maravillosa deducción. ¡Qué capacidad tiene usted!

Arrastrado por mi convencimiento, acababa de cometer una torpeza al dar prueba de tanta habilidad. El comisario me miraba con sorpresa y me pareció ver traslucir en él un asomo de sospecha… Pero apenas si podía ser eso, por cuanto las fotografías enviadas de todas partes por la policía eran demasiado imperfectas, representaban un Arsène Lupin demasiado diferente de aquel que él tenía ante sí para que fuese posible que me reconociera. Mas, a pesar de todo, parecía turbado, confusamente inquieto.

Hubo un momento de silencio. Algo de equívoco y de incierto detenía nuestras palabras. Yo mismo sentí que un escalofrío de inquietud me sacudía. ¿La suerte iba a volverse contra mí? Dominándome, me eché a reír.

—¡Dios mío! Nada nos ilumina tanto la comprensión como la pérdida de una cartera y el deseo de recuperarla. Y me parece que si usted fuera tan amable de cederme a dos de sus agentes, entre ellos y yo quizá pudiéramos…

—¡Oh! Yo se lo ruego, señor comisario —exclamó la señora Renaud—. Haga lo que el señor Berlat dice.

La intervención de mi excelente amiga resultó decisiva. Pronunciado por ella, esposa de un personaje influyente, aquel nombre de Berlat se convertía verdaderamente en el mío y me confería una identidad inmune al alcance de toda sospecha. El comisario se levantó, y dijo:

—Me sentiré muy feliz señor Berlat, créalo, de verle triunfar. Yo deseo tanto como usted la detención de Arsène Lupin.

Me acompañó hasta el automóvil. Dos de sus agentes, a quienes me presentó como Honoré Massol y Gaston Delivet, tomaron asiento en el coche. Yo me puse al volante. Mi chófer dio vuelta a la manivela para poner el vehículo en marcha. Segundos después, abandonábamos la estación. Estaba salvado.

¡Ah! Confieso que mientras circulábamos por los bulevares que ciñen a esta vieja ciudad normanda, a la potente velocidad de mi treinta caballos, marca Moreau-Lepton, no dejaba de sentir cierto orgullo. El motor roncaba armoniosamente. A derecha e izquierda, los árboles huían detrás de nosotros. Y ya libre, fuera de peligro, ahora no tenía más que hacer que arreglar mis pequeños asuntos personales, con el concurso de aquellos dos honrados representantes de la fuerza pública. ¡Arsène Lupin iba en busca de Arsène Lupin!

Modestos apoyos del orden social, Gaston Delivet y Honoré Massol, ¡cuán preciosa me fue vuestra ayuda! ¿Qué hubiera hecho yo sin vosotros? Sin vosotros, ¡cuántas veces en las encrucijadas yo hubiera tomado el falso camino! Sin vosotros, Arsène Lupin se hubiera equivocado y el otro se habría escapado.

Pero no todo había acabado; muy lejos de ello. Me quedaba, en primer lugar, echarle mano a aquel individuo y apoderarme yo mismo de los papeles que me había robado. Era preciso que a ningún precio mis dos acólitos metieran la nariz en tales documentos, y mucho menos todavía que se apoderaran de ellos. Servirme de ellos y actuar al margen de ellos, he ahí lo que yo quería y que no era fácil en absoluto.

Llegamos a Darnétal tres minutos después que el tren hubiera pasado. Cierto es que tuve el consuelo de averiguar que un individuo que vestía un abrigo gris entallado y con el cuello de terciopelo negro había subido a uno de los compartimentos de segunda clase, provisto de un billete para Amiens. Decididamente, mis comienzos como policía eran prometedores.

Delivet me dijo:

—Ese tren es expreso y no se detendrá más que en Montérolier-Buchy, dentro de diecinueve minutos. Si nosotros no llegamos allí antes que Arsène Lupin, este puede continuar a Amiens, o bien tomar la bifurcación a Clères, y desde allí alcanzar Dieppe o París.

—¿A qué distancia está Montérolier?

—A veintitrés kilómetros.

—Veintitrés kilómetros en diecinueve minutos… Entonces llegaremos antes que él.

¡Qué etapa tan apasionante! Jamás mi fiel Moreau-Lepton respondió a mi impaciencia con más ardor y regularidad. Me parecía cual si yo le comunicara mi voluntad directamente, sin el intermediario de pedales y palancas. El automóvil parecía compartir mis deseos. Aprobaba mi obstinación. Comprendía mi animosidad contra aquel pícaro de Arsène Lupin. Aquel traidor, ¿conseguiría apoderarme de él? ¿Se burlaría una vez más de la autoridad, de aquella autoridad de la cual yo era la encarnación?

—¡A la derecha! —gritaba Delivet—. A la izquierda… Todo recto…

Nos deslizábamos por encima del suelo. Los guardacantones tenían el aspecto de animalitos porosos que se desvanecían ante nuestra proximidad.

Y de pronto, en una curva de la carretera surgió un torbellino de humo: ¡el expreso del Norte!

Durante un kilómetro fue una lucha lado a lado, una lucha desigual, cuyo desenlace era seguro. A la llegada habíamos derrotado al tren por veinte largos.

En tres segundos nos encontrábamos ya en el andén frente al lugar donde se detenían los vagones de segunda clase. Las portezuelas se abrieron. Bajaron algunas personas. Pero no mi ladrón. Inspeccionamos los compartimentos. Ni rastro de Arsène Lupin.

—¡Diablos! —exclamé yo—. Probablemente me reconoció en el automóvil mientras corríamos lado a lado con el tren y habrá saltado de este antes de llegar.

El jefe del tren confirmó esta suposición. Había visto a un hombre que bajaba dando tumbos a lo largo del terraplén, doscientos metros antes de la estación.

—Mire… allá abajo… es aquel que está cruzando el paso a nivel.

Me abalancé seguido de mis dos acólitos, o, más bien, seguido de uno de ellos, pues el otro, Massol, era un corredor extraordinario que tenía tanta velocidad como fondo. En pocos instantes, el espacio que le separaba del fugitivo

disminuyó singularmente. El individuo se dio cuenta, franqueó un seto y arrancó rápidamente hacia un talud que saltó. Le vimos todavía más lejos penetrando en un pequeño bosque.

Cuando llegamos a ese bosque, Massol ya nos estaba esperando allí. Había juzgado inútil aventurarse más adentro, por temor a perdernos.

—Le felicito a usted, mi querido amigo —le dije—. Después de semejante carrera, nuestro individuo debe de tener agotada la respiración. Ya es nuestro.

Inspeccioné los alrededores, a la par que reflexionaba en los medios para proceder yo solo a la detención del fugitivo, a fin de recuperar cosas que la policía no habría, sin duda, tolerado que yo recuperase sino después de muchas investigaciones desagradables. Luego regresé junto a mis compañeros.

—Bien. Esto es fácil. Usted, Massol, se sitúa a la izquierda. Y usted, Delivet, a la derecha. Desde allí, ustedes vigilan toda la línea posterior del bosque, y él no podrá salir de este sin que ustedes lo descubran, como no sea por esta cañada donde yo tomo posición. Si él no sale, entonces entro yo, y forzosamente le lanzo sobre uno de ustedes dos. Ustedes solo tienen que esperar, por consiguiente. Ah, me olvidaba: en caso de alerta, hacer un disparo.

Massol y Delivet se alejaron cada uno por su lado. Inmediatamente después que desaparecieron penetré en el bosque con las mayores precauciones, de forma que no fuese visto ni oído. Se trataba de malezas espesas arregladas para la caza y cortadas por sendas muy estrechas, por las cuales no era posible caminar sino curvándose como en un subterráneo de verdor.

Una de esas sendas desembocaba en un claro donde la hierba mojada presentaba huellas de pasos. Los seguí, teniendo cuidado de deslizarme a través de los setos. Me condujeron al pie de un pequeño montículo que coronaba una casucha de cascote medio demolida.

«Él debe encontrarse aquí —pensé yo—. El observatorio está bien escogido.»

Subí hasta el pie de la casucha. Un ruido ligero me advirtió de su presencia, y efectivamente, por una abertura, le divisé cuando me volvía la espalda:

En dos saltos caí sobre él. Trató de apuntar con el revólver que tenía en la mano, pero no le di tiempo y le derribé a tierra, de tal manera, que sus dos brazos

quedaron apresados debajo de su cuerpo, a la par que le ponía mi rodilla sobre el pecho.

—Escucha, hijo mío —le dije al oído—: yo soy Arsène Lupin. Me vas a devolver enseguida y con la mejor voluntad mi cartera y la bolsa de la señora… mediante lo cual te arranco de las garras de la policía y te alisto entre mis amigos. Di una palabra solamente: sí o no.

—Sí —murmuró él.

—Tanto mejor. Tu golpe de esta mañana estaba inteligentemente planteado. Nos entenderemos.

Me levanté. Rebuscó en su bolsillo, sacó un largo cuchillo e intentó alcanzarme con él.

—Imbécil —le dije.

Con una mano paré el ataque. Y con la otra le lancé un violento golpe a la arteria carótida, lo que se llama un gancho a la carótida. Cayó sin sentido.

Dentro de mi cartera encontré mis papeles y mis billetes de banco. Por curiosidad tomé la suya. En un sobre que estaba dirigido a él leí su nombre: Pierre Onfrey.

Me estremecí. Pierre Onfrey, el asesino de la calle Lafontaine en Auteuil. Pierre Onfrey, el que había degollado a la señora Delbois y a sus dos hijas. Me incliné sobre él. Sí, era aquel rostro que en el compartimento del tren había despertado en mí el recuerdo de unos rasgos que ya había visto antes.

Pero el tiempo transcurría. Metí en un sobre dos billetes de cien francos y una tarjeta con estas palabras: «Arsène Lupin a sus buenos colegas Honoré Massol y Gaston Delivet, en testimonio de agradecimiento». Dejé el sobre a la vista en medio de la habitación. Al lado, la bolsa de la señora Renaud. ¿Acaso podía yo dejar de devolvérsela a la excelente amiga que me había socorrido? Confieso, no obstante, que quité de la bolsa todo cuanto ofrecía algún interés, no dejando más que un peine de concha y un portamonedas vacío. ¡Qué caramba! Los negocios son los negocios. Y además, verdaderamente, su marido ejercía un oficio tan poco honrado…

Quedaba aquel hombre. Comenzaba a moverse. ¿Qué haría yo? Yo no estaba calificado ni para salvarlo ni para condenarlo. Le quité las armas y disparé al aire un tiro de revólver.

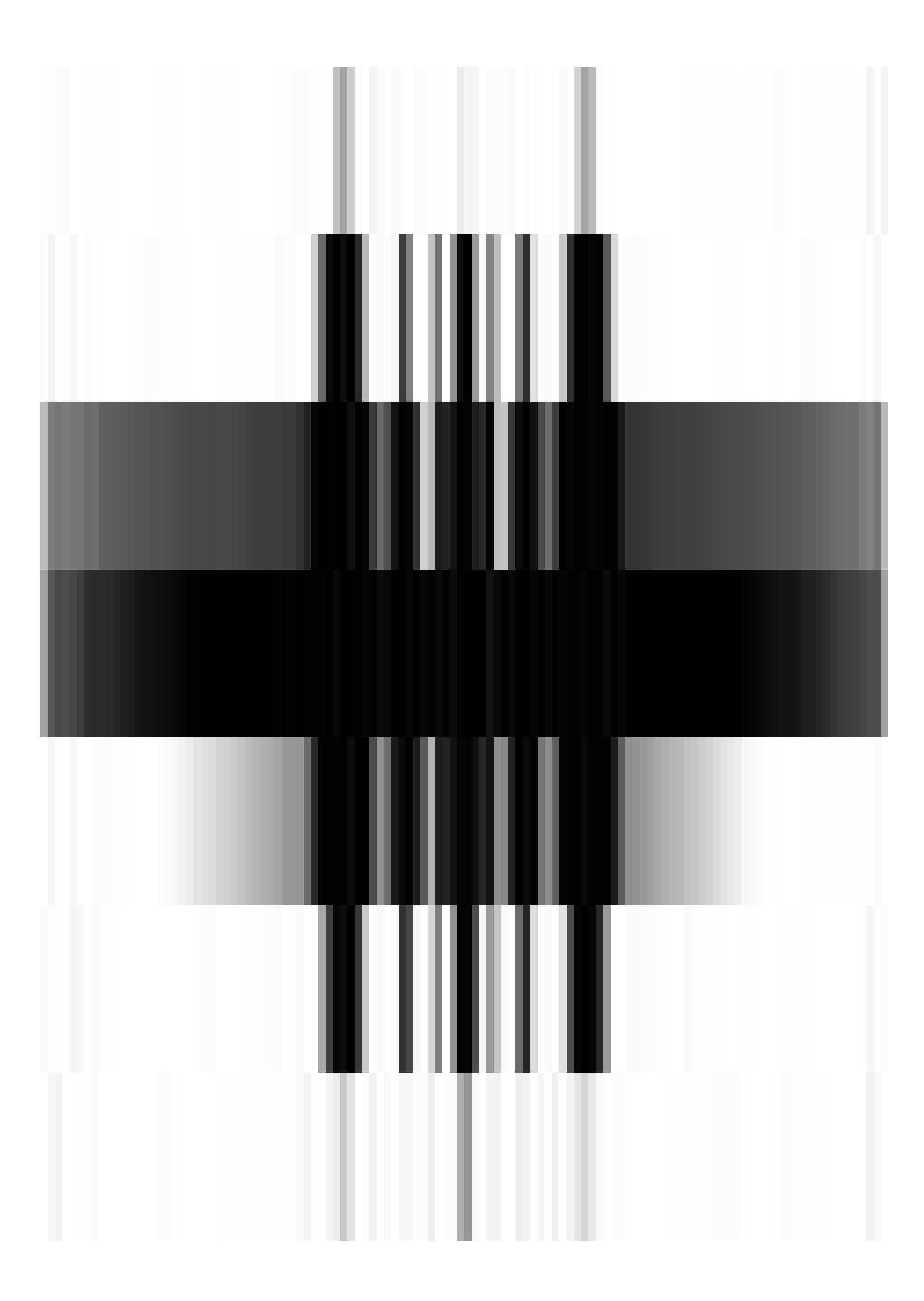
«Los otros van a venir —pensé yo—; que él se las arregle. Los acontecimientos se desarrollarán conforme a su destino.»

Y me alejé a paso de carrera por el camino de la hondonada. Veinte minutos más tarde, un camino transversal, que yo había observado cuando corríamos en persecución de aquel sujeto, me llevó cerca de mi automóvil.

A las cuatro de la tarde telegrafié a mis amigos de Rouen comunicándoles que un incidente imprevisto me obligaba a aplazar mi visita. Pero, aquí entre nosotros, me temo mucho que, dado lo que ellos deben saber a estas alturas, me veré obligado a aplazarla indefinidamente. ¡Una cruel desilusión para ellos!

A las seis de la tarde llegaba de regreso a París por Isle-Adam, Enghien y la Puerta Bineau.

Por los periódicos de la noche me enteré de que la policía había conseguido al fin apoderarse de Pierre Onfrey.



Al día siguiente —no deben desdeñarse en modo alguno las ventajas de una propaganda inteligente— el Écho de France publicaba esta gacetilla sensacional:

Ayer, en las inmediaciones de Buchy, y después de numerosos incidentes, Arsène Lupin llevó a cabo la detención de Pierre Onfrey. El asesino de la calle Lafontaine acababa de desvalijar en la línea ferroviaria de París a El Havre a la señora Renaud, esposa del subdirector de los servicios penitenciarios. Arsène Lupin devolvió a la señora Renaud la bolsa que contenía las alhajas de aquella y ha recompensado generosamente a los dos agentes de Seguridad que le habían ayudado en el curso de esta dramática detención.

5

El collar de la reina

Dos o tres veces por año, con motivo de solemnidades importantes, tales como los bailes de la Embajada de Austria o las fiestas nocturnas de lady Billingstone, la condesa de Dreux-Soubise se ponía sobre sus blancos hombros el «collar de la reina».

Era, en efecto, un famoso collar, el collar legendario que Bohmer y Bassenge, joyeros de la casa real, destinaban a la duquesa de Du Barry; que él cardenal de Rohan-Soubise creyó ofrecer a María Antonieta, reina de Francia, y que la aventurera Jeanne de Valois, condesa de La Motte, desmembró una noche de febrero de 1785, con ayuda de su marido y del cómplice de ambos, Retaux de Villette.

A decir verdad, solo la montura era auténtica. Retaux de Villette la había conservado, mientras que el señor De la Motte y su esposa dispersaron a los cuatro vientos las piedras brutalmente desprendidas de esa joya, las admirables piedras tan cuidadosamente escogidas por Bohmer. Más tarde, en Italia, las vendió a Gaston de Dreux-Soubise, sobrino y heredero del cardenal, salvado por él de la ruina cuando se produjo la sensacional bancarrota de Rohan-Guéménée, y en recuerdo de su tío volvió a comprar los pocos diamantes que quedaban en poder del joyero inglés Jefferys, los completó con otros de valor mucho más inferior, pero del mismo tamaño, y logró así reconstruir el maravilloso «collar en esclava», tal como había salido de las manos de Bohmer y Bassenge.

De esa joya histórica se enorgullecieron, durante más de un siglo, los Dreux-Soubise. A pesar de que diversas circunstancias hubieron disminuido su fortuna, prefirieron reducir su tren de vida en la casa que deshacerse de la real y preciosa reliquia. En particular, el conde actual tenía un apego a esa joya como se le puede tener a la mansión paterna. Por prudencia había alquilado una caja fuerte en el banco Crédit Lyonnais para guardarla allí. Iba él mismo en persona a buscarla la tarde del día que su esposa deseaba adornarse con ella, y él mismo también volvía a depositarla en el banco a la mañana siguiente.

Aquella noche, en la recepción del palacio de Castilla, la condesa obtuvo un resonante éxito, y el rey Christian, en cuyo honor se había celebrado la fiesta,

comentó su magnífica belleza. Las piedras resplandecían en torno al gracioso cuello. Las mil facetas de los diamantes brillaban y chispeaban como llamas a la claridad de las luces. Nadie más que ella, tal parecía, hubiera podido llevar con tanta distinción y tanta soltura y nobleza la carga de semejante adorno.

Fue un doble triunfo que el conde de Dreux saboreó profundamente y del cual se felicitó a sí mismo, una vez que hubieron regresado a sus habitaciones en su viejo palacete del barrio residencial de Saint-Germain. Estaba orgulloso de su esposa y quizá otro tanto de la joya que daba lustre a su familia desde hacía cuatro generaciones. Y en ese hecho, su esposa encontraba motivo para una vanidad un tanto pueril, pero que constituía en realidad una marca de su carácter altanero.

No sin contrariedad, se quitó el collar de los hombros y se lo tendió a su marido, quien lo examinó con admiración, como si no lo conociera ya bastante y lo viera por primera vez. Luego, cuando lo hubo colocado en su estuche de cuero rojo, con las armas del cardenal, penetró en su gabinete inmediato, que más bien era una especie de alcoba que había sido separada y aislada completamente del dormitorio y cuya única entrada se encontraba al pie de su cama. Lo mismo que las otras veces, escondió el estuche, colocándolo sobre una tabla bastante alta, entre cajas de sombreros y pilas de ropa. Cerró después la puerta y se desnudó.

Por la mañana, a eso de las nueve, se levantó con intención de ir al Crédit Lyonnais después de desayunar. Se vistió, bebió una taza de café y bajó a las caballerizas. Allí dio órdenes. Uno de los caballos le tenía inquieto. Mandó que lo hicieran caminar y trotar ante él en el patio. Luego regresó junto a su esposa.

La condesa no había abandonado ni un solo instante el dormitorio, y estaba peinándose ayudada por su sirvienta cuando le preguntó:

—¿Vas a salir?

—Sí, voy a hacer esa gestión.

—¡Ah! En efecto… es más prudente…

El conde entró en el gabinete. Pero al cabo de algunos segundos, inquirió sin la menor sorpresa:

—¿Lo has tomado tú, querida?

—¿Cómo? No, yo no he tomado nada.

—Lo has cambiado de sitio.

—En absoluto… ni siquiera he abierto esa puerta.

El conde apareció en la estancia, descompuesto y balbuciendo con voz apenas inteligible:

—Pero ¿tú no has…? ¿No has sido tú…? Entonces…

Ella corrió al gabinete, y entre ambos buscaron febrilmente, tirando las cajas al suelo y deshaciendo las pilas de ropa. Y el conde repetía:

—Es inútil… cuanto hagamos es inútil… Es aquí, sobre esta tabla, donde yo lo coloqué.

—Puedes haberte equivocado.

—Es aquí, sobre esa tabla, y no sobre ninguna otra.

Encendieron una lámpara, pues el cuarto era bastante oscuro, y quitaron toda la ropa y todos los objetos que allí se amontonaban. Y cuando ya no quedó nada en el gabinete, tuvieron que reconocer, con desesperación, que el famoso collar, el collar en esclava de la reina, había desaparecido.

Siendo mujer de carácter resuelto, la condesa, sin perder tiempo en vanas lamentaciones, hizo avisar al comisario, señor Valorbe, cuyo espíritu sagaz y clarividente habían ya tenido ocasión de apreciar anteriormente. El comisario fue puesto al corriente de todos los detalles, y seguidamente preguntó:

—¿Está usted seguro, señor conde, que ninguna persona pudo durante la noche pasar por su dormitorio?

—Absolutamente seguro. Yo tengo el sueño muy ligero. Es más: la puerta de este dormitorio estaba cerrada con llave. Yo mismo tuve que abrir esta mañana cuando mi esposa llamó a su sirvienta.

—¿Y no existe ningún otro paso que permita introducirse en el gabinete?

—Ninguno.

—¿No hay ventanas?

—Sí, hay una, pero está clausurada.

—Yo quisiera ver cómo está…

Se encendieron lámparas, e inmediatamente, el señor Valorbe les hizo observar que la ventana no estaba clausurada totalmente sino solo a media altura por un armario, el cual, además, no estaba pegado exactamente a la ventana.

—Está lo suficiente —replicó el señor de Dreux— para que resulte imposible apartarlo sin hacer mucho ruido.

—¿Y adónde da esta ventana?

—A un pequeño patio interior.

—¿Y hay todavía otro piso encima de este?

—Dos, pero al nivel del de los criados; el patio está protegido por una verja de mallas muy estrechas. Es por eso que aquí hay tan poca claridad.

En efecto, cuando fue apartado el armario, se comprobó que la ventana estaba cerrada, y no hubiera podido estarlo si alguien hubiera penetrado por ella desde el exterior.

—A menos —observó el conde— que ese alguien hubiera salido por nuestro cuarto.

—En cuyo caso, usted no hubiera encontrado cerrado el paño de la puerta de este dormitorio.

El comisario reflexionó un instante y luego, volviéndose hacia la condesa, dijo:

—¿Entre las personas que la rodean, señora, se sabía que usted llevaría ese collar anoche?

—Sí, yo no me he ocultado de ello. Pero nadie sabía, en cambio, que nosotros lo ocultaríamos en ese gabinete.

—¿Nadie?

—Nadie… A menos que…

—Le ruego a usted, señora, que precise. Ese es uno de los puntos más importantes.

Ella le dijo a su marido:

—Estaba pensando en Henriette.

—¿Henriette? Ella ignora ese detalle, como los demás.

—¿Estás seguro?

—¿Quién es esa señora? —preguntó el señor Valorbe.

—Una amiga de internado en el convento que está disgustada con su familia por haberse casado con algo así como un obrero. Al morir su marido, la recogí con su hijo y les amueblé un apartamento en este palacete.

Y agregó con apuros:

—Me presta algunos servicios. Es muy diestra en labores manuales.

—¿En qué piso vive ella?

—En el nuestro, no lejos de los demás… al extremo de ese pasillo… E incluso pienso yo… la ventana de su cocina…

—Sí, está enfrente de la nuestra.

—Se abre sobre este patio, ¿verdad?

Un ligero silencio siguió a esta declaración.

Luego, el señor Valorbe pidió que le condujeran ante Henriette.

La encontraron cosiendo, mientras su hijo Raoul, un niño de seis a siete años, leía a su lado. Bastante sorprendido de ver el miserable apartamento que habían amueblado para ella, y que se componía en total de una habitación sin chimenea

y de un cuartucho que servía de cocina, el comisario la interrogó. Ella pareció desconcertada al enterarse del robo cometido. La víspera por la noche ella misma había ayudado a vestir a la condesa y colocado el collar en torno a su cuello.

—¿Santo Dios! —exclamó—. ¿Quién me lo hubiera dicho?

—¿Y usted no tiene ninguna idea?… ¿No tiene usted la menor duda?… Es posible que el culpable haya pasado por su habitación.

Ella rio de buen talante, sin imaginarse siquiera que pudiera ser objeto de la menor sospecha.

—Pero si yo no he salido de mi cuarto… yo no salgo nunca. Y además, ¿no ha visto usted?

Abrió la ventana de la cocina.

—Vea. Hay no menos de tres metros hasta el reborde del otro lado.

—¿Quién le ha dicho a usted que nosotros pensáramos en la hipótesis de un robo efectuado por ahí?

—Pero, entonces… ¿el collar no estaba en el gabinete?

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Caramba! He sabido de siempre que lo ponían allí durante la noche… se ha hablado de eso delante de mí.

Su rostro, todavía joven, pero en el cual los sufrimientos habían dejado su huella, desprendía una gran dulzura y resignación. Sin embargo, mostró de pronto, en el silencio, una expresión de angustia, como si presintiera que la amenazaba un peligro. Atrajo a su hijo contra ella, y el niño le tomó la mano y se la besó tiernamente.

—No creo —dijo el señor De Dreux al comisario cuando quedaron solos— que usted sospeche de ella. Yo respondo de ella. Es la honradez personificada.

—¡Oh! Soy completamente de la misma opinión que usted —afirmó el señor

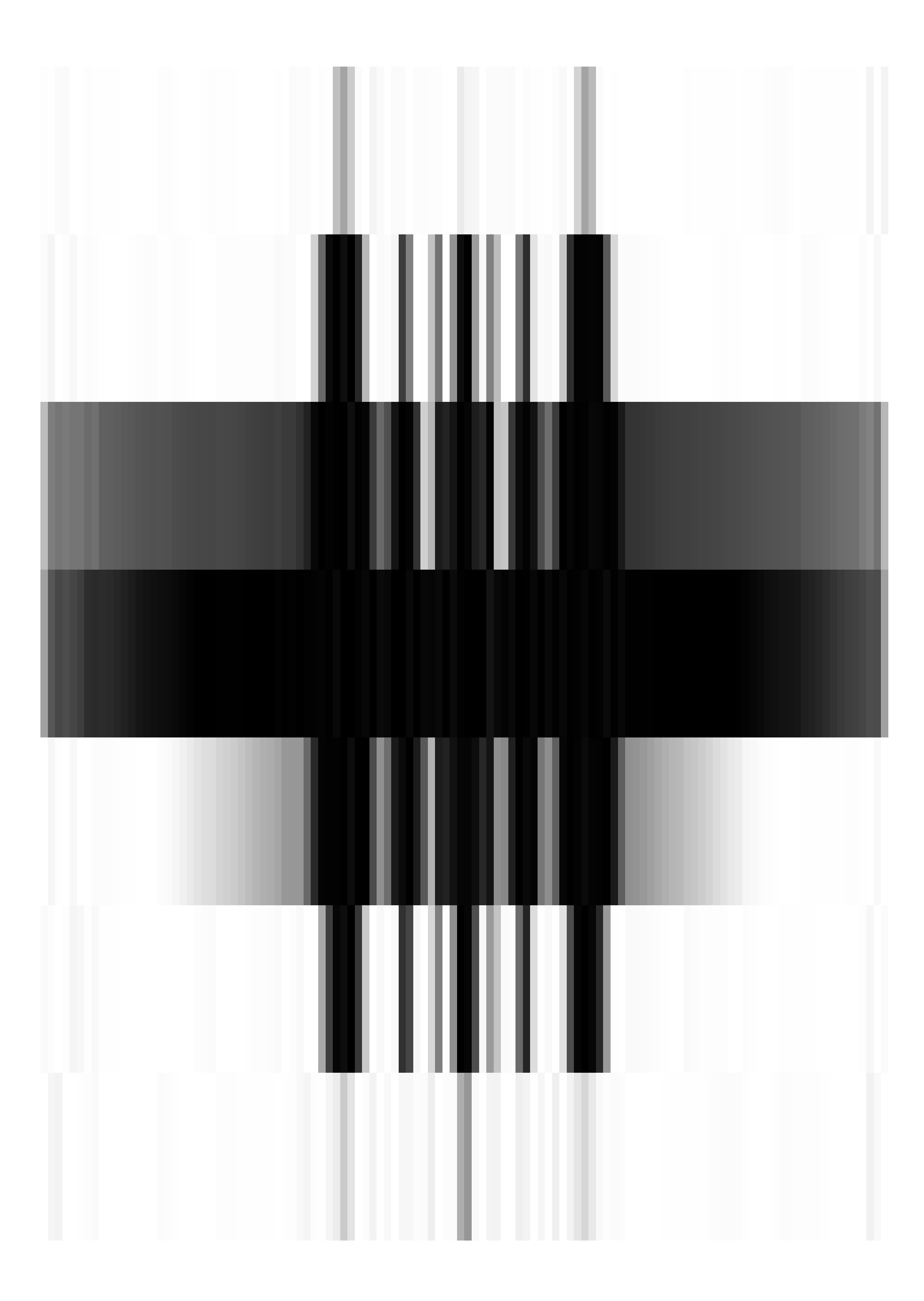
Valorbe—. En lo que he pensado es en una complicidad inconsciente. No obstante, reconozco que esta explicación es absurda, tanto más cuanto que no resuelve de ningún modo el problema con el cual nos enfrentamos.

El comisario dejó en ese punto la investigación y el juez de instrucción la tomó por su cuenta y la completó en los días siguientes. Se interrogó a los criados, se comprobó el estado del cerrojo, se hicieron experimentos con la abertura y cierre de la ventana del gabinete, se exploró el patio de arriba abajo… Pero todo fue inútil. La ventana no podía abrirse ni cerrarse desde fuera.

Las investigaciones derivaron principalmente sobre Henriette, pues, a pesar de todo, siempre recaían hacia ese lado. Se hurgó minuciosamente en su vida y se comprobó que desde hacía tres años no había salido del palacete más que cuatro veces para gestiones que pudieron comprobarse. En realidad, servía de camarera y de costurera a la señora De Dreux, la cual se mostraba a su respecto de un rigor sobre el cual todos los criados declararon en forma confidencial.

—De todos modos —decía el juez de instrucción, que al cabo de una semana llegó a las mismas conclusiones que el comisario—, aun admitiendo que supiéramos quién es el culpable, y a eso no hemos llegado todavía, no sabríamos por ello más sobre la forma en que se cometió el robo. A derecha e izquierda se alzan ante nosotros dos barreras: una puerta y una ventana cerradas. El misterio es así doble. ¿Cómo pudo introducirse una persona, y cómo, cosa mucho más difícil, pudo escapar, dejando tras de sí una puerta cerrada con llave y una ventana también cerrada?

Al cabo de cuatro meses de investigaciones, la idea secreta del juez era que el señor y la señora de Dreux, apremiados por necesidades de dinero, habían vendido el collar de la reina. Y archivó el asunto.



El robo de la preciosa joya descargó sobre los Dreux-Soubise un golpe del cual conservaron la marca por largo tiempo. Su situación, al no estar ya apoyada por aquella especie de reserva que constituía tal tesoro, dio lugar a que se encontraran frente a unos acreedores más exigentes y a prestamistas menos propicios. Tuvieron que recortar sus gastos considerablemente, enajenar, hipotecar. En una palabra, aquello hubiera sido su ruina si dos grandes herencias de parientes lejanos no hubieran venido a salvarlos.

A la vez sufrieron también en su orgullo, cual si hubieran perdido un cuartel de sus escudos de nobleza. Y, cosa extraña, fue contra su antigua compañera de internado contra quien se volvió la condesa. Sentía contra ella un verdadero rencor y la acusaba abiertamente. Primeramente la relegó al piso de los criados y luego la despidió de la noche a la mañana.

Y la vida siguió deslizándose sin que ocurrieran acontecimientos notables. Los condes viajaban mucho.

En el curso de esa época hay que destacar solo un hecho. Unos meses después de la partida de Henriette, la condesa recibió de ella una carta que la llenó de asombro:

Señora:

No sé cómo agradecérselo a usted. Puesto que es usted, ¿no es cierto?, quien me ha enviado esto. Solo puede ser usted. Ninguna otra persona conoce mi retiro en el fondo de esta pequeña aldea.

Si me equivoco, perdóneme, y, cuando menos, reciba la expresión de mi reconocimiento por sus anteriores bondades…

¿Qué quería decir con eso? Las bondades presentes o pasadas de la condesa hacia ella se reducían a muchas injusticias. ¿Qué significaba ese agradecimiento?

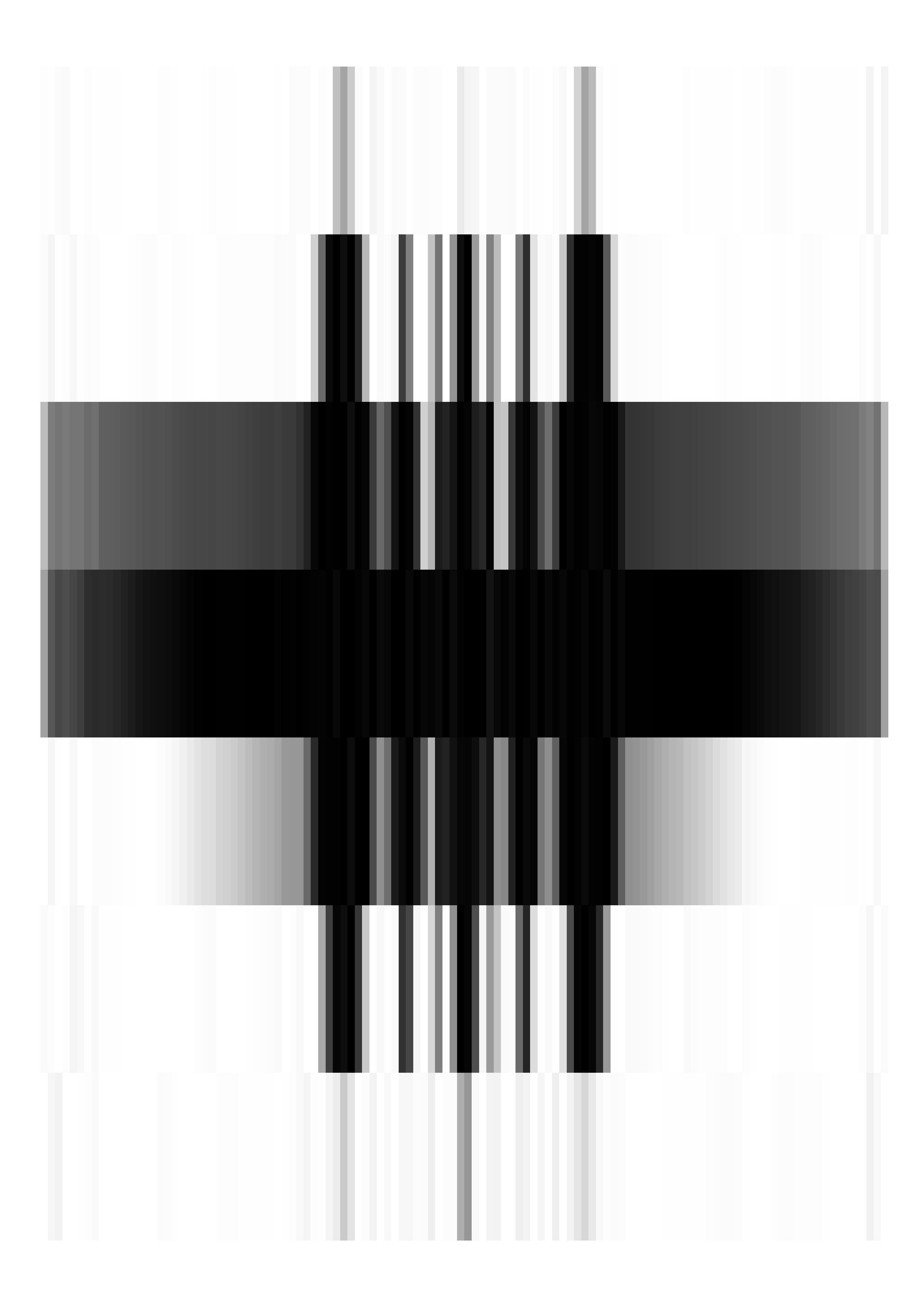
Al pedirle que se explicara, Henriette respondió que había recibido por correo un pliego sin certificar conteniendo dos billetes de mil francos. El sobre, que ella enviaba con su respuesta, estaba sellado en París y solo llevaba puesta su dirección, trazada con una escritura visiblemente disfrazada.

¿De dónde procedían aquellos dos mil francos? ¿Quién se los había mandado? ¿Y por qué se los habían mandado? Se informó a la justicia. Pero ¿qué pista podía seguir aquella entre esas tinieblas?

Y el mismo hecho volvió a producirse doce meses después. Y una tercera vez, y una cuarta, y así cada año durante seis años, con solo una diferencia que el quinto y el sexto año la suma fue doblada, lo que permitió a Henriette, que había caído enferma súbitamente, el cuidarse de forma conveniente.

Otra dificultad: la administración de Correos se incautó de una de las cartas, a pretexto de que no había sido enviada como valores certificados por contener dinero, pero ya las dos últimas cartas fueron enviadas conforme al reglamento de Correos: la primera fechada en Saint-Germain y la otra en Suresnes. El remitente firmaba la primera Anquety, y la segunda, Péchard. Las direcciones que daba eran falsas.

Al cabo de seis años, Henriette murió, y el enigma quedó sin resolver.



Todos estos acontecimientos son conocidos del público. El suceso fue de los que apasionan a la opinión pública, y es un destino extraño el de aquel collar, que, después de haber conmocionado a Francia a fines del siglo XVIII, volvió a emocionarla no menos un siglo más tarde. Pero lo que yo voy a decir lo ignora todo el mundo, salvo los principales interesados y algunas otras personas a las cuales el conde pidió que guardaran el secreto más absoluto. Como es probable que un día u otro esas personas falten a su palabra, yo, por mi parte, no siento escrúpulo alguno en descorrer el velo, y así se sabrá al propio tiempo la clave del enigma, la explicación de la carta publicada por los diarios de anteayer por la mañana, carta extraordinaria que añadía, si ello es posible, un poco más de sombra y de misterio a las oscuridades de este drama.

Hace de esto cinco años. Entre los, invitados que almorzaban en casa del señor de Dreux-Soubise se encontraban sus dos sobrinas y su prima, y entre los hombres, el presidente Essaville, el diputado Bochas, el caballero Floriani, a quien el conde había conocido en Sicilia, y el general y marqués De Rouzières, viejo camarada del círculo.

Después del almuerzo, las damas sirvieron el café, y los caballeros fueron autorizados a fumar un cigarrillo, a condición de que no abandonaran el salón. Se charló. Una de las jóvenes concurrentes se divirtió echando las cartas y diciendo la buena ventura. Luego la conversación derivó hacia los crímenes célebres. Y fue a propósito de esto que el señor De Rouzières, quien nunca perdía oportunidad de hacer objeto de bromas al conde, recordó la aventura del collar, tema de conversación por el cual el señor De Dreux sentía horror.

Inmediatamente, cada cual dio su opinión. Cada uno reanudó la investigación a su manera. Y, bien entendido, resultó que todas las hipótesis se contradecían y todas eran igualmente inadmisibles.

—Y usted, señor —preguntó la condesa al caballero Floriani—, ¿cuál es su opinión?

—¡Oh! Yo no tengo opinión, señora.

Hubo exclamaciones y protestas. Precisamente, el caballero acababa de relatar muy brillantemente diversas aventuras en las cuales se había visto mezclado con su padre, magistrado en Palermo, y en las que había confirmado su buen juicio y

su gusto por estas cuestiones.

—Confieso —dijo él— que he tenido éxito allí donde otras personas más hábiles que yo habían ya renunciado. Pero de eso a considerarme como un Sherlock Holmes… Y, además, apenas si sé de qué se trata en este caso.

Todos se volvieron hacia el dueño de la casa. Aun a disgusto, aquel hubo de resumir los hechos. El caballero escuchó, reflexionó, hizo algunas preguntas y murmuró:

—Tiene gracia… a primera vista no me parece que la cosa sea tan difícil de adivinar.

El conde se encogió de hombros. Sin embargo, las demás personas corrieron a colocarse en torno al caballero, y este, con un tono un tanto dogmático, prosiguió:

—En general, para llegar al autor de un crimen o de un robo es preciso determinar en qué forma ese crimen o ese robo fueron cometidos. En el presente caso, nada es más simple, según creo yo, pues nos encontramos enfrentados no a varias hipótesis, sino a una certidumbre; a una certidumbre única, rigurosa y que se enuncia así: el individuo solo podía entrar por la puerta del dormitorio o por la ventana del gabinete. Pero desde el exterior no se abre una puerta que está cerrada por dentro con cerrojo. Entonces tuvo que entrar por la ventana.

—Pero estaba cerrada y fue encontrada cerrada declaró con firmeza el señor De Dreux.

—Para eso —continuó Floriani sin tomar en cuenta la interrupción— el individuo solo tuvo necesidad de establecer un puente, colocar una tabla o una escala entre el balcón de la cocina y el reborde de la ventana y una vez que la pantalla…

—Pero yo le repito que la ventana estaba cerrada —exclamó el conde con impaciencia.

Esta vez Floriani tuvo que responder. Lo hizo con la mayor tranquilidad, como un hombre a quien una objeción tan insignificante no le turba en absoluto:

—Yo quiero creer que lo estaba, pero ¿acaso no hay un ventanillo?

—¿Cómo lo sabe usted?

—En primer lugar, eso es casi una regla en los edificios de esta época. Y en segundo lugar, es preciso que así sea, pues de otro modo el robo resulta inexplicable.

—En efecto, hay un ventanillo, pero está cerrado como la ventana. Ni siquiera se le prestó atención.

—Es un error. Porque si se hubiese prestado atención a eso, se hubiera visto evidentemente que había sido abierto.

—¿Y cómo?

—Yo supongo que, al igual que todos los demás ventanillos, se abre por medio de un alambre tejido, provisto de una anilla en su extremidad inferior.

—Sí.

—¿Y ese anillo colgaba entre el patio y el armario?

—Sí, pero yo no comprendo…

—He aquí. Por una ranura practicada en el cristal se pudo, con ayuda de un instrumento cualquiera, supongamos una barrita de hierro provista de un gancho, atraer la anilla, tirar de ella y abrir.

El conde replicó con ironía:

—¿Perfecto! ¡Perfecto! Usted lo arregla todo con una facilidad… solo que olvida una cosa, querido señor, y es que no había ranura alguna practicada en el cristal.

—Tuvo que haber una ranura.

—¡Vamos! La habríamos visto.

—Para ver es preciso mirar y no han mirado. La ranura existe, pues resulta materialmente imposible que no exista a lo largo del cristal contra la masilla… en sentido vertical, bien entendido.

El conde se levantó. Parecía sobreexcitado. Caminó por el salón de arriba abajo con paso nervioso, y acercándose a Floriani le dijo:

—Nada ha cambiado allí desde ese día… nadie ha puesto después los pies en ese gabinete.

—En ese caso, señor, tiene usted la posibilidad de comprobar que mi explicación concuerda con la realidad.

—No concuerda con ninguno de los hechos que la justicia ha comprobado. Usted no ha visto nada, usted no sabe nada y usted va en contra de todo lo que nosotros hemos visto, y de todo lo que nosotros sabemos.

Floriani no pareció siquiera observar la irritación del conde, y dijo, sonriendo:

—¡Dios mío! Yo lo único que trato es de ver claro, eso es todo. Si me equivoco, pruébeme usted mi error.

—Sin más tardanza … Confieso que, a la larga, la seguridad de usted… El señor De Dreux masculló aún algunas palabras, y luego, de súbito, se dirigió hacia la puerta y salió.

No se pronunció una palabra más. Se esperaba con ansiedad, como si verdaderamente fuese a aparecer una parte de la realidad. Y el silencio tenía una gravedad extrema.

Al fin, el conde apareció en el marco de la puerta. Estaba pálido y extraordinariamente agitado. Con voz temblorosa dijo a sus amigos:

Les pido a ustedes perdón… las revelaciones del señor son tan imprevistas… jamás yo hubiera podido pensar…

Su esposa le interrogó ávidamente:

—Habla… te lo suplico… ¿qué ocurre?

El conde balbució:

—La ranura existe… en el mismo lugar indicado… a lo largo del cristal.

Tomó bruscamente el brazo del caballero, y le dijo con tono imperioso:

—Y ahora, señor, prosiga… reconozco que usted tiene razón hasta aquí; pero… no ha acabado… Responda, ¿qué es lo que ocurrió, según usted?

Floriani se desprendió de la mano del conde suavemente, y después de un instante prosiguió:

—Pues bien, según lo que yo creo, he aquí lo que ocurrió: el individuo, sabiendo que la señora De Dreux iba al baile con el collar, colocó la pasarela en su ausencia. A través de la ventana le vigiló y le vio ocultar la joya. Una vez que usted salió de allí, cortó el cristal y tiró de la anilla.

—Sea, pero la distancia es demasiado grande para que él haya podido alcanzar por el ventanillo el pomo de la ventana.

—Si no la pudo abrir, entonces es que penetró por el ventanillo.

—Imposible; no hay un hombre lo bastante delgado para introducirse por allí.

—Entonces no fue un hombre.

—¡Cómo!

—Ciertamente. Si el paso es demasiado estrecho para un hombre, es preciso que haya sido un niño.

—¡Un niño!

—¿No dijo usted que su amiga Henriette tenía un hijo?

—En efecto… un niño que se llamaba Raoul.

—Es extraordinariamente probable que fuese Raoul quien cometió el robo.

—¿Qué prueba tiene usted?

—¿Qué prueba?… No faltan pruebas… Así, por ejemplo…

Se calló y reflexionó unos segundos; luego prosiguió:

—Así, por ejemplo, esa pasarela no es de creer que el niño la haya llevado desde fuera y la haya vuelto a sacar sin que alguien se apercibiera de ello. Tuvo que emplear lo que tenía a su disposición. En el cuartucho que Henriette tenía por cocina había, ¿no es eso?, dos tablas sujetas a la pared, donde colocaba sus cacerolas.

—Sí, dos tablas, según yo recuerdo.

—Sería preciso comprobar si esas dos tablas están fijadas a los pies de madera que las sostienen. En caso contrario, estaríamos autorizados a pensar que el niño las desclavó y luego unió una a la otra. Es posible también, puesto que había un horno, que se encontrase el gancho utilizado en este y del cual se sirvió para abrir el ventanillo.

Sin decir una palabra, el conde salió, y esta vez los concurrentes ya no sintieron en absoluto la pequeña ansiedad por lo desconocido que habían experimentado la vez primera. Sabían, y lo sabían de una manera absoluta, que las previsiones de Floriani eran exactas. Emanaba de aquel hombre una impresión de certidumbre tan rigurosa, que se le escuchaba no como si él dedujera unos hechos de otros, sino cual si relatara acontecimientos cuya autenticidad era fácil de comprobar en toda su medida.

Y nadie se mostró sorprendido cuando a su vez el conde declaró:

—Fue efectivamente el niño; seguro que fue él; todo lo prueba.

—¿Ha visto usted las tablas… el gancho del horno?

—Los he visto… las tablas fueron desclavadas… el gancho aún está allí.

La señora De Dreux-Soubise exclamó:

—Fue el niño… Querrán decir más bien que fue la madre. Henriette es la única culpable. Ella habría obligado a su hijo…

—No —afirmó el caballero—; la madre no tuvo nada que ver en eso.

—¡Vamos! Vivían en el mismo cuarto y el niño no hubiera podido actuar sin que la madre lo supiera.

—Vivían en el mismo cuarto, pero todo ocurrió en la habitación vecina, de noche y mientras la madre dormía.

—¿Y el collar? —preguntó el conde—. Hubiera sido encontrado entre las cosas del niño.

—Perdóneme. El niño salía de casa. Esa misma mañana que ustedes le sorprendieron ante su mesa de trabajo, venía de la escuela, y quizá la justicia, en lugar de agotar sus recursos contra la madre, hubiera hecho mejor y hubiera estado mejor inspirada registrando el pupitre del niño y rebuscando entre sus libros de clase.

Sea. Pero ¿y aquellos dos mil francos que Henriette recibía cada año, no constituyen la mejor señal de su complicidad?

—Si hubiera sido cómplice, ¿le hubiera dado a usted las gracias por ese dinero? Y además, ¿acaso no la vigilaban? En tanto que el niño es libre y tiene toda clase de facilidades para correr a la ciudad próxima y dirigirse a un revendedor cualquiera y cederle a vil precio un diamante, dos diamantes, según el caso… bajo la condición de que el dinero sería enviado desde París, mediante lo cual el trato se repetirá el año siguiente.

Un malestar indescriptible oprimía a los Dreux-Soubise y a sus invitados. Verdaderamente, en el tono y en la actitud de Floriani había algo más que aquella certidumbre que desde un principio había molestado tanto al conde. Había como ironía; una ironía que parecía más bien hostil que simpática y amistosa, conforme hubiera convenido.

El conde afectó reírse. Dijo:

—Todo eso es de un ingenio que me encanta. Mis felicitaciones. ¡Qué brillante imaginación!

—No, no —exclamó Floriani con la mayor seriedad—. Yo no imagino nada. Solo evoco unas circunstancias que ocurrieron inevitablemente tal como yo las presento.

—¿Y qué es lo que sabe usted?

—Lo que usted mismo me ha dicho. Yo me represento la vida de la madre y del

niño allá en el fondo de la provincia; la madre que cae enferma; las artimañas y las invenciones del pequeño para vender las piedras y salvar a su madre o, cuando menos, endulzarle sus últimos momentos. La enfermedad se la lleva. Muere. Pasan los años. El niño crece y se hace hombre. Y entonces, y por primera vez quiero admitir que aquí mi imaginación da rienda suelta, supongamos que aquel niño experimenta la necesidad de volver a los lugares donde vivió su infancia; los ve; vuelve a ver a aquellos que sospecharon de su madre, que la acusaron…; piensen ustedes en el angustioso interés de semejante entrevista en la vieja casa donde se desarrollaron las peripecias del drama.

Sus palabras resonaron durante unos segundos en el inquieto silencio, y en los rostros del conde y la condesa se leía un esfuerzo desesperado por comprender y al propio tiempo el miedo y la angustia de comprender. El conde murmuró:

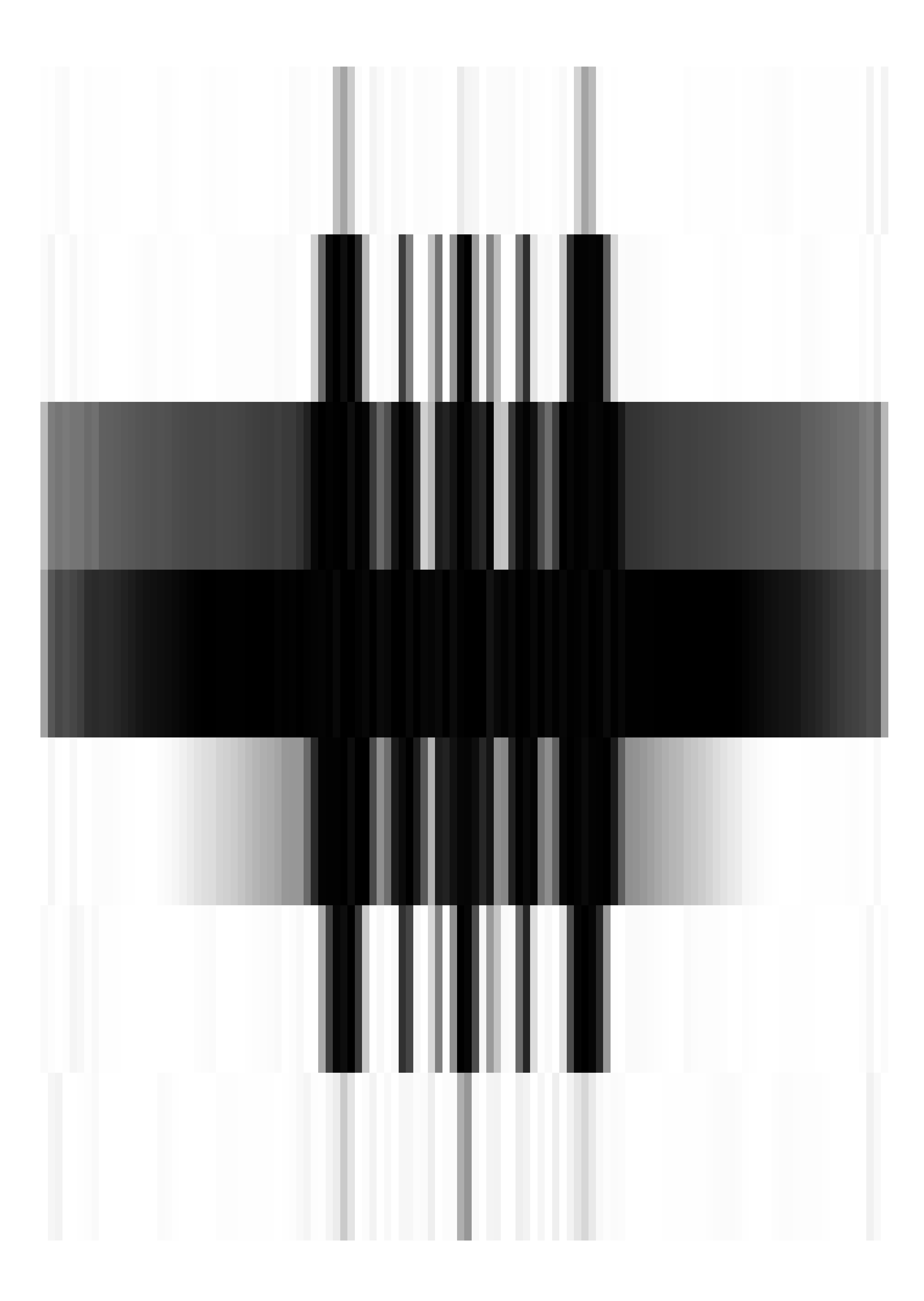
—Entonces, ¿quién es usted?

¿Yo? Pues el caballero Floriani, a quien usted conoció en Palermo y a quien usted ha sido lo suficiente generoso de invitarle a su casa ya varias veces.

—Entonces, ¿qué significa esa historia?

—¡Oh! Nada en absoluto. Es un simple juego por mi parte. Yo intento figurarme la alegría que el hijo de Henriette, si existe todavía, sentiría en deciros que él fue el único culpable, y que lo fue porque su madre era desgraciada al extremo de perder el empleo de… criada del que vivía, y porque el niño sufría al ver a su madre desgraciada.

Floriani se expresaba con una emoción contenida, medio erguido y medio inclinado sobre la condesa. No podía caber duda alguna. El caballero Floriani no era otro que el hijo de Henriette. Todo en su actitud y en sus palabras lo proclamaba así. Por lo demás, ¿acaso no era su intención evidente, incluso su voluntad, de ser reconocido como tal?



El conde dudó. ¿Qué actitud iba a adoptar con respecto a aquel audaz personaje? ¿Llamar a los criados? ¿Provocar un escándalo? ¿Desenmascarar a aquel que antaño le había despojado de la joya? Pero hacía ya tanto tiempo… ¿Y quién admitiría esa historia del niño culpable? No, mejor sería aceptar la situación afectando al propio tiempo no percibir en absoluto su verdadero sentido. Y así, el conde, acercándose a Floriani, exclamó con regocijo:

—Muy divertido, muy curiosa su novela. Le juro que me apasiona. Pero, según usted, ¿qué es lo que se ha hecho de ese excelente joven, ese modelo de hijo? Espero que no se haya detenido en tan hermoso camino.

—¡Oh! Ciertamente que no.

—¿Verdad que no? ¡Después de semejante principio! Apoderarse del collar de la reina a los seis años… el célebre collar que ambicionaba María Antonieta.

—Y apoderarse de él —observó Floriani, secundando el juego del conde— sin que le costase el menor inconveniente, sin que nadie tuviese la idea de examinar el estado de los cristales o de darse cuenta de que el reborde de la ventana estaba demasiado limpio, porque él lo había limpiado para borrar toda huella de su paso sobre el grueso polvo antes allí acumulado… Confiese usted que había para trastornar la cabeza de un chico de su edad. ¿Acaso es eso tan fácil? ¿Acaso basta con solo querer y tender la mano?… Palabra, lo que él quiso…

—Y él tendió la mano.

—Las dos manos prosiguió el caballero, riendo.

Todos experimentaron como un escalofrío. ¿Qué misterio ocultaba la vida del seudo Floriani? ¡Qué extraordinaria debía de ser la existencia de este aventurero, «ladrón» genial a los seis años y que, hoy, por un refinamiento de diletante en busca de emociones, o cuando más para satisfacer un sentimiento de rencor, venía a desafiar a su víctima en su propia casa, audazmente, locamente, y, no obstante, lo hacía con toda la corrección de hombre galante de visita!

Se levantó y se acercó a la condesa para despedirse. Ella reprimió un movimiento para retroceder. Él sonrió.

—¡Oh, señora! Usted tiene miedo. ¿Acaso habré yo llevado demasiado lejos mi pequeña comedia de brujo de salón?

Ella se dominó, y respondió con la misma desenvoltura, un poco burlona:

—De ningún modo, señor. Por el contrario, la leyenda de ese buen hijo me ha interesado mucho y me siento feliz de que mi collar haya sido objeto de un destino tan brillante. Pero ¿no cree usted que el hijo de esa… mujer, de aquella Henriette, obedecía sobre todo a su vocación?

Él se estremeció, sintiendo la punzada, y replicó:

—Yo estoy persuadido de ello, y era preciso incluso que esa vocación fuese muy fuerte para que el niño no se acobardara.

—¿Y ello por qué?

—Está claro. Usted sabe que la mayor parte de las piedras eran falsas. Las únicas verdaderas eran aquellos pocos diamantes comprados de nuevo al joyero inglés, pues los otros habían sido vendidos uno a uno según las duras necesidades de la vida.

—Pero, en todo caso, se trataba del collar de la reina, señor —dijo la condesa con altivez—, y he ahí lo que el hijo de Henriette no podía comprender.

—Él debió de comprender, señora, que, falso o bueno, el collar constituía ante todo un objeto de exhibición, una enseña.

El señor De Dreux hizo un gesto. Su esposa lo advirtió inmediatamente.

—Señor —dijo ella—, si el hombre al cual usted alude tiene el mínimo pudor…

Se interrumpió, intimidada por la tranquila mirada de Floriani.

Él repitió:

—Si ese hombre tiene el mínimo pudor…

Ella comprendió que nada ganaría hablándole de esa manera, y, a pesar de sí misma, a pesar de su cólera y su indignación, toda temblorosa de orgullo

humillado, le dijo, casi amablemente: señor, la leyenda afirma que Retaux de Villette, cuando tuvo el collar de la reina entre sus manos y que él le sacó todos los diamantes con Juana de Valois, no se atrevió, sin embargo, a tocar la montura. Comprendió que los diamantes no eran más que el adorno, lo accesorio, pero que la montura era lo esencial, la propia creación del artista, y la respetó. ¿Cree usted que ese hombre lo haya comprendido también?

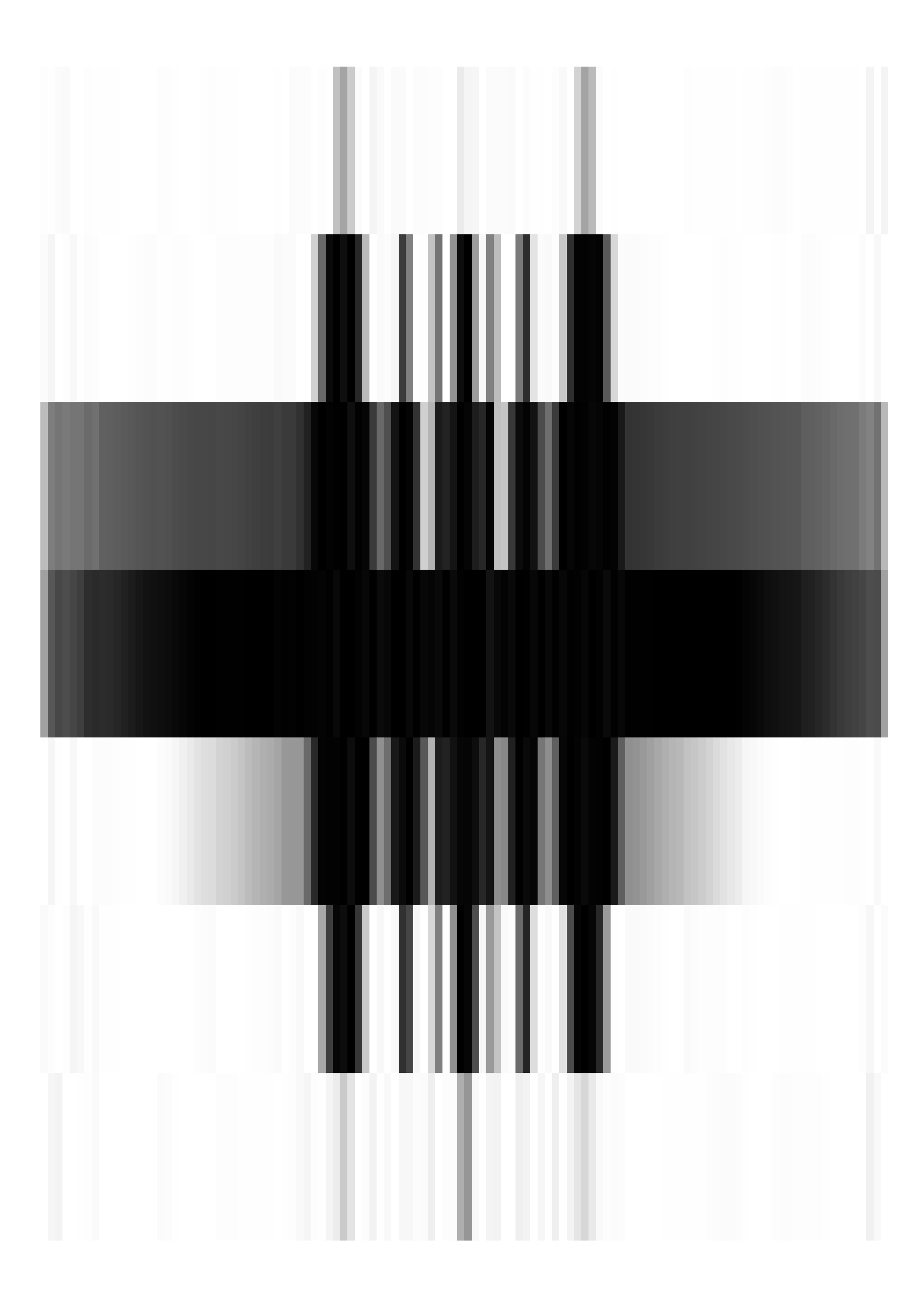
—Yo no dudo que la montura exista. El niño la ha respetado.

—Pues bien, señor si le sucede a usted que se lo encuentra, dígale que conserva injustamente en su poder una de esas reliquias que son propiedad y gloria de ciertas familias, y que ha podido arrancar las piedras sin que el collar de la reina deje de pertenecer a la casa de los Dreux-Soubise. Nos pertenece como nuestro nombre, como nuestro honor.

El caballero respondió sencillamente:

—Se lo diré, señora.

Se inclinó ante ella y saludó al conde. Saludó luego, unos después de otros, a todos los concurrentes y salió.



Cuatro días más tarde, la señora De Dreux encontraba sobre la mesa de su dormitorio un estuche rojo con las armas del cardenal. Lo abrió. Era el collar de la reina.

Pero, como todas las cosas, en la vida de un hombre cuidadoso de la unidad y de la lógica, deben concurrir al mismo fin —y teniendo en cuenta que un poco de publicidad nunca resulta dañoso—, al día siguiente el Écho de France publicaba estas líneas sensacionales:

El collar de la reina, la célebre joya robada antaño a la familia Dreux-Soubise, ha sido recuperado por Arsène Lupin. Y Arsène Lupin se ha apresurado a devolverlo a sus legítimos dueños. No cabe sino aplaudir esta atención delicada y caballeresca.

6

El Siete de Corazones

Se plantea una pregunta y esta me ha sido hecha a menudo.

¿Cómo conocí yo a Arsène Lupin?

Nadie duda de que yo lo conozca. Los detalles que he acumulado sobre este hombre desconciertan; los hechos irrefutables que yo expongo, las pruebas nuevas que aporto, la interpretación que doy a ciertos actos de los cuales solo habían sido vistas las manifestaciones exteriores sin penetrar en las razones secretas ni en el mecanismo invisible… todo eso prueba perfectamente, sino una intimidad que la propia existencia de Arsène Lupin haría imposible, sí, cuando menos, unas relaciones amistosas y las consiguientes confidencias.

Pero ¿cómo lo conocí yo? ¿De dónde procede el favor de ser su historiador? ¿Por qué he de ser yo y no otro?

La respuesta es fácil: únicamente la casualidad ha presidido una elección en la cual mis méritos no cuentan para nada. Es la casualidad que me ha puesto sobre ese camino. Es por casualidad que yo he estado mezclado a una de sus más extrañas y de sus más misteriosas aventuras, y es por casualidad, en suma, que yo fui actor en un drama del que él fue el maravilloso director, drama oscuro y complejo, erizado de tales peripecias, que experimento un cierto embarazo en el momento de emprender el relato.

El primer acto se produjo en el curso de aquella famosa noche del 22 al 23 de junio, de la cual tanto se ha hablado. Y, por mi parte, digámoslo de una vez, atribuyo la conducta bastante anormal que yo observé en esa ocasión al estado de espíritu muy especial en que me encontraba al regresar a mi casa. Habíamos cenado entre amigos en un restaurante de la Cascada, y durante toda la noche, mientras fumábamos y la orquesta de zíngaros tocaba valses melancólicos, nosotros no habíamos hablado más que de crímenes y de robos y de intrigas espantosas y tenebrosas. Y todo eso constituye una mala preparación para conciliar el sueño.

Los Saint-Martin se marcharon en automóvil; Jean Daspry —aquel encantador y

despreocupado Daspry que seis meses después se haría matar de manera tan trágica en la frontera de Marruecos— y yo regresamos a pie bajo la noche oscura y cálida. Cuando llegamos ante el pequeño edificio que yo habitaba desde hacía un año en Neuilly, en el bulevar Maillot, él me dijo:

—¿Tú no sientes nunca miedo?

—¡Qué ocurrencia!

—¡Caramba. Esta residencia está tan aislada… nada de vecinos… Solo terrenos vacíos… En verdad, yo no soy un cobarde; pero, sin embargo…

—¡Caray! ¡Qué alegre estás!

—¡Oh! Yo digo eso como pudiera decir otra cosa. Los Saint-Martin me han impresionado con sus historias de bandidos.

Después de estrecharme la mano se alejó. Saqué la llave y abrí la puerta de la casa.

«Vaya —me dije—. Antoine ha olvidado dejarme encendida una lámpara.»

Y de pronto recordé: «Antoine estaba ausente, pues yo le había dado permiso para salir».

Inmediatamente, las sombras y el silencio me resultaron ingratos. Subí hasta mi dormitorio a tientas, lo más rápido posible, y enseguida, al contrario de lo que acostumbraba hacer, di vuelta a la llave por dentro y eché el cerrojo.

La llama de la lámpara me devolvió mi sangre fría. Sin embargo, tuve la precaución de sacar mi revólver de su funda; era un revólver grande, de largo alcance y lo coloqué al lado de mi cama. Esta precaución acabó de tranquilizarme. Me acosté y, como de ordinario, para dormir tomé de encima de la mesilla de noche el libro que siempre tenía sobre ella.

Quedé sorprendido. En lugar del cortapapeles con que yo había dejado marcadas las páginas la víspera, se encontraba un sobre sellado con cinco marcas de lacre rojo. Lo tomé vivamente, llevaba como dirección mi nombre y apellidos, acompañados de esta indicación: «Urgente».

¡Una carta! ¡Una carta a mi nombre! ¿Quién podía haberla puesto en ese lugar? Un poco nervioso, desgarré el sobre y leí:

A partir del momento en que usted haya abierto esta carta, ocurra lo que ocurra, oiga lo que oiga, no se mueva, no haga ningún ademán, no lance ningún grito. Si no, está usted perdido.

Pero tampoco soy un cobarde, y como cualquier, otro sé hacerle frente al peligro real o sonreír a los peligros quiméricos que se apoderan de nuestra imaginación. Mas, repito, me encontraba en un estado de espíritu anormal y por ello más fácilmente impresionable y con los nervios a flor de piel. Y además, ¿no había en todo eso algo de desconcertante y de inexplicable que hubiera sobrecogido al alma más intrépida?

Mis dedos apretaban febrilmente el papel y mis ojos releían; sin cesar las palabras amenazadoras… «No haga ningún ademán… no lance ningún grito…; si no, está usted perdido…» Vaya, pensé yo, se trata de alguna broma, de una farsa estúpida.

Estuve a punto de echarme a reír y hasta sentí deseos de reírme en voz alta. ¿Qué me lo impedía? ¿Qué temor impreciso me comprimía la garganta?

Cuando menos apagaría la lámpara. Pero no pude soplar la llama. «Ni un ademán, o usted está perdido», decía la nota.

Pero ¿por qué luchar contra esa clase de autosugestiones, más imperiosas a menudo que los hechos más precisos? No tenía más que cerrar los ojos. Cerré los ojos.

En el mismo instante, un ruido ligero rompió el silencio y luego se oyeron crujidos. Y todo ello provenía, según me pareció, de una sala grande inmediata donde yo tenía instalado mi gabinete de trabajo y del cual estaba separado por la antecámara.

La proximidad de un peligro real me sobreexcitó y tuve la sensación de que iba a levantarme, echar mano al revólver y precipitarme en la sala. Pero no me

levanté: frente a mí, una de las cortinas de la ventana se había movido.

Ya no cabían dudas. ¡Se movía aún! Y vi, lo vi claramente, que había entre las cortinas de la ventana, en ese espacio demasiado estrecho, una figura humana cuyo volumen impedía que la tela cayera vertical.

Y aquel ser me estaba viendo también, estaba seguro de que me veía a través de las mallas muy amplias de la tela. Y entonces lo comprendí todo. Mientras los demás se llevaban el botín, su misión consistía en mantenerme quieto. ¿Qué haría? ¿Levantarme? ¿Coger el revólver? Imposible… Él se hallaba allí y al menor ademán, al menor grito, yo estaba perdido…

Un violento golpe sacudió la casa, seguido de otros pequeños golpes dados de dos en dos o tres en tres, semejantes a los de un martillo que cae sobre puntas y que rebota. O, cuando menos, eso era lo que yo me imaginaba en la confusión que dominaba mi cerebro. Otros ruidos se entrecruzaron con aquellos en un verdadero tumulto, probándome que los intrusos no se preocupaban en absoluto y operaban con toda seguridad.

Y tenía razón: yo no me movía en modo alguno. ¿Era cobardía? No, más bien una anulación, una impotencia total para mover uno solo de mis miembros. Era igualmente prudencia, porque, a fin de cuentas, ¿para qué luchar? Detrás de aquel hombre había otros diez que acudirían a su llamada. ¿Iba yo a arriesgar mi vida para salvar unos pocos tapices y objetos de valor?

Y ese suplicio duró toda la noche. Suplicio intolerable, angustia terrible. El ruido había acabado, pero yo no cesaba de esperar que volviese a empezar de nuevo. ¡Y aquel hombre! ¡El hombre que me vigilaba con el arma en la mano! Mi mirada asustada no se apartaba de él. Y mi corazón latía apresuradamente y el sudor brotaba de mi frente y de todo mi cuerpo.

Y de pronto, un bienestar inexplicable me invadió: el carro de un lechero cuyo rodar me era bien conocido pasó por la calle y con ello sentí la impresión de que el alba se deslizaba entre las cerradas persianas y que la luz del día exterior se mezclaba ya con las sombras.

Y el día penetró en mi dormitorio. Y pasaron otros carros. Y todos los fantasmas de la noche se desvanecieron.

Entonces saqué un brazo fuera de la cama, lentamente, solapadamente. Frente a

mí nada se movió. Clavé mis ojos en el pliegue de la cortina, en el lugar exacto donde era preciso apuntar, tomé cuenta exacta de los movimientos que yo debía ejecutar, y rápidamente, empuñando mi revólver, disparé.

Salté fuera de la cama con un grito de liberación y corrí a la cortina. La tela estaba perforada y el vidrio agujereado. En cuanto al hombre, no había podido alcanzarle… por la sencilla razón de que allí no había nadie.

¡Nadie! Y así había sido toda la noche. Yo había permanecido hipnotizado por un pliegue de la cortina. Y durante todo ese tiempo los malhechores… Rabiosamente, con un impulso que nada hubiera podido detener, di vuelta a la llave en la cerradura, abrí la puerta, crucé la antecámara, abrí la otra puerta y me precipité en la sala.

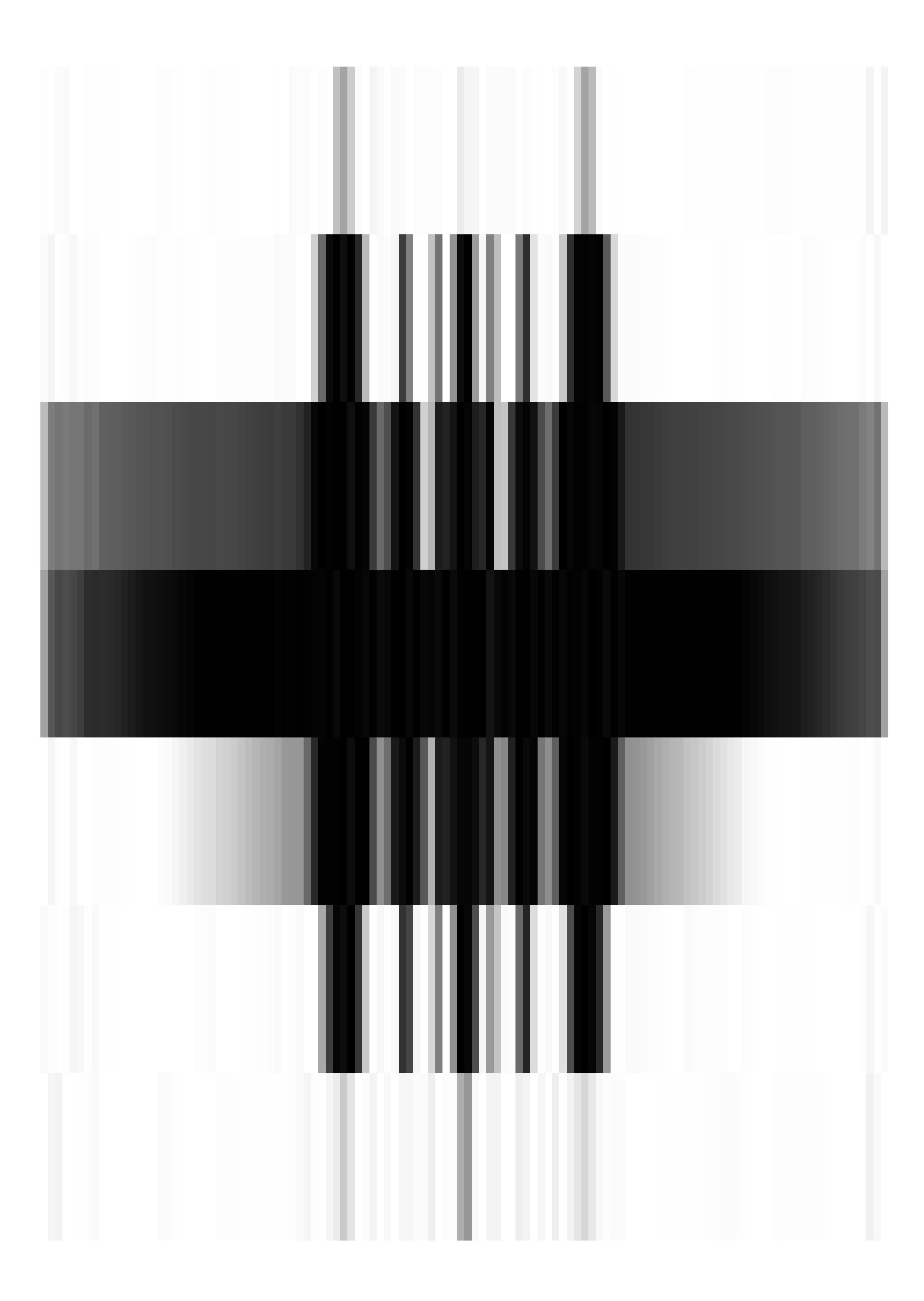
La estupefacción me dejó clavado sobre el suelo, anhelante, aturdido, más sorprendido todavía de lo que había quedado al comprobar la ausencia del individuo: nada había desaparecido. Todas las cosas que yo suponía robadas: muebles, tapices, terciopelos y sedas antiguas, todas esas cosas estaban en sus respectivos lugares.

Era un espectáculo incomprensible. No creía lo que veía. Pero ¿y aquel estrépito, aquellos ruidos como de mudanza? Recorrí la estancia, inspeccioné las paredes, hice un inventario de todos aquellos objetos que yo conocía perfectamente. ¡Nada faltaba! Y lo que me desconcertaba más es que tampoco revelaba que por allí hubieran pasado malhechores; ningún indicio, ni una silla fuera de su sitio, ninguna huella.

«Vamos, vamos —me dije, cogiéndome la cabeza entre las manos—. Pero, sin embargo, yo no estoy loco. Yo oí perfectamente los ruidos…»

Centímetro a centímetro, siguiendo los procedimientos de investigación más minuciosos, examiné la sala. Todo fue en vano. O más bien… ¿podía yo acaso considerar aquello como un descubrimiento? Sobre una pequeña alfombra persa, tirada en el suelo, recogí una carta, un naipe de juego. Era un siete de corazones semejante a todos los siete de corazones de los juegos de cartas francesas, pero que llamó mi atención por un detalle bastante curioso. La punta extrema de cada una de las siete marcas rojas en forma de corazón estaba perforada, tenía un agujero… la forma de agujero redondo y regular que hubiera podido practicarse con la punta de un punzón.

Eso era todo. Un naipe y una carta encontrada dentro de un libro. Y fuera de eso, nada. ¿Acaso era bastante para afirmar que yo no había sido juguete de un sueño?



Durante todo el día proseguí mis investigaciones en el salón. Era una estancia grande y en desproporción con la pequeñez del hotel y cuya ornamentación atestiguaba el extraño gusto de quien la había concebido. El piso era de mosaico compuesto de piedrecitas multicolores, formando anchos dibujos simétricos. Y ese mismo mosaico cubría las paredes, dispuesto en paneles: alegorías de Pompeya, composiciones bizantinas, frescos de la Edad Media. Un Baco cabalgaba sobre un tonel. Un emperador coronado de oro y con la barba florida tenía una espada en la mano derecha.

En lo alto, un poco a la manera de un taller de artista, se abría la única y amplia ventana. Esta ventana, que estaba siempre abierta durante la noche, probablemente constituía el punto por donde los hombres habían pasado con ayuda de una escala. Pero tampoco en esto tenía ninguna certidumbre. Los montantes de la escalera hubieran debido dejar huellas sobre el suelo del patio: pero allí no había ninguna. La hierba del terreno vacío que rodeaba el edificio debiera de estar recién pisada, pero no lo estaba tampoco.

Confieso que no se me ocurrió en absoluto acudir a la policía, dado que los hechos que yo hubiera necesitado exponer resultaban inconsistentes y absurdos. Se hubieran burlado de mí Pero dos días después era mi día de crónica en el Gil Blas, donde yo escribía entonces. Obsesionado por mi aventura, la conté del principio al fin.

El artículo no pasó inadvertido, pero comprendí que nadie lo tomaba en serio y que era considerado más bien como una fantasía que como una historia real. Los Saint-Martin se mofaron de mí. No obstante, Daspry, que no carecía de cierta competencia en estas materias, vino a verme, hizo que le explicase el asunto y lo estudió… sin conseguir mayor éxito por lo demás.

Pero una de las mañanas siguientes sonó el timbre de la puerta del jardín, y Antoine vino a comunicarme que había un señor que deseaba hablarme. No había querido dar su nombre. Le rogué que subiera.

Era un hombre de unos cuarenta años, muy moreno, de rostro enérgico y cuya ropa limpias, pero muy usadas, revelaban una preocupación por la elegancia que contrastaba con sus maneras más bien vulgares.

Sin preámbulo alguno me dijo, con voz rasgada y con un acento que me

confirmaba la situación social del individuo:

—Señor, encontrándome de viaje y estando en un café, cayó bajo mis ojos el Gil Blas. Leí su artículo. Me ha interesado… mucho.

Se lo agradezco.

—Y he venido…

—¡Ah!

—Sí, para hablar con usted. ¿Todos los hechos que usted ha contado son exactos?

—Absolutamente exactos.

—¿No hay ni uno solo que no sea invención de usted?

—Ni uno solo.

—En ese caso, quizá yo tenga información que proporcionarle.

—Le escucho a usted.

—No.

—¿Cómo no?

—Antes de hablar es preciso que yo compruebe si son exactos.

—¿Y para comprobarlos?

—Es preciso que yo permanezca solo en esta estancia.

Le miré con sorpresa.

—No comprendo muy bien…

—Es una idea que se me ha ocurrido al leer su artículo. Ciertos detalles establecen una coincidencia verdaderamente extraordinaria con otra aventura que la casualidad me ha revelado. Y si me he equivocado, es preferible que yo

guarde silencio. Y el único medio de saberlo es que yo me quede solo…

¿Qué se ocultaba bajo semejante propuesta? Más tarde he recordado que al formularla, el hombre tenía un aire inquieto, una expresión de carácter ansioso. Pero, por el momento, aunque un tanto sorprendido, yo no encontraba nada de particularmente anormal en su exigencia. Y, además, aquella curiosidad me estimulaba.

Respondí:

—Sea ¿Cuánto tiempo necesita usted?

—¡Oh! Tres minutos… no más. De aquí a tres minutos iré a reunirme con usted.

Salí de la estancia. Una vez abajo, saqué mi reloj. Pasó un minuto. Dos minutos… ¿Por qué me sentía oprimido? ¿Por qué aquellos instantes me parecieron más solemnes que otros?

Dos minutos y medio… Dos minutos y tres cuartos… Y, de pronto, sonó un disparo.

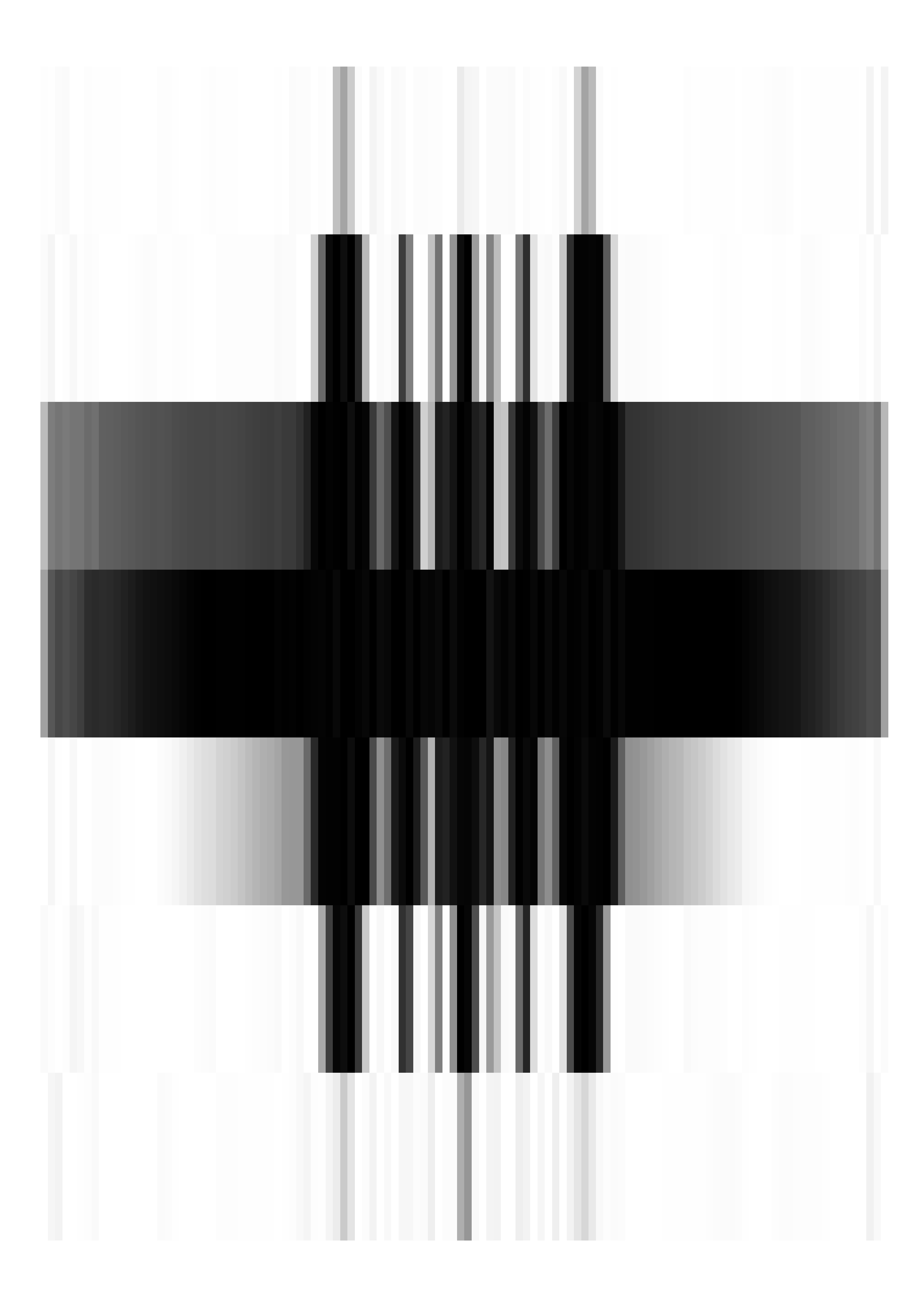
En unas zancadas subí los peldaños y entré. Lancé un grito de horror.

En medio de la sala yacía aquel hombre inmóvil y tendido sobre el costado izquierdo. La sangre manaba de su cabeza mezclada con trozos de cerebro. Cerca de su mano, un revólver aún humeante.

Le agitó una postrera convulsión, y eso fue todo.

Pero más aún que aquel espectáculo espantoso hubo algo que me sorprendió; algo que hizo que yo no gritara seguidamente pidiendo auxilio y que, en lugar de ello, me echara de rodillas para ver si el hombre respiraba aún. A dos pasos de él, caído en el suelo, había un siete de corazones.

Lo recogí. Las siete extremidades de las siete marcas rojas estaban también agujereadas…



Media hora después llegó el comisario de policía de Neuilly, y luego, el médico forense, y enseguida el jefe de Seguridad, señor Dudouis. Yo me había guardado mucho de tocar el cadáver. Nada podía falsear las primeras comprobaciones.

Aquellas fueron breves, tanto más cuanto que en un principio nada se descubrió, o muy poca cosa. En los bolsillos del muerto no había documento alguno, en su ropa ningún nombre o marca, y en su ropa interior ninguna inicial. En suma, ni un solo indicio capaz de revelar su identidad. Y en la sala reinaba el mismo orden que antes. Los muebles no habían sido movidos de sus lugares y todos los objetos continuaban en su misma posición. Y, sin embargo, aquel hombre no había venido a mi casa con la intención de matarse porque él juzgara que mi domicilio le convenía mejor que cualquier otro para su suicidio. Era preciso que hubiera un motivo que le hubiese decidido a ese acto desesperado y que ese motivo por sí mismo resultara de un hecho nuevo, comprobado por él en el curso de los tres minutos que había pasado solo.

¿Qué hecho era ese? ¿Qué había visto él? ¿Qué le había sorprendido? ¿Qué secreto espantoso había penetrado él? No estaba permitido hacer suposición alguna.

Pero, en el último instante, se produjo un incidente que nos pareció de un interés extraordinario. En el momento en que dos agentes se agachaban para levantar el cadáver y llevarlo sobre una camilla, se dieron cuenta que la mano derecha, hasta entonces cerrada y crispada, se había distendido y que de ella caía una tarjeta de visita completamente arrugada.

Esa tarjeta decía: «Georges Andermatt, calle de Berry, 37».

¿Qué significaba esto? Georges Andermatt era un importante banquero de París, fundador y presidente de esta fábrica de metales que ha dado tamaño impulso a las industrias metálicas de Francia. Vivía a lo grande, poseía berlina inglesa, automóvil y una cuadra de caballos de carrera. Sus fiestas eran muy concurridas y se comentaba la elegancia y la belleza en ellas desplegada por la señora de Andermatt.

—¿Sería ese el nombre del muerto? —murmuré yo.

El jefe de Seguridad se inclinó sobre el cadáver y dijo:

—Este no es él. El señor Andermatt es un hombre pálido y con los cabellos un poco grisáceos.

—Y entonces, ¿esta tarjeta?

—¿Tiene usted teléfono, señor?

—Sí, está en el vestíbulo. Si tiene la bondad de acompañarme… Buscó en la guía telefónica y pidió el número 41521.

—¿Está en casa el señor Andermatt? Haga el favor de decirle que el señor Dudouis le ruega que venga a toda prisa al número ciento dos del bulevar Maillot. Es urgente.

Veinte minutos después, el señor Andermatt bajaba de su automóvil. Le fueron expuestas las razones que hacían necesaria su intervención, y luego fue llevado ante el cadáver.

Experimentó un segundo de emoción que contrajo su rostro, y en voz baja, cual si hablase contra su voluntad, dijo:

—Es Étienne Varin.

—¿Le conocía usted…?

—No… quiero decir sí… pero solamente de vista. Su hermano…

—¿Tiene un hermano?

—Sí, Alfred Varin… Su hermano vino en cierta época a pedirme… no sé a propósito de qué…

—¿Dónde vive?

—Los dos hermanos vivían juntos… en la calle Provence, creo yo.

—¿Y usted no sospecha qué razones llevaron a este hombre a suicidarse?

—No.

—Sin embargo, esta tarjeta que tenía en la mano… Es su tarjeta con su

dirección.

—No comprendo nada. Esto no es más que una casualidad, que la instrucción del sumario nos explicará.

Una casualidad, en todo caso, muy curiosa, pensaba yo, y comprendí que todos experimentábamos la misma impresión.

Y esa impresión volví a observarla en los periódicos del día siguiente, así como en todos aquellos de mis amigos con quienes hablé de mi aventura. En medio de los misterios que la complicaban, después del doble descubrimiento tan desconcertante de aquel siete de corazones siete veces agujereado, después de los dos acontecimientos tan enigmático el uno como el otro de que mi casa había sido teatro, aquella tarjeta de visita parecía, al fin, prometer un poco de luz. Por ella se llegaría a la verdad.

Pero, contrariamente a todas las previsiones, el señor Andermatt no proporcionó ninguna indicación.

—Yo he dicho todo lo que sabía —repetía él—. ¿Qué más quieren? Yo soy el primero en sentirme estupefacto por el hecho de que esa tarjeta haya sido encontrada allí, y, como todo el mundo, espero que ese punto quede aclarado.

Pero no fue aclarado. La investigación estableció que los hermanos Varin, suizos de origen, habían llevado bajo distintos nombres una vida muy agitada; frecuentaban las casas de juego y mantenían relaciones con toda una banda de extranjeros, de los cuales se ocupaba ya la policía y que se habían dispersado después de una serie de robos en los cuales su participación no fue comprobada más tarde. En el número 24 de la calle Provence, donde los hermanos Varin habían, en efecto, vivido seis años antes, ignoraban qué se había hecho de ellos.

Confieso que, por mi parte, este asunto me parecía tan embrollado, que no creía en absoluto en la posibilidad de una solución y ya me esforzaba en no esperarla más. Pero, por el contrario, Jean Daspry, a quien yo vi muy a menudo en esa época, se apasionaba por el suceso cada día más.

Fue él quien me señaló este eco publicado en un periódico extranjero y que toda la prensa reproducía y comentaba:

Se va a proceder, en presencia del emperador y en un lugar que se mantendrá en secreto hasta el último minuto, a las primeras pruebas de un submarino que deberá revolucionar las condiciones de la guerra naval. Una indiscreción nos ha revelado el nombre el submarino: se llama el Siete de Corazones.

¿El Siete de Corazones? ¿Era esta una coincidencia fortuita? ¿O bien debería pensarse en una relación entre ese submarino y los incidentes de que hemos hablado? Pero ¿una relación de qué naturaleza? Lo que aquí ocurría no podía en modo alguno ligarse a lo que pasaba allá.

—¿Qué sabes tú? —me decía Daspry—. Los efectos más dispares provienen a menudo de una causa única.

Dos días después, nos llegó otra noticia que decía:

Se afirma que los planos del Siete de Corazones, el submarino cuyas pruebas van a realizarse inmediatamente, han sido ejecutados por ingenieros franceses. Esos ingenieros, habiendo solicitado en vano la ayuda de sus compatriotas, se dice que se dirigieron luego, sin mayor éxito, al Almirantazgo inglés. Damos estas noticias con la mayor reserva.

No me atrevo a insistir sobre unos hechos de naturaleza tan delicada y que, como se recordará, provocaron una emoción tan considerable. No obstante, puesto que todo peligro de complicación ha sido eliminado ya, preciso hablar del artículo publicado por el Écho de France, que entonces causó tanto ruido y que arrojó sobre el asunto del Siete de Corazones, cual se le llamaba, alguna claridad… aunque confusa.

He aquí el artículo, tal como apareció bajo la firma de Sauveur.

El asunto del Siete de Corazones. Se levanta una punta del velo.

Seremos breves. Hace diez años, un joven ingeniero de minas, Louis Lacombe, deseoso de consagrar su tiempo y su fortuna a los estudios que realizaba, presentó su dimisión y alquiló, en el número 102 del bulevar Maillot, un pequeño palacete que un conde italiano había hecho construir y decorar recientemente. Por intermedio de dos individuos, los hermanos Varin, de Lausana, uno de los cuales le ayudaba en sus experimentos como preparador y el otro le buscaba socios, entró en relaciones con el señor Georges Andermatt, quien acababa de fundar las Fábricas de Metales.

Después de varias entrevistas, consiguió interesarle en un proyecto de submarino en el cual trabajaba, y quedó entendido que, una vez puesto a punto el invento, el señor Andermatt utilizaría su influencia para conseguir del ministro de Marina una serie de pruebas.

Durante dos años, Louis Lacombe frecuentó asiduamente la casa de Andermatt y le presentó al banquero los perfeccionamientos que aportaba a su proyecto, hasta el día en que, ya considerándose satisfecho él mismo de su trabajo, pues había encontrado la fórmula definitiva que buscaba, le rogó a Andermatt que se pusiera en marcha.

Ese día, Louis Lacombe cenó en casa de los Andermatt. Salió de la casa a eso de las once y media de la noche, y desde entonces nunca más volvió a ser visto.

Leyendo los periódicos de la época se vería que la familia de aquel joven avisó a la policía, y que esta temió por el joven y realizó una investigación. Pero no se llegó a ningún resultado, y, en general, quedó admitido que Louis Lacombe, que tenía fama de muchacho original y fantástico, había salido de viaje sin avisar a nadie.

Aceptemos esa hipótesis… inverosímil. No obstante, se plantea una pregunta de importancia capital para nuestro país: ¿qué se hizo de los planos del submarino? ¿Se los llevó consigo Louis Lacombe? ¿Fueron destruidos?

De la investigación muy seria a que nosotros nos hemos entregado, resulta que esos planos existen. Los hermanos Varin los tuvieron en su poder. ¿Cómo? Nosotros no hemos podido todavía comprobar eso, lo mismo que tampoco sabemos por qué no trataron antes de venderlos. ¿Acaso temían que se les preguntara cómo los tenían ellos en su poder? En todo caso, ese temor no ha

persistido y con toda certidumbre podemos afirmar esto: los planos de Louis Lacombe son ahora propiedad de una potencia extranjera y estamos en condiciones de publicar la correspondencia intercambiada a este propósito entre los hermanos Varin y el representante de esa potencia. En la actualidad, el Siete de Corazones imaginado por Louis Lacombe es construido por nuestros vecinos.

La realidad responderá a las previsiones optimistas de aquellos que han estado mezclados a esta tradición. Nosotros tenemos, para esperar lo contrario, razones de que el acontecimiento, y bien quisiéramos creerlo así, no engañará a nadie.

Y una posdata añadía:

Última hora.— Esperábamos con toda razón. Nuestras informaciones particulares nos permiten anunciar que las pruebas del Siete de Corazones no han sido satisfactorias. Es probable que en los planos entregados por los hermanos Varin faltara el último documento presentado por Louis Lacombe al señor Andermatt la noche de su desaparición, documento indispensable para la comprensión total del proyecto, especie de resumen en el que se encuentran las conclusiones definitivas, los cálculos y las medidas contenidas en los otros papeles. Sin ese documento, los planos son imperfectos, lo mismo que sin los planos dicho documento resulta inútil.

Por consiguiente, es todavía tiempo de proceder y de volver a entrar en posesión de lo que nos pertenece. Para esta difícil misión contamos con la ayuda del señor Andermatt. Tendrá como un deber el explicar la conducta inexplicable que ha observado desde un principio. Deberá decir no solamente por qué no ha contado lo que sabía en el momento del suicidio de Étienne Varin, sino también por qué no ha revelado nunca la desaparición de los papeles de que él tenía conocimiento. Deberá decir por qué desde hace seis años mandaba vigilar a los hermanos Varin por agentes a sueldo.

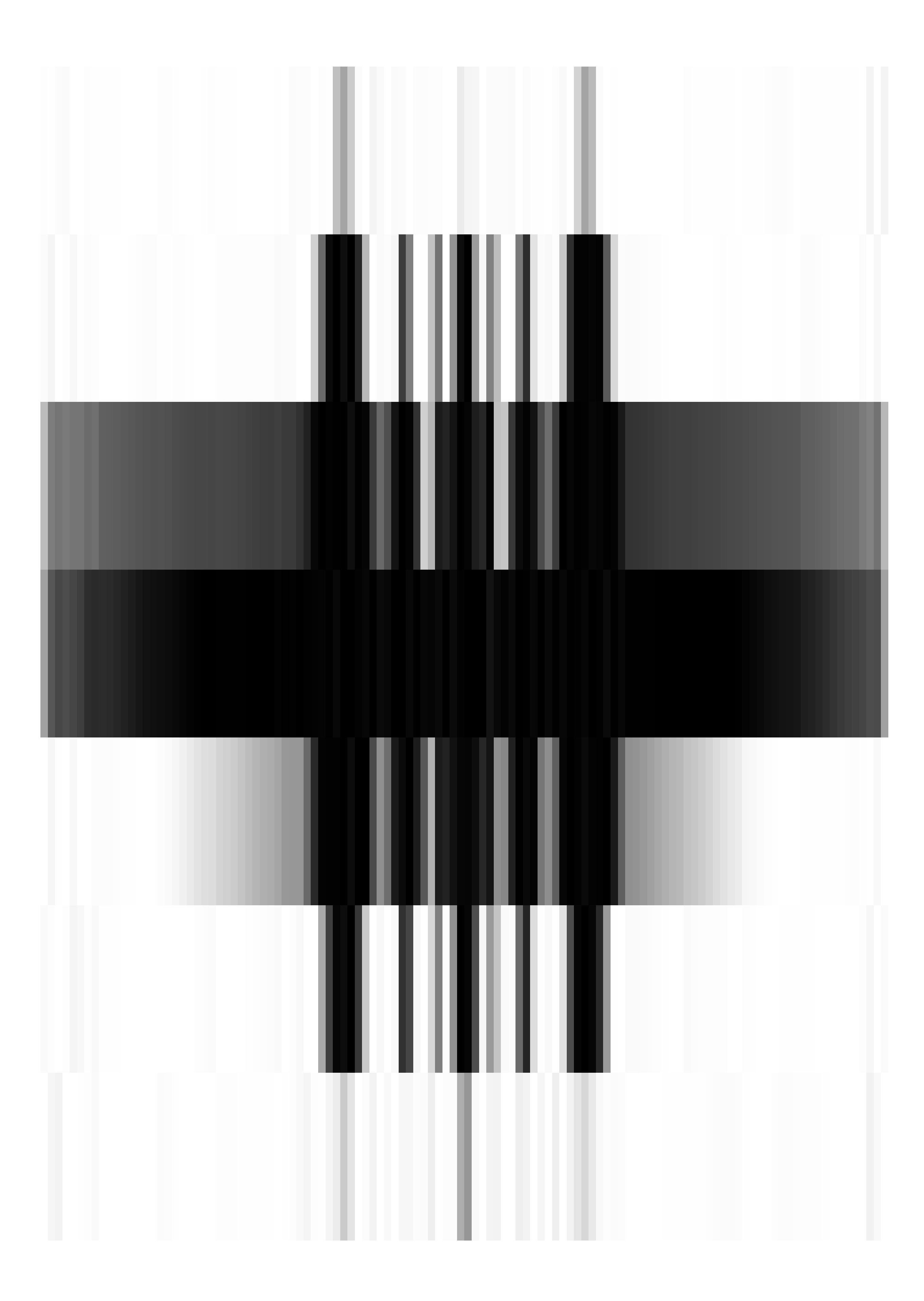
Esperamos de él no palabras, sino actos. Si no…

La amenaza era brutal. Pero ¿en qué consistía? ¿Qué medio de intimidación

poseía Sauveur, autor… anónimo del artículo sobre el señor Andermatt?

Una nube de reporteros asedió al banquero y diez entrevistas con él expresaron el desdén con el cual él había respondido a aquel emplazamiento. Visto lo cual, el Écho de France respondió con tres líneas:

Que el señor Andermatt lo quiera o no, él es desde ahora nuestro colaborador en la obra que nosotros emprendemos.



El día que apareció esta réplica, Daspry y yo cenamos juntos. Por la noche, con los periódicos colocados sobre mi mesa, discutimos el asunto y lo examinamos bajo todos los aspectos, con esa irritación que se experimentaría teniendo que caminar indefinidamente en las sombras y tropezar siempre con los mismos obstáculos.

Y de pronto, sin que mi sirviente me hubiera avisado, sin que el timbre de la puerta hubiera sonado, la puerta se abrió y entró una dama cubierta con un espeso velo.

Me levanté al instante y avancé hacia ella. Entonces me dijo:

—¿Es usted, señor, quien vive aquí?

—Sí, señora; pero debo confesarle…

—La puerta de la verja que da al bulevar no estaba cerrada —explicó.

—Pero ¿y la puerta del vestíbulo?

Ella no respondió, y yo pensé que seguramente había dado la vuelta por la escalera de servicio. Entonces, ¿acaso conocía el camino?

Hubo un silencio un tanto embarazoso. Ella miró a Daspry. Aun contra mi voluntad y conforme hubiera hecho en un salón, se lo presenté. Luego le rogué que se sentara y que me explicase el objeto de su visita.

Se levantó el velo y vi que era morena, de rostro regular y, si no muy bella, cuando menos poseedora de un encanto infinito que provenía sobre todo de sus ojos, unos ojos graves y dolorosos.

Dijo sencillamente:

—Soy la señora Andermatt.

—¡La señora Andermatt! —repetí yo cada vez más sorprendido.

Un nuevo silencio, y luego ella prosiguió con voz serena y un aire

completamente tranquilo:

—Vengo por razón de ese asunto… que usted sabe. He pensado que yo podría quizá obtener de usted algunos informes…

—¡Dios mío, señora! Yo no sé más que lo que dicen los periódicos. Tenga la bondad de precisar en qué puedo serle útil.

—Yo no lo sé… Yo no lo sé…

Solo entonces tuve la intuición de que su calma era ficticia y que, bajo aquel aire de entera seguridad, se ocultaba una gran turbación.

Y nos callamos, sintiéndonos tan incómodos el uno como la otra.

Pero Daspry, que no había cesado de observar, se acercó, y le dijo:

—¿Quiere usted, señora, permitirme el hacerle algunas preguntas?

—Sí, sí —exclamó ella—, yo le contestaré.

—¿Usted contestará… sean cuales sean esas preguntas?

—Cualesquiera que sean las preguntas.

Él reflexionó, y luego dijo:

—¿Conocía usted a Louis Lacombe?

—Sí, lo conocía por mi marido.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—La noche que él cenó en nuestra casa.

—Y esa noche, ¿nada le dio a usted que pensar que le vería por última vez… que no lo vería ya más?

—No. Él había hecho alusión a un viaje a Rusia, pero de una forma tan vaga…

—Entonces, ¿contaba usted con volver a verle?

—Sí, dos días después para cenar.

—¿Cómo se explica usted esa desaparición?

—Yo no me la explico.

—¿Y el señor Andermatt?

—Lo ignoro.

—Sin embargo…

—No me interrogue sobre eso.

—El artículo del Écho de France parece decir…

—Lo que parece decir es que los hermanos Varin no son ajenos a esa desaparición.

—¿Es esa su opinión?

—Sí.

—¿En qué se apoya su convencimiento?

—Cuando se despidió de nosotros, Louis Lacombe llevaba consigo una cartera de documentos que contenía todos los papeles relativos a su proyecto. Dos días después se celebró una entrevista entre mi marido y uno de los hermanos Varin, el que vive, en el curso de la cual mi marido adquirió pruebas de que esos papeles estaban en poder de los dos hermanos.

—¿Y él no los denunció?

—No.

—¿Por qué?

—Porque en la referida cartera se encontraba otra cosa, además de los papeles de Louis Lacombe.

—¿Qué cosa?

Ella dudó, luego estuvo a punto de responder, pero finalmente guardó silencio. Daspry continuó:

—He ahí entonces la causa por la cual su marido, sin avisar a la policía, hacía vigilar a los dos hermanos. Esperaba a la vez recuperar los papeles y esa cosa… comprometedora gracias a la cual los dos hermanos ejercían sobre él una especie de chantaje.

—Sobre él y sobre mí.

—¡Ah! ¿Sobre usted también?

—Sobre mí principalmente.

Ella pronunció esas palabras con voz sorda. Daspry la observaba, dio unos pasos y, volviéndose hacia ella, dijo:

—¿Usted le había escrito a Louis Lacombe?

—Es verdad… mi marido estaba en relaciones…

—Aparte las cartas oficiales, ¿no le escribió usted a Lacombe… otras cartas? Perdone mi insistencia, pero es indispensable que yo sepa toda la verdad. ¿Le escribió usted otras cartas?

Toda ruborosa, ella murmuró:

—Sí.

—¿Y son esas las cartas que poseían los hermanos Varin?

—Sí.

—¿El señor Andermatt lo sabe, por consiguiente?

—Él no las ha visto, pero Alfred Varin le reveló la existencia de ellas, amenazándole con publicarlas si mi marido procedía contra ellos. Mi marido tiene miedo… y retrocedió ante el escándalo.

—Pero él puso todos los medios para arrancarles esas cartas.

—Sí, puso todos los medios… cuando menos yo lo supongo así, pues a partir de esa última entrevista con Alfred Varin y después de algunas palabras muy violentas, de las cuales me dio cuenta, no volvió a haber entre mi marido y yo ninguna confianza Vivimos como dos extraños.

—En ese caso, si usted nada tiene que perder, ¿qué teme?

—Por muy indiferente que yo haya pasado a ser para él, yo soy la mujer que él ha amado, la que él pudiera todavía amar… ¡Oh!, de eso yo estoy segura —murmuró ella con voz ardiente—, él me hubiera todavía amado si no se hubiera apoderado de esas malditas cartas…

—¿Cómo! ¿Acaso logró…? Pero los dos hermanos, sin embargo, desconfiaban.

—Sí, e incluso alardeaban, al parecer, de tener un escondrijo seguro.

—¿Entonces?

—Yo tengo motivos para creer que mi marido ha descubierto ese escondrijo.

—¡Ah! ¡Vamos! ¿Y dónde se encontraba ese escondrijo?

—Aquí.

Yo me estremecí.

—¿Aquí?

—Sí, y yo lo había sospechado siempre. Louis Lacombe, hombre muy ingenioso, mecánico apasionado, se divertía en sus horas perdidas en hacer cajas de seguridad y cerraduras. Los hermanos Varin debieron sorprenderle y, en consecuencia, utilizaron uno de sus escondrijos para ocultar allí las cartas… y otras cosas también, sin duda.

—Pero ellos no vivían aquí —exclamé yo.

—Hasta que usted llegó a esta casa hace cuatro meses, estuvo desocupada. Por tanto, es probable que ellos vinieran aquí, y además pensaran que la presencia de usted no les molestaría en absoluto el día que necesitaran retirar todos sus papeles. Pero no contaban con mi marido, que la noche del veintidós al veintitrés

de junio forzó la caja de seguridad y se apoderó de… lo que él buscaba, y dejó su tarjeta para demostrar a los dos hermanos que ya no tenía por qué temerles más y que los papeles habían cambiado de manos. Dos días más tarde, advertido por el artículo del Gil Blas, Étienne Varin se presentó en su casa a toda prisa, se quedó solo en la sala, encontró la caja vacía y se suicidó.

Después de un momento, Daspry preguntó:

—Eso es una simple suposición, ¿no es así? ¿El señor Andermatt no le dijo nada a usted?

—No.

—¿Su actitud con respecto a usted no ha cambiado? ¿No le ha parecido más sombrío, más preocupado?

—No.

—¿Y usted cree que sería así si él hubiera encontrado las cartas? Para mí, él no las tiene. Para mí no es él quien ha entrado aquí.

—Pero ¿quién, entonces?

—El personaje misterioso que maneja este asunto, que tiene todos los hilos de él y que lo dirige hacia un objetivo que nosotros no hacemos sino entrever a través de tantas complicaciones; ese personaje misterioso, cuya acción visible y todopoderosa se siente desde la primera hora. Es él y sus amigos quienes entraron en este edificio el veintidós de junio; es él quien ha descubierto el escondrijo; es él quien ha dejado la tarjeta del señor Andermatt; es él quien tiene en su poder la correspondencia y las pruebas de la traición de los hermanos Varin.

—¿Y quién es él? —interrumpí yo, no sin impaciencia.

—El corresponsal del Écho de France, ¡caramba! Ese Sauveur. ¿No es eso de una evidencia cegadora? ¿No da en su artículo detalles que solamente puede conocer el hombre que ha penetrado en los secretos de los dos hermanos?

—En ese caso —balbució la señora Andermatt con miedo—, él tiene igualmente mis cartas y es él a su vez quien amenaza a mi marido. ¿Qué hacer, Dios mío?

—Escribirle —manifestó decididamente Daspry—; confiarse a él sin reservas; contarle todo lo que usted sabe y todo cuanto pueda usted averiguar.

—¡Qué dice usted!

—El interés de usted es el mismo que el suyo. Está fuera de duda que él actúa contra el hermano sobreviviente. No es contra el señor Andermatt que busca armas, sino contra Alfred Varin. Ayúdele usted.

—¿Y cómo?

—¿Su marido tiene ese documento que completa y permite utilizar los planos de Louis Lacombe?

—Sí.

—Avise usted a Sauveur de ello. Y si fuera preciso, trate de conseguirle ese documento. En una palabra, póngase en comunicación con él. ¿Qué arriesga usted?

El consejo era audaz, incluso peligroso a primera vista; pero la señora Andermatt no tenía elección. En efecto, cual decía Daspry, ¿qué arriesgaba ella? Si el desconocido era un enemigo, esta gestión no agravaría la situación. Si era un extraño que perseguía un objetivo particular, no atribuiría a aquellas cartas más que una importancia secundaria.

Fuera como fuese, se trataba de una idea, y la señora Andermatt, en su desconcierto, se sintió feliz de seguirla. Nos dio las gracias más efusivas y prometió tenernos al corriente de lo que sucediese.

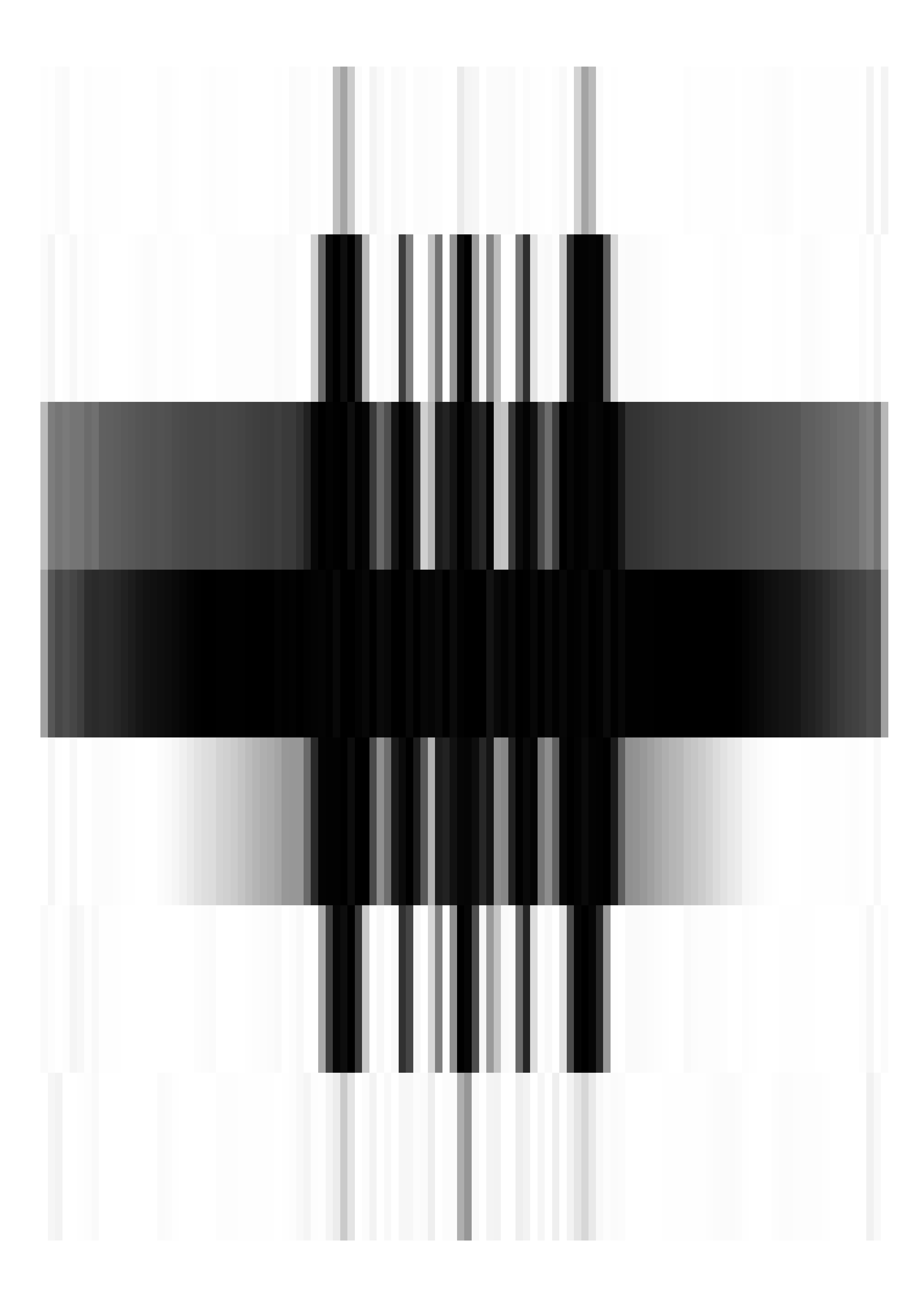
A los dos días, en efecto, nos envió este recado que había recibido en respuesta:

Las cartas no se encontraban allí, pero yo las obtendré, esté tranquila. Yo velo por todo. —S.

Tomé el papel. Era la misma escritura de la nota que había sido introducida en

mi libro de lectura nocturna la noche del 22 de junio.

Daspry tenía, por tanto, razón. Sauveur era el gran organizador de este asunto.



En verdad, comenzábamos a discernir, ciertas luces entre las tinieblas que nos envolvían y ciertos puntos se aclaraban con luz inesperada. Pero ¿cuántos otros puntos quedaban todavía oscuros, cual ocurría con el descubrimiento de los dos naipes de sietes de corazones? Por mi parte, yo volvía siempre a esa incógnita, más intrigado quizá de lo que hubiera sido necesario, por aquellos dos naipes, en los cuales las siete pequeñas figuras perforadas habían sorprendido mis ojos en circunstancias tan turbadoras. ¿Qué papel representaban esos naipes en el drama? ¿Qué importancia debía atribuírseles? ¿Qué conclusiones debían sacarse del hecho que el submarino construido conforme a los planos de Louis Lacombe llevase el nombre de Siete de Corazones?

Daspry, por su parte, se ocupaba poco de esos dos naipes y se entregaba enteramente al estudio de otros problemas cuya solución le parecía más urgente: buscaba incansablemente el famoso escondrijo.

—Y quién sabe decía él— si no encuentro las cartas que tampoco Sauveur encontró… por inadvertencia, quizá. Es tan poco probable que los hermanos Varin hayan retirado de un lugar que ellos creían inaccesible el arma cuyo valor inapreciable sabían…

Y él buscaba. Como la sala grande ya no guardaba secretos para él, extendió sus investigaciones a todas las otras habitaciones del hotel: examinó el interior y el exterior, las piedras y los ladrillos de las murallas, levantó las pizarras del tejado.

Un día llegó con un pico y una pala, me dio esta, se quedó con aquel, y, señalando al terreno vacío, me dijo:

—Vamos.

Yo le seguí sin entusiasmo. Dividió el terreno en varias secciones, que inspeccionó sucesivamente. Pero en un rincón, en el ángulo que formaban los muros de dos fincas vecinas, llamó su atención un montón de morrillo y de piedras recubierto de raíces y hierbas. Se puso a atacarlo.

Yo tuve que ayudarle. Durante una hora, a pleno sol, trabajamos inútilmente. Pero cuando bajo las piedras ya apartadas alcanzamos la propia tierra y cavamos en ella, el pico de Daspry puso a descubierto una osamenta: un esqueleto en torno al cual se pegaban todavía restos de ropa.

De pronto me sentí palidecer. Percibí metida en la tierra una pequeña placa de hierro, en forma de rectángulo y en la que me parecía distinguir manchas rojas. Me agaché. Era, en efecto, eso. La placa tenía las dimensiones de un naipe de juego, y las manchas rojas, de un rojo de minio corroído en algunos lugares, eran en número de siete, dispuestas como los siete puntos de un siete de corazones y agujereados cada uno en las siete extremidades.

—Escucha, Daspry: ya tengo bastante de todas estas historias. Tanto mejor para ti si te interesan. Ya no quiero saber más.

¿Era la emoción? ¿Era el cansancio de un trabajo ejecutado bajo un sol demasiado fuerte? El caso es que yo me tambaleaba al marcharme y tuve que meterme en la cama, donde permanecí cuarenta y ocho horas febril y ardiendo, obsesionado por esqueletos que bailaban en torno a mí y se arrojaban a la cabeza unos a otros sus corazones sanguinolentos.

Daspry me permaneció fiel. Cada día me concedía tres o cuatro horas que, en verdad, él pasaba en la sala grande huroneando y dando golpes.

—Las cartas se encuentran en esta estancia —venía a decirme de tanto en tanto —. Están allí. Yo pondría la mano en el fuego.

—Déjame en paz —le respondía yo, horripilado.

En la mañana del tercer día me levanté bastante débil todavía, pero ya curado. Un buen desayuno me confortó. Pero una carta del continente que recibí hacia las cinco de la tarde contribuyó más que nada a mi completo restablecimiento, de tal modo mi curiosidad se vio de nuevo, y a pesar de todo, espoleada en lo más vivo.

La carta exprés contenía estas palabras:

Señor:

El drama cuyo primer acto ocurrió en la noche del 22 al 23 de junio toca a su desenlace. La propia fuerza de las cosas exige que yo ponga en presencia uno de otro a los dos principales personajes de este drama y que esta confrontación tenga lugar en su casa, por lo que yo le quedaría infinitamente reconocido si me

prestara su domicilio durante esta noche. Sería oportuno que de las nueve a las once horas su sirvienta fuese alejada, así como también sería preferible que usted mismo tuviera la amabilidad de dejar el campo libre a los adversarios. Ya ha podido darse cuenta ya en la noche del 22 al 23 de junio de que yo llevaba hasta lo más escrupuloso mi respeto para cuanto a usted le pertenece. Por mi parte, creo que le ofendería a si yo dudara un solo instante de su absoluta discreción con respecto al que aquí firma.

Suyo,

SAUVEUR

Había en esta misiva un tono de cortés ironía y en la petición que aquella formulaba una bella fantasía que a mí me deleitaba. Era una encantadora desenvoltura la de mi corresponsal, y este parecía enteramente seguro de mi asentimiento. Por nada del mundo hubiera querido yo decepcionarle o responder a su confianza con la ingratitud.

A las ocho, mi sirvienta, a la cual yo le había regalado una entrada para el teatro, acababa de salir cuando llegó Daspry. Le mostré la carta.

—¿Y bien? —me dijo.

—Pues voy a dejar la puerta del jardín abierta para que puedan entrar.

—¿Y tú te marchas?

—¡En modo alguno!

—Pero como quiera que te piden…

—Me piden discreción, y seré discreto. Pero me siento tremendamente intrigado por ver lo que va a ocurrir.

Daspry se echó a reír.

—En verdad que tienes razón, y yo me quedo también. Tengo el presentimiento de que no nos aburriremos.

El sonido del timbre le interrumpió.

—¿Serán ellos ya? —murmuró–. ¡Con veinte minutos de anticipación! ¡Imposible!

Desde el vestíbulo tiré del cordón que abría la puerta de la verja.

Una silueta de mujer atravesó el jardín. Era la señora Andermatt.

Parecía agitada, y en medio de sofocos balbució:

—Mi marido… va a venir… tiene cita aquí… van a entregarle las cartas…

—¿Cómo lo sabe usted? —le pregunté.

—Por una casualidad. Un recado que recibió mi marido durante la cena.

—¿Una carta continental?

—Un mensaje telefónico. El criado me lo entregó a mí por error.

Mi marido lo tomó en seguida, pero ya era demasiado tarde… Yo lo había leído ya.

—¿Usted lo había leído? ¿Y qué decía?

—Más o menos, esto: «Esta noche, a las nueve, acuda usted al bulevar Maillot con los documentos relacionados con el asunto. A cambio recibirá usted las cartas.» Después de la cena subí a mis habitaciones y luego salí.

—¿Sin saberlo su marido?

—Sí.

Daspry me miró.

—¿Qué piensas tú de esto?

—Yo pienso lo que tú piensas: que el señor Andermatt es uno de los adversarios convocados.

—¿Por quién? ¿Y con qué objeto?

—Eso es precisamente lo que vamos a saber pronto.

Los llevé a la sala grande.

Podíamos en último extremo situarnos bajo el dintel de la chimenea y disimularnos detrás de la colgadura de terciopelo. Nos instalamos. La señora Andermatt se sentó entre nosotros dos. Por las rendijas de la cortina, toda la estancia estaba a nuestra vista.

Sonaron las nueve. Unos minutos más tarde, la puerta del jardín rechinó en sus goznes.

Confieso que yo no dejaba de sentir una cierta angustia y que una nueva fiebre me excitaba. Estábamos a punto de conocer la clave del enigma. La desconcertante aventura, cuyas peripecias se desarrollaban ante mí desde hacía semanas, iba por fin a adquirir un verdadero sentido, y era ante mis ojos que la batalla iba a librarse.

Daspry tomó la mano de la señora Andermatt, y murmuró:

—Sobre todo, no haga usted ningún movimiento. Oiga usted lo que oiga o vea lo que vea, permanezca impasible.

Alguien entró. Reconocí enseguida, por su gran parecido con Étienne Varin, a su hermano Alfred. La misma forma de andar pesada y el mismo rostro terroso invadido por la barba.

Penetró con el aire inquieto de un hombre que tiene costumbre de temer a las emboscadas en torno a él, que las olfatea y las evita. Con una rápida ojeada abarcó toda la estancia, y tuve la impresión de que esta chimenea disimulada por un cortinón de terciopelo le resultaba desagradable. Avanzó tres pasos hacia nuestro lado. Pero una idea sin duda más imperiosa le desvió, pues cambió de camino y se dirigió hacia la pared, se detuvo ante la figura en mosaico del viejo rey con la barba florida y blandiendo la espada, y lo examinó largamente; se subió a una silla y, sirviéndose de un dedo, siguió el contorno de los hombros de

la figura, palpando en ciertas partes de la imagen.

Pero, bruscamente, saltó de la silla y se alejó de la pared. Resonó el ruido de pasos. En el umbral apareció el señor Andermatt.

El banquero lanzó un grito de sorpresa.

—¡Usted! ¡Usted! ¿Es usted quién me ha convocado?

—¿Yo? En absoluto —protestó Varin con voz quebrada que me recordó la de su hermano—. Es la carta de usted la que me hizo venir aquí.

—¡Mi carta!

—Una carta firmada por usted en la que me ofrecía…

—Yo no le he escrito a usted.

—¡Que usted no me ha escrito!

Instintivamente, Varin se puso en guardia, no en modo alguno contra el banquero, sino contra el enemigo desconocido que le había atraído a aquella trampa. Por segunda vez, sus ojos se volvieron hacia nuestro lado y rápidamente se dirigió hacia la puerta.

El señor Andermatt le cerró el paso.

—¿Qué hace usted, Varin?

—Hay en todo esto cosas que no me agradan. Me voy. Buenas noches.

—Un momento.

—Vamos, señor Andermatt, no insista usted, pues nada tenemos que decirnos.

—Nosotros tenemos mucho que decirnos y esta ocasión es demasiado oportuna para ello…

—Déjeme pasar.

—No, no, no. Usted no pasará.

Varin retrocedió, intimidado por la resuelta actitud del banquero, y masculló:

—Entonces, pronto, hablemos y que esto se acabe.

Había algo que me sorprendía y yo no dudaba que mis dos compañeros de escondrijo experimentaban la misma decepción. ¿Cómo podía ser que Sauveur no estuviese presente allí? ¿Acaso no formaba parte de sus proyectos el intervenir? ¿Acaso le parecía bastante el poner frente a frente al banquero y a Varin? Me sentía extraordinariamente desconcertado. Por el hecho de su ausencia, este duelo, combinado por él y realizado por su voluntad, adquiría el carácter trágico de los acontecimientos que suscita y dirige el orden riguroso del destino, y la fuerza que hacía chocar a uno con otro a aquellos dos hombres impresionaba tanto más cuanto que aquella fuerza estaba al margen de ellos.

Después de un momento, el señor Andermatt se acercó a Varin, y completamente cara a cara con él, clavando sus ojos en los de él, le dijo:

—Ahora que ya han pasado los años y que usted ya nada tiene que temer, respóndame francamente, Varin: ¿qué ha hecho usted de Louis Lacombe?

—¿Vaya una pregunta! Como si yo pudiera saber lo que se hizo de él.

—¿Usted lo sabe! ¡Usted lo sabe! Su hermano y usted le seguían estrechamente los pasos, casi vivían en casa de él, en esta misma casa donde nos encontramos. Ustedes estaban al corriente de sus trabajos, de todos sus proyectos. Y la última noche, Varin, cuando yo acompañé a Louis Lacombe hasta la puerta de mi casa, yo vi dos siluetas que se ocultaban en las sombras. Esto estoy dispuesto a jurarlo.

—¿Y qué conque lo jure usted?

—Esas sombras eran su hermano y usted, Varin.

—Pruébelo.

—La mejor prueba es que dos días más tarde usted mismo me mostraba los papeles y los planos que habían recogido de la cartera de Lacombe y usted me propuso vendérmelos. ¿Cómo llegaron a su poder?

—Ya se lo dije, señor Andermatt, nosotros los encontramos sobre la propia mesa de Louis Lacombe al día siguiente por la mañana, después de su desaparición.

—Eso no es cierto.

—Pruébelo.

—La justicia hubiera podido probarlo.

—¿Por qué no se dirigió a la justicia?

—¿Por qué? ¡Ah! Porque…

Se calló. Su rostro estaba sombrío. Y el otro prosiguió:

—Vea, señor Andermatt: si usted hubiera tenido la menor certeza, no es la pequeña amenaza que nosotros le hicimos a usted lo que le hubiera impedido de…

—¿Qué amenaza? ¿Aquellas cartas? ¿Es que usted se imagina que yo haya creído jamás ni por un instante…?

—Si usted no ha creído en esas cartas, ¿por qué, entonces, me ofreció miles de francos para recuperarlas? ¿Y por qué, desde entonces, nos ha hecho usted perseguir como bestias a mi hermano y a mí?

—Para recuperar los planos que me interesaban.

—¿Vamos! No era por eso. Era por las cartas. Una vez en posesión de las cartas, nos hubiera denunciado. Más pronto de que yo hubiera podido escaparme.

Lanzó una carcajada, que interrumpió súbitamente. Y dijo:

—Pero ya basta. De nada valdrá que repitamos las mismas palabras, pues nada adelantaremos con ello. En consecuencia, quedamos en lo mismo.

—No quedaremos en lo mismo —dijo el banquero—. Y puesto que usted ha hablado de las cartas, no saldrá de aquí antes de que las haya devuelto.

—Yo saldré.

—No, no.

—Escuche, señor Andermatt. Yo le aconsejo…

—Usted no saldrá.

—Eso es lo que vamos a ver —dijo Varin con tal rabia, que la señora Andermatt ahogó un grito.

Varin debió de oírlo, pues intentó salir por la fuerza. El señor Andermatt le rechazó violentamente. Entonces le vi que deslizaba la mano en el bolsillo de su americana, y decía:

—Por última vez. Primero las cartas.

Varin sacó un revólver, y, apuntándole al señor Andermatt, exigió:

—¿Sí o no?

El banquero se agachó rápidamente.

Se escuchó un disparo, y el arma cayó al suelo.

Quedé estupefacto. Era de junto a mí de donde el disparo había partido. Y era Daspry quien, con una bala de pistola, había hecho saltar el arma de la mano de Alfred Varin.

Y erguido súbitamente entre los dos adversarios, de cara a Varin, Daspry decía con sarcasmo:

—Tiene usted suerte, amigo mío, una gran suerte. Era a la mano a lo que yo apuntaba y fue en el revólver en el que hice blanco.

Los dos adversarios le contemplaban inmóviles y confusos. Le dijo al banquero:

—Me perdonará usted, señor, el haberme mezclado en esto que no es de mi incumbencia. Pero, verdaderamente, usted estaba jugando su partida con demasiada torpeza. Permítame que sea yo quien tome ahora los naipes.

Y volviéndose hacia el otro, añadió:

—Ahora somos tú y yo, camarada. Y a jugar limpio, te lo ruego. Tú juegas el as de corazón, y yo juego el siete.

Y a tres centímetros de la nariz de Varin, le colocó la placa de hierro cuyos siete

puntos rojos estaban marcados.

Jamás me fue dado ver semejante confusión en un hombre. Lívido, con los ojos desencajados, los rasgos descompuestos de angustia, el individuo parecía hipnotizado por la imagen que tenía ante él.

—¿Quién es usted? —balbució.

—Ya lo he dicho: un señor que se ocupa de lo que no le concierne… pero que se ocupa a fondo.

—¿Qué quiere usted?

—Todo lo que te has llevado.

—Yo no me he llevado nada.

—Sí, pues de otro modo tú no hubieras venido aquí. Tú has recibido esta mañana un recado convocándote aquí para las nueve y conminándote a que trajeras todos los papeles que tienes en tu poder. Y hete aquí. ¿Dónde están los papeles?

En la voz de Daspry y en su actitud había una autoridad que me desconcertaba, una manera de actuar completamente nueva en aquel hombre más bien indiferente y suave de ordinario. Ya absolutamente apaciguado, Varin señaló a uno de sus bolsillos, y dijo:

—Los papeles están aquí.

—¿Y están todos?

—Sí.

—¿Todos los que encontraste en la cartera de Louis Lacombe, y que le vendiste al comandante Von Lieben?

—Sí.

—¿Son las copias o los originales?

—Los originales.

—¿Cuánto quieres por ellos?

—Cien mil francos.

Daspry soltó una carcajada, y comentó:

—Tú estás loco. El comandante solo te dio veinte mil. Veinte mil tirados al agua, pues las pruebas fracasaron.

—Es que no supieron utilizar los planos.

—No, es porque los planos están incompletos.

—Entonces, ¿por qué me los exige usted?

—Porque los necesito. Te ofrezco cinco mil francos, ni cinco céntimos más.

—Diez mil. Ni cinco céntimos menos.

—De acuerdo.

Daspry se acercó al señor Andermatt, y le dijo:

—Tenga la bondad de firmar un cheque, señor.

—Pero… es que yo no tengo…

—¿Su talonario de cheques? Helo aquí.

Sorprendido, el señor Andermatt palpó el talonario que le tendía Daspry.

—En efecto, es el mío… ¿Cómo es que?…

—Nada de palabras inútiles, se lo ruego, señor Andermatt; usted no tiene más que firmar.

El banquero sacó su estilográfica y firmó. Varin adelantó la mano.

—Baja tus patas —le dijo Daspry—. Aún no hemos acabado.

Y dirigiéndose al banquero, agregó:

—Había también unas cartas que usted reclamaba, ¿no es verdad?

—Sí, un paquete de cartas.

—¿Dónde están, Varin?

—Yo no las tengo.

—¿Dónde están, Varin? —repitió.

—Lo ignoro. Era mi hermano quien las tenía a su cargo.

—Están ocultas en esta estancia.

—En ese caso, usted sabrá dónde están.

—¿Cómo puedo saberlo yo?

—¡Caramba! ¿No es usted quien visitó el escondrijo? Parece estar tan bien informado… como Sauveur.

—Las cartas no están en el escondrijo.

—Sí están.

—Ábrelo.

Varin lanzó una mirada de desafío. ¿Acaso Daspry y Sauveur no serían una misma persona realmente, cual todo hacía suponer? Si era así, él no arriesgaría nada mostrando un escondrijo ya conocido. Si no, era inútil…

—Ábrelo —repitió Daspry.

—No tengo el siete de corazones.

—Sí, es este —dio Daspry, tendiéndole la placa de hierro.

Varin retrocedió aterrado, y exclamó:

—No… no… yo no quiero…

—No te preocupes por eso…

Daspry se dirigió hacia el viejo monarca de la pared con la barba florida, se subió a una silla y aplicó el siete de corazones por debajo de la espada, contra la guardia de la misma, de manera que los bordes de la placa recubrían exactamente los bordes del arma. Luego, con la ayuda de un punzón que introdujo alternativamente en cada uno de los siete agujeros practicados en las extremidades de los siete puntos que marcaban los corazones, presionó sobre las siete piedrecitas correspondientes del mosaico. En la séptima piedrecita incrustada en la pared, se soltó un resorte, y todo el busto del rey se abrió, descubriendo una ancha abertura acondicionada como una caja fuerte, con revestimiento de hierro y dos tiras de acero brillante.

—Ya ves perfectamente, Varin, que la caja está vacía.

—En efecto… Entonces es que mi hermano debió retirar las cartas…

Daspry regresó cerca del individuo, y le dijo:

—No juegues conmigo a hacerte el más inteligente. Hay otro escondrijo. ¿Dónde está?

—No lo hay.

—¿Es dinero lo que tú quieres? ¿Cuánto?

—Diez mil.

—Señor Andermatt, ¿esas cartas valen diez mil francos para usted?

—Sí —respondió el banquero con fuerte voz.

Varin cerró la caja, tomó el siete de corazones, no sin una visible repugnancia, y lo aplicó sobre la espada contra la guardia y exactamente en el mismo sitio de antes. Sucesivamente hundió el punzón en las extremidades de los siete corazones. Se soltó un nuevo resorte, pero esta vez, cosa inesperada, solo fue una parte de la caja la que se abrió, descubriendo otra pequeña caja enclavada en el propio grosor de la puerta que cerraba la caja más grande.

El paquete de cartas estaba allí, amarrado con un cordel y sellado con lacre.

Varin se lo entregó a Daspry. Este preguntó:

—¿El cheque está listo, señor Andermatt?

—Sí.

—¿Y usted tiene también en su poder el último documento que poseía de Louis Lacombe y que completa los planos del submarino?

—Sí.

Se realizó el intercambio. Daspry metió en el bolsillo el documento y el cheque y entregó el paquete al señor Andermatt.

—He aquí lo que usted quería, señor.

El banquero dudó un momento, como si sintiera miedo de tocar aquellas páginas malditas que él había buscado con tanto empeño. Luego, con ademán nervioso, las tomó.

A mi lado escuché un gemido. Tomé la mano de la señora Andermatt. Estaba helada.

Daspry le dijo al banquero:

—Yo creo, señor, que nuestra conversación ha terminado. ¡Oh! Y nada de agradecimientos, se lo suplico. Ha sido la casualidad solamente la que ha querido que yo pudiera serle útil a usted.

El señor Andermatt se retiró. Llevaba las cartas de su esposa a Louis Lacombe.

—Es maravilloso —exclamó Daspry con aire de sentirse encantado—. Todo se ha arreglado para el mejor desenlace. Ya no nos queda más que echar el cierre a nuestro asunto, camarada. ¿Tienes los papeles?

—Aquí están todos.

Daspry los compulsó, los examinó atentamente y los metió en su bolsillo.

—Perfecto —dijo Daspry—; has mantenido tu palabra.

—Pero…

—Pero ¿qué?

—Los dos cheques… el dinero…

—¡Vaya! ¡Qué aplomo tienes, buen hombre!… ¡Cómo! Te atreves a reclamar…

—Yo reclamo lo que se me debe.

—Entonces, ¿se te debe algo por unos papeles que tú has robado?

El individuo parecía estar fuera de sí. Temblaba de cólera y tenía los ojos inyectados de sangre.

—El dinero… los veinte mil… —tartamudeó.

—Imposible… ya tengo en qué emplearlos.

—El dinero…

—Vamos, sé razonable y deja quieto tu puñal.

Daspry le agarró del brazo tan brutalmente, que el otro gritó de dolor. Daspry agregó:

—Vete, camarada; el aire de la calle te hará bien. ¿Quieres que te acompañe? Nos iremos juntos por el terreno vacío y te mostraré un montón de piedras bajo el cual…

—¡Eso no es cierto! ¡Eso no es cierto!

—Sí que es cierto. Esta pequeña placa de hierro con los siete puntos rojos viene de allí. Louis Lacombe nunca se apartaba de ella, ¿lo recuerdas? Tu hermano y tú la habéis enterrado con el cadáver… y con otras cosas que le interesan enormemente a la justicia.

Varin se cubrió el rostro con sus puños lleno de furia. Luego manifestó:

—Bueno, he perdido. No hablemos más. Sin embargo, una palabra… una sola palabra. Quisiera saber…

—Te escuchó.

—¿Había en esa caja, en la más grande de las dos, una cajita?

—Sí.

—Cuando usted vino aquí en la noche del veintidós al veintitrés de junio, esa cajita ¿estaba allí?

—Sí.

—Y contenía…

—Todo lo que los hermanos Varin habían encerrado en ella: una colección bastante bonita de alhajas, diamantes y perlas, robada por dichos hermanos.

—¿Y usted la cogió?

—¿Caramba! Ponte tú en mi lugar.

—Entonces… ¿fue al comprobar la desaparición de la cajita que mi hermano se suicidó?

—Probablemente. La desaparición de vuestra correspondencia con el comandante Von Lieben no hubiera sido motivo suficiente. Pero la desaparición de la cajita… ¿Es eso todo lo que tenías que preguntarme?

—Y todavía esto: vuestro nombre.

—Tú dices eso como si pensaras tomarte la revancha.

—¡Diablos! La suerte cambia. Hoy usted es el más fuerte. Mañana…

—Serás tú.

—Lo espero así. ¿Vuestro nombre?

—¡Arsène Lupin!

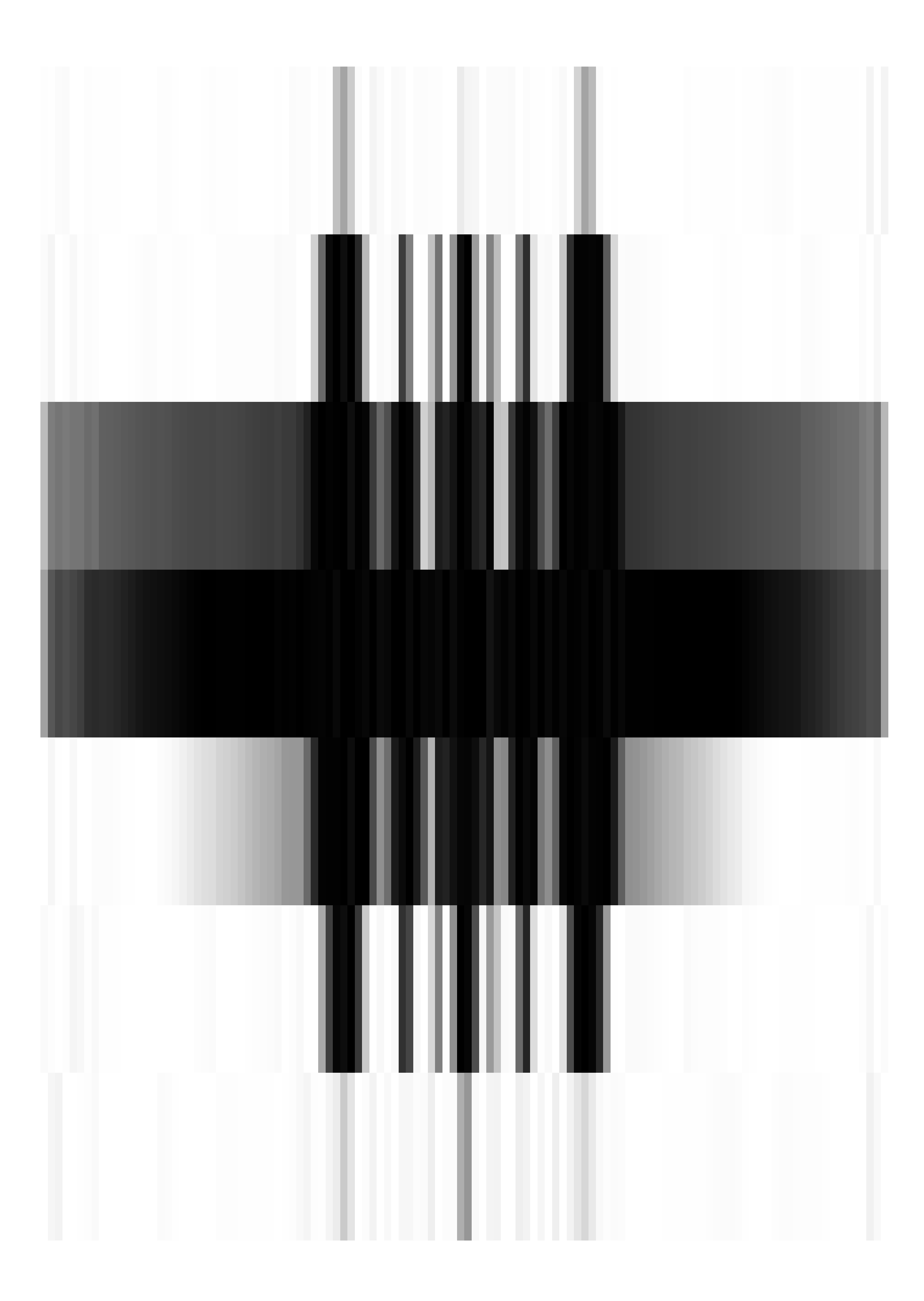
El individuo se tambaleó como si hubiera recibido un golpe con una maza. Se hubiera dicho que aquellas dos palabras le habían despojado de toda esperanza.

Daspry se echó a reír.

—¡Ah, caramba! ¿Acaso te imaginabas que un señor Durand o un Dupont cualquiera hubiesen podido urdir toda esta hermosa trama? ¡Vamos! Era preciso para ello, cuando menos, un Arsène Lupin. Y ahora que ya estás informado, querido, vete a preparar tu revancha.

Arsène Lupin te espera.

Y sin decir una palabra más, le empujó afuera.



—¡Daspry! ¡Daspry! —grité yo, dándole todavía y a pesar mío, el nombre bajo el cual yo le había conocido.

Aparté el cortinón de terciopelo.

Él acudió.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—La señora Andermatt se ha puesto enferma.

Daspry se apresuró y le hizo respirar sales, pero al propio tiempo que la atendía me interrogaba:

—Bueno. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Las cartas —le contesté yo—. Las cartas de Louis Lacombe que tú le entregaste a su marido.

Se dio una palmada en la frente.

—Y ella creyó que yo había hecho eso… Pero claro que sí, que ella podía haberlo creído. Soy un imbécil.

La señora Andermatt, ya reanimada, escuchaba ávidamente. Él sacó de su cartera un pequeño paquete parecido en todos sus detalles a aquel que se había llevado el señor Andermatt.

—He aquí sus cartas, señora, las verdaderas.

—Pero… ¿y las otras?

Las otras son lo mismo que estas, pero copiadas de nuevo por mí esta noche pasada y cuidadosamente ordenadas. Su marido se sentirá tanto más feliz de leerlas, cuanto que no sospechará que haya habido una sustitución, puesto que todo pareció ocurrir delante de sus ojos.

—¿Y la escritura?

—No hay ninguna escritura que no pueda ser imitada.

Ella le dio las gracias con las mismas palabras de gratitud que le hubiera dirigido a un hombre de su propio mundo, y me di cuenta perfectamente que no debió escuchar las últimas palabras intercambiadas entre Varin y Arsène Lupin.

Yo le miraba no sin cierta turbación, no sabiendo muy bien qué decirle a aquel antiguo amigo que ahora se me revelaba bajo un aspecto tan imprevisto. ¡Lupin! ¡Era Lupin! Mi camarada de círculo no era otro que Lupin. No lograba serenarme. Pero, en cambio, él con toda tranquilidad dijo:

—Ya puedes despedirte de Juan Daspry.

—¡Ah!

—Sí, Juan Daspry sale de viaje, lo envío a Marruecos. Es posible que allí encuentre un fin digno de él. Incluso confieso que esa es su intención.

—Pero ¿Arsène Lupin se queda con nosotros?

—¡Oh! Más que nunca. Arsène Lupin no está sino al comienzo de su carrera y está seguro de que…

Un movimiento de curiosidad irresistible me lanzó hacia él y le llevé a cierta distancia de la señora Andermatt para decirle:

—Entonces, ¿tú acabaste por descubrir el segundo escondrijo, aquel donde se encontraban las cartas?

¡Me costó mucho trabajo! Fue solamente ayer por la tarde, mientras tú dormías. Y, no obstante, Dios sabe lo fácil que era eso. Pero las cosas más simples son aquellas en las cuales se piensa siempre lo último.

Y mostrándome el siete de corazones, agregó:

—Yo ya había adivinado que para abrir la caja grande era preciso apoyar este naipe metálico contra la espada del rey de mosaico…

—¿Y cómo lo habías adivinado?

—Fácilmente. Por mis informes particulares, yo sabía al venir aquí el veintidós de junio por la noche…

—Después de haberte despedido de mí…

—Y después de haberte puesto, mediante conversaciones escogidas, en un estado de ánimo tal, que un temperamento nervioso e impresionable como el tuyo debía fatalmente dejarme actuar a mi gusto sin abandonar su cama.

El razonamiento era exacto.

—Yo sabía, pues, al venir aquí que había una cajita escondida en una caja fuerte con la cerradura secreta, y que el siete de corazones era la llave, la clave de esa cerradura. No se trataba más que de colocar ese siete de corazones sobre un lugar que visiblemente le estuviera reservado. Me bastó una hora de examen.

—¡Una hora!

—Observa al hombrecito del mosaico.

—El viejo emperador es la representación exacta del rey de corazones de todos los juegos de cartas. Es Carlomagno.

—En efecto… Pero ¿cómo es que el siete de corazones lo mismo abre la caja grande que la pequeña? Y además, ¿por qué solo abriste, en primer lugar, la caja grande?

—¿Por qué? Pues porque me obstinaba en colocar mi siete de corazones metálico siempre en el mismo sentido. Y fue solamente cuando me di cuenta de que dándole la vuelta, es decir, metiendo el séptimo punto, el del medio, arriba en lugar de ponerlo abajo, la disposición de aquellos siete puntos cambiaba.

—¿Caramba!

—Sí, caramba, evidentemente, pero hacía falta pensar en ello.

—Y otra cosa: tú ignorabas la historia de las cartas de la señora Andermatt…

—¿Hasta que habló de ellas delante de mí? Sí. Yo no había descubierto en la caja, aparte de la cajita con las alhajas, otra cosa que la correspondencia de los

dos hermanos, correspondencia que me puso sobre la pista de su traición.

—En suma, ¿fue por casualidad que fuiste llevado al punto de poder reconstruir la historia de los dos hermanos, y luego a buscar los planos y los documentos del submarino?

—Por casualidad.

—Pero ¿con qué objeto buscaste…?

Daspry me interrumpió, riendo:

—¿Dios mío! ¡Cómo te interesa este asunto!

—Me apasiona.

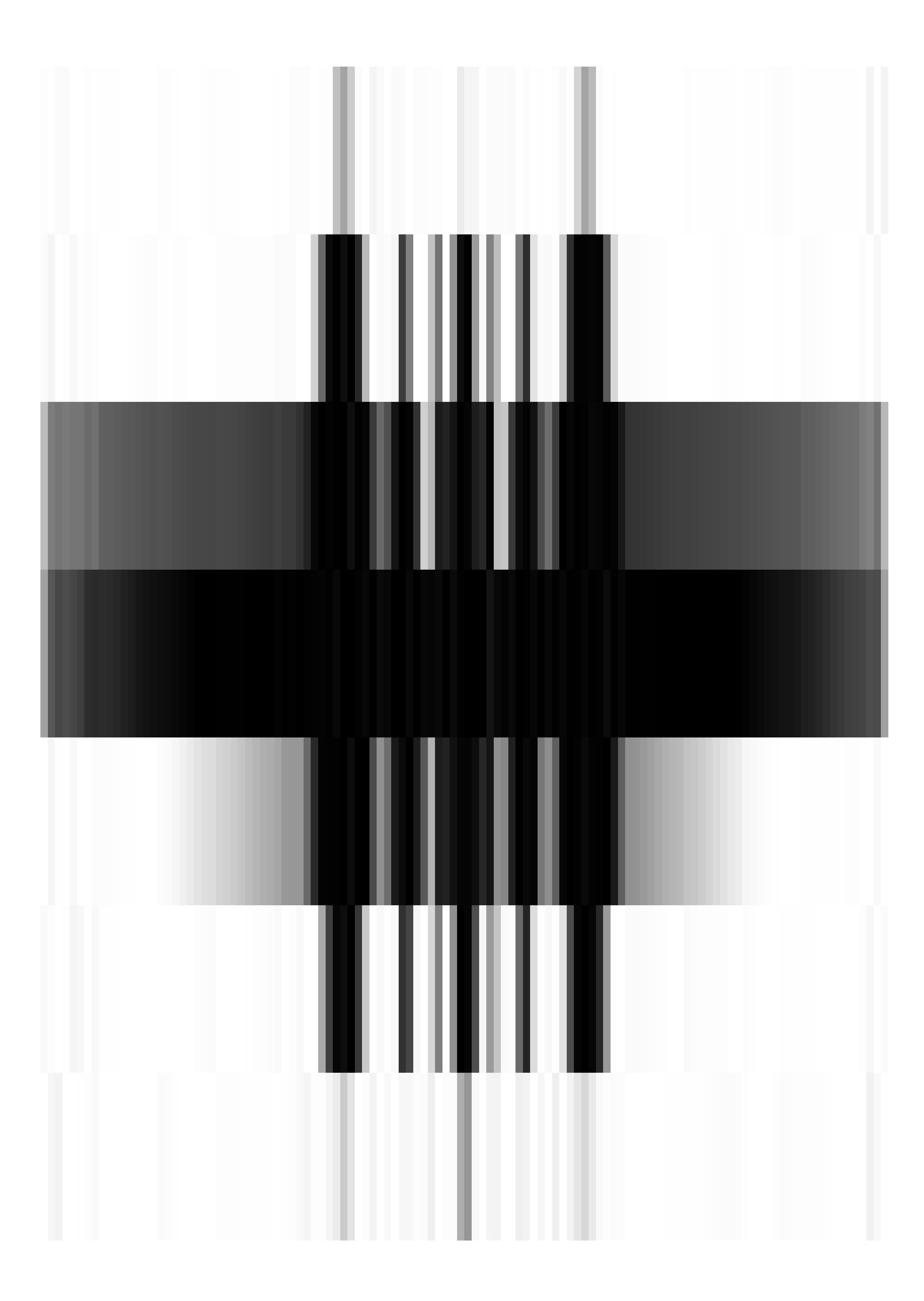
—Pues bien: dentro de unos momentos, cuando haya acompañado a la señora Andermatt y enviado al Écho de France lo que voy a escribir, regresaré y entonces entraremos en detalles.

Se sentó y escribió una de esas pequeñas notas lapidarias con las que se divertía la fantasía de este personaje. ¿Quién no recuerda el ruido que provocó esta en el mundo entero? Hela aquí:

Arsène Lupin ha resuelto el problema que Sauveur planteó últimamente. Dueño ya de todos los documentos y planos originales del ingeniero Louis Lacombe, ha hecho que sean puestos en manos del ministro de Marina. Con tal motivo, ha abierto una suscripción con objeto de ofrecer al Estado el primer submarino construido conforme a esos planos. Y él se ha puesto en persona a la cabeza de esta suscripción con la suma de veinte mil francos.

—¿Los veinte mil francos de los cheques del señor Andermatt? —le dije yo cuando me hubo dado a leer su escrito.

—Exactamente. Es equitativo que Varin pague así, en parte, su traición.



Y he ahí cómo conocí a Arsène Lupin. He ahí cómo supe que Jean Daspry, camarada de círculo, amistad mundana, no era otro que Arsène Lupin, caballero ladrón. He ahí cómo trabé unas relaciones de amistad en extremo agradables con nuestro gran hombre y cómo, poco a poco, gracias a la confianza con que tuvo a bien honrarme, me he convertido en su muy humilde, muy fiel y muy reconocido historiógrafo.

7

La caja fuerte de la señora Imbert

A las tres de la madrugada había todavía una media docena de coches ante uno de los pequeños edificios de pintor que componen el único lado del bulevar Berthier. La puerta de ese edificio se abrió. Un grupo de invitados, compuesto de damas y caballeros, salió. Cuatro coches se marcharon, unos por la derecha y otros por la izquierda, y en la avenida no quedaron más que dos señores que se separaron en la esquina de la calle de Courcelles donde vivía uno de ellos. El otro resolvió regresar a pie hasta la puerta Maillot.

Atravesó, pues, la avenida de Villiers y prosiguió su camino por la acera opuesta a las fortificaciones. En aquella bella noche de invierno, pura y fría, experimentaba placer en caminar. Se respiraba bien. El ruido de sus pasos resonaba alegremente.

Pero, al cabo de algunos minutos, tuvo desagradable la impresión de que era seguido. De hecho, habiéndose vuelto, percibió la sombra de un hombre que se deslizaba entre los árboles. No era miedoso en absoluto, sin embargo, apresuró el paso a fin de llegar lo más rápido posible al fielato de Termes. Pero el hombre que le seguía echó a correr. Bastante inquieto, el caballero juzgó más prudente hacerle frente y sacar su revólver.

Mas no tuvo tiempo, pues el desconocido le asaltó violentamente y enseguida se entabló una lucha en el desierto bulevar, una lucha a brazo partido en la que el caballero comprendió inmediatamente que llevaba las de perder. Gritó pidiendo auxilio, se debatió, fue derribado sobre un montón de piedras, sintió que le apretaban la garganta, fue amordazado con un pañuelo que su adversario le introdujo en la boca. Sus ojos se cerraron, sus oídos le zumbaban e iba a perder el conocimiento, cuando de pronto la presión a que estaba sometido cedió y el hombre que estaba asfixiándole con su peso se irguió para defenderse a su vez contra un ataque imprevisto. Un golpe de bastón en un puño, una patada en la espinilla… y el hombre comenzó a lanzar gritos de dolor y huyó, cojeando y maldiciendo.

Sin molestarse en perseguirle, el recién llegado se inclinó, y dijo:

—¿Está usted herido, señor?

No estaba herido, pero sí muy aturdido e incapaz de tenerse de pie. Felizmente, uno de los empleados del fielato, atraído por los gritos, había acudido. Se buscó un coche. El caballero tomó asiento en él, acompañado de su salvador, y fue conducido a su casa en la avenida de la Grande-Armée.

Ante la puerta, ya completamente repuesto, se deshizo en palabras de agradecimiento.

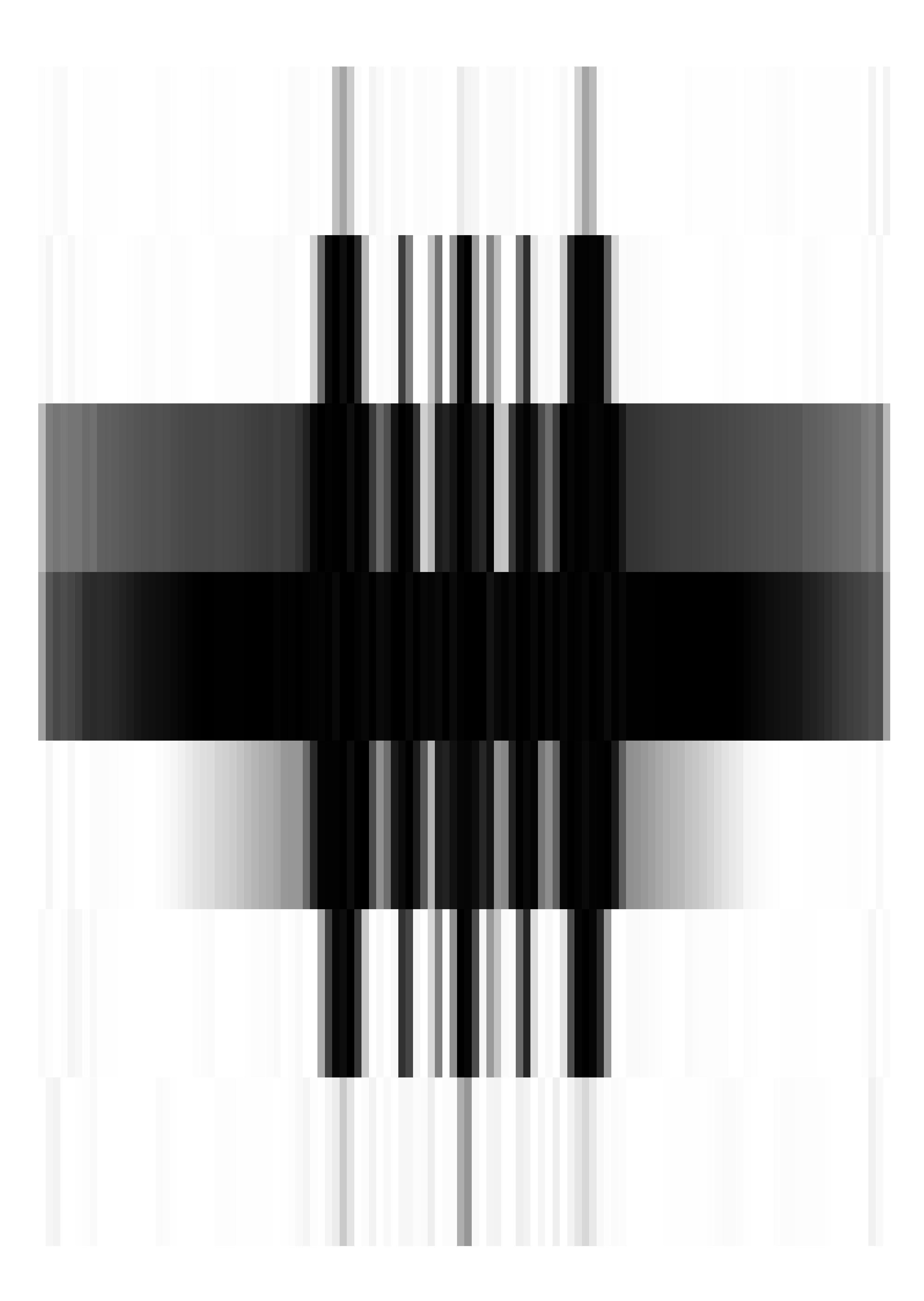
—Yo le debo a usted la vida, señor, y le ruego crea que nunca le olvidaré. No quiero asustar a mi esposa en estos momentos, pero es mi deseo que ella le exprese a su vez, y a partir de hoy, nuestro mayor reconocimiento.

Luego le rogó que acudiera a almorzar con ellos, y le dijo su nombre: Ludovic Imbert, agregando:

—¿Puedo saber a quién tengo el honor de…?

El desconocido se presentó:

—Arsène Lupin.



Arsène Lupin no tenía entonces la celebridad que luego le valió el asunto Cahorn, su fuga de la Santé y tantas otras hazañas de resonancia. Ni siquiera se había llamado hasta entonces Arsène Lupin. Ese nombre, al cual el futuro le tenía reservado tamaño brillo, fue especialmente imaginado para designar al salvador del señor Imbert, y puede decirse que fue en este asunto en el que recibió el bautismo de fuego. Dispuesto al combate, cierto es, armado de todas las armas, pero sin recursos, sin la autoridad que proporciona el éxito, Arsène Lupin no era más que un aprendiz en una profesión en la cual muy pronto se convertiría en un maestro.

Por tanto, qué estremecimiento de alegría experimentó al despertarse y recordar la invitación que le habían hecho la noche antes. Al fin alcanzaba el objetivo. Al fin emprendía una obra digna de sus fuerzas y de su talento. Los millones de Imbert que había, ¡qué magnífica presa constituían para un apetito cual el suyo!

Se arregló y vistió de manera especial para esta ocasión: levita usada, pantalón raído, sombrero de seda un poco desteñido, puños y cuello deshilachados, todo muy limpio, pero dando una sensación de miseria. De corbata se puso una cinta negra con un alfiler de diamante de nuez de sorpresa. Y así ataviado bajó la escalera de la vivienda que ocupaba en Montmartre. En el tercer piso, sin detenerse, golpeó con el puño de su bastón sobre el batiente de una puerta cerrada. Ya fuera, se dirigía a los bulevares exteriores. Pasaba un tranvía. Subió a este, y alguien que iba detrás de él, que era el inquilino del tercer piso, se sentó a su lado.

Al cabo de unos instantes, aquel hombre le dijo:

—¿Y qué, patrón?

—Pues que está hecho.

—¿Cómo?

—Voy a almorzar.

—¡Vas a almorzar!

—¿No querrías, así lo espero, que yo hubiera expuesto gratuitamente una vida

tan preciosa como la mía? Yo arranqué al señor Ludovic Imbert a la muerte segura que le estaba reservada. Y el señor Ludovic Imbert es de una naturaleza agradecida. Me ha invitado a almorzar.

Hubo un silencio. Luego el otro dijo al azar:

—Entonces, ¿tú no renuncias?

—Amigo mío —dijo Arsène—, si yo maquiné esa pequeña agresión de esta noche, si me di el trabajo a las tres de la mañana y a lo largo de las fortificaciones de darte un bastonazo en el puño y una patada en la tibia, corriendo así el riesgo de causarle daños a mi único amigo, no fue para renunciar ahora a los beneficios de un salvamento tan bien organizado.

—Pero y los malos rumores que corren sobre la fortuna…

—Déjalos correr. Hace seis meses que sigo este asunto; seis meses que me informo, que estudio, que tiendo mis redes, que interrogo a los criados, a los prestamistas y a los testaferros; seis meses que vivo siguiendo como una sombra al marido y a la mujer. En consecuencia, ya sé a lo que, atenerme. Que la fortuna provenga del viejo Brawford, cual ellos pretenden, o que proceda de cualquier otra fuente, yo afirmo que en todo caso existe. Y puesto que existe, me pertenece.

—¡Demonios! ¡Cien millones!

—Supongamos que son diez, o incluso cinco millones. Hay grandes paquetes de títulos en la caja fuerte. Será culpa del diablo si un día u otro yo no pongo la mano sobre la llave.

El tranvía se detuvo en la plaza de la Étoile, y el hombre murmuró:

—¿Así pues, por el momento…?

—Por el momento no hay nada que hacer. Ya te avisaré. Tenemos tiempo.

Cinco minutos después, Arsène Lupin subía la suntuosa escalera del palacete de Imbert, y Ludovic le presentaba a su esposa Gervaise. Esta era una mujercita pequeña y regordeta, muy habladora. Hizo a Lupin objeto de la mejor de las acogidas.

—Yo quise que estuviéramos solos, para honrar mejor a nuestro salvador —dijo ella.

Y desde un principio, «nuestro salvador» fue tratado como un antiguo amigo de la casa. A los postres, la intimidad ya era completa entre ellos, y las confidencias se desarrollaban con absoluta libertad. Arsène contó su vida, la vida de su padre, íntegro magistrado; las tristezas de su infancia, las dificultades del presente. Gervaise, a su vez, contó de su juventud, de su matrimonio, las bondades del viejo Brawford, los cien millones que ella había heredado, los obstáculos que retrasaban el que entrasen a disfrutar de ese dinero, los préstamos que había tenido que contraer a intereses desorbitantes, sus interminables luchas con los sobrinos de Brawford, y las oposiciones contra las que había tenido que enfrentarse, los secuestros… todo en fin.

—Imagínese usted, señor Lupin. Los títulos están ahí al lado, en el despacho de mi marido. Pero si cortáramos un solo cupón, lo perdemos todo. Están ahí en nuestra caja fuerte, pero no podemos tocarlos.

Un ligero estremecimiento sacudió a Lupin ante la idea de aquella proximidad de los títulos. Y tuvo la sensación muy clara de que el señor Lupin jamás tendría la suficiente elevación de alma para sentir los mismos escrúpulos que aquella buena señora.

—¡Ah! Están ahí —murmuró él con la garganta seca.

—Sí, están ahí.

Unas relaciones iniciadas bajo tales auspicios no podían sino crear unos lazos aún más estrechos. Interrogado con delicadeza, Arsène Lupin confesó su miseria, sus angustias. E inmediatamente, el infortunado joven fue nombrado secretario particular de los dos esposos, con un sueldo de ciento cincuenta francos por mes. Continuaría viviendo en su casa, pero vendría diariamente a recibir las órdenes de trabajo y, para mayor comodidad, ponían a su disposición, como gabinete de trabajo, una de las habitaciones del segundo piso.

Fue él quien la escogió. ¿Por qué feliz casualidad se encontraba esa habitación exactamente encima del despacho de Ludovic?

Arsène no tardó en comprobar que su cargo de secretario se parecía extraordinariamente a una sinecura. En dos meses no tuvo que copiar y

despachar más que cuatro cartas insignificantes y únicamente fue llamado una vez al despacho de su patrón, lo cual solo le permitió contemplar oficialmente una sola vez también la caja fuerte. Además, observó que el titular de aquella sinecura no debía ser considerado digno de figurar al lado del diputado Anquety o del decano del colegio de abogados Grouvel, pues, en efecto, nunca fue invitado a las famosas recepciones mundanas del matrimonio, a las que aquellos personajes concurrían.

Pero no se lamentó por ello, prefiriendo, en cambio, conservar todo su modesto lugar a la sombra, y así se mantuvo al margen, feliz y libre. De todos modos, no perdía el tiempo. En primer término, realizó una serie de visitas clandestinas al despacho de Ludovic y presentó sus respetos a la caja fuerte, que no por ello permaneció menos cerrada de lo que estaba. Era una enorme masa de acero fundido, con aspecto rudo y contra la cual no podían prevalecer ni las limas, ni los barrenos, ni las palancas o ganzúas.

Arsène Lupin no se sentía obstinado.

«Allí donde la fuerza fracasa —se dijo—, la astucia triunfa. Lo esencial es mantener este lugar vigilado con ojos y oídos.»

Por consiguiente, adoptó las medidas necesarias al efecto, y, tras unos minuciosos y difíciles sondeos realizados en el suelo de su gabinete, introdujo un tubo de plomo que desembocaba en el techo del despacho, entre dos molduras de la cornisa Por ese tubo, que actuaba de conductor acústico y anteojo, esperaba ver y oír lo que ocurría abajo.

Desde entonces vivió prácticamente tendido sobre el pecho en el suelo de su gabinete de trabajo. Y, efectivamente, vio a menudo a los Imbert reunidos conversando ante la caja fuerte, compulsando registros y manejando expedientes. Cuando los Imbert hacían girar sucesivamente los cuatro botones que controlaban la cerradura de la caja, Arsène procuraba, para saber la cifra clave, contar el número de muescas que pasaban. Vigilaba los gestos del matrimonio y espiaba sus menores palabras. ¿Qué hacían con la llave de la caja? ¿La escondían?

Un día bajó de su gabinete a toda prisa, después de haber visto que ellos salían de la estancia sin cerrar la caja. Entró resueltamente. No obstante, el matrimonio ya había regresado.

—¡Oh! Perdónenme. Me he equivocado de puerta.

Pero Gervaise se apresuró y le hizo entrar de nuevo en el despacho, diciendo:

—Vamos, señor Lupin, entre usted. ¿Acaso no está usted aquí como en su casa? Va usted a darnos un consejo. ¿Qué títulos debemos vender? ¿Exteriores o de la renta?

—Pero… ¿y la oposición? —objetó Lupin, muy sorprendido.

—No ataca a todos los títulos.

La mujer abrió más la puerta de la caja. Sobre los estantes se amontonaban los portafolios sujetos con cintas. Ella tomó uno. Pero su marido protestó:

—No, no, Gervaise. Sería una locura vender exteriores. Van a subir… En tanto que los de la renta están al tipo más alto. ¿Qué opina usted, mi querido amigo?

El querido amigo no tenía opinión alguna, pero, no obstante, aconsejó sacrificar títulos de la renta. Entonces, la señora Imbert tomó otro paquete de estos, al azar. Era un título del 3 por 100, de 1.374 francos. Ludovic lo metió en su bolsillo. Por la tarde, acompañado de su secretario, hizo vender ese título por un agente de cambio y cobró cuarenta y seis mil francos.

Pero, a pesar de lo que había dicho Gervaise, Arsène Lupin no se sentía como en su casa. Por el contrario, su situación en el palacete de los Imbert le llenaba de sorpresa. En diversas ocasiones pudo comprobar que los criados ignoraban su nombre. Estos le llamaban señor Ludovic, y le designaban siempre así. «Usted avisará al señor… ¿Acaso ya llegó el señor?…» ¿Por qué dedicarle esa designación enigmática?

Por lo demás, pasado el entusiasmo del principio, los Imbert apenas le hablaban y aun cuando le trataban con las consideraciones debidas a un bienhechor, nunca se ocupaban de él. Tenían toda la apariencia de considerarle como a un hombre original a quien no le agrada que le importunen, y respetaban su aislamiento cual si este fuese una regla dictada por él, un capricho impuesto por su parte. Una vez, cuando pasaba por el vestíbulo, oyó a Gervaise que decía a dos caballeros:

—¡Es tan salvaje!

«Sea —pensaba él—; yo soy un salvaje.» Y, renunciando a explicarse las rarezas de aquella gente, continuaba con los preparativos de su plan. Había adquirido la certidumbre de que era preciso no contar en absoluto ni con la casualidad ni con un aturdimiento por parte de Gervaise, quien jamás abandonaba la llave de la caja fuerte, y que no sacaba la llave sin haber dado vuelta, para confundirlas, a las tres del cierre. Así pues, él precisaba actuar.

Un acontecimiento inesperado vino a precipitar las cosas. Fue la violenta campaña desencadenada y llevada a cabo contra los Imbert por ciertos periódicos. Se les acusaba de estafa. Arsène Lupin presenciaba las peripecias del drama y las inquietudes del matrimonio, y comprendió que si tardaba aún mucho más… iba a perderlo todo.

Durante cinco días seguidos, en lugar de marcharse de la casa a las seis de la tarde como tenía por costumbre, se encerraba en su gabinete. Los demás suponían que ya se había ido. Pero él se extendía sobre el suelo y vigilaba desde allí el despacho de Ludovic.

Como al cabo de las cinco tardes no se había producido la circunstancia favorable que él esperaba, se marchó, cuando ya era de noche, saliendo por la pequeña puerta que daba al patio. Tenía la llave de esa puerta.

Al séptimo día se enteró de que los Imbert, en respuesta a las insinuaciones malintencionadas de sus enemigos, habían propuesto que se abriese la caja fuerte y que se realizara un inventario.

«Es para esta noche», pensó Lupin.

Y, en efecto, después de la cena, Ludovic se instaló en su despacho. Gervaise se reunió con él allí. Se pusieron a hojear los registros de la caja.

Transcurrió una hora, y luego otra. Arsène Lupin oyó a los criados que iban a acostarse. Ahora ya no había nadie en el primer piso. Medianoche. Los Imbert continuaban su tarea.

—¡Vamos!, murmuró Lupin.

Abrió su ventana que daba al patio. El cielo en la noche sin luna y sin estrellas estaba oscuro. Sacó de su armario una cuerda con nudos que sujetó a la barandilla del balcón. Saltó por este y se dejó deslizar suavemente, sirviéndose

de un canalón, hasta la ventana situada por debajo de la suya. Era la del despacho. Allí estaba la espesa cortina que ocultaba el interior de la estancia. De pie sobre el balcón permaneció un momento inmóvil, con el oído atento y los ojos al acecho.

Tranquilizado por el silencio que reinaba, empujó suavemente las dos vidrieras. Si nadie había tenido la precaución de cerrarlas debidamente, entonces cederían al menor esfuerzo, pues él, en el curso de la tarde, había dado vuelta a la falleba de manera que no entrase en las ranuras correspondientes.

Las vidrieras cedieron. Entonces, con las mayores precauciones, las abrió todavía más. Cuando ya pudo introducir la cabeza por el hueco, se detuvo. Por entre las cortinas mal unidas se filtraba un poco de luz. Divisó a Gervaise y Ludovic sentados al pie de la caja fuerte.

Solo cambiaban algunas palabras de tarde en tarde y en voz baja, absorbidos por su trabajo. Arsène calculó la distancia que le separaba de ellos, midió los movimientos exactos que precisaría hacer para reducirlos a uno después del otro a la impotencia antes que tuvieran tiempo de gritar pidiendo auxilio, y ya iba a precipitarse a llevarlos a cabo, cuando Gervaise dijo:

—Cómo se ha enfriado este cuarto desde hace unos momentos. Yo me voy a acostar. ¿Y tú?

—Yo quisiera acabar con esto.

—¡Acabar! Pero si tienes para toda la noche.

—De ningún modo. Tengo para una hora a lo sumo.

Ella se retiró. Pasaron veinte minutos, treinta minutos. Arsène empujó las vidrieras un poco más. Las cortinas se movieron, produciendo un ruido de roce. Empujó todavía más. Ludovic se volvió y, viendo las cortinas hinchadas por el viento, se levantó para cerrar la ventana.

No hubo ni un grito, ni siquiera la apariencia de una lucha. Con unos movimientos llenos de precisión y sin causarle el menor mal, Arsène le aturdió, le envolvió la cabeza con la cortina y le amarró con una cuerda, haciendo todo de tal manera, que Ludovic ni siquiera pudo distinguir el rostro de su agresor.

Luego, rápidamente, se dirigió hacia la caja fuerte, se apoderó de dos portafolios, colocándolos bajo su brazo; salió del despacho, bajó la escalera, atravesó el patio y abrió la puerta de servicio. Un coche estaba estacionado en la calle.

—Toma esto primero y luego sígueme —le dijo al cochero.

Fueron de nuevo al despacho. En dos viajes vaciaron la caja. Luego, Arsène subió a su gabinete, retiró la cuerda de la ventana y borró toda huella de su paso por allí. Había acabado.

Unas horas después, Arsène Lupin, ayudado por su compañero, procedió a revisar los portafolios. No experimentó decepción alguna… teniendo ya previsto de antemano que la fortuna de los Imbert no alcanzaba la importancia que se le atribuía. Los millones no se contaban por centenas, ni siquiera por decenas. Pero, a pesar de todo, el botín constituía una cifra muy respetable y los valores eran de excelente clase: obligaciones de los ferrocarriles, de la municipalidad de París, del canal de Suez, de las minas del Norte, etcétera.

Se manifestó satisfecho al decir.

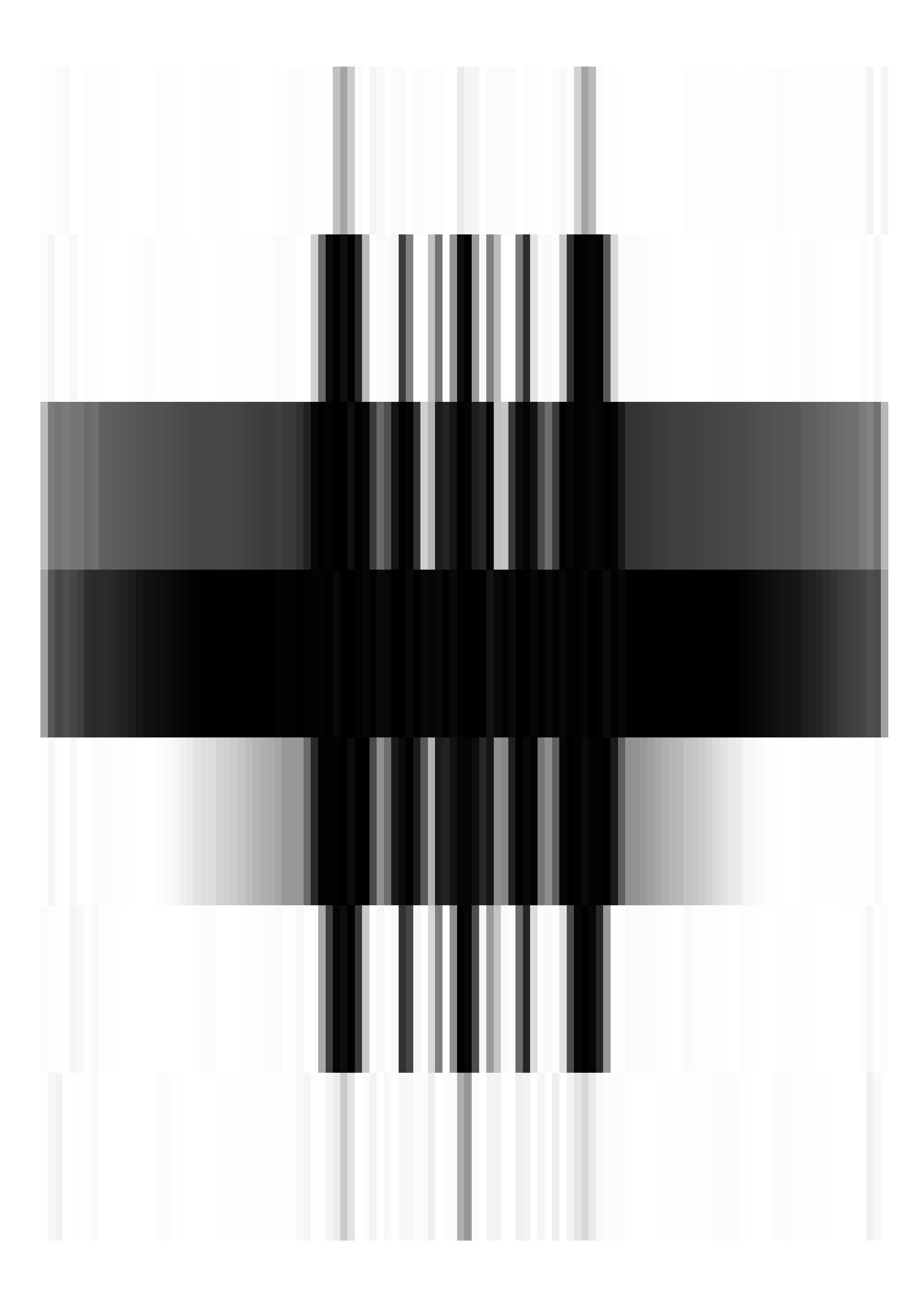
—Verdad es que habrá una fuerte pérdida cuando llegue la hora de negociar estos valores. Tropezaremos con fuertes oposiciones y será preciso más de una vez liquidar a vil precio. Pero no importa; con esta primera recolección de fondos, yo me encargaré de vivir como quiera… y de realizar algunos sueños muy preciosos para mí.

—¿Y el resto?

—Puedes quemarlo, amigo mío. Ese montón de papeles solo adornaban la caja fuerte. Para nosotros son inútiles. En cuanto a los títulos, vamos a encerrarlos muy tranquilamente en el armario, mientras esperamos el momento propicio.

Al día siguiente, Arsène pensó que ninguna razón le impedía regresar a casa de los Imbert. Pero la lectura de los periódicos le reveló esta inesperada noticia Ludovic y Gervaise habían desaparecido.

La apertura de la caja fuerte se efectuó con toda solemnidad. Los 125 magistrados encontraron en ella lo que Arsène Lupin había dejado… Poca cosa.



Tales son los hechos y tal es la explicación que da a algunos de ellos la intervención de Arsène Lupin. El relato me lo hizo él mismo un día que se sentía con ánimo confidencial.

Aquel día se paseaba de arriba abajo en mi gabinete de trabajo y en sus ojos había una pequeña fiebre que yo nunca había visto antes en ellos.

—En resumen —le dije yo—, ¿ese es tu mejor golpe?

Sin responder directamente, prosiguió:

—Hay en este asunto secretos impenetrables. Así, incluso después de la explicación que yo te he dado, ¡cuántas cosas quedan oscuras todavía! ¿Por qué aquella fuga? ¿Por qué no se aprovecharon del seguro que yo les proporcionaba involuntariamente? Para ellos era tan fácil decir: «Los cien millones se encontraban en la caja fuerte y ya no están porque fueron robados».

—Seguramente perdieron la cabeza.

—Sí, eso es, perdieron la cabeza… Por otra parte, ¿será verdad…?

—¿Será verdad, qué?…

—No, nada.

¿Qué significaba esa reticencia? Él no lo había dicho todo, era bien visible, y aquello que él no había dicho, le repugnaba decirlo. Yo me sentía intrigado. Era preciso que se tratara de algo grave para provocar dudas en un hombre como él.

Yo le hice preguntas al azar.

—¿Tú no los has vuelto a ver?

—No.

—¿Y no te ha ocurrido experimentar, respecto a esos dos desventurados, algún sentimiento de lástima?

—¿Yo? —respondió él con un sobresalto.

Su reacción me sorprendió. ¿Había yo tocado el punto sensible?

Entonces insistí:

—Evidentemente, sin ti ellos quizá hubieran podido hacer frente al peligro… o, cuando menos, haber desaparecido con los bolsillos llenos.

—Remordimientos… es eso lo que verdaderamente me atribuyes, ¿no es así?

—¡Caramba!

Descargó un violento puñetazo sobre mi mesa. Luego dijo:

—Así, según tú, yo debiera sentir remordimientos.

—Llámale remordimientos o lamentaciones; en una palabra, un sentimiento cualquiera…

—Un sentimiento cualquiera por unas personas que…

—Por unas personas a quienes tú les robaste una fortuna.

—¿Qué fortuna?

—Pues… aquellos dos o tres paquetes de títulos.

—¡Aquellos dos o tres paquetes de títulos! Yo les robé unos paquetes de títulos, ¿verdad? ¿Una parte de su herencia? ¿Esa es mi culpa? ¿Ese es mi crimen? Pero, demonios, querido, ¿no has adivinado todavía que esos títulos eran falsos?… ¿Lo oyes? ¡Eran falsos!

Yo le miré aturdido. Y él añadió:

—Eran falsos… los cuatro o cinco millones —gritó con rabia—. ¡Archifalsos! Falsas las obligaciones de la municipalidad de París, y los fondos del Estado. Papel, nada más que papel. Ni un céntimo saqué yo de todo aquel montón. ¿Y todavía me pides que sienta remordimientos? Pero si son ellos quienes debieran sentirlos. Me engañaron como a un tonto. Me emplumaron como al último de los cándidos… y el más estúpido.

Estaba agitado por la cólera provocada por el rencor del amor propio herido.

—Pero, desde el comienzo al fin del asunto, me tocó perder a partir del primer instante. ¿Sabes el papel que tuve que representar en este asunto, o más bien el papel que ellos me hicieron representar? ¡El de Andrés Brawford! Sí, mi querido amigo, y de todo ello yo no obtuve nada práctico. Fue después cuando, por los periódicos y relacionando ciertos detalles, me di cuenta de ello. Mientras yo estaba representando el papel de bienhechor, del caballero que arriesgó la vida por arrancarle de las garras de los apaches, me estaban haciendo pasar por uno de los Brawford. ¿Acaso no es eso admirable? Aquel señor original que tenía su gabinete en el segundo piso, aquel salvaje al que solo se mostraba de lejos, era Brawford, y ese Brawford era yo… Y gracias a mí, gracias a la confianza que yo inspiraba bajo el nombre de Brawford, los banqueros prestaban y los notarios aconsejaban a sus clientes que prestasen. ¡Ah! Qué escuela para un principiante… ¡Ah! Te juro que la lección me fue útil.

Se detuvo bruscamente, me agarró del brazo y con un tono exasperado en el cual, sin embargo, resultaba fácil percibir matices de ironía y de admiración, me dijo esta frase inefable:

—Querido, en la hora presente, Gervaise Imbert me debe mil quinientos francos.

Ante esto no pude impedir echarme a reír. Se trataba verdaderamente de una bufonada magnífica. Y él mismo sintió un acceso de franco regocijo, y añadió:

—Sí, querido, mil quinientos francos. No solamente no cobré nunca un solo céntimo de mi sueldo como secretario, sino que además ella me pidió prestados mil quinientos francos. Todos mis ahorros de joven… ¿Y sabes para qué? Te los multiplico por mil si adivinas… ¡Para sus pobres! Como te lo digo. Para unos supuestos desventurados que ella estaba ayudando a espaldas de Ludovic… Y yo caí en ello. Es bastante gracioso, ¿verdad? Arsène Lupin despojado de mil quinientos francos por la bella dama a la cual él le robó cuatro millones en títulos falsos. Y qué de combinaciones, de esfuerzos, de astucias geniales me fue preciso hacer para llegar a ese hermoso resultado. Es la única vez que me la han jugado en toda mi vida. Pero ¡caray, me la jugaron bien y limpiamente… en todo un gran premio!…

8

La perla negra

Una violenta llamada en el timbre de la puerta de la calle despertó a la portera de la casa número 9 de la avenida Hoche. Ella tiró del cordón para abrir, al propio tiempo que gruñía:

—Yo creía que todo el mundo había llegado ya. Son al menos las tres de la madrugada.

Su marido murmuró:

—Quizá sea para llamar al médico.

En efecto, una voz preguntó:

—El doctor Harel… ¿en qué piso?

—Tercero izquierda. Pero el doctor no atiende de noche.

—Será preciso que atienda.

El caballero entró en el vestíbulo, subió un piso, dos pisos y, sin siquiera detenerse en el descansillo correspondiente al doctor Harel, continuó hasta el quinto. Allí probó dos llaves. Una de ellas hizo funcionar la cerradura y la otra el cerrojo de seguridad.

—Maravilloso —murmuró—; la tarea queda así considerablemente simplificada. Pero, antes de proceder, es preciso que me asegure la retirada. Veamos… lógicamente, ¿tuve yo tiempo de llamar a casa del médico y ser despachado por él? No, todavía… un poco de paciencia.

Al cabo de unos doce minutos bajó y tocó en el cristal de la portería, mascullando algo contra el médico. Le abrieron de nuevo la puerta de la calle, y él la cerró tras de sí. Sin embargo, en realidad la puerta no se cerró, pues el individuo aplicó un pedazo de hierro sobre la armella de la cerradura a fin de que el pestillo no se introdujera en su lugar.

Volvió a entrar sin hacer ruido y sin que los porteros lo advirtieran. En caso de alarma, su retirada estaba asegurada.

Tranquilamente volvió a subir los cinco pisos. En la antecámara de la vivienda donde se introdujo, a la luz de una linterna eléctrica, se despojó de su abrigo y de su sombrero, colocándolos sobre una silla, se sentó en otra y cubrió sus zapatos con una especie de calcetines de fieltro.

—¡Vaya! Ya está… ¡Y qué fácil! Yo me pregunto por qué no escoge todo el mundo el cómodo oficio de ladrón. Con un poco de habilidad y de reflexión, nada resulta más encantador. Un oficio descansado… un oficio de padre de familia… Incluso es demasiado cómodo… hasta resulta fastidioso.

Desplegó un plano detallado de toda la vivienda.

—Empecemos por orientarnos. Aquí se percibe el rectángulo del vestíbulo donde me encuentro. Del lado de la calle, el salón, el gabinete y el comedor. Inútil perder el tiempo por ahí, pues parece que la condesa tiene un gusto deplorable… ni una chuchería de valor… Por tanto, vamos a nuestro objetivo. ¡Ah! Aquí aparece el trazo de un pasillo, el pasillo que conduce a los dormitorios. A tres metros debo encontrar la puerta del armario de los vestidos que comunica, con el dormitorio de la condesa.

Volvió a doblar el plano, apagó la linterna y echó a andar por el pasillo al propio tiempo que contaba:

—Un metro… Dos metros… Tres metros… Aquí está la puerta… ¡Cómo se resuelve todo, Dios mío! Un simple cerrojo, un pequeño cerrojo me separa del dormitorio, y, lo que es más, yo sé que ese cerrojo se encuentra a un metro cuarenta y tres centímetros del armario… De modo que gracias a una ligera incisión que voy a practicar alrededor de él, ya quedaremos desembarazados de esa dificultad…

Sacó de su bolsillo los instrumentos necesarios, pero le detuvo una idea.

—¿Y si por casualidad ese cerrojo no estuviera corrido? En todo caso, probaremos… ¡Para lo que cuesta!

Hizo girar el pomo de la cerradura. La puerta se abrió.

—Mi magnífico Lupin: decididamente, la suerte te favorece. ¿Qué necesitas ahora? Conoces la topografía de los lugares donde vas a operar, conoces el lugar donde la condesa esconde la perla negra… En consecuencia, para que la perla negra te pertenezca, lo primero y más importante es ser más silencioso que el propio silencio, más invisible que la noche.

Arsène Lupin empleó una media hora larga para abrir la segunda puerta, una puerta de cristales que daba al dormitorio. Pero lo hizo con tanta precaución, que aun en el caso de que la condesa no estuviera dormida, ningún crujido extraño la hubiera inquietado.

Conforme a las indicaciones de su plano, no tenía más que seguir el contorno de un canapé. Esto lo llevaba a una butaca y luego a una mesita situada cerca de la cama. Sobre la mesa había una cajita de papel de cartas, y encerrada simplemente en esa caja estaba la perla negra.

Se tendió sobre la alfombra y siguió los contornos del canapé. Pero, al llegar al extremo de aquel, se detuvo para contener los latidos de su corazón. Aunque no le agitara ningún temor, le resultaba imposible vencer esa especie de angustia nerviosa que se experimenta en medio de un silencio excesivo. Y se sorprendía de ello, puesto que, en suma, había vivido, sin sentir emoción, minutos mucho más solemnes. No le amenazaba ningún peligro. Entonces, ¿por qué su corazón latía como una campana alocada? ¿Era acaso que aquella mujer dormida le impresionaba… aquella vida tan próxima a la suya?

Escuchó y le pareció discernir en el silencio el ritmo de una respiración. Pero se sintió tranquilizado como por una presencia amiga.

Buscó la butaca y luego, con pequeños movimientos insensibles, avanzó hacia la mesa tanteando en la sombra con su brazo extendido. Su mano derecha tocó uno de los pies de la mesa.

¡Por fin! Ya no tenía más que levantarse, tomar la perla y marcharse. ¡Felizmente! Porque su corazón comenzaba de nuevo a saltar dentro de su pecho como un animal aterrado y con tal ruido, que le parecía imposible que la condesa no se despertara.

Con un impulso de voluntad prodigiosa calmó su corazón, pero en el instante en que trataba de incorporarse, su mano derecha tropezó sobre la alfombra con un objeto que reconoció enseguida como un candelero; un candelero derribado, e

inmediatamente tropezó con otro objeto: un reloj de péndulo, uno de esos relojes de péndulo de viaje que están recubiertos de una funda de cuero.

¿Qué? ¿Qué ocurría? No comprendía. Aquel candelero… aquel reloj… ¿Por qué aquellos objetos no estaban en su sitio habitual? ¿Qué ocurría en aquellas sombras desconcertantes?

Y de pronto se le escapó un grito. Había tocado… ¡oh, qué cosa extraña, indecible! Pero no, no, el miedo le turbaba el cerebro. Veinte segundos, treinta segundos y permaneció inmóvil, espantado, mientras el sudor le corría por las sienes. Y sus dedos conservaban la sensación de aquel contacto.

Mediante un supremo esfuerzo tendió de nuevo el brazo. Y de nuevo su mano tocó aquella cosa, aquella cosa extraña, indecible. Palpó. Era preciso que su mano la palpara y se diera cuenta. Era una cabellera, un rostro… y ese rostro estaba frío, casi helado.

Por aterradora que sea la realidad, un hombre como Arsène Lupin la domina desde el momento que toma conocimiento de ella. Rápidamente hizo funcionar el resorte de la linterna. Ante él yacía una mujer cubierta de sangre. Unas espantosas heridas habían destrozado su cuello y sus hombros. Se inclinó y la examinó. Estaba muerta.

—¡Muerta, muerta! —repetía él con estupor.

Y miraba aquellos ojos fijos, el rictus de aquella boca, aquella carne lívida, y aquella sangre… toda aquella sangre que había corrido sobre la alfombra y se coagulaba ahora, espesa y negra.

Ya erguido, hizo funcionar el botón de la luz. La estancia se llenó de claridad y pudo ver entonces todas las señales de una lucha encarnizada. La cama estaba completamente en desorden y de ella habían sido arrancadas las mantas y la colcha. En el suelo, el candelero y el reloj de péndulo, cuyas agujas marcaban las once y veinte… y luego, más lejos, una silla derribada, y por todas partes sangre, manchones de sangre.

—¿Y la perla negra? —murmuró Lupin.

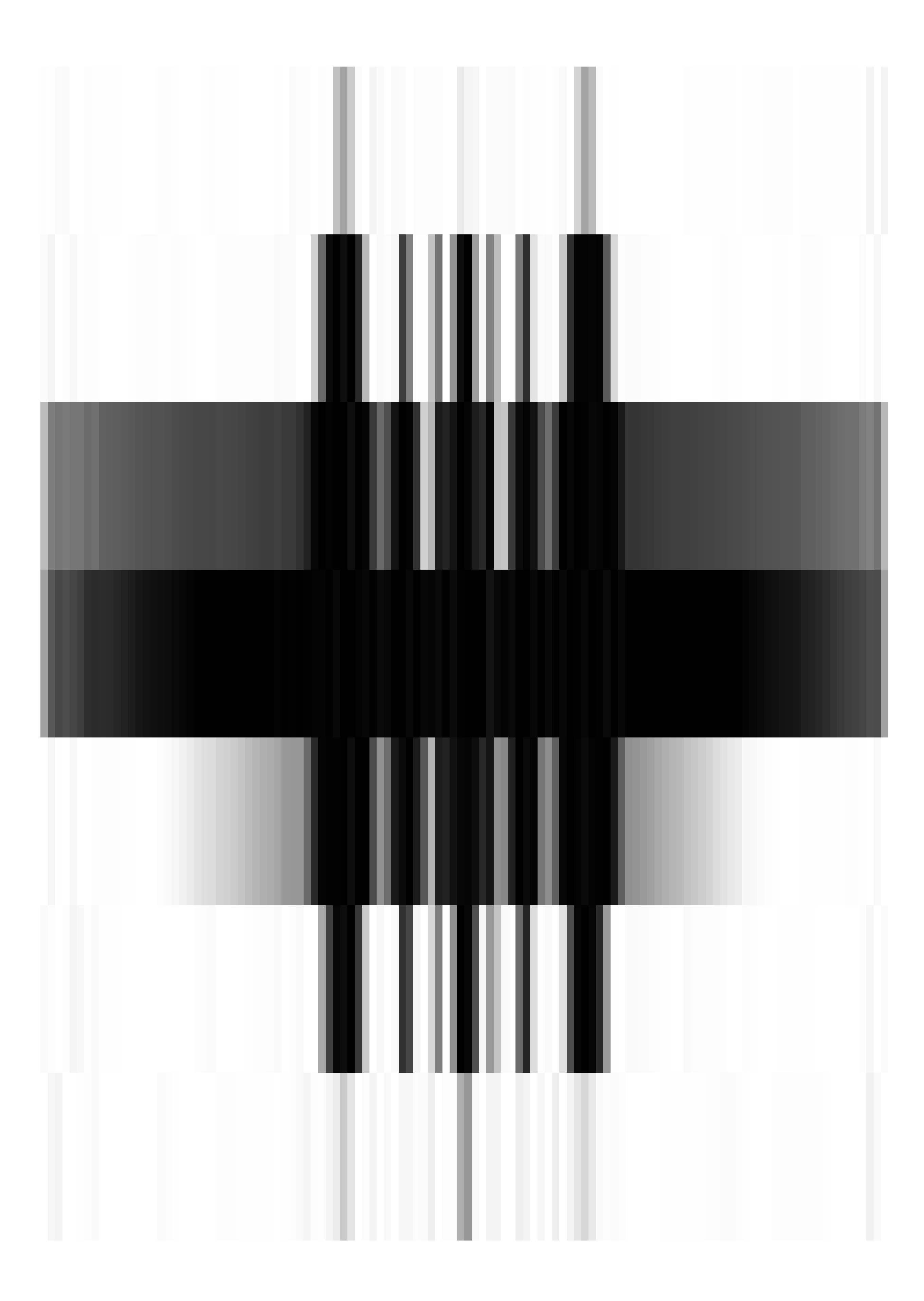
La caja de papel de cartas estaba en su sitio. La abrió con presteza. Contenía el estuche de la perla, pero el estuche estaba vacío.

«Diablos —se dijo—, te has vanagloriado demasiado pronto de tu suerte, amigo Arsène Lupin… Con la condesa asesinada y la perla desaparecida… la situación no es muy brillante. Huyamos, pues de otro modo corres el riesgo de incurrir en graves responsabilidades.»

Sin embargo, no se movió.

«¿Huir? Sí, otro huiría. Pero ¿Arsène Lupin? ¿No tiene otra cosa mejor que hacer? Veamos, procedamos por orden. Después de todo, tu conciencia está tranquila… Suponte que tú eres el comisario de policía y que tienes que proceder a realizar una investigación… Sí, pero para eso sería preciso tener un cerebro más claro. Y el mío está en mal estado…»

Se dejó caer sobre una butaca con los puños crispados contra su frente, que abrasaba.



El crimen de la calle Hoche es uno de los sucesos que nos han intrigado más vivamente en estos últimos tiempos, y, en verdad, yo no hubiera podido contarlo si la participación de Arsène Lupin no lo hubiera aclarado a una luz muy especial. Esa participación hay pocos que la sospechen. En todo caso, nadie sabe la verdad, tan curiosa como exacta.

¿Quién no conocía, por haberle visto en el Bois de Bologne, a Léontine Zalti, la excantante, esposa y viuda del conde de Andillot… la Zalti, cuyo lujo asombraba a París hace unos veinte años… la condesa de Andillot, a quien sus adornos de diamantes y perlas le habían creado fama en toda Europa? Se decía de ella que llevaba sobre sus hombros las cajas fuertes de varias casas bancarias y las minas de oro de varias compañías australianas. Los grandes joyeros trabajaban para la Zalti como se trabajaba antaño para los reyes y para las reinas.

¿Y quién no recuerda la catástrofe financiera en la que todas sus riquezas quedaron sumergidas? El torbellino lo devoró todo: casas bancarias y minas de oro. De la maravillosa colección, dispersada por el perito tasador, no quedó más que la famosa perla negra. ¡La perla negra! Es decir, una fortuna, si su dueña hubiera querido deshacerse de ella.

Pero ella no quiso en modo alguno. Prefería restringir sus gastos, vivir en un sencillo apartamento con su dama de compañía, su cocinera y un criado, antes que vender aquella inapreciable joya. Para ello tenía una razón que no temía en confesar: la perla negra era regalo de un emperador. Y ya casi arruinada, reducida a la más mediocre existencia, permaneció fiel a aquella compañera de sus felices tiempos.

—Mientras yo viva —decía la condesa— no me separaré de ella. De la mañana a la noche la llevaba colgada al cuello. Por la noche la colocaba en un lugar que solo ella conocía.

Todos estos hechos, recordados por los periódicos, estimularon la curiosidad del público, y cosa extraña, pero fácil de comprender por aquellos que poseen la clave del enigma, fue precisamente la detención del supuesto asesino lo que complicó el misterio e hizo más intensa la emoción. En efecto, dos días después, los diarios publicaban la siguiente noticia:

Se nos comunica la detención de Victor Danègre, el criado de la condesa de Andillot. Los cargos presentados contra él son aplastantes. En la manga de lustrina de su librea de servicio, que el señor Dudouis, jefe de Seguridad, ha encontrado en su desván, entre el colchón metálico y el de tela, se han observado manchas de sangre. Además, en la librea faltaba un botón recubierto de tela. Mas ese botón, ya al comienzo de las investigaciones, fue recogido bajo la propia cama de la víctima.

Es probable que después de la cena, Danègre, en lugar de irse a su desván, se haya ocultado en el gabinete de los vestidos y por la puerta de cristales haya visto a la condesa esconder la perla negra.

Debemos manifestar que, hasta aquí, ninguna prueba ha venido a confirmar esta suposición. En todo caso, hay otro punto que permanece oscuro. A las siete de la mañana, Danègre acudió al establecimiento de tabacos del bulevar de Courcelles: primero la portera y luego la vendedora de tabaco han declarado en ese sentido. Por otra parte, la cocinera de la condesa y su dama de compañía, quienes duermen al final del pasillo, afirman que a las ocho de la mañana, cuando ellas se levantaron, la puerta de la antecámara y la puerta de la cocina estaban cerradas con doble llave. Estas dos personas, que llevan más de veinte años al servicio de la condesa, están por encima de toda sospecha. Cabe preguntarse entonces cómo Danègre ha podido salir del apartamento. ¿Habría mandado hacer una copia de la llave? Las investigaciones esclarecerán estos diversos puntos.

Pero las investigaciones no aclararon nada en absoluto, sino, todo lo contrario. Se averiguó que Víctor Danègre era un reincidente peligroso, un alcohólico y un perdido, a quien una puñalada no le asustaba. No obstante, el asunto por sí mismo, a medida que era estudiado, parecía envolverse cada vez en tinieblas más espesas y contradicciones más inexplicables.

Primeramente, una señorita de Sinclèves, prima y heredera de la víctima, declaró que la condesa, un mes antes de su muerte, le había confiado en una de sus cartas la forma en que ella escondía la perla. Y al día siguiente de haber recibido ella esa carta, había comprobado la desaparición de la joya. ¿Quién la había robado?

Por su parte, los porteros contaron que le habían abierto la puerta a un individuo,

el cual había subido a casa del doctor Harel. Se interrogó al médico, pero este declaró que nadie había llamado a su casa a tal hora. Entonces, ¿quién era ese individuo? ¿Un cómplice?

Esta hipótesis de un cómplice fue adoptada por la prensa y por el público. Ganimard, el viejo inspector jefe, la defendía no sin razón.

—Ahí hay algo de Lupin —le decía él al juez.

—¡Bah! —respondía el juez—. Usted ve por todas partes a ese Lupin.

—Yo lo veo por todas partes, porque está en todas partes.

—Diga más bien que usted lo ve cada vez que una cosa no le parece muy clara. Por lo demás, en este caso observe usted esto: el crimen fue cometido a las once y veinte de la noche, cual lo atestigua el reloj de péndulo, y la visita nocturna de ese desconocido, denunciada por los porteros, no tuvo lugar hasta las tres de la mañana.

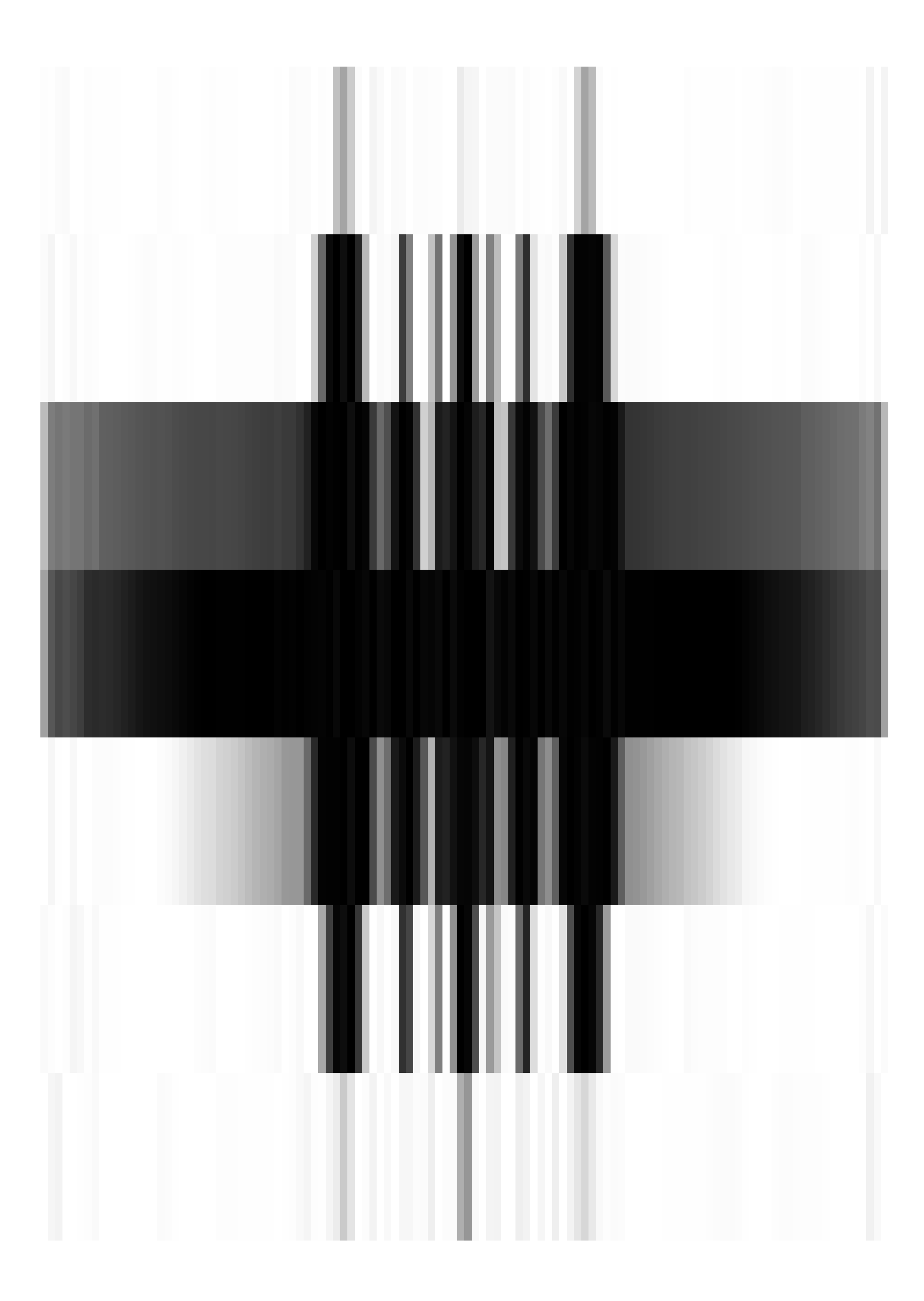
La justicia obedece a menudo a esos influjos de convencimiento que hacen que se obligue a los acontecimientos a doblegarse a la primera explicación que se ha dado al suceso. Los deplorables antecedentes de Victor Danègre, reincidente, borracho y perdido, influyeron sobre el juez, y si bien ninguna nueva circunstancia vino a corroborar los dos o tres indicios descubiertos en un principio, nada tampoco pudo alterarlos. El juez cerró la instrucción del sumario. Y unas semanas después comenzaron los debates del juicio sobre el mismo.

Esos debates resultaron enredados y lentos. El presidente del tribunal los dirigía sin entusiasmo alguno. El fiscal atacaba con blandura. En tales condiciones, el abogado de Danègre tenía un juego fácil. Mostró las lagunas y las imposibilidades en que se basaba la acusación. No existía ninguna prueba material. ¿Quién había falsificado la llave, aquella llave indispensable sin la cual Danègre, después de su salida del apartamento, no hubiera podido cerrar de nuevo la puerta de aquel? ¿Quién había visto esa llave? ¿Y qué se había hecho de ella? ¿Quién había visto el cuchillo utilizado en el crimen, y qué se había hecho de él?

—En todo caso —concluía el abogado—, demuéstrese que fue mi defendido quien mató. Pruébese que el autor del robo y del crimen no es ese misterioso personaje que se introdujo en la casa a las tres de la madrugada. El reloj marcaba

las once, me dirán ustedes. ¿Y qué? ¿No pueden ponerse las agujas de un reloj en la hora que uno quiera?

Victor Danègre resultó absuelto.



Salió de la cárcel un viernes al caer de la tarde, adelgazado y deprimido por seis meses pasados en una celda. La instrucción del sumario, la soledad, los debates en el tribunal, las deliberaciones del jurado, todo ello le había llenado de un espanto enfermizo. Por la noche le asaltaban tremendas pesadillas y visiones de cadalso. Temblaba de fiebre y de terror.

Bajo el nombre de Anatole Dufour alquiló un pequeño cuarto en las alturas de Montmartre y vivía a la buena de Dios de tareas ocasionales, realizando toda clase de trabajos.

Era una vida lamentable. Fue contratado tres veces por tres patronos diferentes, pero le reconocieron y le despidieron seguidamente.

A menudo le pareció, o creyó parecerle, que unos hombres le seguían; individuos de la policía, no le cabía duda, que no renunciaban a hacerle caer en alguna trampa. Y por adelantado sentía la dura presión de la mano que le agarraba por el cuello.

Una tarde que cenaba en casa de un fondista del barrio, un individuo se instaló frente a él en la mesa. Era un hombre de unos cuarenta años, vestido con una levita negra de dudosa limpieza. El desconocido pidió una sopa, unas legumbres y un litro de vino.

Cuando hubo comido la sopa, volvió los ojos hacia Danègre y le miró largamente.

Danègre palideció. A buen seguro que aquel individuo era uno de los que le seguían desde hacía varias semanas. ¿Qué quería de él? Danègre intentó levantarse, pero no pudo. Sus piernas temblaban y no le sostenían.

El individuo llenó su vaso de vino y después hizo lo mismo con el de Danègre.

—¿Brindamos, camarada?

Victor balbució:

—Sí… sí… a su salud, camarada.

—A tu salud, Victor Danègre.

Victor experimentó un sobresalto, y replicó:

—Yo… yo… no… yo le juro…

—¿Qué me juras? ¿Qué no eres? ¿Que no eres el criado de la condesa?

—¿Qué criado? Yo me llamo Dufour. Pregúntele aquí al patrón.

—Dufour, Anatole, sí, para el patrón; pero Danègre para la justicia. Victor Danègre.

—Eso no es cierto, eso no es cierto. Le han mentido a usted.

El desconocido sacó de su bolsillo una tarjeta y se la extendió. Victor leyó: «Grimaudan, exinspector de Seguridad. Informes confidenciales». Victor se estremeció.

—¿Usted es de la policía?

—Ya no lo soy, pero el oficio me agrada y continúo trabajando en él de una manera más… lucrativa. Se desentierran de cuando en cuando asuntos que son verdadero oro… como el tuyo.

—¿El mío?

—Sí, el tuyo. Es un asunto excepcional si, en todo caso, tú quieres ser un poco complaciente.

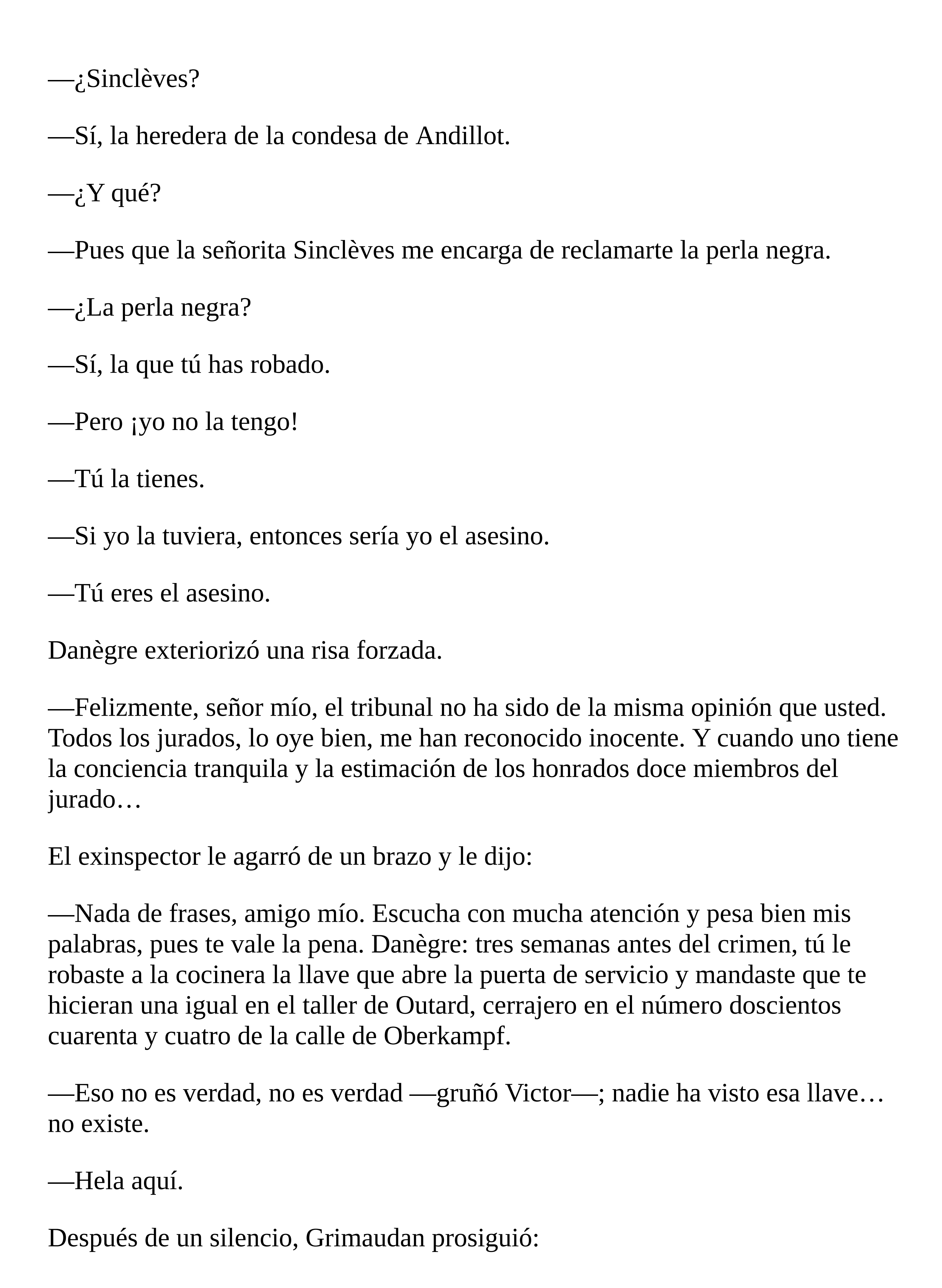
—¿Y si yo no lo soy?

—Tendrás que serlo. Te encuentras en una situación en que nada puedes negarme.

Una sorda aprensión invadió a Victor Danègre, y este preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?… Hable usted.

—Sea —respondió el otro—. Acabemos. En dos palabras, he aquí el asunto: a mí me envía la señorita Sinclèves.



—¿Sinclèves?

—Sí, la heredera de la condesa de Andillot.

—¿Y qué?

—Pues que la señorita Sinclèves me encarga de reclamarte la perla negra.

—¿La perla negra?

—Sí, la que tú has robado.

—Pero ¡yo no la tengo!

—Tú la tienes.

—Si yo la tuviera, entonces sería yo el asesino.

—Tú eres el asesino.

Danègre exteriorizó una risa forzada.

—Felizmente, señor mío, el tribunal no ha sido de la misma opinión que usted. Todos los jurados, lo oye bien, me han reconocido inocente. Y cuando uno tiene la conciencia tranquila y la estimación de los honrados doce miembros del jurado…

El exinspector le agarró de un brazo y le dijo:

—Nada de frases, amigo mío. Escucha con mucha atención y pesa bien mis palabras, pues te vale la pena. Danègre: tres semanas antes del crimen, tú le robaste a la cocinera la llave que abre la puerta de servicio y mandaste que te hicieran una igual en el taller de Outard, cerrajero en el número doscientos cuarenta y cuatro de la calle de Oberkampf.

—Eso no es verdad, no es verdad —gruñó Victor—; nadie ha visto esa llave… no existe.

—Hela aquí.

Después de un silencio, Grimaudan prosiguió:

—Tú mataste a la condesa con ayuda de un cuchillo de virola comprado en el bazar de la plaza de la República, el mismo día que mandaste hacer la llave. La hoja del cuchillo es triangular y tiene vaciado un canalillo.

—Eso son tonterías, usted habla al tuntún. Nadie ha visto el cuchillo.

—Helo aquí.

Victor Danègre hizo un movimiento como si quisiera retroceder en su asiento. Y el exinspector continuó:

—El cuchillo tiene unas manchas. ¿Acaso es necesario explicarte de dónde provienen?

—¿Y después de todo, qué?… Usted tiene una llave y un cuchillo… ¿Quién puede afirmar que me pertenecen?

—Primero el cerrajero, y seguidamente el empleado al cual tú le compraste el cuchillo. Yo les he refrescado la memoria. Cuando esas personas se encuentren cara a cara contigo, no dejarán de reconocerte. Hablaba con sequedad y dureza y con una precisión aterradora Danègre estaba convulsionado de pánico. Ni el juez, ni el presidente del tribunal, ni el fiscal le habían cercado de tal manera, ni habían visto con tamaña claridad en las cosas que él mismo ya no discernía más con exactitud.

Sin embargo, trató todavía de aparentar indiferencia. Dijo:

—Si esas constituyen todas sus pruebas…

—Me queda todavía esta. Después del crimen, tú te marchaste por el mismo camino. Pero cuando te encontrabas en medio del gabinete de los vestidos, te sentiste asaltado por el miedo y debiste de apoyarte sobre la pared para conservar el equilibrio.

—¿Cómo lo sabe usted? —tartamudeó Victor—. Nadie puede saber eso.

—La justicia no; no podía ocurrírsele a ninguno de esos señores del ministerio Fiscal el encender una lámpara y examinar las paredes. Pero si lo hubieran hecho, habrían visto sobre la pintura blanca una marca roja muy ligera, sin embargo, lo bastante clara para que en ella esté registrada la huella de la cara

anterior de tu dedo pulgar… de tu dedo pulgar, completamente húmedo de sangre y que tú apoyaste contra la pared. Y tú no ignoras que en antropometría eso constituye uno de los principales medios de identificación.

Victor Danègre estaba desencajado. Gotas de sudor corrían por su frente. Con los ojos de un hombre enloquecido observaba a aquel extraño que evocaba su crimen lo mismo que si hubiera sido un testigo invisible de aquel.

Agachó la cabeza, vencido, impotente. Desde hacía meses luchaba contra todo el mundo. Pero contra este hombre que se hallaba frente a él, sentía la impresión de que nada podría hacer.

—Si yo le entrego la perla —balbució—, ¿cuánto me dará usted?

—Nada.

—¡Cómo! ¡Usted se burla! ¿Yo voy a darle una cosa que vale miles, centenas de miles, sin recibir nada a cambio?

—Sí, recibirás una cosa: la vida.

El miserable tembló. Y Grimaudan añadió con un tono casi dulce:

—Veamos, Danègre; esa perla no tiene ningún valor para ti. Te es imposible venderla. Entonces, ¿de qué te servirá el conservarla?

—Hay siempre encubridores… y un día u otro, a no importa qué precio…

—Un día u otro ya será demasiado tarde.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque la justicia te habrá echado el guante, y esta vez, con las pruebas que yo le proporcionaré, el cuchillo, la llave y la huella de tu pulgar, estás hundido, amigo mío.

Victor se apretó la cabeza entre las manos y reflexionó. Se sentía perdido, irremediablemente perdido, y al propio tiempo, le invadía un gran cansancio, una inmensa necesidad de reposo y abandono.

Murmuró:

—¿Cuándo la necesita usted?

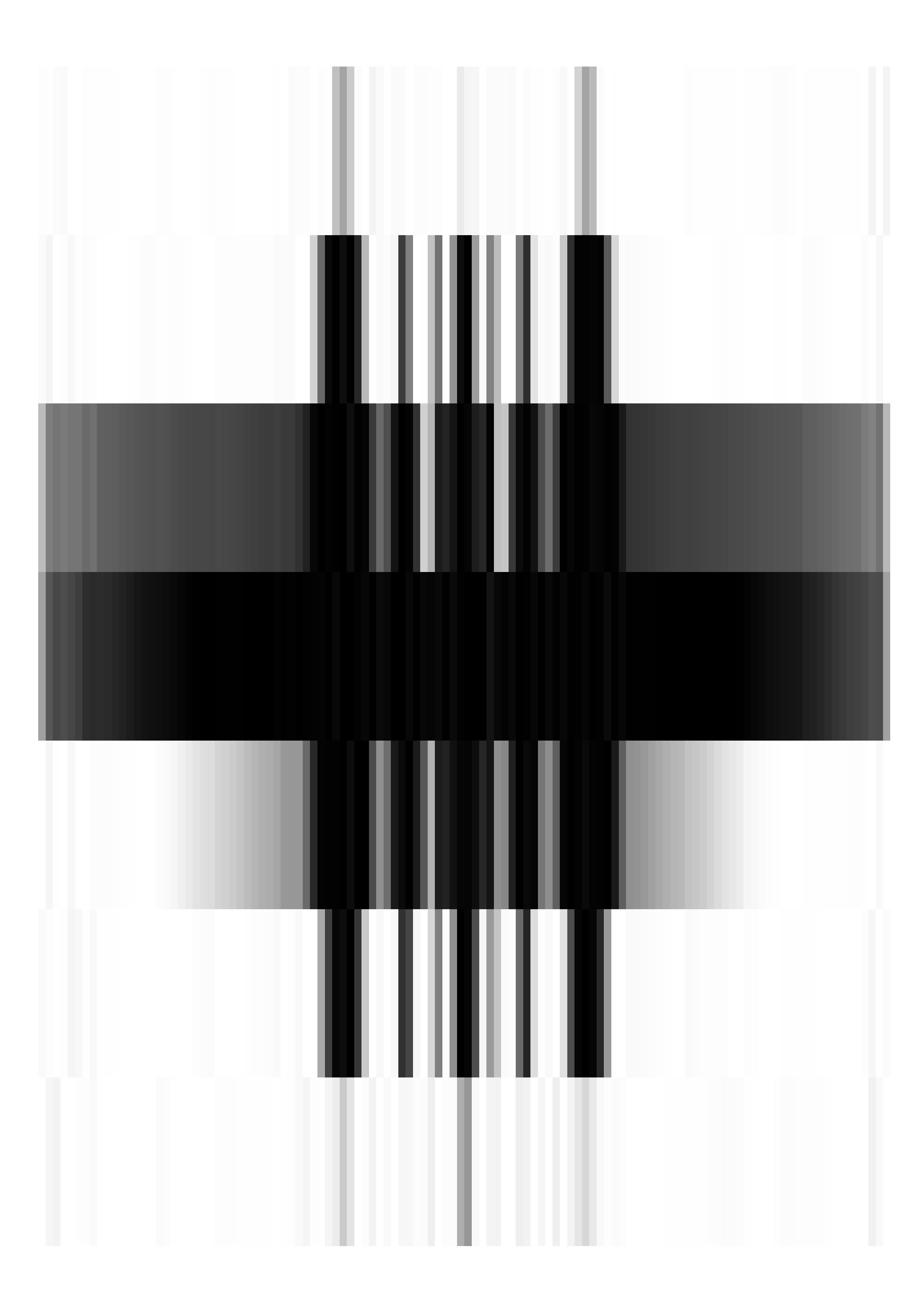
—Esta noche, antes de una hora.

—¿Y si no?

—Si no, yo echaré esta carta en la que la señorita Sinclèves te denuncia al fiscal de la República.

Danègre se sirvió sucesivamente dos vasos de vino, que bebió a sendos tragos; luego se levantó, diciendo:

—Pague la cuenta y vámonos… ya tengo bastante de este maldito asunto.



Había llegado la noche. Los dos hombres bajaron la calle Lepic y siguieron por los bulevares exteriores, dirigiéndose hacia la plaza de la Étoile. Caminaban silenciosamente. Victor iba muy cansado y con la espalda doblada.

Cuando llegaron al parque Monceau, dijo:

—Es del lado de la casa…

—¡Caray! Antes que te detuvieran, no habías salido más que para ir al establecimiento de tabacos.

—Ya hemos llegado —dijo Danègre con ronca voz.

Siguieron a lo largo de la verja del parque y atravesaron una calle en cuya esquina estaba el establecimiento de tabacos. Danègre se detuvo algunos pasos más allá. Sus piernas vacilaban. Se dejó caer sobre un banco.

—¿Y entonces? —le preguntó su acompañante.

—Es aquí.

—¡Es aquí! ¿Qué quieres decir con eso?

—Sí, aquí, delante de nosotros.

—¡Delante de nosotros! Vamos, Danègre, te convendría no…

—Le repito que es aquí.

—¿Dónde?

—Entre dos adoquines.

—¿Cuáles?

—Búsquelos.

—¿Cuáles? —repitió Grimaudan.

Victor no respondió.

—¡Ah! Magnífico. Tú quieres burlarte de mí, amigo mío.

—No… pero… es que voy a reventar de miseria.

—Entonces, ¿tú dudas? Vamos, que yo seré generoso contigo. ¿Cuánto necesitas?

—El dinero necesario para tomar un billete de entrepuente para Estados Unidos.

—Convenido.

—Y un billete de cien francos para los primeros gastos.

—Recibirás dos. Habla.

—Cuente los adoquines a la derecha de la alcantarilla. Está entre el doce y el trece.

—¿En el arroyo?

—Sí, abajo de la acera.

Grimaudan miró en torno a sí. Pasaban tranvías y pasaba gente. Bien; no importaba. ¿Quién podía sospechar?

Abrió su navaja y la clavó entre los adoquines doce y trece.

—¿Y si no estuviera aquí?

—Si nadie me vio agacharme y ocultarla ahí, tiene que estar todavía.

¡Quizá estuviera! ¡La famosa perla negra tirada entre el fango del arroyo a disposición del primero que llegara! ¡La perla negra… una fortuna!

—¿A qué profundidad?

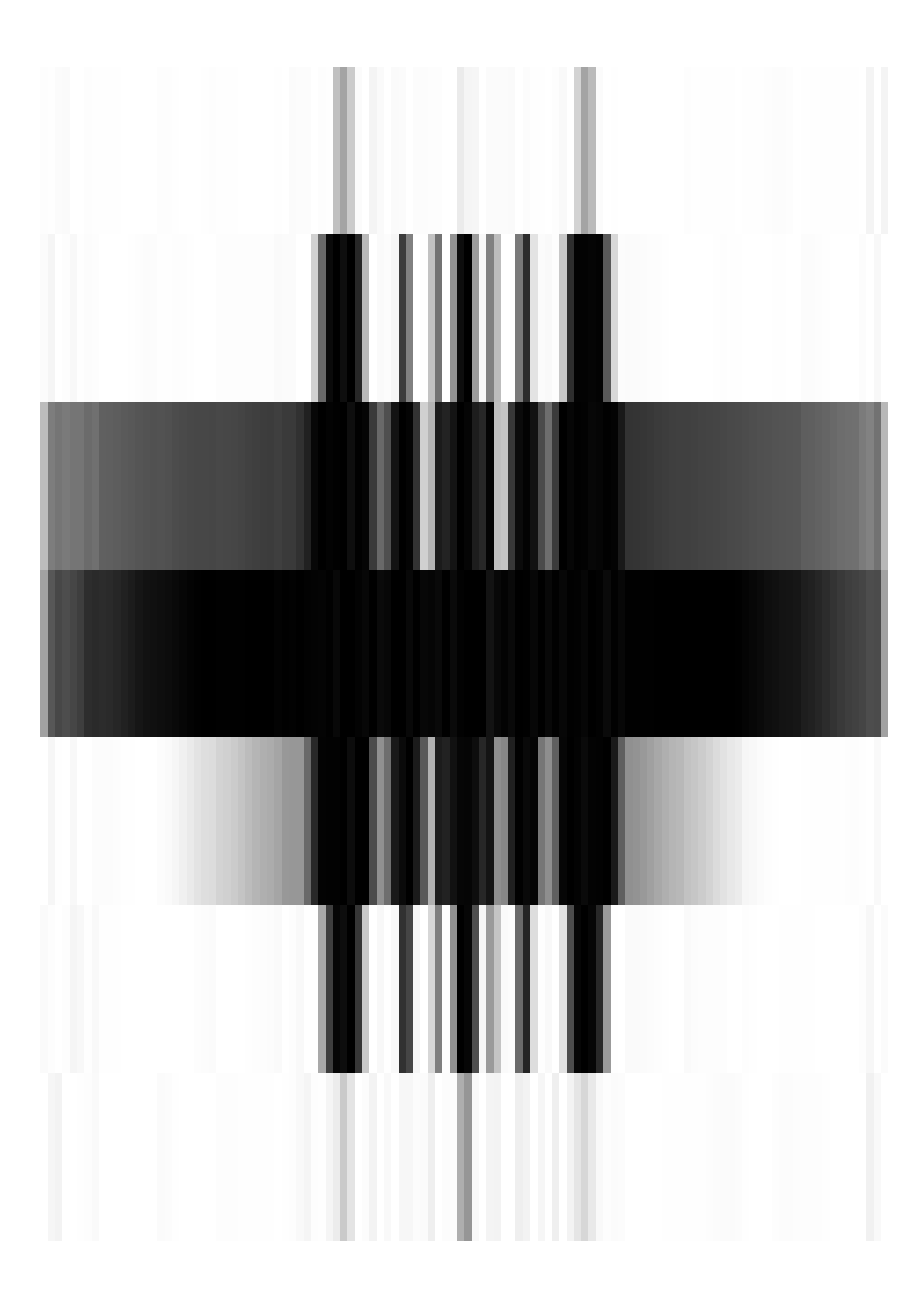
—A diez centímetros más o menos.

Escarbó en la arena mojada La punta de la navaja tropezó con algo. Con los

dedos agrandó el agujero.

Divisó la perla negra.

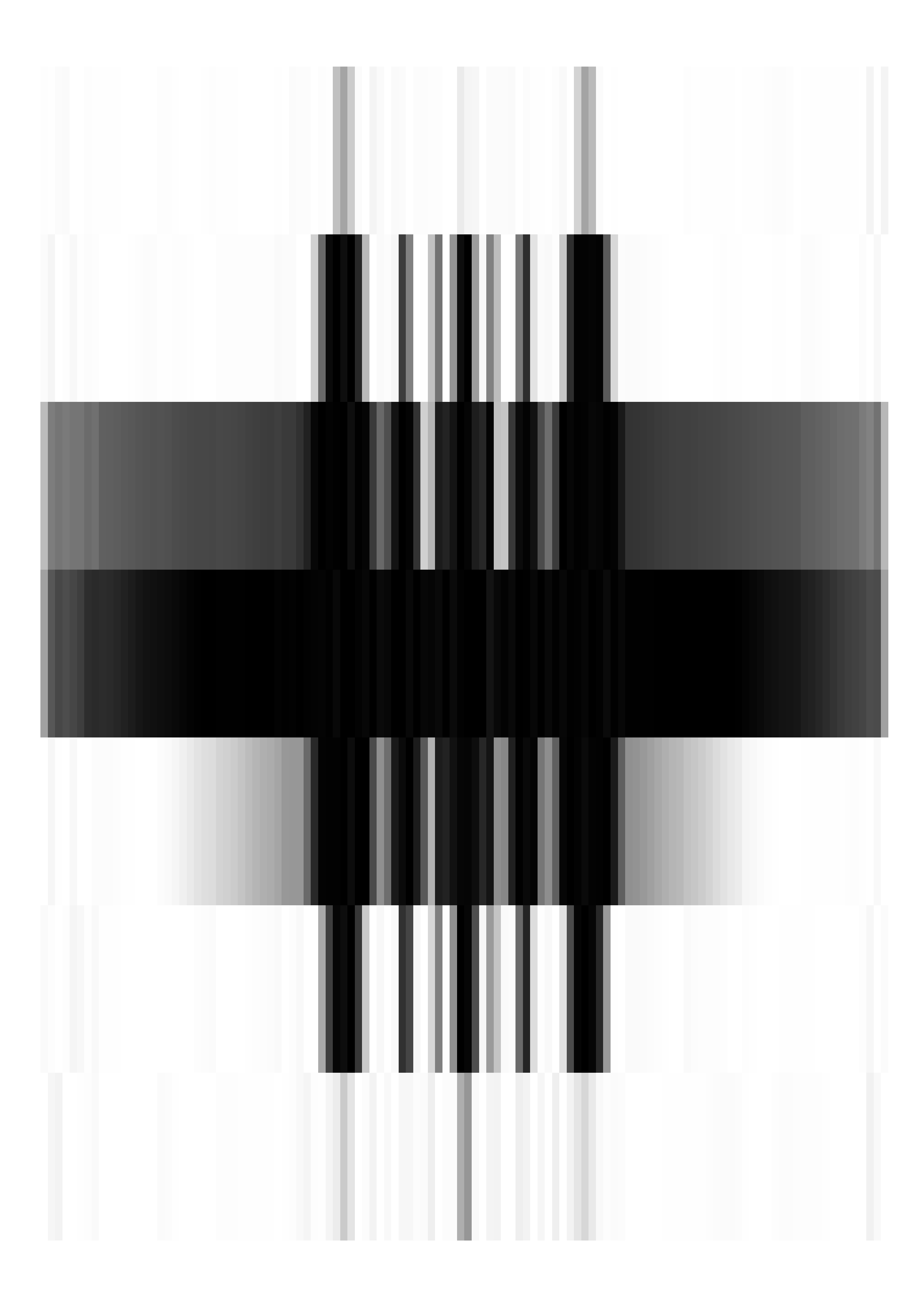
—Aquí están tus doscientos francos. Ya te enviaré tu billete para Estados Unidos.



Al día siguiente, el Écho de France publicaba esta gacetilla, que fue reproducida por los periódicos del mundo entero:

Desde ayer, la famosa perla negra está entre las manos de Arsène Lupin, que la rescató del asesino de la condesa de Andillot. Antes de mucho tiempo, copias de esta preciosa joya serán expuestas en Londres, en San Petersburgo, en Calcuta, en Buenos Aires y en Nueva York.

Arsène Lupin atenderá las proposiciones que quieran hacerle quienes se interesen por la joya y le escriban.



—Y he ahí cómo el crimen es siempre castigado y la virtud recompensada — concluyó Arsène Lupin, cuando me hubo revelado las interioridades de aquel suceso.

—Y he ahí como bajo el nombre de Grimaudan, exinspector de Seguridad, tú fuiste escogido por el destino para quitarle a aquel criminal los beneficios de su delito.

—Exactamente. Y confieso que esta es una de las aventuras de que estoy más orgulloso. Los cuarenta minutos que pasé en el apartamento de la condesa, después de haber comprobado su muerte, figuran entre los más sorprendentes y más profundos de mi vida. En cuarenta minutos, enzarzado en la situación más complicada, reconstruí el crimen y adquirí la certidumbre, con ayuda de algunos indicios, de que el culpable no podía ser otro que un criado de la condesa. En fin, comprendí que para conseguir la perla era preciso que aquel criado fuese detenido, y fui yo quien dejó allí el botón de la levita; pero era preciso también que no se consiguieran contra él pruebas irrecusables de su culpabilidad… para lo cual recogí el cuchillo olvidado sobre la alfombra y me llevé la llave olvidada en la cerradura, así como también borré las huellas de los dedos sobre la pintura del gabinete de los vestidos. En mi concepto, ese fue uno de los chispazos…

—De genio —interrumpí yo.

—De genio, si así lo quieres llamar, y que no hubiera iluminado el cerebro de todo el mundo. Adivinar en un segundo las dos condiciones del problema: una detención y una absolución, servirme del formidable aparato de la justicia para trastornar al individuo, para embrutecerle; en una palabra, para ponerle en tal estado de espíritu, que una vez en libertad tuviera inevitablemente que caer en la trampa un poco burda que yo le tendía…

—¿Un poco? Di más bien muy burda, pues él no corría ningún peligro.

—¡Oh! Ni el más pequeño puesto que toda absolución es una cosa definitiva.

—Pobre diablo…

—¡Pobre diablo… Victor Danègre! ¿No tienes en cuenta que es un asesino? Hubiera sido la última de las inmoralidades el que se hubiera quedado con la

perla negra. Pero vive, piénsalo; Danègre vive.

—Y la perla negra es tuya.

La sacó de uno de los bolsillos secretos de su cartera, la examinó y la acarició con sus dedos y con sus ojos, y suspiró:

—¿Quién será el fantasioso, quién será el rajá imbécil y vanidoso que entrará en posesión de este tesoro? ¿A qué millonario americano estará destinado este pequeño pedazo de belleza y de lujo que ornaba los blancos hombros de Léontine Zalti, condesa de Andillot?…

9

Herlock Sholmès llega demasiado tarde

—Es extraño lo que usted se parece a Arsène Lupin, Velmont.

—¡Ah! ¿Usted le conoce?

—¡Oh! Como todo el mundo, por sus fotografías, las cuales ninguna se parece a las demás, pero cada una de ellas deja la impresión de una fisonomía idéntica… que es verdaderamente la de usted.

Horace Velmont pareció más bien humillado.

—¿Verdad que es así, mi querido Devanne! Y no es usted el primero que me hace esta observación, créalo.

—Tanto es así —insistió Devanne—, que si usted no me hubiera sido recomendado por mi primo Estevan, y si no fuera usted el conocido pintor cuyas marinas yo tanto admiro, me pregunto si no habría avisado yo a la policía de vuestra presencia en Dieppe.

La ocurrencia fue acogida con una risa general. Estaban allí, en el gran salón comedor del castillo de Thibermesnil, además de Velmont, el padre Gélis, párroco de la aldea, y una docena de oficiales del ejército cuyos regimientos hacían maniobras en las vecindades, y los cuales habían respondido con su presencia a la invitación del banquero Georges Devanne y de su madre. Uno de ellos exclamó:

—Pero ¿es que acaso, y precisamente, la presencia de Arsène Lupin ha sido señalada en la costa, después de su famoso golpe en el rápido de París a El Havre?

—El efecto, hace de eso tres meses, y la semana siguiente conocí en el casino a nuestro excelente Velmont, quien desde entonces ha tenido la gentileza de honrarme con algunas visitas… agradable preludio de una visita domiciliaria que me hará uno de estos días… ¡o, más bien, una de estas noches!

Se rio de nuevo, y los concurrentes pasaron al antiguo salón de los guardias, vasta estancia, muy alta, que ocupaba toda la parte inferior de la torre de Guillaume y donde Georges Devanne ha reunido las incomparables riquezas acumuladas a través de los siglos por los señores de Thibermesnil. La decoran cofres y aparadores, morillos y candelabros. De las paredes de piedra cuelgan magníficos tapices. Los alféizares de las cuatro ventanas son profundos, provistos de bancos, y terminan en dos vidrieras ojivales con los vidrios emplomados. Entre la puerta y la ventana de la izquierda se yergue una biblioteca monumental, estilo Renacimiento, en el frontis de la cual se lee en letras de oro THIBERMENSNIL, y por encima de este nombre la divisa de la familia HAZ LO QUE QUIERAS.

Y mientras se encendían los cigarros puros, Devanee prosiguió:

—Solamente que dese usted prisa, Velmont. Esta es la última noche que le queda.

—¿Y por qué? —preguntó el pintor, quien decididamente tomaba la cosa como una broma.

Devanne iba a responder cuando su madre le hizo una seña. Pero la excitación provocada por la comida y el deseo de interesar a sus huéspedes triunfaron.

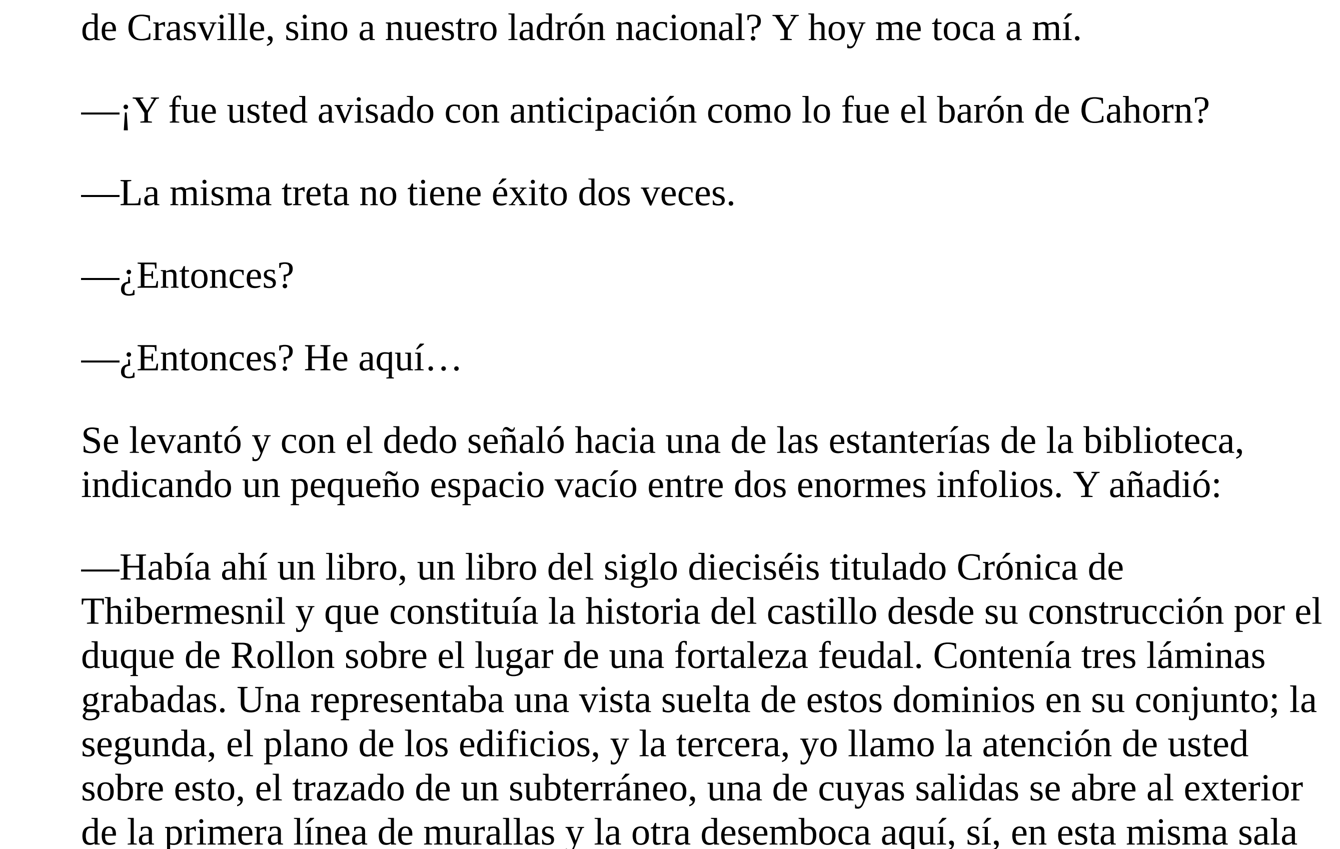
—¡Bah! —murmuró—. Ya puedo hablar ahora. Ya no hay que temer una indiscreción.

Los concurrentes se sentaron en torno a él con viva curiosidad, y él declaró, con el aire satisfecho de alguien que anuncia una gran noticia:

—Mañana a las cuatro de la tarde, Herlock Sholmès, el gran policía inglés para quien no existen misterios; Herlock Sholmès, el más extraordinario descifrador de enigmas que jamás se haya visto, el prodigioso personaje que parece forjado de pies a cabeza por la imaginación de un novelista, Herlock Sholmès, será mi huésped.

Hubo exclamaciones. ¡Herlock Sholmès en Thibermesnil! ¿Era esto cierto? Entonces, ¿Arsène Lupin se encontraba realmente en aquella región?

—Arsène Lupin y su banda no andan lejos. Sin contar el asunto del barón de Cahorn, ¿a quién pueden atribuirse, pues, los robos de Montigny, de Gruchet y



de Crasville, sino a nuestro ladrón nacional? Y hoy me toca a mí.

—¡Y fue usted avisado con anticipación como lo fue el barón de Cahorn?

—La misma treta no tiene éxito dos veces.

—¿Entonces?

—¿Entonces? He aquí…

Se levantó y con el dedo señaló hacia una de las estanterías de la biblioteca, indicando un pequeño espacio vacío entre dos enormes infolios. Y añadió:

—Había ahí un libro, un libro del siglo dieciséis titulado Crónica de Thibermesnil y que constituía la historia del castillo desde su construcción por el duque de Rollon sobre el lugar de una fortaleza feudal. Contenía tres láminas grabadas. Una representaba una vista suelta de estos dominios en su conjunto; la segunda, el plano de los edificios, y la tercera, yo llamo la atención de usted sobre esto, el trazado de un subterráneo, una de cuyas salidas se abre al exterior de la primera línea de murallas y la otra desemboca aquí, sí, en esta misma sala donde nos encontramos. Pues bien: ese libro ha desaparecido desde hace un mes.

—¡Caramba! Eso es una mala señal —dijo Velmont—. Pero eso solo no es suficiente para motivar la intervención de Herlock Sholmès.

—Cierto, eso no hubiera bastado en modo alguno si no hubiera ocurrido otro hecho que da a aquel que acabo de contar toda su significación. Existía en la Biblioteca Nacional un segundo ejemplar de esa Crónica y ambos ejemplares diferían en ciertos detalles concernientes al subterráneo, tales como la inclusión de un perfil y de una escala y diversas anotaciones, que no estaba impresas, sino solamente escritas con tinta, y más o menos borrosas. Yo sabía esas particularidades, como sabía también que el trazado definitivo no podía ser reconstruido sino mediante una confrontación minuciosa de las dos cartas. No obstante, al día siguiente de haber desaparecido mi ejemplar, el de la Biblioteca Nacional había sido solicitado por un lector que luego se lo llevó, sin que fuese posible determinar las condiciones en que el robo se efectuó.

Estas palabras fueron acogidas con grandes exclamaciones.

—Ahora sí que el asunto se pone serio.

—Pero la policía, esta vez —dijo Devanne—, se ha conmocionado y se abrió una doble investigación, la cual, por lo demás, no dio resultado alguno.

—Como todas las investigaciones de que es objeto Arsène Lupin.

—Precisamente. Fue entonces cuando se me ocurrió pedir la ayuda de Herlock Sholmès, el cual me respondió que sentía el más vivo deseo de entrar en contacto con Arsène Lupin.

—¡Qué gloria para Arsène Lupin! —dijo Velmont—. Pero si nuestro ladrón nacional, como usted le llama, no alimenta ningún proyecto relacionado con Thibermesnil, entonces Herlock Sholmès no tendrá otra cosa que hacer sino ponerse a darle vueltas a los pulgares.

—Pero hay otra cosa que le interesa vivamente: descubrir el subterráneo.

—¿Cómo! ¿Acaso no había dicho usted antes que una de las entradas daba al campo y la otra a este mismo salón?

—¿Dónde? ¿En qué lugar del salón? La línea que representa el subterráneo sobre las cartas desemboca, en efecto, en un pequeño círculo acompañado de estas dos mayúsculas, «T. G.», lo cual significa, sin duda, ¿verdad?, Torre de Guillaume. Pero la torre es redonda, ¿y quién podría determinar en qué lugar del círculo está la trampa del trazado del diseño?

Devanne encendió un segundo cigarro y se sirvió una copa de Bénédictine. Los concurrentes le asediaban a preguntas. Él sonreía feliz por el interés que había suscitado. Finalmente prosiguió:

—El secreto se ha perdido. Nadie en el mundo lo conoce. De padres a hijos, dice la leyenda, los poderosos señores del castillo se lo transmitían en su lecho de muerte, hasta el día en que Godofredo, último del nombre, murió decapitado en el cadalso, el siete de termidor, a los diecinueve años.

—Pero después de un siglo debiera haberse buscado…

—Ya se ha buscado, pero en vano. Yo mismo, cuando le compré este castillo al bisnieto del convencional Leribourg, hice realizar búsquedas en él. Pero ¿para qué? Piensen ustedes que esta torre, rodeada de agua, no está unida al castillo más que por un puente y que, en consecuencia, es preciso que el subterráneo

pase por debajo de los antiguos fosos. El plano que había en la Biblioteca Nacional muestra, por lo demás, un enlace de cuatro escaleras que tienen cuarenta y ocho peldaños, lo cual hace suponer una profundidad de más de diez metros. Y la escala, aneja al otro plano, fija la distancia en doscientos metros. En realidad, todo el problema está ahí, entre este entarimado, este techo y estos muros. En verdad, confieso que tengo mis dudas en demolerlos.

—¿Y no existe ningún indicio?

—Ninguno.

El padre Gélis objetó:

—Señor Devanne, debemos tomar en cuenta dos citas distintas.

—¡Oh! —exclamó el señor Devanne, riendo—. El cura es un husmeador de archivos, un gran lector de memorias, y todo cuanto se refiere a Thibermesnil le apasiona. Pero la explicación de que habla no sirve más que para embrollar las cosas.

—¿Más todavía?

—¿Le interesa a usted este tema?

—Enormemente.

—Entonces, usted sabrá que de sus lecturas resulta que dos reyes de Francia fueron poseedores de la clave del enigma.

—¿Dos reyes de Francia?

—Sí, Enrique IV y Luis XVI.

—Esos no son unos cualquiera. ¿Y cómo es que el señor cura sabe eso?

—¡Oh! Es Muy sencillo —continuó Devanne—. La antevíspera de la batalla de Arques, el rey Enrique IV vino a cenar y dormir en este castillo. A las once de la noche, Louise de Tancarville, entonces la más hermosa mujer de Normandía, fue introducida cerca de él por el subterráneo, con la complicidad del duque de Edgard, quien en esta ocasión hizo entrega del secreto de familia. Este secreto,

Enrique IV lo confió más tarde a su ministro Sully, el cual cuenta la anécdota en sus Reales economías de Estado, sin acompañarla de otro comentario que esta frase incomprensible:

El hacha voltea, el aire se estremece, pero el ala se abre y se vuela hasta Dios.

Hubo un silencio y luego Velmont dijo con sonrisa irónica:

—Eso no es de una claridad cegadora.

—¿Verdad que no? El señor cura pretende que Sully puede haber dado en esas palabras la clave del enigma sin traicionar el secreto a los escribientes a los cuales él les dictaba sus memorias.

—La hipótesis es ingeniosa.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué quiere decir el hacha que voltea y el pájaro que emprende el vuelo?

—¿Y qué significa eso de que va hasta Dios?

—¡Misterio!

Velmont continuó:

—¿Y fue acaso para recibir también la visita de una dama que Luis XVI se hizo abrir el subterráneo?

—Lo ignoro. Todo lo que está permitido decir es que Luis XVI se hospedó en mil setecientos ochenta y cuatro en Thibermesnil, y que la famosa armadura de acero encontrada en el Louvre por la denuncia de Gamain encerraba un papel con estas palabras escritas por él: «Thibermesnil; dos-seis-doce».

Horace Velmont soltó una carcajada, y dijo:

—¡Victoria! Las tinieblas se disipan cada vez más. Dos veces seis suman doce.

—Ríase usted cuando quiera, señor —replicó el cura—. Ello no impide que esas dos citas contengan la solución y que un día u otro aparezca alguien que sepa interpretarlas.

—En primer lugar lo hará Herlock Sholmès —dijo Devanne—. A menos que Arsène Lupin no se le adelante. ¿Qué piensa usted de eso, Velmont?

Velmont se levantó, puso la mano sobre el hombro de Devanne, y declaró:

—Yo pienso que a los datos proporcionados por su libro y por el de la Biblioteca Nacional les faltaba una información de la mayor importancia, que usted ha tenido la gentileza de ofrecerme. Se lo agradezco.

—¿De modo que…?

—De modo que ahora, habiendo volteado el hacha y habiendo huido el pájaro y que dos veces seis suman doce, ya no me queda más que ponerme en marcha.

—Sin perder un minuto.

—Sin perder un segundo. ¿Acaso no es preciso que esta noche, es decir, antes de la llegada de Herlock Sholmès, yo robe vuestro castillo?

—Sí, la realidad es que usted no dispone más que del tiempo indispensable. ¿Quiere usted que yo le acompañe?

—¿Hasta Dieppe?

—Hasta Dieppe. Aprovecharé la ocasión para traer aquí al señor y a la señora de Androl y a una joven, hija de amigos suyos, que llegarán en el tren de medianoche.

Y dirigiéndose luego a los oficiales Devanne agregó:

—Además, nosotros volveremos a reunirnos mañana aquí para almorzar, ¿verdad, señores? Cuento completamente con ustedes, puesto que este castillo debe ser atacado por sus regimientos y tomado por asalto al sonar las once.

La invitación fue aceptada, y la reunión se disolvió. Momentos más tarde, un coche Étoile d’Or llevaba a Devanne y Velmont por la carretera de Dieppe.

Devanne dejó al pintor delante del casino y se dirigió a la estación.

A medianoche sus amigos descendían del tren. Y a las doce y media, el automóvil franqueaba las puertas del castillo de Thibermesnil. A la una, después de una cena ligera servida en el salón, cada cual se retiró a sus habitaciones. Poco a poco todas las luces del castillo se extinguieron y este quedó envuelto en el gran silencio de la noche.

Pero la luna apartó las nubes que la cubrían como velos y la luz lunar, penetrando por las ventanas, llenó el salón de claridad. Esto solo duró un instante. Muy pronto la luna volvió a ocultarse detrás de las colinas. El silencio creció y las sombras se hicieron más espesas. Apenas de cuando en cuando el crujir de algún mueble cortaba el silencio, o bien el gemido de dos rosales sobre el estanque que baña los viejos muros con sus aguas verdes.

El reloj de péndulo desgranaba las cuentas del rosario infinito de los segundos. El reloj dio las dos de la madrugada. Luego, de nuevo, los segundos cayeron presurosos y monótonos en la pesada paz de la noche. Después sonaron las tres.

Y de pronto, algo restalló, como un sonido semejante al de un disco de señales que se abre y se cierra al paso de un tren. Y un fino chorro de luz atravesó el salón de parte a parte, algo así como una flecha que dejó tras de sí una cola chispeante. Brotaba de la estría central de una columna sobre la que se apoyaba, a la derecha del frontis, la biblioteca. La luz quedó inmóvil primero sobre el panel opuesto, en un círculo resplandeciente, y luego paseó por todas partes como un ojo inquieto que escudriñara las sombras; luego se desvaneció para brillar de nuevo, mientras una parte de la biblioteca parecía girar sobre sí misma, y desenmascaraba una abertura en forma de bóveda.

Entró un hombre sosteniendo en una mano una linterna eléctrica. Otro hombre y luego otro más surgieron a su vez, portadores de un rollo de cuerdas y de diferentes instrumentos. El primero inspeccionó la estancia, y ordenó:

—Llamad a los camaradas.

De esos camaradas, ocho llegaron por el subterráneo; eran hombres vigorosos y de rostro enérgico. El saqueo comenzó.

Fue una operación rápida. Arsène Lupin pasaba de un mueble a otro; lo examinaba y, según sus dimensiones o su valor artístico, lo dejaba abandonado o

bien ordenaba:

—¡A llevárselo!

Los secuaces lo erguían y era tragado por la boca del túnel y expedido a las entrañas de la tierra.

Y así desaparecieron escamoteados seis butacones y seis sillas Luis XV, tapices de Aubusson, candelabros firmados por Gouthière, dos Fragonard y un Nattier, así como un busto de Houdon y una estatuilla. A veces, Lupin se detenía ante un magnífico armario o un soberbio cuadro, y suspiraba:

—¡Este es demasiado pesado… demasiado grande!… ¡Qué pena…!

Y proseguía su exploración.

En cuarenta minutos el salón quedó «limpio», según la expresión de Arsène. Y todo aquello se había llevado a cabo en un orden admirable, sin ruido alguno, cual si todos los objetos que manejaban aquellos hombres hubiesen estado protegidos por una gruesa guata.

Entonces, al último de los hombres, que se iba cargando un reloj de pared firmado por Boulle, le dijo:

—Ya es inútil volver. Queda entendido que inmediatamente que el camión esté cargado, salgáis rápidamente para la granja de Roquefort.

—¿Y usted, patrón?

—Que me dejen la motocicleta.

Una vez que el hombre se fue, empujó el lienzo de pared móvil de la biblioteca y luego de haber hecho desaparecer todas las huellas del desvalijamiento, y borrado las marcas de pasos, levantó un cortinón y penetró en una galería que servía de comunicación entre la torre y el castillo… En medio había una vitrina, y era a causa de esa vitrina que Arsène Lupin había proseguido sus investigaciones.

Dicha vitrina contenía maravillas, entre ellas una colección única de relojes, tabaqueras, sortijas, cadenas de señora con dijes, y miniaturas que constituían los

más hermosos trabajos. Con unas pequeñas tenazas forzó la cerradura y para él constituyó un placer inmenso el adueñarse de tales joyas de oro y plata, de aquellas pequeñas obras de arte tan precioso y delicado.

Llevaba colgada en bandolera en torno al cuello una pequeña bolsa de tela especialmente preparada para esos menesteres. La llenó, y llenó igualmente los bolsillos de su americana, y los del pantalón y del chaleco. Y apretaba con su brazo izquierdo un montón más de aquellos adornos de perlas, tan del gusto de nuestros antepasados y que la moda actual busca tan apasionadamente… cuando un ligero ruido llegó a sus oídos.

Escuchó: no, no estaba equivocado, el ruido podía distinguirse.

Y de pronto recordó: en la extremidad de la galería había una escalera anterior que conducía a un apartamento desocupado hasta entonces, pero que desde esta noche había quedado reservado a aquella joven señorita que Devanne había ido a buscar a Dieppe con sus amigos los Androl.

Con ademán rápido apretó el resorte de la linterna y esta se apagó. Apenas había ganado el hueco de una ventana, cuando en lo alto de la escalera se abrió una puerta y una débil claridad alumbró la galería.

Tuvo la sensación —pues medio oculto como estaba tras una cortina apenas podía ver— de que una persona bajaba los peldaños de la escalera con precaución. Esperaba que no fuese más allá. Aquella persona, no obstante, continuó bajando y avanzó algunos pasos dentro de la galería. Y entonces lanzó un grito. Sin duda había visto la vitrina forzada y vaciadas las tres cuartas partes de su contenido.

Por el olor a perfume reconoció la presencia de una dama. Su ropa rozaba casi la cortina tras la cual él se ocultaba, y hasta le pareció escuchar los latidos del corazón de aquella mujer y que ella, a su vez, adivinaba la presencia de otro ser allí cerca, en la sombra, al alcance de su mano… Lupin se dijo: «Ella tiene miedo… va a marcharse… es imposible que no se marche». Pero no se fue en modo alguno. La lámpara que temblaba en su mano se aferró a esta. La mujer se volvió, dudó un instante, pareció escuchar el aterrador silencio y luego con un movimiento rápido apartó la cortina.

Se miraron.

Arsène Lupin murmuró, sorprendido:

—Usted… usted… señorita.

Era la señorita Nelly.

¡La señorita Nelly! La pasajera del transatlántico; aquella joven que había mezclado sus sueños a los del joven durante la inolvidable travesía; aquella que había presenciado su detención y que, para no traicionarle, había tenido el hermoso gesto de arrojar al mar la cámara fotográfica donde él había ocultado las joyas y los billetes de banco… ¡La señorita Nelly! Aquella amada y sonriente criatura cuya imagen había entristecido o alegrado tan a menudo sus largas horas en la cárcel.

El azar era tan prodigioso que los ponía a uno en presencia del otro en este castillo y a esta hora de la noche, y ninguno se sentía capaz de pronunciar una sola palabra, estupefactos, como hipnotizados por la fantástica aparición que constituía cada cual para el otro.

Temblorosa, como abrumada por la emoción, la señorita Nelly hubo de sentarse.

Lupin quedó en pie frente a ella. Y poco a poco, en el curso de los segundos interminables que transcurrieron, tuvo conciencia de la impresión que debía producir en ese instante, con los brazos cargados de joyas, los bolsillos también llenos y su bolsa repleta hasta desbordar… Se sintió invadido por una gran confusión y enrojeció al encontrarse allí, en aquella miserable postura de un ladrón sorprendido en flagrante delito. Para ella, en lo futuro, se hiciera lo que se hiciese de él, sería siempre el ladrón, un hombre que mete las manos en los bolsillos de los demás, el que fuerza puertas y se introduce en las casas furtivamente.

Uno de los relojes cayó al suelo y rodó por la alfombra. Y otro también. Otras cosas más se desprendieron de su brazo, no sabiendo cómo retenerlas. Entonces, decidiéndose bruscamente, dejó caer sobre una butaca una parte de los objetos; después vació sus bolsillos y se deshizo de su bolsa.

Así se sintió más desenvuelto ante la señorita Nelly, avanzó un paso hacia ella con la intención de hablarle. Pero ella hizo un gesto de repulsa y luego se levantó vivamente, como asaltada por el miedo, y se precipitó hacia el salón. El cortinón cayó sobre ella y Lupin se le acercó. La muchacha estaba allí sobrecogida,

temblorosa, y sus ojos contemplaban con terror la inmensa estancia desvalijada.

Inmediatamente, él le dijo:

—Mañana a las tres, yo me comprometo… Nada en el mundo podrá impedirme el cumplir mi promesa… Mañana a las tres… Los muebles serán traídos de nuevo.

Un prolongado silencio caía pesadamente sobre ellos. Lupin no se atrevía a romperlo y la emoción de la joven le causaba un verdadero sufrimiento. Suavemente, despacio, sin una palabra, él se alejó de ella.

Y él pensaba: «Que se marche… Que se sienta libre de irse… Que ella no tenga miedo de mí…».

Pero, de pronto, ella se estremeció, y balbució:

—¡Escuche!… Pasos… Oigo pasos…

Él la miró con sorpresa. Ella parecía turbada, sorprendida y emocionada como por la proximidad de un peligro.

—Yo no oigo nada… y, de todos modos…

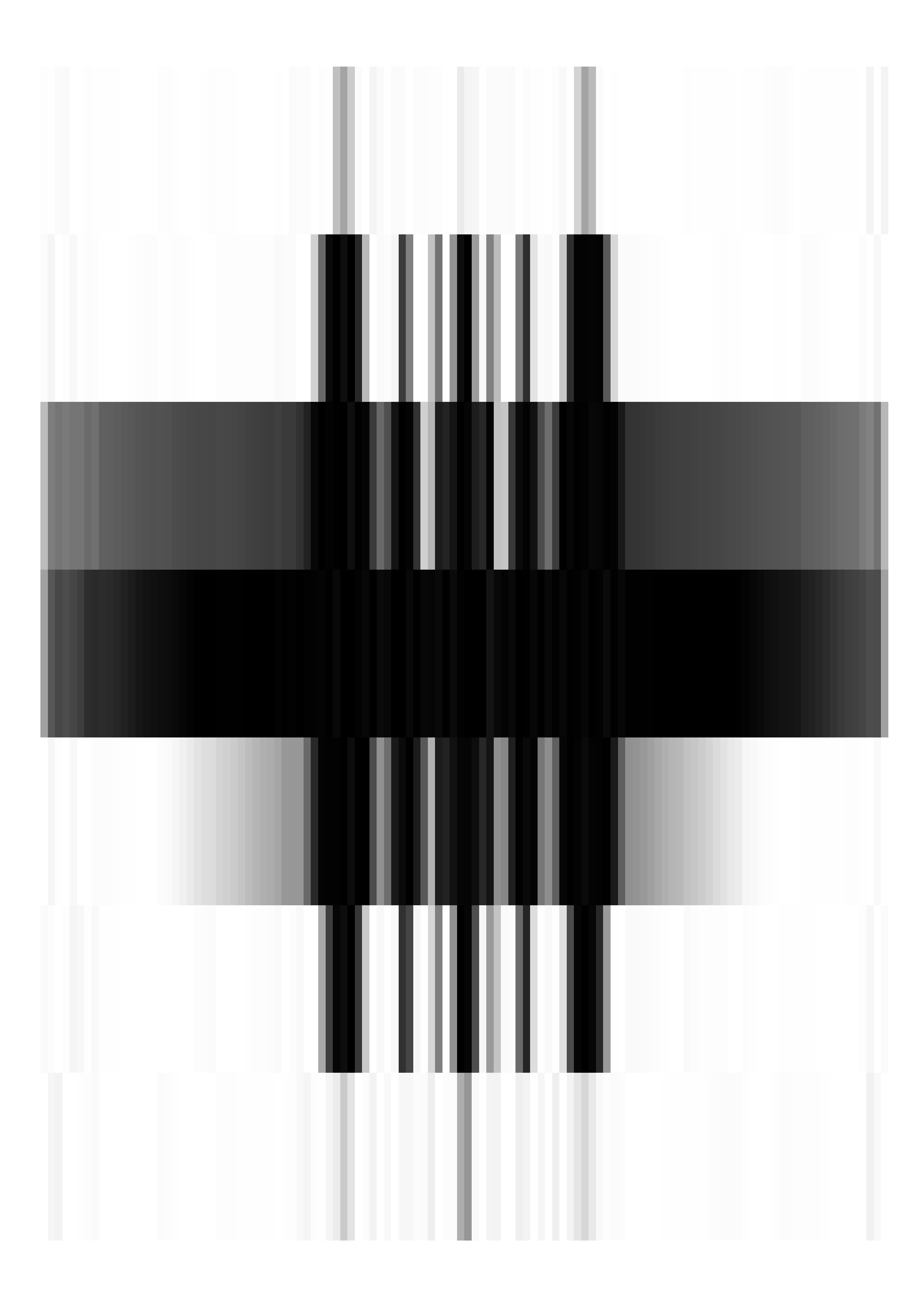
—¡Cómo! Pero usted precisa huir… pronto… huya…

—Huir… ¿Por qué?

—Es preciso… es preciso… ¡Ah! No se quede usted…

Rápida, corrió hacia la galería y aprestó el oído. No, no había nadie. ¿Acaso el ruido venía de afuera? La joven esperó unos segundos y luego, ya tranquilizada, regresó.

Arsène Lupin ya había desaparecido.



En el mismo instante que Devanne descubrió el saqueo de su castillo, se dijo: «Fue Velmont quien dio el golpe, y Velmont no es otro que Arsène Lupin». Todo se explicaba así y nada se explicaba de otro modo. Esta idea, por lo demás, no hizo sino rozar ligeramente la cuestión, de tal modo resultaba inverosímil que Velmont no fuera precisamente Velmont, es decir, el conocido pintor; el camarada de círculo de su primo Estevan. Y cuando el brigadier de la Gendarmería, inmediatamente advertido, se presentó, a Devanne ni siquiera se le ocurrió comunicarle semejante suposición absurda.

En el castillo de Thibermesnil, la mañana transcurrió en un ir y venir indescriptible, con la presencia de los gendarmes, el guardabosque, el comisario de policía de Dieppe, los vecinos de la aldea y todo un mundo que se agitaba en los pasillos, o en el parque, o en torno al castillo. Y la proximidad de las tropas en maniobras y la trepidación de los disparos de la fusilería contribuían a lo pintoresco de la escena.

Las primeras investigaciones no proporcionaron indicio alguno. Comoquiera que las ventanas no habían sido forzadas ni fracturadas las puertas, sin duda alguna el desvalijamiento de la mansión se había efectuado por el subterráneo secreto. Sin embargo, en las alfombras no había huella alguna de pasos, así como tampoco en las paredes aparecía ninguna marca sospechosa.

Solamente se registró un hecho inesperado que denotaba bien a las claras la fantasía de Arsène Lupin: la famosa crónica del siglo xvi había vuelto a ocupar su antiguo lugar en la estantería, y a su lado se encontraba otro libro parecido, que no era otro que el ejemplar robado a la Biblioteca Nacional.

A las once de la mañana llegaron los oficiales. Devanne los acogió alegremente. A fin de cuentas, el disgusto que pudiera causarle la pérdida de aquellas riquezas de arte, su fortuna podía permitirle soportarlo sin mal humor. Sus amigos, los Androl y Nelly, bajaron.

Una vez hechas las presentaciones, se advirtió que faltaba uno de los invitados: Horace Velmont. ¿Acaso no vendría?

Su ausencia hubiera despertado las sospechas de Georges Devanne. Sin embargo, exactamente a mediodía, Velmont hizo su entrada, y Devanne exclamó:

—¡Bienvenido! ¡Ya estáis aquí!

—¿Acaso no soy puntual?

—Sí, pero pudieras no haberlo sido… después de una noche tan agitada. Porque… ya sabréis la noticia.

—¿Qué noticia?

—Que usted ha robado el castillo.

—¡Vamos!

—Como os lo digo. Pero antes de nada ofrezca su brazo a la señorita Underdown, y pasemos a la mesa… Señora, permítame…

Se interrumpió, sorprendido por la turbación de la joven. Luego, de repente, recordando, añadió:

—Es verdad, a propósito, usted viajó con Arsène Lupin en cierta ocasión, antes de su detención… El parecido la sorprende a usted, ¿verdad?

Ella no respondió. Ante ella, Velmont sonreía. Se inclinó y ella tomó su brazo. La acompañó a su sitio y se sentó frente a ella.

Durante el almuerzo no se habló más que de Arsène Lupin, de los muebles desaparecidos, del subterráneo y de Herlock Sholmès. Solamente al terminar el almuerzo, cuando ya se empezaba a hablar de otros temas, Velmont intervino en la conversación. Se mostró tan pronto divertido, como grave, elocuente y espiritual. Y todo cuanto decía parecía decirlo solamente para interesar a la joven. Muy absorta, ella parecía no escucharle.

Se sirvió el café en la terraza que da sobre el patio de honor y el jardín francés, del lado de la fachada principal. En medio del césped, la banda del regimiento se puso a tocar, y la multitud, compuesta de aldeanos, se expandió por las avenidas del parque.

Mientras tanto, Nelly recordaba la promesa de Arsène Lupin: «A las tres todo estará aquí, yo me comprometo».

¡A las tres! Y las agujas del gran reloj que ornaba el ala derecha del castillo marcaban las dos y cuarenta. Ella las miraba, aun contra su voluntad, a cada instante. Y miraba también a Velmont que se balanceaba tranquilamente en una mecedora.

Las dos y cincuenta… las dos y cincuenta y cinco… Una especie de impaciencia mezclada de angustia dominaba a la joven. ¿Cabía admitir que el milagro se realizase en el minuto fijado cuando el castillo, el patio y el campo estaban llenos de gente y cuando en esos mismos momentos el fiscal de la República y el juez de instrucción llevaban a cabo su investigación?

¡Y, no obstante… no obstante, Arsène Lupin había prometido aquella solemnidad! «Ocurrirá tal como él lo ha dicho», pensó ella, impresionada por todo lo que había en aquel hombre de energía, autoridad y certidumbre. Y no le parecía un milagro, sino un acontecimiento natural, que debía producirse por la fuerza de los hechos.

Durante un segundo sus miradas se cruzaron. Ella enrojeció y volvió la cabeza hacia otro lado.

Las tres… Sonó la primera campanada, la segunda, la tercera… Horace Velmont sacó su reloj, alzó los ojos para mirar al de la torre y luego volvió a meter el suyo en el bolsillo. Transcurrieron unos segundos. Y he aquí que la multitud abrió paso por en medio del césped, dejando el camino expedito a dos carros que acababan de franquear la puerta del parque, tirados cada uno por un tronco de caballos. Eran de esos furgones que van siguiendo a los regimientos y que transportan las cantinas de los oficiales y los sacos de los soldados. Se detuvieron ante la escalinata. Un sargento furriel saltó de uno de los asientos y preguntó por el señor Devanne.

Devanne acudió y bajó la escalera. Sobre los carros vio cuidadosamente colocados y bien envueltos sus muebles, sus cuadros, sus objetos de arte.

A las preguntas que le fueron formuladas, el furriel respondió mostrando la orden que había recibido del ayudante de servicio, y que ese ayudante había a su vez recibido por la mañana. Mediante esa orden, la segunda compañía del cuarto batallón debería proveer a fin de que los objetos y muebles depositados en la encrucijada de Halleux, en el bosque de Arques, fuesen llevados a las tres al señor Georges Devanne, propietario del castillo de Thibermesnil. Firmaba la

orden el coronel Beauvel.

—En la encrucijada —agregó el sargento— todo estaba listo, alineado sobre el césped y bajo el cuidado de… unos aldeanos. Esto me pareció raro, pero la orden era categórica.

Uno de los oficiales examinó la firma de la orden: estaba perfectamente imitada, pero era falsa.

La banda había dejado de tocar, se vaciaron los furgones y se reintegraron los muebles a sus respectivos lugares.

En medio de tal agitación, Nelly permaneció sola en el extremo de la terraza. Estaba con aire grave y preocupado, agitada por pensamientos confusos que no atinaba a formular. De pronto vio a Velmont que se acercaba. Ella quiso evitarle, pero el ángulo de la balaustrada que tiene la terraza la encerraba por dos lados, y una línea de grandes cajas de arbustos, naranjos, laureles rosa y bambúes no le dejaba otra retirada que el mismo camino por donde venía avanzando el joven. No se movió. Un rayo de sol temblaba sobre sus cabellos dorados, agitado por las hojas temblorosas de un bambú.

—Cumplí mi promesa de esta noche.

Arsène Lupin estaba a su lado, y cerca de ellos no había nadie. Con actitud titubeante y voz tímida repitió:

—Cumplí mi promesa de esta noche.

Él esperaba una palabra de agradecimiento; cuando menos, un gesto que probara el interés que ella tuviese en ese acto. Pero ella se calló.

Ese desprecio irritó a Arsène Lupin, pero al propio tiempo experimentaba el sentimiento de todo cuanto le separaba de Nelly, ahora que ella sabía toda la verdad. Él hubiera querido disculparse, buscar excusas, mostrar su vida en lo que esta tenía de audaz y de grande. Pero, por anticipado, las palabras se le helaban y sentía lo absurdo y lo insolente de toda explicación. Entonces murmuró tristemente, invadido por un torrente de recuerdos.

—¡Qué lejos queda ya el pasado! ¿Recuerda usted las largas horas sobre el puente del Provence? ¡Ah! Vea usted… igual que hoy, usted tenía una rosa en la

mano, una rosa pálida como esta… Yo se la pedí … pero usted pareció no oírme… Sin embargo, después de vuestra partida, yo encontré la rosa… olvidada sin duda… Y la guardé…

Ella continuó sin responder. Parecía muy lejos de él. Y él continuó.

—En recuerdo de aquellas horas, no piense usted en lo que sabe. Que el pasado se sobreponga al presente. Que yo no sea aquel que vio usted esta noche, sino aquel de antaño, y que sus ojos me miren, aunque no sea más que por un segundo, como entonces me miraban… Se lo ruego … ¿Acaso ya no soy el mismo?

Ella levantó los ojos como él se lo pedía y le miró. Luego, sin una palabra, colocó un dedo sobre una sortija que él llevaba en el índice. Solo se podía ver la parte del anillo, pero la piedra montada, vuelta hacia el interior de la mano, estaba formada por un maravilloso rubí.

Arsène Lupin enrojeció. Aquella sortija pertenecía a Georges Devanne.

Él sonrió con amargura.

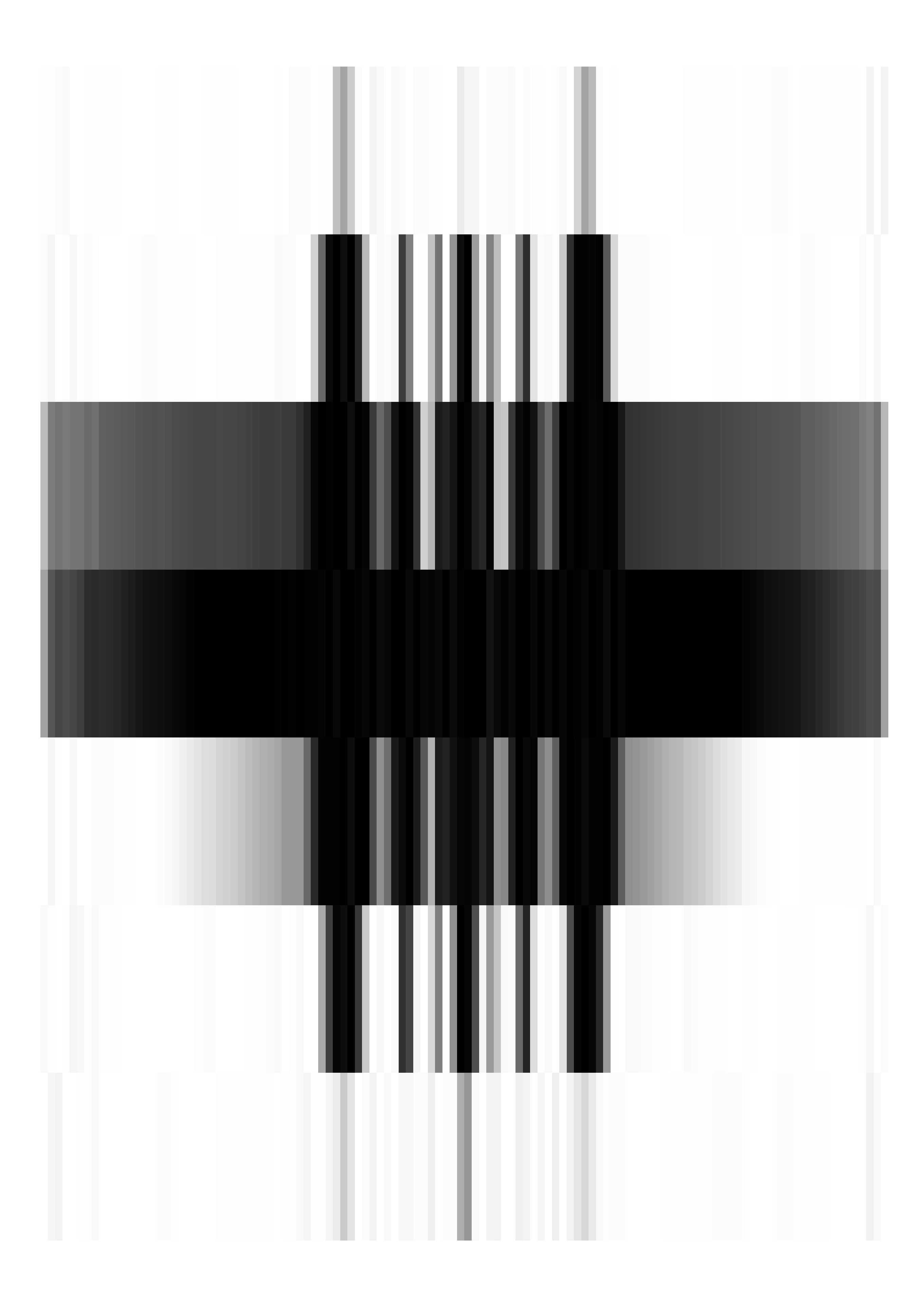
—Tiene usted razón. Lo que ha sido será también siempre. Arsène Lupin no es y no podrá ser sino Arsène Lupin, y entre usted y él no puede haber ni siquiera un recuerdo… Perdóneme… Yo debiera haber comprendido que mi sola presencia cerca de usted constituye un ultraje…

Se escurrió a lo largo de la balaustrada con el sombrero en la mano. Nelly pasó delante de él y sintió la tentación de detenerla, de implorarle. Pero le faltó la audacia suficiente y se limitó a seguirla con los ojos, lo mismo que aquel ya lejano día en que ella cruzó la pasarela del barco en el muelle de Nueva York. Nelly subió los peldaños que conducían a la puerta. Por un instante aún su esbelta silueta se dibujó sobre los mármoles del vestíbulo. Luego ya no la vio más.

Una nube oscureció el sol. Arsène Lupin observaba inmóvil las huellas de los menudos pies de la joven grabadas sobre la arena. De pronto se estremeció: sobre la caja de bambú contra la cual Nelly se había apoyado, yacía la rosa que él no se había atrevido a pedirle… ¿Olvidada, sin duda, la flor también? Pero ¿olvidada voluntariamente o por distracción?

La tomó con ardor. Se desprendieron algunos pétalos. Los recogió uno a uno como si se tratara de reliquias…

«Vámonos —me dijo—; ya no me queda nada que hacer aquí. Tanto más cuanto que si Herlock Sholmès se mezcla en esto, el asunto podría ponerse feo.»



El parque estaba desierto. No obstante, cerca del pabellón que domina la entrada se mantenía un grupo de gendarmes. Arsène Lupin se metió entre el bosque, escaló el muro del recinto y, para dirigirse a la estación más próxima, tomó un sendero que serpeaba entre los campos. Aún no habría caminado diez minutos cuando el camino se estrechó, encajado entre dos taludes, y cuando Lupin llegaba a ese pequeño desfiladero, divisó a alguien que venía en sentido contrario.

Era un hombre de unos cincuenta años, bastante robusto, con el rostro rasurado y cuyo traje denunciaba a una persona de origen extranjero. Llevaba en la mano un pesado bastón y colgaba del cuello una bolsa de viaje.

Se cruzaron, y el extranjero dijo con acento inglés apenas perceptible:

—Perdóneme, señor… ¿es este, en verdad, el camino del castillo?

—Siga usted todo recto, señor, y luego a la izquierda cuando haya llegado al pie del muro. Le esperan a usted con impaciencia.

—¡Ah!

—Sí, mi amigo Devanne nos anunció su visita ayer noche.

—Tanto peor para el señor Devanne si ha hablado demasiado.

—Y yo me siento feliz de ser el primero en saludarle. Herlock Sholmès no tiene un admirador más ferviente que yo.

En su voz había un matiz apenas perceptible de ironía, pero hubo de lamentarla, pues Herlock Sholmès le examinó de pies a cabeza con una mirada a la par tan envolvente como aguda, de modo que Arsène Lupin tuvo la impresión de haber sido cogido, aprisionado y registrado por aquellos ojos, más exactamente y más esencialmente que jamás lo había sido por ningún aparato fotográfico.

«El cliché ya está hecho —pensó—. Ya no vale la pena disfrazarme con este buen hombre. Solamente que… ¿me habrá reconocido?»

Se saludaron. Pero se escuchó un ruido de caballos que caracoleaban con

resonancia de hierro. Eran los gendarmes. Los dos hombres tuvieron que pegarse al talud entre la alta hierba para evitar ser atropellados. Los gendarmes pasaron, pero como unos iban a cierta distancia de otros, su paso duró bastante tiempo. Y Lupin pensó:

«Todo depende de esta pregunta: ¿me ha reconocido? Si me ha reconocido, hay muchas posibilidades de que él abuse de la situación. El problema es angustioso.»

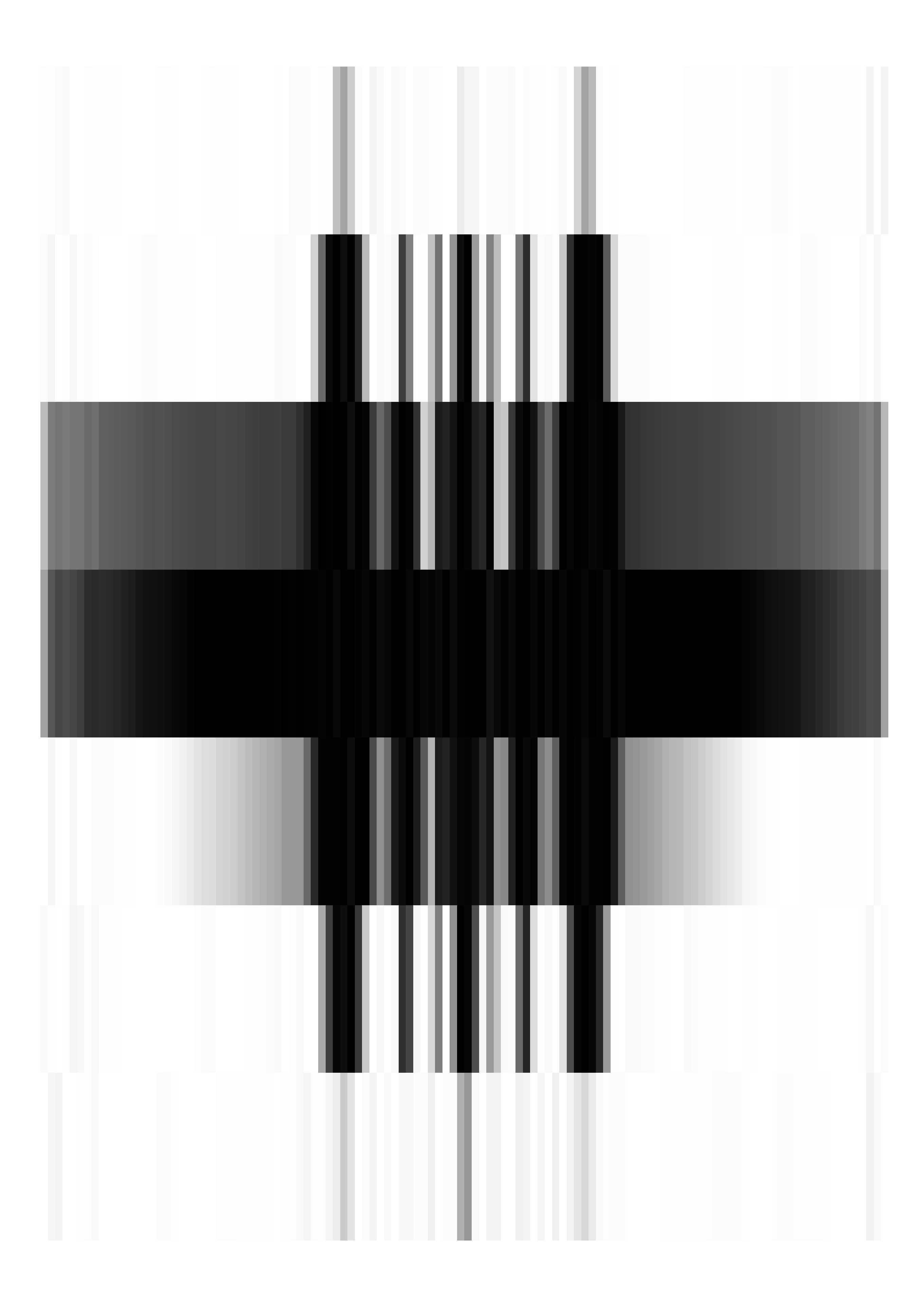
Cuando el último jinete hubo pasado ya, Herlock Sholmès se incorporó y sin decir nada se sacudió la ropa manchada de polvo. La correa de su saco de viaje tenía adherida una rama de zarzas. Arsène Lupin se apresuró a quitársela. Nuevamente, los dos hombres se examinaron por unos segundos. Y si alguien los hubiera sorprendido en esos instantes, hubiera resultado para él un espectáculo emocionante aquel primer encuentro entre dos hombres tan potencialmente dotados, ambos enteramente superiores y destinados fatalmente por sus aptitudes especiales a chocar como dos fuerzas iguales a quienes el orden de las cosas lanza el uno contra el otro a través del espacio.

Luego el inglés dijo:

—Le estoy agradecido, señor.

—Quedo a su disposición —le respondió Lupin.

Se separaron. Lupin se dirigió hacia la estación. Herlock Sholmès hacia el castillo.



El juez de instrucción y el fiscal de la República se habían marchado después de realizar inútilmente sus investigaciones, y en el castillo se esperaba a Herlock Sholmès con la curiosidad que justificaba su gran fama. Causó cierta decepción su aspecto de buen burgués que tan profundamente difería de la imagen que todo el mundo se había forjado de él. No tenía nada del héroe de novela, del personaje enigmático y diabólico que evoca en nosotros la idea de Herlock Sholmès. No obstante, Devanne exclamó con el mayor entusiasmo:

—¡Al fin, maestro, está aquí! ¡Qué felicidad! Hace tanto tiempo que yo esperaba… Me siento casi feliz de todo cuanto ha ocurrido, pues ello me vale el placer de veros. Pero, a propósito, ¿cómo llegó usted?

—En el tren.

—¡Qué pena! Yo os había enviado mi automóvil al desembarcadero.

—Era toda una llegada oficial, ¿verdad? Con tambores y música. Excelente medio ese para facilitarme mi tarea —refunfuñó el inglés.

Ese tono poco acogedor desconcertó a Devanne, quien, esforzándose por bromear, prosiguió.

—La tarea, felizmente, resulta ahora más fácil de lo que yo le había escrito a usted.

—¿Y por qué?

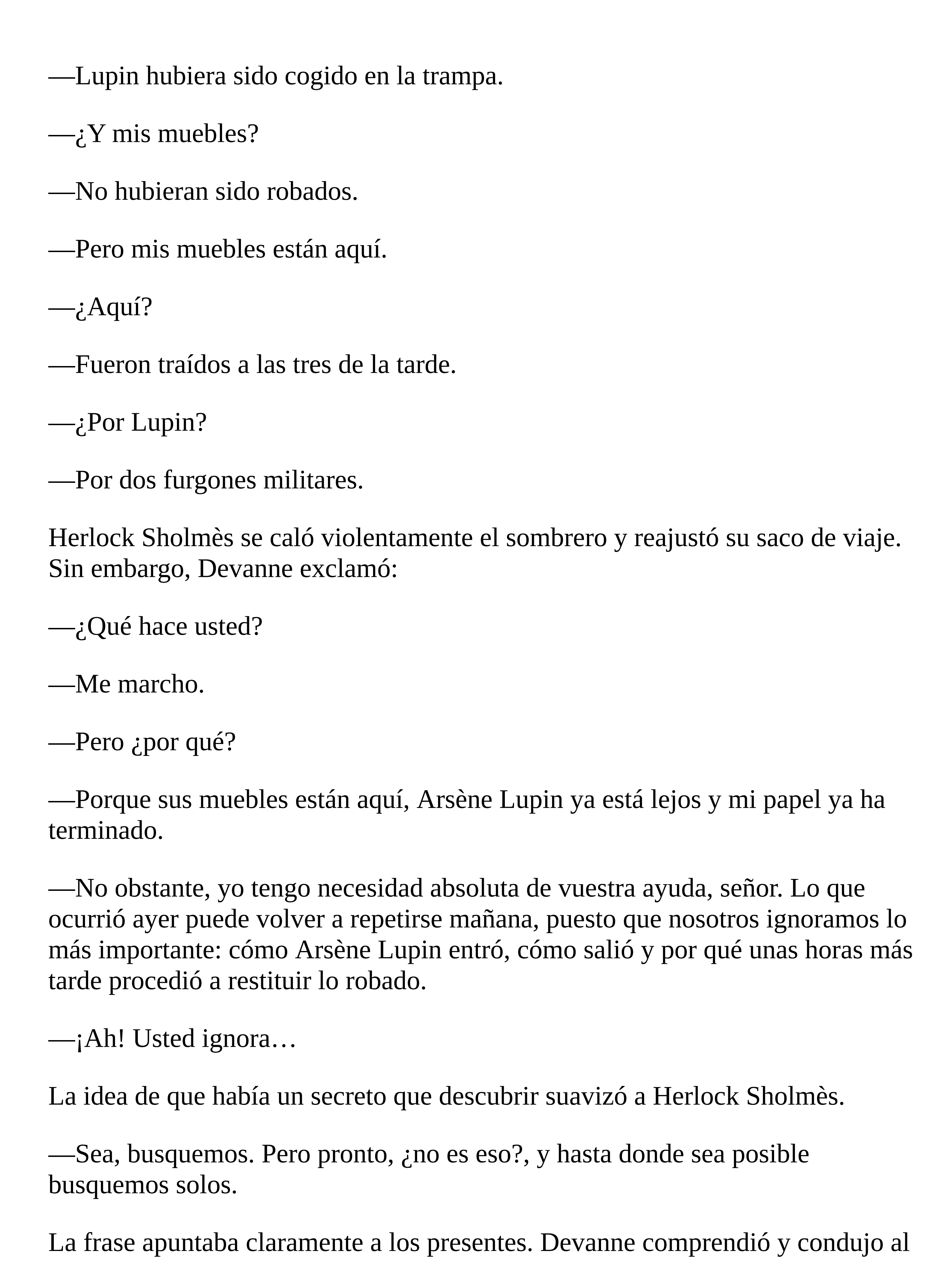
—Porque el robo tuvo lugar esta noche.

—Si usted no hubiera anunciado mi visita, señor, es probable que el robo no hubiera tenido lugar esta noche.

—Y entonces, ¿cuándo?

—Mañana o cualquier otro día.

—¿Y en ese caso?



—Lupin hubiera sido cogido en la trampa.

—¿Y mis muebles?

—No hubieran sido robados.

—Pero mis muebles están aquí.

—¿Aquí?

—Fueron traídos a las tres de la tarde.

—¿Por Lupin?

—Por dos furgones militares.

Herlock Sholmès se caló violentamente el sombrero y reajustó su saco de viaje. Sin embargo, Devanne exclamó:

—¿Qué hace usted?

—Me marcho.

—Pero ¿por qué?

—Porque sus muebles están aquí, Arsène Lupin ya está lejos y mi papel ya ha terminado.

—No obstante, yo tengo necesidad absoluta de vuestra ayuda, señor. Lo que ocurrió ayer puede volver a repetirse mañana, puesto que nosotros ignoramos lo más importante: cómo Arsène Lupin entró, cómo salió y por qué unas horas más tarde procedió a restituir lo robado.

—¡Ah! Usted ignora…

La idea de que había un secreto que descubrir suavizó a Herlock Sholmès.

—Sea, busquemos. Pero pronto, ¿no es eso?, y hasta donde sea posible busquemos solos.

La frase apuntaba claramente a los presentes. Devanne comprendió y condujo al

inglés al salón. Con qué tono seco, con qué palabras, que parecían contadas ya por anticipado, y con qué parsimonia le planteó Sholmès a Devanne las preguntas sobre la velada de la víspera, sobre los invitados que en ella se encontraban y sobre las personas que habitualmente concurrían al castillo. Luego examinó los dos volúmenes de la crónica, comparó las cartas del subterráneo, se hizo repetir las citas reveladas por el padre Gélis, y preguntó:

—¿Fue, en efecto, ayer cuando ustedes hablaron por vez primera de esas dos citas?

—Sí, ayer.

—¿Usted nunca se las había comunicado al señor Horace Velmont?

—Nunca.

—Bien. Pida su automóvil. Salgo dentro de una hora.

—¡Dentro de una hora!

—A Arsène Lupin no le llevó más el resolver el problema que usted le planteó.

—Yo… yo le planteé…

—Pues sí, Arsène Lupin y Velmont son la misma persona.

—Yo lo dudaba… ¡ah!… ¡el pícaro!

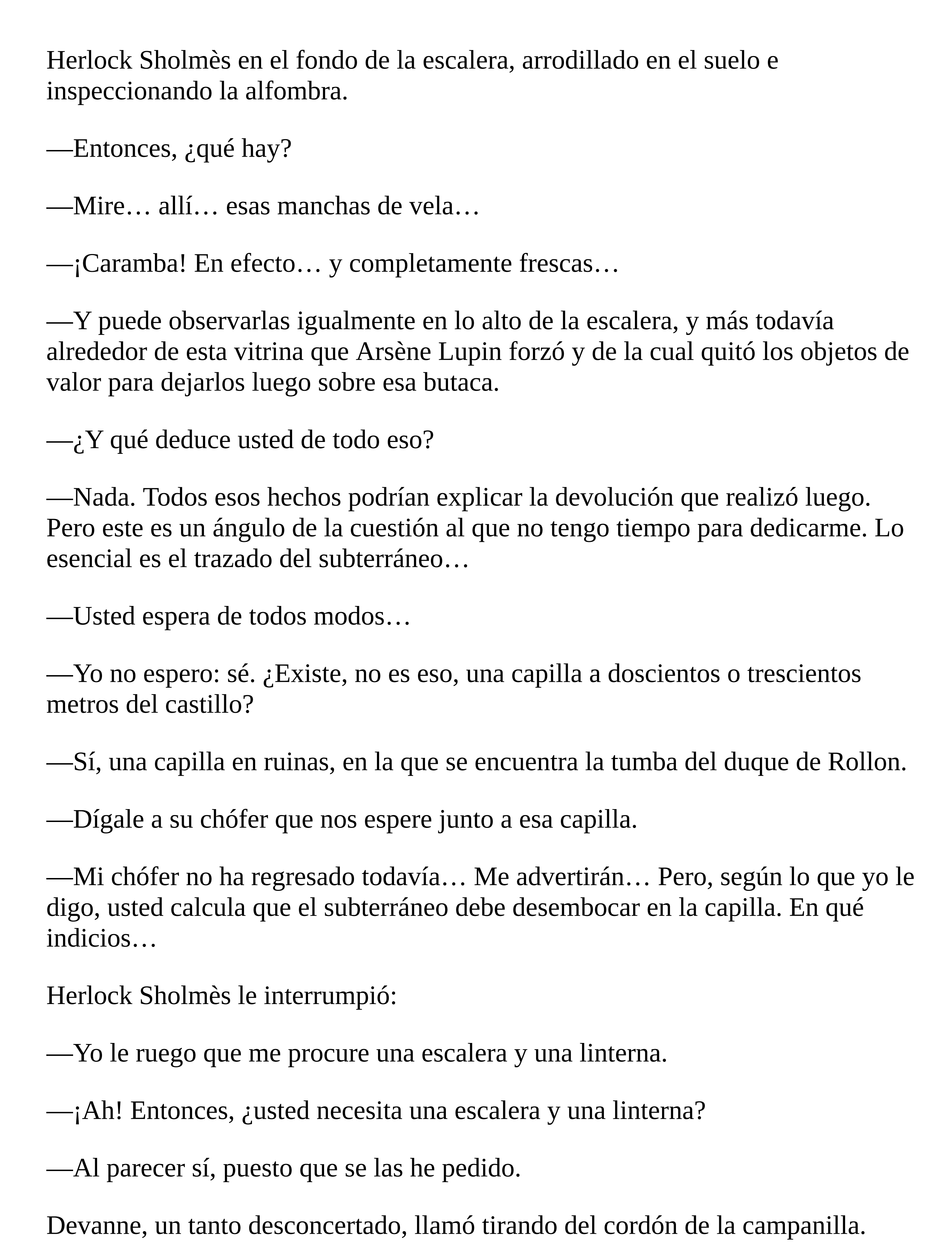
—Ayer noche a las diez, usted le proporcionó a Lupin los elementos que le faltaban y que él buscaba desde hacía semanas. Y en el curso de la noche, Lupin tuvo tiempo para comprender, reunir su banda y desvalijarle. Y yo tengo la pretensión de ser tan expeditivo como él.

Se paseó de un extremo a otro de la estancia reflexionando, luego se sentó cruzando sus largas piernas y cerró los ojos.

Devanne, bastante turbado, esperaba, y al cabo de un rato se dijo:

«¿Duerme? ¿Reflexiona?»

Procediendo al azar, salió de la estancia para dar órdenes. Cuando regresó, vio a



Herlock Sholmès en el fondo de la escalera, arrodillado en el suelo e inspeccionando la alfombra.

—Entonces, ¿qué hay?

—Mire… allí… esas manchas de vela…

—¡Caramba! En efecto… y completamente frescas…

—Y puede observarlas igualmente en lo alto de la escalera, y más todavía alrededor de esta vitrina que Arsène Lupin forzó y de la cual quitó los objetos de valor para dejarlos luego sobre esa butaca.

—¿Y qué deduce usted de todo eso?

—Nada. Todos esos hechos podrían explicar la devolución que realizó luego. Pero este es un ángulo de la cuestión al que no tengo tiempo para dedicarme. Lo esencial es el trazado del subterráneo…

—Usted espera de todos modos…

—Yo no espero: sé. ¿Existe, no es eso, una capilla a doscientos o trescientos metros del castillo?

—Sí, una capilla en ruinas, en la que se encuentra la tumba del duque de Rollon.

—Dígale a su chófer que nos espere junto a esa capilla.

—Mi chófer no ha regresado todavía… Me advertirán… Pero, según lo que yo le digo, usted calcula que el subterráneo debe desembocar en la capilla. En qué indicios…

Herlock Sholmès le interrumpió:

—Yo le ruego que me procure una escalera y una linterna.

—¡Ah! Entonces, ¿usted necesita una escalera y una linterna?

—Al parecer sí, puesto que se las he pedido.

Devanne, un tanto desconcertado, llamó tirando del cordón de la campanilla.

Fueron traídas ambas cosas.

Las órdenes se sucedían entonces con el rigor y la precisión de órdenes militares.

—Coloquen esta escalera contra la biblioteca a la izquierda de la palabra «Thibermesnil»…

Devanne puso la escalera, y el inglés continuó:

—Más a la izquierda… a la derecha… ¡Alto ahí! Ahora suba… Bien… Todas las letras de esa palabra están en altorrelieve, ¿no es así?

—Sí.

—Ahora tomemos la letra H. ¿A ver si gira en un sentido o en otro?

Devanne echó mano a la letra H, y exclamó:

—¡Sí! Gira hacia la derecha en un cuarto de círculo. ¿Quién le ha revelado a usted?…

Sin responder, Herlock Sholmès continuó:

—Desde donde usted se encuentra puede alcanzar la letra R. ¿Sí? Muévala varias veces como si se tratara de un cerrojo que se empuja y se tira de él…

Devanne movió la letra conforme se le ordenaba. Con gran sorpresa suya, se produjo un desarticulamiento interior, como de un resorte.

—Magnífico —dijo Herlock Sholmès—. Ya no nos queda más que deslizar la escalera al otro extremo, donde termina la palabra «Thibermesnil»… Bien… Y ahora, si no me he equivocado, si las cosas salen como deben salir, la letra L deberá abrirse como una ventanilla.

Con cierta solemnidad, Devanne echó mano a la letra L y esta se abrió. Pero Devanne cayó de su escalera, pues de repente toda la parte de la biblioteca situada entre la primera y la última letra giró sobre sí misma y dejó al descubierto la boca del subterráneo.

Herlock Sholmès, flemático, exclamó:

—¿Se ha hecho daño?

—No, no —replicó Devanne, levantándose—. Estoy ileso, pero aturdido, lo confieso… con esas letras que se agitan… ese subterráneo abierto…

—¿Y qué?… ¿No era eso precisamente lo que tenía que ocurrir conforme a la cita de Sully?

—Que el hacha voltea correspondiendo hacha a la letra H, el aire se estremece correspondiendo aire a la R, y el ala se abre correspondiendo a la letra L… y eso fue lo que permitió a Enrique IV el recibir a la señorita de Tancarville a una hora tan extraordinaria.

—Pero ¿y Luis XVI? —preguntó Devanne, aturdido.

—Luis XVI era un gran herrero y un hábil cerrajero. Yo he leído un Tratado de las cerraduras de combinación que se le atribuye. Por parte de Thibermesnil, se trataba de proceder como un buen cortesano y mostrarle a su amo esta obra maestra de mecánica. Para recordarlo, el rey escribió la clave dos-seis-doce. Es decir, H. R. L, o sea la segunda, la sexta y la duodécima letras de la palabra Thibermesnil.

—¡Ah! ¡Magnífico! Ya comienzo a comprender… Solamente que… Si bien me explico cómo se sale de este salón, lo que no comprendo es cómo Lupin ha podido penetrar en él. Porque, obsérvelo bien, él venía de fuera.

Herlock Sholmès encendió la linterna y avanzó unos pasos en el interior del subterráneo.

—¡Vea! Todo el mecanismo está presente aquí como los resortes de un reloj y todas las letras se encuentran a la inversa. Lupin no tuvo, pues, más que hacerlas funcionar por este lado del cierre.

—¿Cómo prueba usted eso?

—¡Cómo lo pruebo? Vea esta mancha de aceite. Lupin había previsto, incluso, que las ruedas del mecanismo necesitarían ser engrasadas —manifestó Herlock Sholmès, no sin admiración.

—Entonces, ¿él conocía la otra salida?

—Como la conozco yo. Sígame.

—¿Por el subterráneo?

—¿Tiene usted miedo?

—No. Pero ¿está usted seguro de conocer el camino?

—Con los ojos cerrados.

Bajaron primero doce peldaños y luego otros doce dos veces. Después penetraron por un largo pasillo cuyas paredes de ladrillo ostentaban las marcas de sucesivas restauraciones y rezumaban humedad en algunos lugares. El suelo también estaba húmedo.

—Estamos pasando por debajo del estanque —observó Devanne, nada tranquilo.

El pasillo terminaba en una escalera de doce peldaños, seguida de otras tres escaleras de doce peldaños también, las cuales subieron con dificultad, para desembocar luego en una pequeña curva abierta en la propia roca. El camino no pasaba de allí.

—¡Diablos! —murmuró Herlock Sholmès—. No hay más que muros desnudos y esto ya se pone difícil.

—¿Y si regresáramos? —murmuró Devanne—. Porque, a fin de cuentas, yo no veo en forma alguna la necesidad de saber ya más. Ya quedo enterado.

Pero al levantar la cabeza, el inglés lanzó un suspiro de alivio: por encima de ellos se repetía el mismo mecanismo que el de la entrada. No tuvo, pues, más que hacer funcionar las tres letras. Un bloque de granito se movió. Era, por el otro lado, la piedra sepulcral del duque de Rollon grabada con las doce letras de «Thibermesnil». Y entonces se encontraron en la pequeña capilla en ruinas que el inglés había señalado.

—«Y se vuela hasta Dios», es decir, hasta la capilla —dijo, él repitiendo el final de la cita.

Devanne, confundido por la clarividencia y la vivacidad de Herlock Sholmès, exclamó:

—¿Es posible… es posible que esa simple indicación os haya bastado?

—¡Ba! —replicó el inglés—. Incluso resultaba inútil. En el ejemplar de la Biblioteca Nacional, el trazado se termina a la izquierda, como usted sabe, por un círculo, y a la derecha, cual usted ignora, en una pequeña cruz, pero tan borrosa que solamente puede verse con lupa. Esa cruz significa, evidentemente, la capilla en que nos encontramos.

El pobre Devanne no creía lo que oía.

—Es sorprendente, milagroso y, sin embargo, de una simplicidad infantil. ¿Cómo es posible que nadie hasta ahora haya penetrado ese misterio?

—Porque nadie reunió nunca los tres o cuatro elementos necesarios, es decir, los dos libros y las citas… Nadie, excepto Arsène Lupin y yo.

—Sin embargo, yo también —objetó Devanne—, y el padre Gélis… Nosotros dos sabíamos tanto como ustedes, pero, a pesar de ello…

Sholmès sonrió, y contestó:

—Señor Devanne, no todo el mundo es lo suficientemente apto para descifrar enigmas.

—Pero es que hace ya diez años que yo intento descifrar este. Y usted en diez minutos…

—¡Bah! Es la fuerza de la costumbre…

Salieron de la capilla, y el inglés exclamó:

—¡Caramba! Un automóvil que espera.

—Pero ¡si es el mío!

—¿El suyo? Pero yo no creía que el chófer hubiera regresado ya.

—En efecto… Y yo me pregunto…

Se acercaron al coche, y Devanne le preguntó al chófer.

—Edouard, ¿quién le dio la orden de venir aquí?

—Fue el señor Velmont —respondió el chófer.

—¿El señor Velmont? Pero ¿es que lo encontró usted?

—Cerca de la estación. Y me dijo que viniera a la capilla.

—¿Que viniera a la capilla? Pero ¿por qué?

—Para que le esperara a usted, señor… y al amigo del señor…

Devanne y Herlock Sholmès se miraron. El primero dijo:

—Él comprendió que el enigma sería un juego para usted. El homenaje que os ha hecho es una muestra de delicadeza.

Una sonrisa de satisfacción plegó los finos labios del detective. El homenaje le era grato. Inclinando la cabeza, manifestó:

—Es todo un hombre. Me bastó solo verle, por lo demás, y ya le había juzgado.

—Entonces, ¿usted le vio?

—Nos cruzamos en el camino hace rato.

—¿Y usted sabía que era Horace Velmont, quiero decir Arsène Lupin?

—No, pero no tardé en adivinarlo… por cierta ironía expresada por su parte.

—¿Y usted le dejó escapar?

—En verdad, sí… a pesar de que el juego estaba en ese momento a mi favor… cinco gendarmes que pasaban precisamente por allí…

—Pero, ¡maldición!, era la gran oportunidad… aprovecharla entonces o nunca…

—Precisamente, señor —dijo el inglés, altivo—, cuando se trata de un adversario como Arsène Lupin, Herlock Sholmès no se aprovecha de las ocasiones… él las hace nacer…

La hora apremiaba y, puesto que Lupin había tenido la encantadora atención de enviar el automóvil, era preciso aprovecharse sin demora. Devanne y Herlock Sholmès se instalaron en el fondo de la cómoda limusina. Édouard puso en marcha el vehículo y arrancaron. Los campos y los bloques de árboles desfilaron en el paisaje. Las blandas ondulaciones de la tierra de Caux parecían allanarse delante de ellos. De pronto, los ojos de Devanne fueron atraídos por un pequeño paquete colocado en una de las bolsitas instaladas en la limusina.

—¿Caramba ¿Qué es esto? ¡Un paquete! ¿Qué significa? Pero si es para usted…

—¿Para mí?

—Sí, lea: «Señor Herlock Sholmès, de parte de Arsène Lupin».

El inglés tomó el paquete, desató el cordel con que estaba sujeto y le quitó las dos hojas de papel en que estaba envuelto. Era un reloj.

—¡Oh! —dijo, acompañando esa exclamación con un gesto de cólera…

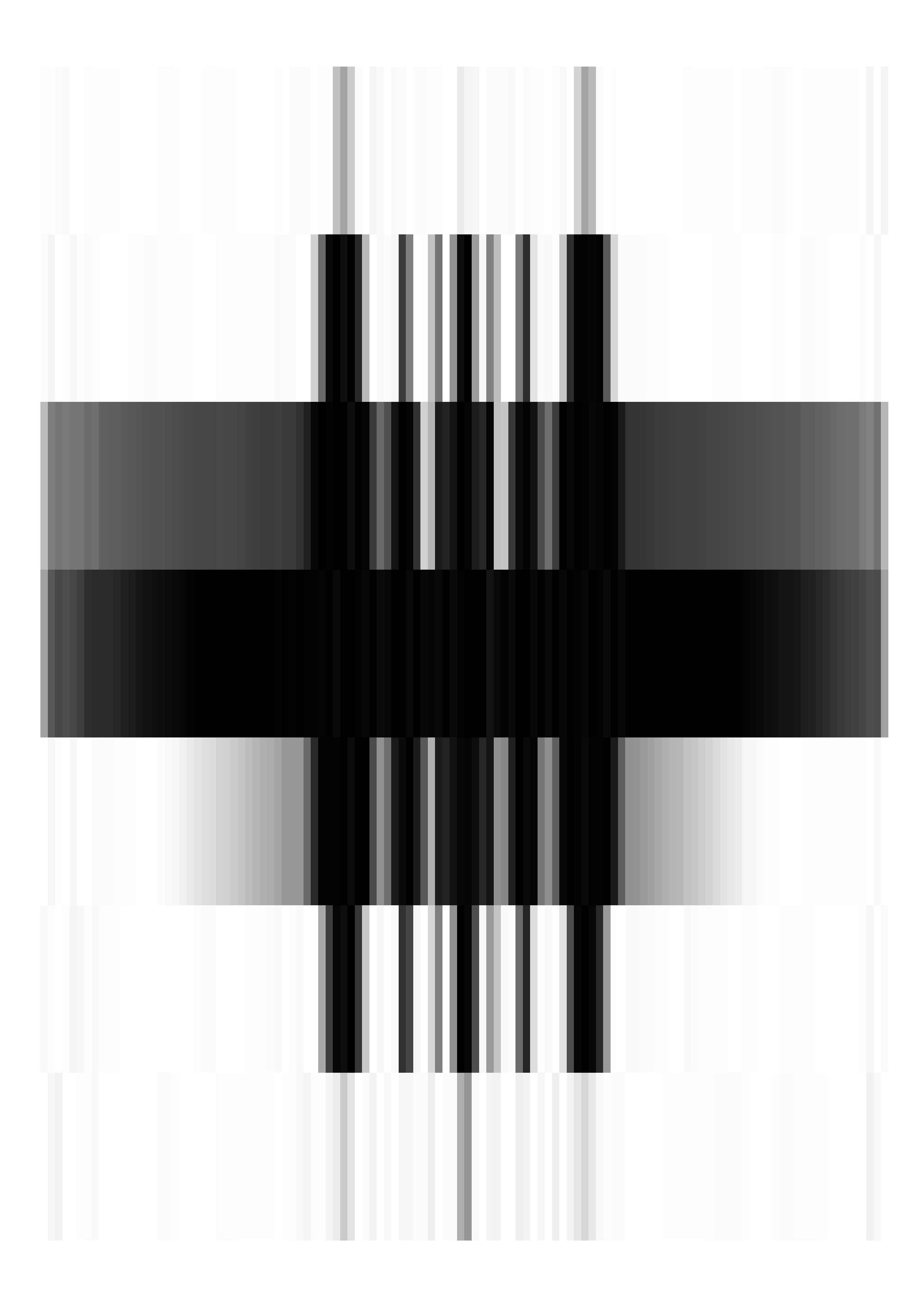
—¡Un reloj! —dijo Devanne—. ¿Es que acaso…?

El inglés no respondió.

—Pero ¡si es su reloj! ¡Arsène Lupin os devuelve vuestro reloj! Pero si os lo manda es porque os lo había quitado… ¡Os había quitado vuestro reloj! ¡Ah! ¡Qué jugada! El reloj de Herlock Sholmès escamoteado por Arsène Lupin. ¡Dios! ¡Qué gracia tiene! No, en verdad… me perdonará usted… pero esto es más fuerte que yo mismo…

Y cuando ya rio bastante, afirmó con un tono de convencimiento:

—¡Oh! Es un hombre, todo un hombre, en efecto…



El inglés se mantuvo silencioso. Hasta Dieppe no pronunció ni una sola palabra. Iba con los ojos constantemente puestos en el huidizo horizonte. Su silencio fue terrible, insondable, más violento que la rabia más feroz. En el desembarcadero dijo simplemente, ahora ya sin cólera, pero con un tono en el que se percibía toda la voluntad, toda la energía del personaje:

—Sí, es todo un hombre, y un hombre sobre el hombro del cual yo experimentaría un gran placer en colocar la mano que le tiendo a usted, señor Devanne. Y tengo la idea, vea usted, de que Arsène Lupin y Herlock Sholmès se encontrarán de nuevo un día u otro… Sí, el mundo es demasiado pequeño para que ellos no vuelvan a encontrarse… y ese día…

Sobre el autor

Maurice Leblanc (1864-1941) creó Arsène Lupin en 1905 como protagonista de un cuento para una revista francesa.

Leblanc nació en Ruan, Francia, pero empezó su carrera literaria en París. Había estudiado derecho, trabajaba en la empresa familiar y había escrito algunos libros de poco éxito cuando Lupin se convirtió en uno de los personajes más célebres de la literatura policíaca. Es un ladrón de guante blanco, culto y seductor, que roba a los malos. Es el protagonista de veinte novelas y relatos y sus aventuras lo han convertido también en héroe de películas y series para televisión. Para muchos, las historias de Arsène Lupin son la versión francesa de Sherlock Holmes.

EBOOKS DE

MAURICE LEBLANC

DE CIUDAD DE LIBROS

Y OPEN ROAD EN ESPAÑOL


CIUDAD
DE LIBROS